



BIBLIOTECA ORBISTERTIUS

ENRIQUETA LA CRIOLLA Y LA HIJA DE GIACUMINA

LITERATURA POPULAR, LENGUAS MIXTAS Y NATURALISMO
EN DOS FOLLETOS DEL 80

Juan Antonio Ennis y Laura Sesnich

EDITORES

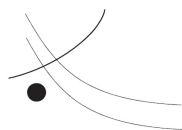
ENRIQUETA LA CRIOLLA Y LA HIJA DE GIACUMINA

**LITERATURA POPULAR, LENGUAS MIXTAS Y NATURALISMO
EN DOS FOLLETOS DEL 80**

ENRIQUETA LA CRIOLLA Y LA HIJA DE GIACUMINA

**LITERATURA POPULAR, LENGUAS MIXTAS Y NATURALISMO
EN DOS FOLLETOS DEL 80**

JUAN ANTONIO ENNIS Y LAURA SESNICH
EDITORES



BIBLIOTECA ORBISTERTIUS



**Ibero-Amerikanisches
Institut**

Preußischer Kulturbesitz

Ennis, Juan Antonio

Enriqueta la criolla y la hija de Giacumina: literatura popular, lenguas mixtas y naturalismo en dos folletos del 80 / Juan Antonio Ennis; Laura Sesnich; editado por Juan Antonio Ennis; Laura Sesnich.

1a ed., La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Europa: Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz, 2017.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1560-3

1. Literatura Popular. 2. Naturalismo. I. Sesnich, Laura II. Ennis, Juan Antonio, ed. III. Sesnich, Laura, ed. IV. Título.

CDD A860

Hecho el depósito que establece la ley 11.723



Esta obra está disponible en acceso abierto bajo licencia Creative commons 2.5 (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>)

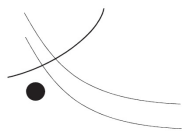
Directora de la colección: Geraldine Rogers

Consejo Editor: Miguel Dalmaroni, Enrique Foffani, Sergio Pastormerlo, Carolina Sancholuz, Verónica Delgado

Coordinación y producción editorial: Federico Gerhardt, Laura Giaccio, María de los Ángeles Mascioto

Diseño de tapa: Sara Guitelman

Diagramación: Verónica Feinmann



BIBLIOTECA ORBISTERTIUS

Colección digital del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria

<http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar>

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

ÍNDICE

Agradecimientos	6
Estudio preliminar	8
Introducción	9
La lengua popular	26
La literatura popular	47
La lengua de Giacumina	71
El naturalismo y la literatura giacumina	90
<i>Enriqueta la criolla</i> (1886)	115
<i>La hija de Giacumina</i> (1887)	129
Bibliografía	149
Nota sobre la edición	163
Los textos	164
<i>Enriqueta la criolla</i>	165
<i>La hija de Giacumina</i>	214
Juicios críticos	267

Agradecimientos

Los ejemplares sobre los que trabajamos en esta edición han sido conservados dentro del legado de Robert Lehmann-Nitsche en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, cuya autorización para la publicación de textos e imágenes, asesoramiento y buena voluntad para participar de esta edición conjunta quisiéramos agradecer aquí, especialmente a Peter Birle, Barbara Göbel y Gregor Wolff. También agradecemos el apoyo, la generosidad y la paciencia de los responsables de la colección Biblioteca Orbis Tertius, especialmente de su directora Geraldine Rogers, y por último a Robin Oldenzeel, Soledad Pereyra y Clara Ruvituso, quienes en distintos momentos, desde Berlín, nos proporcionaron una ayuda muy importante en la recolección de materiales faltantes. La generosa erudición de Oscar Conde también acudió en nuestro socorro cuando precisamos de ella.

En diversos momentos, a lo largo de la concepción y desarrollo del proyecto, algunos aspectos del mismo fueron presentados en coloquios especializados en los que recibimos valiosos aportes de colegas, como en el *II Simposio Internacional “Un mundo escrito”* (Puerto Iguazú, 2014), el *I Congreso Latinoamericano de Glotopolítica* (Santiago de Chile, 2015), el Kolloquium conjunto de las cátedras de Lingüística y Literatura del Instituto de Romanística de la Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg (cátedras de Ralph Ludwig y Thomas Bremer, Halle, 2015) y el *Coloquio siglo XIX*.

Nuevas perspectivas y herramientas críticas, organizado por Hernán Pas (La Plata, 2015). También ha sido de gran ayuda la discusión al interior de los proyectos de investigación en que se inscribe este trabajo, tanto el PI H710 “Comenzar el archivo, comienzos en los archivos. Reformulaciones teóricas y metodológicas acerca de los lugares de archivación como espacios de emergencia, memoria y construcción de tradiciones”, (dir. Graciela Goldchluk) como el PICT 2014-1688 “Ideologías lingüísticas en la prensa escrita en Argentina (1810-1930). Corpus, teorías, métodos”.

ESTUDIO PRELIMINAR

Introducción

Los dos textos que aquí nos ocupan pertenecen a una serie que, justamente debido a su condición precaria y liminar, reviste un especial interés para distintas disciplinas y enfoques. La historia literaria, social, cultural, lingüística, desde distintos abordajes, pueden encontrar en estas páginas un rico material de análisis, aún escasamente investigado. Considerados, desde el momento de su aparición, por fuera de los límites de lo que en ese momento constituía más un objeto de deseo que una institución consolidada –la literatura–, los mismos entran solo subsidiariamente en la agenda publicada y conservada por sus contemporáneos, y cuando son mencionados, lo son con esperable desdén. La posteridad tampoco se ocupó de ellos. Pertenecen a una serie iniciada por un texto en extremo célebre entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, y prácticamente desaparecido luego para cualquier forma de la tradición, por lo que todo juicio dentro de esa serie no hace más que subrayar la condición fugaz, descartable, de sus componentes.

Estos textos tampoco poseen una lengua. A primera vista, su pertenencia a las distintas formas del canon de la tradición o el corpus de la investigación resulta al menos controversial. En ellos no está bien claro quién habla, ni en qué habla. Quedan descartados desde el comienzo para la función canónica, ejemplificadora que se procuraría otorgar a la literatura en la formación de una lengua

(homogénea, hegemónica, monolítica) para la nación y sus ciudadanos. Pero tampoco son fiables como corpus o testimonio de una situación de contacto tan potencialmente rica para la investigación lingüística como la que se produce en los espacios urbanos subrepticamente sobrepoblados del Río de la Plata en este período. Porque, claro está, es muy difícil saber quién habla, aunque puede sospecharse que no es el informante ideal, el sujeto del contacto que debe adquirir una lengua de llegada, sino que su lengua, como se verá, *les es hablada*. Como el *Appendix Probi*, nos cuentan lo que un oído alfabetizado, formado en la monoglosia de la cultura de acogida, oye en el habla del otro —aquí, en el intento del inmigrante italiano de hablar el español local—, y lo reproduce —en este caso no como admonición sino como burla—.

Se trata de dos novelitas, aparecidas en forma de folleto, en fecha próxima al comienzo del corpus que integran: una es *Enriqueta la criolla (so historia)*, “pe il mimo Dueño de la Zapatería de los Anquelitos”, publicada en Buenos Aires en el año 1886 por Luis Maucci, casa editora española con especial dedicación al mercado de la literatura popular. El ejemplar conservado se declara en la portada como “Segunda edición” y anuncia una continuación al final del volumen de la que no hemos encontrado registro. La otra es *La hija de Giacumina*, que al igual que *Enriqueta* sitúa a un observador dentro del relato en el rol del autor, “per il porteros de la casa di Matirde”, y aquí también lo hace con el del editor, declarando su emplazamiento en Buenos Aires y su denominación como “Establecimiento tipográfico din migo di Giacumina”, y la fecha de edición en 1887. De *Enriqueta la criolla*, además del ejemplar conservado en el IAI, se encuentra uno en la biblioteca de la Academia Argentina de Letras, cuya imagen escaneada ha sido recientemente subida a la web a través de Wikimedia. En cuanto a *La hija di Giacumina*, no hemos tenido noticia de la existencia de más ejemplares conservados.

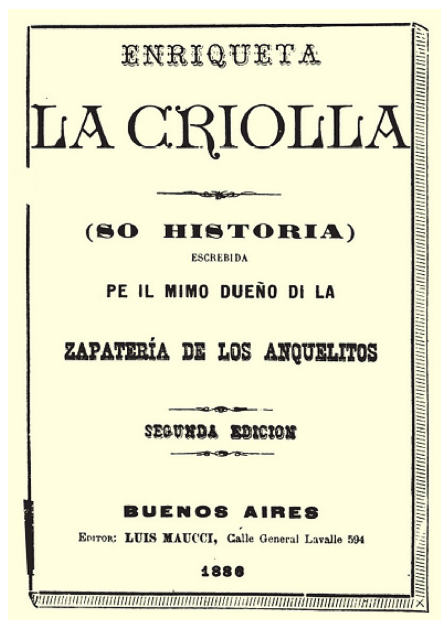


Figura 1. Imagen de la portada del ejemplar de *Enriqueta la criolla* (1886) de la AAL, disponible en la web a través de Wikimedia

En su ya clásico libro de 1988, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Adolfo Prieto se ocupó de exhumar un extenso corpus de literatura popular de amplia circulación a partir de fines del siglo XIX, vital en el proceso de formación de un público lector, así como en la difusión, tensión y disputa de las representaciones del sí mismo y de sus otros en la conformación de los discursos de la nacionalidad. El libro de Prieto daba noticia de la existencia de un archivo de la literatura argentina tan populoso como olvidado, que permitía releer toda una época. El archivo referido es la “Biblioteca criolla” legada por Robert Lehmann-Nitsche al Instituto Ibero-Americano de Berlín, donde quien fuera profesor de

la Universidad de La Plata y director de su Museo de Ciencias Naturales había atesorado numerosos ejemplares provenientes de este subsistema o sistema alternativo a aquel que, producido y consumido fundamentalmente por la élite letrada, sobrevivió en las antologías escolares y las historias literarias como *la literatura*. Se trataba, de acuerdo con el autor, de una suerte de sistema literario paralelo al de la cultura letrada legítima y sus circuitos entonces también en proceso de expansión y afianzamiento. La figura central de ese corpus, es sabido, era la de las ficciones de Eduardo Gutiérrez, y en general la literatura popular criollista: los versos de inspiración gauchesca, cancioneros de diverso tipo, relatos breves, entre otros.

Para escándalo de las clases patricias criollas, esta literatura popular abundaba en piezas que soliviantaban las diversas formas de la moral o la normativa considerada deseable, en distintos niveles. El ejemplo paradigmático de esto lo constituye *Los amores de Giacumina*, historia que aparece por primera vez a mediados de la década de 1880 y de la cual se encuentran versiones en verso, como novela breve —e incluso sería llevada al teatro— hasta 1909. La historia versa sobre los enredos amorosos de Giacumina, hija de inmigrantes genoveses, en el barrio de la Boca, con diferentes personajes que van desde otros estereotipos del inmigrante (inglés, francés, vasco), hasta el mismo presidente Sarmiento.¹ La obra tendría en sus primeras versiones una acogida popular muy amplia, además de cierto reconocimiento en el ámbito de la cultura letrada.

La pésima factura del impreso contribuye a la fragilidad de un archivo asediado desde el comienzo por su propia ilegitimidad de cara a los valores de la cultura letrada. En este sentido, insistiremos, la

1. V. Ángela Di Tullio, *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 2003, p. 95; Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 57.

exhumación de estos textos encuentra su motivación en su condición de documentos cuya desaparición de cualquier forma de la historia (de la lengua, de la cultura, de la literatura) se ve tematizada recurrentemente. Rubén Darío la pondrá en valor, emulando la hoguera del escrutinio de la biblioteca del capítulo VI del *Quijote* de 1605, al rescatar *Los amores de Giacumina* entre los nombres de la literatura consagrada en el circuito culto. Así lo refiere Prieto:

El poeta, como se sabe, después de rechazar el sirope de *María* y el pan salado de *Amalia*, después de separar del lote de buenas intenciones y fracasos a los nombres de Cambaceres y Martel, acabará concediendo: ‘El resto, si queréis, quemadlo; pero si al echar el montón al fuego encontráis *Los amores de Giacumina*, os pido que me lo remitáis’.²

La nota no carece de interés, si se piensa en ella tomando en cuenta el trabajoso parto de la modernidad literaria en la emergencia de la novela naturalista. En 1898, entonces, el propio Rubén Darío encuentra, al borde de la hoguera cervantina, el nombre de Giacumina como el único digno de sobrevivir al fuego. No era el primero en establecer ese vínculo. En su recepción inmediata, uno de los textos críticos aparecidos en la prensa —que encontramos recopilados como apéndice al volumen de *Enriqueta la criolla*—, proveniente de *El Progreso*, no solo insiste en señalarla como verdadera obra naturalista local, sino aún más, como Quijote de los ensayos del género: “Así pues, Giacumina, no solo porque se roza con ciertos límites insalvables a la moral, es una obra de la nueva escuela sino un Quijote, llamada a dar a los demonios con esos inconcebibles libros de caballería que trocaren la lanza por el fórceps”. Tampoco carece de relevancia el modo en que Darío enuncia el pedido:

2. Prieto, *op. cit.*, p. 58.

“si al echar el montón al fuego encontráis *Los amores de Giacumina*”. La memoria del texto aparece así ya improbable, amenazada.

Dos rasgos sobresalían a primera vista en este texto y sus secuelas: la forma lingüística y la temática erótica humorística, ambas formalmente confusas y moralmente equívocas. La lengua en que estaba escrita pretendía reproducir los rasgos habituales del contacto lingüístico entre los inmigrantes italianos y los hablantes del español local. La representación del otro comenzaba así por la imitación burlesca de su lengua que iba acoplada a la de su denigración moral, que en la representación complementaba la avidez de lucro de los padres con la lujuria desmedida de la hija. Lo llamativo en este caso es que, si bien la primera versión novelada (atribuida a Ramón Romero) presenta el uso del etnolecto secundario³ en toda la extensión del relato,⁴ en la refundición en verso de 1910, *Giacumina*, hija de inmigrantes, frente al cocoliche de sus padres, habla un español rioplatense casi sin rastros de la lengua de aquellos. Si al principio *Los amores de Giacumina* representa otra forma de impostar la voz del otro, posteriormente agregará a ello la ficcionalización del abandono de la lengua de los padres en la segunda generación.

3. Con respecto a este concepto puede consultarse el trabajo de Ben Rampton, *Crossing: Language and Ethnicity among Adolescents*, London/New York, Longman, 1995 y el de Peter Auer, “‘Türkenslang’: Ein jugendsprachlicher Ethnolekt des Deutschen und seine Transformationen”, en Häcki Buhofer, Annelies (ed.): *Spracherwerb und Lebensalter*, Tübingen/Basel, Francke, 2003, 255-264. Con respecto al funcionamiento del mismo en el examen del corpus que aquí nos ocupa, ver Juan Ennis, “Sprachkontakt und Sozialkonflikt: *cocoliche*, oder die Inszenierung sprachlicher Alterität”, en König, Torsten, et al. (eds.). *Rand-Betrachtungen. Beiträge zum 21. Forum Junge Romanistik (Dresden, 18.-21.5.2005)*, Bonn, Romanistischer Verlag, 2006, 115-129; *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, Frankfurt et al., Peter Lang, 2008; “Italian-Spanish contact in early 20th century Argentina”, *Journal of Language Contact* 8, 1, 2015, pp. 112-145.

4. Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 57.



Figura 2. Portada de *Los amores de Giacumina*, Buenos Aires, Salvador Mather, 1910.
Versión en verso, en español rioplatense, salvo el discurso directo
de los personajes extranjeros.

La temática erótica se presenta irreverente desde el comienzo, con la imagen de Giacumina y sus piernas *gurdas* en la puerta de la fonda paterna, e impulsa su derrotero vital, hasta la muerte temprana. Como lo describe Edwards al reseñar la versión de Ojeda y Carbone,

Romero narra sin tapujos la voracidad sexual de Giacumina, personaje que causaría envidias al mismísimo Armando Bo o al norteamericano Russ Meyer. Proto Isabel Sarli, Giacumina es objeto

del deseo de todo el barrio y tiene como base de operaciones la fonda familiar. El relato muestra el vertiginoso periplo de Giacumina, su ascenso y caída, todo en el transcurso de apenas un par de años.⁵

Como se verá más adelante, moral sexual y moral de la lengua participan de un entramado común, en diálogo con la prensa y la literatura de la élite letrada, y las cuales a su vez son interpeladas de diversos modos por los textos que aquí se presentan.

En el mismo 1886, poco después de la aparición del éxito atribuido a Ramón Romero, *Enriqueta la criolla* intervenía en el mismo registro, ofreciendo una ficción introducida explícitamente como respuesta desde la comunidad de origen italiano, en la misma lengua, en otra ubicación. La novelita, que consignaba ya en el mismo año una segunda edición, comenzaba con unas palabras dedicadas “Al iscrebidor macanudo di los Amores di Giacumina”, en las que le reprochaba que tomase a la hija de un pobre fondero como personaje de sus andanzas amorosas y además le diera un final tan atroz, arguyendo que también en las hijas de la alta sociedad criolla podían encontrarse conductas reprobables, como esos “trapicheos” de los que —como propietario de una tradicional zapatería céntrica— él mismo era habitualmente testigo directo.

Enriqueta la criolla aparece, por un lado, en el mismo circuito que *Los amores de Giacumina* y como respuesta a su éxito y a las formas de representar al inmigrante italiano (sobre todo a la mujer), y en ella la voracidad sexual, la inmoralidad y la corrupción son ubicadas en los barrios de las clases acomodadas de Buenos Aires, los criollos ricos. *La hija di Giacumina*, en cambio, pulsa la cuerda naturalista con mayor ahínco, sin abandonar por ello la dominante

5. Rodolfo Edwards, “La estética del cocoliche”, *Ñ. Revista de Cultura* 8, 396, 2011.

bufo. La hija de Giacumina se situará en el margen, pero no ya exclusivamente en el barrio de La Boca, la fonda y el conventillo, sino que extenderá su radio al sometimiento, la prostitución, la violencia y el abandono en el conventillo, el hospital, el prostíbulo, el circo, la calle, la comisaría. La voracidad sexual de la hija no será tanto el motor de la ficción como en su antecedente, ya no será el personaje femenino predador sino presa, cuerpo fuera de la *polis*, mujer, inmigrante, menor y pobre, expuesta a los avatares de un transcurrir por los márgenes del espacio urbano, en los cuales su sexualidad sigue siendo el asunto de la ficción, pero esta vez de un modo completamente diverso.

Recientemente se han realizado dos ediciones de textos de esta serie, cuya contribución al conocimiento de esta zona del archivo de nuestra cultura resulta particularmente valiosa, y marca de algún modo los puntos de partida y llegada para la historia de este particular corpus. Por una parte, Ángela Di Tullio e Ilaria Magnani publicaron, en la colección “Los raros” de las ediciones de la Biblioteca Nacional, el texto de la primera edición en folletín, aparecida en las páginas de *El Liberal*, de *Los amores de Giacumina* (1886), así como la versión dramática de Agustín Fontanella (1906), una versión en verso y lenguaje gauchesco, “Los amores de Yacomina, hecho a faconazos por el gaucho Juan Cuervo” (Montevideo, 1886), *Marianina* (publicada también en las páginas de *El Liberal* en 1886, después de *Los amores de Giacumina*), y finalmente el artículo con el que en 1959 Luis Soler Cañas daba noticia de esta serie.

Por otra parte, y en el mismo 2011, Ana Ojeda y Rocco Carbone publicaron *Los amores de Giacumina* en la editorial El 8vo. Loco, otorgando a Ramón Romero ya plenamente al lugar de autor que había rehusado desde un comienzo para su historia, permaneciendo en un anonimato formal en todas sus versiones, a pesar de que era conocido de todos (como se pone de manifiesto en las reseñas

y comentarios que aparecen en la prensa de la época) que de él se trataba. Esta edición se realiza sobre la base de la novena, aparecida en Montevideo casi un cuarto de siglo después, en 1909.

Finalmente, en el proceso de digitalización de los materiales del legado Lehmann-Nitsche llevado adelante por el Instituto Ibero-Americano de Berlín, es de esperar que próximamente podamos acceder a las imágenes de los ejemplares sobrevivientes de la serie disponibles en estos fondos.⁶

La obra tendría en sus primeras versiones una acogida popular muy amplia, además de cierto reconocimiento en el ámbito de la cultura letrada. Verdadero “pequeño *boom*”, como describe el fenómeno Oscar Conde,⁷ dicho éxito constituye probablemente la causa de su refundición en verso y de la aparición de la historia de *Marianina*, *Enriqueta la criolla* y *La hija de Giacumina*. Además de las versiones y ediciones mencionadas, sabemos también que en 1901 se estrena, con música de Antonio Podestá, *La fonda del pajarito*, de Rodolfo Puga,⁸ y en el n° 63 de *Caras y Caretas* (Montevideo, 27 de septiembre de 1891) se encuentra un poema “cocolichesco” dedicado a Marianina, mentando la historia narrada en el folletín

6. Agradecemos aquí al Dr. Gregor Wolff por habernos informado con respecto a la consideración de los materiales de la Biblioteca Criolla dentro del proyecto de digitalización de los fondos de la biblioteca del IAIK. Los fondos ya digitalizados pueden consultarse en <http://digital.iai.spk-berlin.de/viewer/>

7. “La perduración en el tiempo de la novelita de Romero, que conoció varias reimpressiones, alentó la publicación de otros títulos en la misma línea [...], producciones que convirtieron a la literatura *giacumina* en un pequeño *boom*, ya que se imprimían millares de ejemplares de cada uno de estos breves textos” (Conde, Oscar, *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*, Buenos Aires, Taurus, 2011, p.182).

8. José Podestá, *Medio siglo de farándula (memorias de José Podestá)*, edición de O. Pellettieri, Buenos Aires, Galerna, 2003, p. 118.

de *El Liberal*. Magnani⁹ también habla de una versión en verso y otra en prosa de *Lis amoris di Bachichin cum Giacumina*, ambas de 1900. Además, claro, del anexo esperable en el género y que de algún modo antecede una larga tradición posterior, que son las “Milongas giacuminescas” al final de *La hija de Giacumina* de 1887. Giacumina llega también al tango, por ejemplo, en “Míster Whisky” (1909), donde la letra de Ángel Villoldo imposita la voz de un beodo inglés que en la enumeración de sus gustos mundanos introduce el nombre de la muchacha: “Mi estar un inglés alegre/ moi excéntrico también;/ gostarme mocho la farra/ y gostarme la moquer./ Mi gostarme Giacumina,/ mi gostarme Concepción,/ y también la Torotea,/ con toda la corazón”.

Las minorías dirigentes, la élite letrada criolla, miran con asombro estupor la monstruosidad de la urbe que sus propios proyectos han contribuido a levantar, y procuran canalizar su desarrollo, reacomodar los términos de su hegemonía. Ángel Rama describió con claridad el impacto que en la ciudad letrada produce la explosión de la gran aldea en metrópoli a través de la confluencia de ingentes migraciones internas y externas:

La *ciudad real* era el principal y constante opositor de la *ciudad letrada*, a quien ésta debía tener sometida: la repentina ampliación que sufrió bajo la modernización y la irrupción de las muchedumbres, sembraron la consternación, sobre todo en las ciudades atlánticas de importante población negra o inmigrante.¹⁰

9. Ilaria Magnani, “Giacumina e Marianina. La rappresentazione dell’immigrazione italiana in Argentina in due romanzi popolari di fine ‘800”, *Rivista dell’Istituto di Storia dell’Europa Mediterranea*, 6, 2011, p. 225.

10. Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998, p. 76.

La ciudad modernizada, cabeza de puente en la integración al mercado-mundo, es el espacio de un desarraigo generalizado:

los ciudadanos ya establecidos de antes veían desvanecerse el pasado y se sentían arrojados a la precariedad, a la transformación, al futuro; los ciudadanos nuevos, por el solo hecho de su traslado desde Europa, ya estaban viviendo ese estado de precariedad, carecían de vínculos emocionales con el escenario urbano que encontraban en América y tendían a verlo en exclusivos términos de interés o comodidad. Eran previsibles los conflictos y la literatura de la época los reflejó, aunque acentuando el matiz xenófobo, pues fueron los ciudadanos ya establecidos, descendientes de las viejas familias, quienes escribieron.¹¹

Los que escribieron, al menos, para el circuito letrado. Apoyándonos en Prieto podríamos rectificar, los que escribieron *libros* al menos, y los que se ocuparon de su tradición, o mejor dicho, de hacerlos tradición conservándolos y transmitiéndolos a través del sistema escolar:

En la mayoría de los manuales de historia literaria escritos desde entonces, en los depósitos de las bibliotecas públicas, en las listas de textos escolares, en la celebración de los fastos, en todo lo que supone memoria y recuperación oficial del pasado, el espacio ocupado por el *corpus* de la primera literatura popular es prácticamente un espacio en blanco.¹²

11. Rama, *op. cit.* 1998, p. 76-77.

12. Prieto, *op. cit.*, p. 21.

Para el estudio de la producción y circulación del impreso en esta época se cuenta con lo que la crítica especializada en este terreno no duda en considerar “un registro bibliográfico de excepción cuyo valor documental quedó potenciado por la coincidencia entre los años de su publicación (1880-1888) y los de la etapa inicial de la modernización de la cultura letrada en Argentina”,¹³ esto es, el *Anuario bibliográfico* de Alberto Navarro Viola, al que Néstor Auza ha descrito como “la única fuente que disponemos especializada en investigaciones estadísticas y bibliográficas”.¹⁴ Al indagar en el volumen correspondiente a 1886, Prieto verifica la enorme expansión de esta literatura marginal, y subraya la especial condena que merecían dos títulos en particular: *Los amores de Giacumina per il hico dil dueño de la Fundita del Pacarito*, y *Enriqueta la criolla. So historia, escribida pe il mimo dueño di la Zapatería di los Anquelitos*. “Del primero dirá el comentarista, lacónicamente: ‘groseras imbecilidades escritas imitando la manera como hablan el español algunos italianos’. Y del segundo: ‘Sandeces de la misma manera que *Los amores de Giacumina*’”.¹⁵ Sin embargo, como observa Pastormerlo, “el *Anuario* recogió de un modo irregular y parcial la creciente producción de literatura popular”¹⁶, y al examinar hoy la edición dedicada al siguiente año, podemos comprobar que la misma no contiene referencia al segundo entre los textos que aquí nos ocupan, secuela de *Los amores de Giacumina*, *La hija de Giacumina*, aunque en su sección “Literatura” la publicación a la que más extensa y elogiosamente se dedica es nada menos que *En la*

13. Sergio Pastormerlo, “1880-1899: el surgimiento de un mercado editorial”, en José Luis de Diego (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina 1880-2010*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p. 4.

14. Néstor Auza, *La literatura periodística porteña del siglo XIX. De Caseros a la Organización nacional*, Buenos Aires, Confluencia, 1999, p. 39.

15. Adolfo Prieto, *op. cit.*, p. 57.

16. Sergio Pastormerlo, *op. cit.* 2006, p. 6.

sangre, de Eugenio Cambaceres, aparecida como folletín en el diario *Sud-América*, que luego la publica en forma de libro, novela que es a su vez el epítome de la representación literaria del inmigrante como amenaza e infección en el cuerpo social en la literatura de la élite, que incorpora en el comienzo asimismo (como veremos más adelante) su propia representación de la lengua de contacto.

Al introducir estas ficciones quisiéramos detenernos, justamente, en la compleja cuestión de archivo que plantean. Son textos supervivientes, están fuera de la lengua, de la literatura, de sus historias y de la historia, y sin embargo, tienen mucho para decirnos de ellas. No pretendemos aquí exagerar su relevancia, aunque sí creemos que pueden contribuir a interpelar esos conocimientos, a volver sobre ellos de otro modo. Su precariedad material y simbólica los hace inestables en su misma condición de documentos literarios. Es poco lo que sabemos de ellos, ya que toda la información que reclamaríamos normalmente a un libro nos es escamoteada por estos folletos: muchas veces, la única información con la que contamos es la del anclaje en el tiempo y en el espacio, quizás también la editorial, aunque no siempre. Los autores usan seudónimos, no conocemos su tirada, la mención más o menos general y a grandes rasgos de sus personajes está muy lejos de considerar necesario entrar en detalles y descripciones minuciosas y la recepción, en el caso de los textos que publicamos, es escasa o nula, al menos en su registro impreso, hecho público, conservado.

La historia de los textos y su tradición, de la lengua misma que hablan, está signada por esta condición de supervivencia, de forma que, marginal y popular en su época, constituye el resto a eliminar en el procedimiento selectivo de la tradición, que forma el corpus de la lengua y la literatura de la nación. En este caso, la pregunta formulada por Didi-Huberman acerca del “milagro” de la supervivencia de un libro, una imagen, que lo lleva justamente a postular el “ser horadado” del archivo, se vuelve, una vez más, particularmente rele-

vante.¹⁷ Sobre esa hipótesis de base quisiéramos comenzar a trabajar aquí, pensando cómo este corpus puede contribuir a leer el modo de operar en la historia de la lengua y la literatura en la Argentina de fines del siglo XIX aquello que Williams llamaba “tradición selectiva”.¹⁸ Retomando interrogantes planteados de distinto modo en trabajos previos¹⁹ acerca del complejo estatus de los mismos como corpus para un aspecto de la historia de la lengua que no cuenta con otras formas de documentación, nos proponemos abordar el espacio en que se entraman, pensando en ellos como contemporáneos de la emergencia de la novela (sobre todo naturalista) en Argentina.

17. “¿No deberíamos, cada vez, en cada serena y feliz ocasión en la que abrimos un libro, reflexionar sobre cómo fue posible el milagro de que este texto llegara hasta nosotros? Hay tantos obstáculos. Tantas bibliotecas fueron incendiadas. ¿No deberíamos asimismo, cada vez que observamos una imagen, reflexionar acerca de qué es lo que detuvo su destrucción, su desaparición? Puesto que destruir imágenes es algo tan fácil, tan acostumbrado en todas las épocas. Por eso debemos, cada vez que procuremos afrontar la construcción de una interpretación histórica –o de una ‘arqueología’ en el sentido de Michel Foucault–, cuidarnos de equiparar el archivo del que disponemos –siquiera aproximativamente– con las acciones y los hechos de un mundo del cual siempre arroja solo algunos restos. Lo propio del archivo es su hueco, su ser horadado. Ahora bien, los agujeros son frecuentemente el resultado de censuras arbitrarias o inconscientes, destrucciones, agresiones o autos de fe: el archivo, con frecuencia, es gris, no solo a causa del tiempo discurrido, sino también por la ceniza del entorno, de lo carbonizado. En la medida en la cual descubrimos en cada página que no ardió, nos damos cuenta de la barbarie que –como tan acertadamente lo describiera Walter Benjamin– está testimoniada en cada documento de la cultura. ‘La barbarie se esconde en el concepto mismo de la cultura’, escribe Benjamin. Esta afirmación es tan cierta como la conclusión inversa: ¿No deberíamos reconocer en cada documento de la barbarie (por ejemplo de la barbarie que nos rodea) algo así como el documento de la cultura que nos arroja no tanto la historia en sentido estricto como, mucho más, su arqueología?” (Georges Didi-Huberman “Das Archiv brennt”, en Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.), *Das Archiv brennt*, Berlín, Kadmos, 2007, p. 7, la traducción es nuestra).

18. Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977.

19. V. Juan Ennis, *op. cit.* 2006, 2008, 2015.

En relación con esto, podemos contraponer los escasos ejemplares que se conservan de “literatura giacumina” con la pervivencia de las novelas de la alta cultura porteña publicadas por esos mismos años. Fabio Espósito señala que de las catorce novelas naturalistas argentinas que ha tomado como corpus para estudiar el proceso de emergencia de la novela nacional, publicadas entre 1882 y 1892,

salvo *Fruto vedado* (1884) y *Ley social* (1885), todas las novelas seleccionadas han contado con ediciones posteriores, lo que indica que éste ha sido en líneas generales el corpus que fue consagrado en la tradición literaria como el de las primeras novelas modernas de la alta cultura o las novelas de los patricios del ochenta.²⁰

Desde luego, esta situación ha cambiado sensiblemente en las últimas décadas. El giro archivístico que caracteriza a los estudios literarios y sus inmediaciones alcanza también a este mismo corpus. De hecho, lo llamativo del caso es que, salvo excepciones conocidas y no del todo sumergidas en el olvido en el tiempo transcurrido entre el apogeo de ese circuito del impreso y la investigación de Prieto (como las novelas de Eduardo Gutiérrez), a nadie sorprendió que la exhumación, descripción, análisis histórico y crítico del mencionado archivo no conllevaran su difusión. Estudiar, dar cuenta de un corpus sumergido es algo bien distinto de ofrecerlo a la lectura. Desde luego, no se trata aquí de reprochar nada a Prieto, sino de subrayar la incidencia que en los términos de la discusión cobra no solo el crecimiento del interés (no exclusivamente académico) por la cultura popular, sino sobre todo las posibilidades

20. Fabio Espósito, *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2009, p. 14.

técnicas de acceso, difusión y circulación de textos, imágenes, documentos. Buena parte de ese corpus y productos similares comenzaron en los últimos años a observarse más de cerca, a editarse, a difundirse, integrándose progresivamente al mapa de la historia cultural. Este circuito se articulaba con prácticas del circuito popular, ajenas a la cultura impresa, como el circo o la canción. Prácticas y objetos antes ajenos al campo de observación de la teoría y la crítica se integran cada vez en mayor medida al horizonte de un archivo, una vez más, que habla por sus fisuras. Esperamos que este volumen pueda contribuir de algún modo, por mínimo que sea, al paciente trabajo de ensanchar ese horizonte.

La lengua popular

El siglo XX, comienza en varios puntos del mundo de habla hispana, probablemente como una consecuencia más de lo que se conoció como el “desastre del 98” –y sin dudas como parte de ese clima–, con encendidos debates en torno al futuro de la lengua española en América. Hay dos líneas fundamentales para esos debates, nacidas de sendos textos, cada cual a su modo inscripto en el aún novedoso terreno de las ciencias del lenguaje en habla hispana. Uno, el primero, es el célebre prólogo de Rufino José Cuervo al *Nastasio* del hoy bastante menos célebre poeta argentino Francisco Soto y Calvo, en 1899. El otro, de 1900, es el volumen de Lucien Abeille, *Idioma nacional de los argentinos*. Irónicamente, ambos se publican en París, y encuentran su eco en distintos medios impresos de Madrid, Buenos Aires, México, Bogotá, entre otros centros.²¹

21. Hay una extensa bibliografía sobre ambas polémicas. Remitimos a nuestros propios trabajos previos sobre el tema, donde la misma se encuentra asimismo reunida (Juan Ennis *op. cit* 2008; “El uso, la propiedad y el valor en el debate de la lengua americana, *Anclajes*, 18, 2014, pp. 19-34; “Rudolf Lenz: economías de la lengua y políticas de la lingüística”, *Boletín de Filología*, Universidad de Chile, 51, 2016, pp. 117-145; Juan Ennis y Stefan Pfänder, “La unidad de la lengua y la irrupción de la lingüística: el caso Cuervo”, *Revista Argentina de Historiografía Lingüística*, 1, II, 2009, pp. 175-194 2013; Stefan Pfänder y Juan Ennis, “Migración sin retorno, pero con devolución: Rufino José Cuervo, August Friedrich Pott y la muerte del español

El primer capítulo del libro de Abeille comenzaba (en una muestra de su aparentemente deliberada displicencia ortográfica, tipográfica y gramatical) con una afirmación contundente, para entonces bastante trillada, aunque no por ello carente de vigor: “‘Una nación, ha escrito Renan, es una alma.’ La manifestación de la actividad de esta alma se traduce por la lengua. Si el estilo es el hombre, así también la lengua de un pueblo es este mismo pueblo”.²² Las siguientes páginas se dedicaban a convocar en su apoyo para esta afirmación a los nombres más salientes de las ciencias del lenguaje en el siglo XIX. Toda una tradición científica resumida para un público inicialmente lego en su dimensión política central.

Ambos, Cuervo y Abeille, vaticinaban distintas formas de disgregación futura o en curso de la lengua española, en función de la formación de nuevas naciones, que encontraban su sustrato en una materia prima de lo popular que las clases letradas debían inquirir, interpretar y modelar debidamente. Así aparecía la literatura, en Cuervo, en las primeras entregas de su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, en 1886, como aya o jardinera (Zygmunt Bauman ha trabajado largamente la metáfora²³), en una definición de la soberanía popular sobre la lengua prototípica para la representación del lugar del pueblo desde el Romanticismo (y sobre todo desde su filología) como reservorio fiel de la lengua y la tradición, a salvo de las amenazas de la modernidad.

Un estudio de caso a partir de una correspondencia y una polémica académicas”, en Andreas Gelz y Marco-Thomas Bosshard (eds.), *Return Migration in der Literatur- und Kulturgeschichte der Romania*, Freiburg, Rombach, 2014, pp. 143-179.

22. Lucien Abeille, *Idioma Nacional de los argentinos*, París, Bouillon, 1900, p. 1.

23. Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

El elemento popular aparece en el Diccionario no solo como la materia prima del idioma, germen que crece al aliento de la literatura, sino que va representado por una muchedumbre de voces, metáforas, locuciones y refranes que acaso jamás se han estampado en los libros. Ni podrá excluirse tal elemento: el cuerpo de la nación, el pueblo formó la lengua, el pueblo conserva fielmente el depósito tradicional, lejos de influencias extrañas é inaccesible al incierto vaivén de la moda.²⁴

La lengua es del pueblo, pero el paso de la condición de muchedumbre (humana o verbal) a la de pueblo, depositario de la tradición, viene dado por la admisión en los libros, la stampa, el espacio donde se integra, como materia prima, material bruto procesado por la cultura letrada, en la superficie aparentemente homogénea de la página impresa.²⁵ El pueblo es el cuerpo de la nación, no casualmente asociado a la noción de “muchedumbre” léxica indistinta en el diccionario, es al mismo tiempo fiel depositario de la tradición, y resulta supuestamente inmune a los dos peligros que el discurso purista pretendía conjurar en la época: la voluble moda y la influencia foránea (que muchas veces tendían a confundirse).

Esa pregunta por lo popular recorre medularmente la articulación entre lengua, política y cultura en la modernidad. Si bien adquiere rasgos propios en cada espacio concreto, es la extensión de su fórmula lo que le otorga su eficacia y representatividad. De este

24. Rufino José Cuervo, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, tomo I, París, Roger y Chernovitz, 1886, p. XXVIII.

25. En este aspecto, puede considerarse el caso de los hermanos Grimm, tal como lo estudian Bauman y Briggs (*Voices of Modernity. Language Ideologies and the Politics of Inequality*, Cambridge, New York y otros, Cambridge University Press, 2003), el caso paradigmático de generación de un producto para el mercado y el público letrado a partir de la materia prima de la cultura popular.

modo, la simbiosis de lengua y pueblo aparece como un magma fundamental, dispositivo básico de los nacionalismos modernos. “No tenemos, en rigor, la menor idea de lo que es un pueblo ni de lo que es una lengua [...], y, sin embargo, toda nuestra cultura política reposa sobre la puesta en relación de estas dos nociones”, asevera Giorgio Agamben en un breve ensayo contenido en el volumen *Medios sin fin. Notas sobre la política*, bajo el título de “Lenguas y pueblos”, a propósito de su lectura del volumen de la sociolingüista Alice Becker-Ho sobre el lugar de la llegada de los gitanos a Francia en el origen del argot durante el otoño de la Edad Media. Situando esta conjunción en el siglo XIX y observando la profunda influencia de lo que llama “ideología romántica” sobre la lingüística moderna, insiste en que la época intentó aclarar algo oscuro como el concepto de pueblo con algo todavía más oscuro como el concepto de lengua, para finalmente señalar que la asunción por parte de la política del *factum pluralitatis* y de parte de la lingüística del *factum loquendi* constituyen dos presupuestos necesarios de términos en última instancia inaccesibles a la ciencia. Sin embargo, insistirá, “la simple correspondencia entre estos dos hechos funda nuestro discurso político moderno”.²⁶

El dispositivo de la lengua nacional (una, relativamente homogénea, discretamente ubicada en una geografía precisa, transparente en su significación pero al mismo tiempo pletórica de iconicidad e indexicalidad²⁷ para anclar la pertenencia del individuo al grupo), aquel que nace de la identificación de lengua y pueblo, revela así

26. Giorgio Agamben, “Las lenguas y los pueblos”, en *Medios sin fin. Notas sobre política*, Valencia, Pre-textos, 2001, p. 59.

27. Cfr. Judith Irvine y Susan Gal, “Language ideology and linguistic differentiation”, en Kroskrity, Paul (ed.), *Regimes of Languages Ideologies, Politics and Identities*, Santa Fe (e.o.), School of American Research Press, 2000, pp. 35-83.

su juventud y su carácter aporético. Sin embargo, su efectividad no deja de ser inmensa y extendida en el tiempo, convirtiendo una forma históricamente situada de gestión y concepción de las prácticas y representaciones de la lengua en naturaleza y universal. La lengua común, compartida, homogénea y hegemónica, ordenadamente distribuida entre el uso regular y normado de las clases ilustradas y el sustrato compartido de la tradición popular coloquial, como lo ha demostrado, entre otros, Susan Gal, es un artefacto que la Europa de Herder inventa para el mundo.²⁸ El problema de la lengua adquirirá entonces sus rasgos propios justamente a partir de la necesidad de regular, al crearlo, el espacio público. Siguiendo a Gal y Woolard, las “categorías culturales de la comunicación”, que incluyen todas las variantes de aquello que llamamos lengua, son construcciones con agentes precisos que, fundadas en la interacción comunicativa cotidiana, cristalizan en representaciones naturalizadas, puestas en acto y reproducidas en prácticas lingüísticas tan conocidas como la traducción, la producción de manuales, gramáticas y diccionarios (entre otros en la serie de los llamados “instrumentos lingüísticos”), la creación de academias o *corpora* folclóricos y la vigilancia del respeto a una norma o tradición dada. La representación lingüística en este sentido –insisten las autoras– “produce no solamente hablantes y oyentes individualizados en tanto agentes de la comunicación, sino también agrupaciones sociales de mayor escala, incluidos [...] los públicos”.²⁹

28. “Migration, minorities and multilingualism in contemporary Europe”, en Clare Mar-Molinero y Patrick Stevenson (eds.), *Language Ideologies, Policies and Practices: Language and the Future of Europe*, Hampshire y Nueva York, MacMillan, p. 14.

29. Susan Gal y Kathryn Woolard, “Constructing languages and publics. Authority and representation”, en Susan Gal y Kathryn Woolard (eds.), *Languages and Publics. The Making of Authority*, Manchester y Northampton MA, St. Jerome Publishing, 2001, p. 1.

Es así que, cuando los criollos decidieron construir una nación occidental en los territorios de una antigua colonia marginal de una potencia devenida a su vez marginal en Europa, supieron que debían procurarse una lengua. El problema de la lengua nacional estaría presente en la cultura argentina desde los comienzos, con una clara representación de la lengua en las clases dominantes como espacio de dominio, objeto sobre el que ejercer una soberanía. Desde los proyectos gramaticales de Felipe Senillosa en los primeros años de la emancipación³⁰ hasta la nota en la que un “hijo del país” reclama, en *El Argos de Buenos Aires* del 19 de febrero de 1823, a la Sociedad Literaria que se ocupe del idioma nacional para otorgarle una, alguna norma, o más tarde la preocupación de *La Gaceta Mercantil* por la unidad de la lengua³¹ o la intervención de Juan Cruz Varela,³² hasta llegar finalmente a las conocidas intervencio-

30. Al respecto véanse los trabajos de Elvira Narvaja de Arnoux: “*Los Amigos de la Patria y de la Juventud* (1815-1816) de Felipe Senillosa: el periodismo ilustrado en el Río de la Plata”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*; “Pensamiento gramatical y periodismo: las ‘notas’ de dos letrados hispanoamericanos en la primera década revolucionaria en Buenos Aires”, *Letras – Santa María* 21, 42, 2011, pp. 189-216; “La primera gramática escolar ‘general’ publicada en Buenos Aires en los años de la independencia: *la Gramática Española o Principios de la Gramática General aplicados a la Lengua Castellana* de Felipe Senillosa”, *Histoire-Épistémologie-Langage* 34, 2, *La linguistique hispanique d’aujourd’hui*, 2012, pp. 43-61.

31. Al respecto véase Celina Ortale, *Biografías del Chacho. Génesis de una interacción polémica entre José Hernández y Domingo F. Sarmiento*, Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2012, p. 116.

32. Recogida en Hernán Pas (ed.), *El romanticismo en la prensa periódica rioplatense y chilena. Ensayos, críticas, polémicas (1828-1864)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2013, cf. también, del mismo autor, *Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y en Chile (1828-1863)*, Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2010, pp. 296-297)

nes en *La Moda* y *El Iniciador* de los jóvenes de la generación del 37, la regulación de la lengua legítima había aparecido en la cultura argentina –y sudamericana en general– del siglo XIX como un problema político de relevancia con especial presencia en la prensa escrita. Cuando Juan María Gutiérrez, desde las páginas de *La Libertad* y pocos meses después de la sanción de la Ley Avellaneda rechace el diploma de académico correspondiente defendiendo la apertura y maleabilidad del lenguaje de una sociedad en trance de modernización y abierta a todos los pueblos y lenguas de la tierra, no podía anticipar los rasgos que asumiría poco después la cartografía sociolingüística del Plata. En 1876, Gutiérrez –que poco antes, desde las páginas de la *Revista de Buenos Aires*, había procurado introducir rudimentos de filología para dar cuenta del valor de las lenguas indígenas como patrimonio cultural legítimo y asequible para las culturas americanas³³– podía asumir con optimismo la construcción de una cultura propia sobre la asimilación de todas aquellas que quisieran contribuir a construirla.³⁴ La constante, desde el comienzo, es la articulación entre lengua y pueblo a través de la literatura, que aparece como necesidad, ausencia, proyecto. Poco después, el patriciado criollo observa con horror la invasión de su espacio público por una multitud proveniente del exterior y el interior, espacio público que no es solamente el de las calles y

33. Al respecto véase el trabajo de Hernán Pas, “¿Ecos de Lautaro? Las lenguas indígenas como patrimonio cultural del nacionalismo criollo en el siglo XIX”. *Anclajes* 16, 2, diciembre 2012, 73-92.

34. Acerca del gesto de Gutiérrez y sus consecuencias, ver los aportes de Diego del Pino, “Prólogo”, en Gutiérrez, Juan María. *Cartas de un porteño*, Buenos Aires, Corregidor, 1994; Jorge Myers, “‘Una república para nosotros’: las *Cartas de un porteño* de Juan María Gutiérrez y el debate sobre la lengua de los argentinos”, Estudio preliminar a *Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española*, Madrid, Taurus, 2003, pp. 9-62; y Juan Ennis, *op. cit.* 2008, cap. 3.

las plazas, sino también el del material impreso y el libro. En este sentido, pueblo y público se confunden en la representación de su viabilidad. La pertenencia nacional y la diferencia lingüística, la integración deseada y la realidad palpable entran en crisis en el momento en el cual el comienzo del proceso de inmigración masiva pone en el horizonte ya no la dispersión de la barbarie, sino la compacta multitud. Así Sarmiento llega a plantear el problema, en un artículo del 7 de febrero de 1879 en *El Nacional*, en los términos referidos: “Si no podemos levantar ahora al pueblo de su postración, es porque no hay pueblo. Los doscientos mil extranjeros que residen entre nosotros no son pueblo”.³⁵ La producción del pueblo/público debía darse justamente a partir de la generación y promoción de sus condiciones materiales y culturales de posibilidad. En el mismo momento en el que la ciudad letrada porteña, habituada a traducir en sus periódicos los folletines de Europa, comience a dar lugar a una producción autóctona que le proporcione su primera novelística, sin por ello estar segura de poseer algo así como una literatura, las calles se verán inundadas de voces habladas e impresas que no corresponden a ninguna forma canónica, a ningún dialecto conocido.

El espacio urbano se había poblado de una multitud cosmopolita que la élite dominante debía integrar en el orden hegemónico, reformulando los lineamientos del proyecto de Estado-nación en términos que comprenderán un conjunto interdiscursivo estrechamente entramado, en el cual la distinción entre la forma deseable del ser nacional y la amenaza exterior a su desarrollo se codifica en términos de salud y enfermedad, haciendo proliferar en distintos medios y contextos la imagen del organismo acechado por pa-

35. Cit. en Gladys S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina 1880-1910*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 36.

tologías contagiosas o congénitas, donde la diversidad lingüística aparece como anomalía puesta en serie con otros síntomas de individuos y colectivos patológicos.

Al interrogar el modo y momento en el cual un sector representativo de las clases dirigentes argentinas decide volver a pensar en España como “madre patria” y fuente de legitimidad cultural, Alfredo Rubione observa algo similar a lo que planteábamos más arriba, describiendo de manera sintética el sustento efectivo de su articulación:

Inventarse una prosapia, construir una identidad, no ha sido exclusivo de la Argentina. Es, en cierto modo, característico de aquellos países que, como el nuestro, en el siglo XIX se abocaron a la tarea de organizar el Estado nacional, a la par que consolidaban la “nación cultural”, verdadera religión laica, inculcada mediante el aparato educativo, impuesta a través de referentes identitarios —un espacio, una memoria, una historia y una lengua comunes— a nativos y extranjeros a partir del exitoso plan de alfabetización y la aplicación de la Ley 1420.³⁶

El vínculo entre lengua y nación viene dado por la posibilidad de producir un estándar. En este sentido, el fenómeno que conocemos bajo el nombre de estandarización no es privativo de los estudios lingüísticos sino que tiene una larga tradición en los trabajos de la nueva historia cultural, en particular la referida al desarrollo de la imprenta y sus consecuencias. Como lo han establecido trabajos clásicos

36. Alfredo Rubione, “Retorno a España”, en Rubione, A. (director). *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, director Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, pp. 19-20.

sicos como los de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,³⁷ Elisabeth Eisenstein,³⁸ Silvain Auroux o Peter Burke,³⁹ el cambio tecnológico que supone la irrupción, modernización y expansión de la prensa escrita resulta determinante en la producción de la forma moderna de las lenguas nacionales. En su discusión del concepto de *standard*, James Milroy provee una definición inicial que resulta bien ilustrativa en este caso –para comenzar a discutir un concepto que, como ha demostrado recientemente Smakman,⁴⁰ no parece ser claro ni unívoco en su definición tanto para legos como para especialistas–: la estandarización consistiría así en primera instancia en “la imposición de uniformidad sobre una clase de objetos”.⁴¹ Ese sencillo principio es el que vemos operar en lo que se conoce como la ideología lingüística del *homogeneism*,⁴² que Blommaert sintetiza como “una ideología en la cual la homogeneidad social, cultural, lingüística y

37. Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958.

38. Elisabeth Eisenstein, *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 5, 6, 53-56.

39. Sylvain Auroux, *La révolution technologique de la grammatisation*, Lieja, Mardaga, 1994; Peter Burke, , *Languages and Communities in Early Modern Europe*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 2004, p. 91 sigs.

40. Dick Smakman, “The definition of the standard language: a survey in seven countries”, *International Journal of the Sociology of Language*, 218, 2012, pp. 25-58.

41. James Milroy, “Language ideologies and the consequences of standardization”, *Journal of Sociolinguistics* 5/4, 2001, p. 531. En ese mismo trabajo, Milroy ponía en cuestión el habitual solapamiento entre la noción de estándar –en tanto consecuencia de un proceso de estandarización, de imposición de cierta uniformidad y homogeneidad sobre su objeto– y la evaluación de sus manifestaciones históricas, sobre todo a través de la noción de *prestigio*. Así, aseveraba, “most of the senses in which the term *standard* has been understood, excepting only the idea of uniformity, are evaluative, and are at best seen as consequences of the standard ideology itself rather than as definitive of the process of standardization” (*ibid.*, p. 533).

42. Jan Blommaert y Jef Verschueren, “The Role of Language in European Nationalist Ideologies”, en Schieffelin, Bambi, Kathryn Woolard y Paul Kroskrity (eds.).

de otro tipo se presenta como la ‘mejor’ forma de gubernamentalidad [*governance*]]”⁴³ y cuya definición y descripción en el ámbito de lengua española se hacen más precisas luego con la introducción del concepto de “cultura monoglósica”.⁴⁴ El espacio privilegiado para el desarrollo de este proceso es el de la escuela, y su tecnología la imprenta. Como puede leerse en el clásico estudio de Benedict Anderson, la prensa y la novela aparecen como superficies fundamentales para el desarrollo del *print capitalism*, en cuya lógica la lengua, que será a su vez la de la educación y la administración, juega un rol determinante.⁴⁵ La formación de lectores y el desarrollo técnico que hace posible la producción masiva del impreso contribuyen a la formación de un mercado de la lectura que, como todo mercado, requiere de una superficie homogénea, una moneda de cambio, de modo tal que ambos, educación formal generalizada y mercado de la letra impresa, se condicionan mutuamente.

Entre 1884 y 1890, de acuerdo con Bertoni, puede leerse en la prensa periódica y especializada (especialmente en *El Monitor de la Educación Común*, publicación del Consejo Nacional de Escuelas (CNE) que había iniciado su aparición a comienzos de la década) una especial preocupación por la falta de celo en la formación de ciudadanos para la nación, que encontraba un aspecto crítico en el desconocimiento del idioma por parte de los alumnos. Es así que la

Language Ideologies. Practice and Theory, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1998, pp. 202-204.

43. Jan Blommaert, *Discourse. A Critical Introduction*, Cambridge, CUP, 2005, p. 252.

44. Ver, entre otros, José Del Valle y Luis Gabriel-Stheeman, “Nationalism, *hispanismo* and monoglossic culture”, en *The Battle over Spanish between 1800 and 2000. Language ideologies and Hispanic intellectuals*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002, pp. 10-11.

45. Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London et al.: Verso, 1996.

selección de textos escolares obligatorios y la disposición de pautas unificadas para la enseñanza de la gramática constituirán una preocupación central del CNE en ese entonces. Probablemente tenga bastante que ver con esto el hecho de que una de las preocupaciones del CNE en la época sea la de la uniformización de las lecturas escolares. *El Censor* del 23 de enero de 1887 reporta la formación de una comisión especial destinada a evaluar las obras que se presentaran a concurso en el llamado a impresores, editores, autores y comentaristas, con el fin de “asegurar por no menos de dos años la adopción uniforme de los libros y textos más adecuados para las escuelas públicas”. Este proceso de uniformización tiene que ver, de acuerdo con Bertoni, con “un movimiento renovador en el CNE, que coincide [...] con el auge de la preocupación por la nacionalidad y la manifestación del entusiasmo patriótico”,⁴⁶ cuyos primeros resultados comienzan a advertirse entonces. Así, la afirmación de un estándar —de un patrón uniforme— como dispositivo lingüístico necesario para la construcción de un Estado unificado resulta en estos casos indisociable de los procesos en que el mismo se afirma y difunde: la educación pública, la proliferación de la prensa periódica, la formación de un público lector, un sistema literario y un mercado editorial crecientemente complejos, todo esto en el marco de una urbe en proceso acelerado de expansión y modernización, en la cual la pregunta por la higiene, las costumbres, las formas de la legalidad y la ilegalidad, es decir el disciplinamiento de la población en un espacio y un modo de habitarlo sumamente novedosos, están a la orden del día.

Vázquez Villanueva da pormenorizada cuenta del establecimiento en la década de 1890 de la ideología lingüística monoglósica domi-

46. Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 45.

nante que será característica de la construcción hegemónica en Argentina de allí en más, en el marco de la consolidación de un proyecto educativo y el diseño de sus instrumentos y vías de implementación.⁴⁷ Lo que pretende comenzar a observarse aquí es el modo en el cual se va conformando esa representación, cómo la misma vincula lengua, espacio, cuerpo y conductas, extremando en su antesala el quiebre en la representación del otro que la crítica ha identificado con el tránsito del nacionalismo liberal al nacionalismo racial, genealógico (como lo llama Vázquez Villanueva) o étnico (como lo llama Nouzeilles). Ese tránsito comienza a evidenciarse en los mismos representantes del primero –que en su discurso de otrora ya incluían el tópico de los males raciales– especialmente en el de más notoria intervención pública, Domingo Faustino Sarmiento, quien en un artículo publicado en *El Diario* el 14 de septiembre de 1887 interroga:

¿cuál sería la suerte de una República como la nuestra y las demás sud-americanas, que tan poca capacidad política han mostrado en lo que va corrido desde que se hicieron independientes, si á la propia impericia é incapacidad le añadiéramos sin tasa y sin medida la que nos venga de afuera, dando la ciudadanía ó la facultad de crear gobierno á mas de una diminuta parte de inmigrantes un poco entendidos, á las muchedumbres de todas las lenguas, á los palurdos pobres é ignorantes de las campañas, á la espuma de las ciudades, á los desechos humanos de todas las sociedades?⁴⁸

47. Graciana Vázquez Villanueva, “Una política lingüística en el callejón: hacer la nación, unificar la lengua en Argentina (1890-1900)”, *Revista Lenguaje*, Universidad del Valle, 2006.

48. Domingo Faustino Sarmiento, *Condición del extranjero en América*, en *Obras Completas*, tomo XXXVI, Buenos Aires, Luz del Día, 1953 [1888], p. 201.

Por otra parte, justamente al interrogar el lugar asumido por Ricardo Rojas y *La restauración nacionalista* (1909) en esta discusión, Fernando Degiovanni describe con claridad el lugar que la cultura dominante terminaría otorgando a la figura del extranjero a la hora de pensar su rol en la construcción de la nación:

[...] los extranjeros pasaron a ser desde finales de 1880 un tema preocupante para los representantes influyentes de la élite local que veían en esas posiciones una amenaza para la constitución de la nacionalidad y su propia legitimidad política y social. Acusados alternativamente de “antinacionalistas”, “agitadores sociales” o “materialistas”, los inmigrantes se convirtieron así en objeto de una política de control social destinada a encauzarlos simbólicamente y garantizar su plena incorporación a la cultura del país defendida por los sectores dirigentes.⁴⁹

Los años en los cuales los textos que aquí presentamos salen a la luz constituyen una época particularmente significativa en el proceso de construcción de un lazo efectivo entre lengua y nación en Argentina. Esto no significa solamente que veamos en esa fecha acumularse enunciados sobre el tema, sino que encontramos allí puntos de partida y de llegada para trayectorias diversas, que pueden contribuir a pensar justamente ese entramado. Al hablar del vínculo entre lengua y nación se piensa aquí en su articulación con un proyecto de Estado y en las tensiones que el mismo puede abrigar en un momento definido. Esa articulación no se concibe en el caso de los nacionalismos modernos al menos, desde un siglo antes en Europa, como la mera afirmación de una variedad preexistente por sobre las

49. Fernando Degiovanni, *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007, p. 98.

demás, sino que implica en la mayoría de los casos un complejo tejido de relatos, dispositivos sociales y su sustento técnico, político y económico, tendientes a establecer una forma precisa, históricamente situada, de hegemonía lingüística.⁵⁰ La construcción de esa lengua común, la formación de ese “pueblo” se vería como un proceso largo y trabajoso, entre cuyos obstáculos estas manifestaciones de la “mala mezcla” se volvían particularmente visibles, y para cuya superación y consecuente ingreso de la nación argentina como voz clara y uniforme en el concierto de las naciones modernas se volvía indispensable contar con la maquinaria necesaria, aquella de la que disponían los países ya plenamente incorporados a la modernidad.

Las formas híbridas surgidas del contacto entre variantes poco prestigiosas de las lenguas de migración aparecen como síntoma de disolución y relajo moral, extendido por todas las capas de la sociedad, afectando el mismo núcleo de la clase patricia. En un texto de Ernesto Quesada, aparecido en el 1900 y en inmediata relación con el *Idioma nacional de los argentinos* de Lucien Abeille, se proporciona una detallada descripción de los modos de manifestarse y extenderse la mala mezcla idiomática, desde el espacio público de la lengua de los letreros callejeros al habla y la escritura de los criollos ilustrados, del diálogo ocasional a la letra impresa:

En Buenos Aires –cuyos letreros de casas de negocios aparecen escritos en todos los idiomas posibles, desde el castellano hasta el turco; y en todas las jergas imposibles, desde la germanía semiorgánica hasta el caló más refinado– los hijos de otras nacio-

50. Con respecto a este concepto, véase el texto de Diego Bentivegna, “Un arcángel devastador. Gramsci, las lenguas, la hegemonía”, en A. Gramsci, *Escritos sobre el lenguaje*, ed. a cargo de D. B., Sáenz Peña, EDUNTREF, 2013, pp. 7-40.

nes hablan un español *sui generis*, con mezcla híbrida de italiano, francés, alemán, inglés y ruso. Los descendientes de los inmigrantes concluyen por servirse de una jerga que, á la larga, todos aceptan como si fuera el idioma corriente. El oído se habitúa; hay á las veces en la vida diaria que emplear muchos de esos vocablos y de esos giros, para hacerse entender de la población de origen extranjero; el uso pronto nos hace olvidar la corrupción que involuntariamente sancionamos con nuestra complicidad, y, al poco andar, nos connaturalizamos de tal guisa con semejante ambiente, que no solo nos expresamos de aquella defectuosa manera en la conversación común, sino que llegamos á escribir del mismo modo. Más aún: hasta existe una literatura especial, escrita deliberadamente en esa jerga: bastará recordar el popularísimo libro *Los amores de Giacumina ó la fonda del Pacarito*.⁵¹

La observación de Quesada guarda un especial interés porque no se limita al horror y la incomprensión ante la deformidad de la lengua del otro, sino que pone en escena la contaminación que sufre —a la que accede— el *nosotros* que representa, cómplice en el préstamo, la adecuación a “aquella defectuosa manera en la conversación común” y finalmente, en la escritura, que se hace literatura, “una literatura especial”. Esta observación pareciera tener al menos dos consecuencias: por un lado, “el popularísimo libro *Los amores de Giacumina*” se confiesa fruto de (o se admite en, como se prefiera verlo) una, si bien peculiar, literatura vinculada a ese “nosotros” —consideración que, como veremos, no será compartida por otros cronistas del fenómeno. Por otro lado, la escena sociolingüística que describe Quesada es de por sí bastante compleja, e incluye diversos tipos de actores. Conviene des-

51. Ernesto Quesada, *El problema del idioma nacional*, Buenos Aires, Revista Nacional Casa Editora, 1900, 69.

cribirla con precisión. En primer lugar, el espacio, Buenos Aires, sitio privilegiado de la inmigración, donde la mezquindad de las políticas de colonización agrícola condujo a una concentración desproporcionada en la capital-puerto, que en un tren acelerado de crecimiento y modernización contaba para entonces con la mayor parte de las riquezas y por ello también de la población del país, siendo además la mitad de sus habitantes de procedencia extranjera. El segundo punto a observar marca un hito más en la vertiente argentina de la *complaint tradition*,⁵² que aparecerá en los primeros tiempos de *La Nación*, ya en 1870, en la “Crónica del día” como espacio para el reproche más o menos purista y excusa para el intercambio con *La Tribuna*, y que encontrará luego, en Ricardo Monner Sans un esforzado paladín: la de la lengua en el espacio público, que no es solamente el de la prensa, sino el de la escritura en la calle, en su forma visible en anuncios, publicidades y marquesinas.⁵³

52. El término obtiene su fama en el conocido volumen de James y Lesley Milroy, *Authority in Language. Investigating Standard English*, London y New York, Routledge, 1985.

53. En el “Apéndice” añadido a un muy divulgado librito de 1924 destinado a la educación lingüística del público (y a su cuidado, podría decirse, prácticamente policial), Ricardo Monner Sans interpelaba a quien, por ser más castizo, llamaba “Alcalde Mayor” de Buenos Aires, reclamándoles políticas claras de policía lingüística. El límite para esa policía sería, claro está, la libertad de prensa (“Claro está, Sr., que las atribuciones de V. no llegan hasta intentar el expurgo de barbarismos de que están repletas nuestras hojas periodísticas, y menos revisar los libros de texto que se ponen en manos de la juventud y de la infancia”), sin embargo, bien podía intervenir sobre la lengua en sus calles: “nadie le podría negar el derecho de imponer por medio de una Ordenanza municipal, el respeto al patrio idioma” (Ricardo Monner Sans, *Disparates usuales en la conversación diaria*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1924, p. 100). La ordenanza que debería velar por el respeto del “idioma nacional” que es en este caso el español más castizo, en las antípodas de Abeille debería contemplar: “1. —Que se revisen todos los letreros fijos de esta capital, disponiendo se retiren de la vista del público los que no estén en correcto castellano; 2. —Que no se puedan repartir por calles y plazas, ni pegar en las paredes, anuncios y prospectos que no hayan sido

Allí comienza el problema cuya descripción desemboca en la pieza central e inaugural de lo que, según veremos, se conoció como “literatura giacumina”. No son solo lenguas lo que se confunde en los anuncios y carteles, son también “jergas imposibles”.⁵⁴ Y la descripción del fenómeno, en su brevedad, no carece de detalle. Los inmigrantes (“hijos de otras naciones”) hablan su propia variedad de contacto, lo que se suele llamar “variedad de aprendizaje”. El problema reside en que la segunda generación, donde debería producirse el *language shift*, en lugar de adoptar el estándar sancionado por la sociedad de acogida, habla, a su vez, una “jerga” resultante de esa variedad de sus padres, que termina siendo aceptada “como si fuera el idioma corriente”. En el tren de esta misma polémica, en la “Carta al Dr. Ernesto Quesada” que aparece en la primera página del suplemento que acompaña el n° 10.384 del 11 de octubre de 1902 de *La Nación*, Miguel Cané formula una hipótesis y añora una solución para esta circunstancia, cuyo modelo encuentra en los Estados Unidos: el funcionamiento adecuado de la educación primaria como “tritadora” de extranjeros y productora de argentinos:

Abajo, en las primeras capas de nuestro organismo, una masa adventicia, salida en su inmensa mayoría de aldeas incultas o de serranías salvajes. La nuestra es la primera ciudad civilizada que han

previamente aprobados por la Municipalidad, y 3. —Que con los mismos fines de cultura popular, se manden borrar de la pantalla de los cinematógrafos, leyendas y explicaciones que, por lo bárbaras, atentan contra el sistema nervioso de las personas cultas” (*op. cit.*, p. 102). A continuación, y cerrando el “Apéndice”, el autor de la carta celebra la presentación meses después, en 1923, al Concejo Deliberante de “un proyecto de ordenanza con análogo fin” (*op. cit.*, p. 103).

54. Acerca del término, sigue resultando imprescindible el trabajo de Peter Burke, “Introduction”, en: Burke, Peter y Roy Porter (eds.). *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge, Polity Press, 1995, pp. 1-21.

visto, después del punto de embarco. Y nos llegan adultos ya. En Estados Unidos, cuando se ve uno de esos grupos toscos, judíos del fondo de la Polonia, levantinos, haraposos calabreses de los montes, los que saben con cuánta rapidez, en una generación, la poderosa máquina tritura, transforma y homogeniza esa masa exótica, sonríen tranquilos. Es porque conocen los resortes de acero que operan la transformación; saben que los hijos de esos bárbaros les serán arrancados, si es necesario, para llevarlos a escuelas siempre abiertas para recibirlos: saben que las sociedades protectoras de la infancia, sin contar con la tutela que el estado ejerce en nombre de la ley, no permitirán que los hijos del inmigrante sean miserablemente explotados por necesidad o por codicia. Entre nosotros, el ente analfabeto, inculto, tosco, que nos llega, es menos peligroso, para el organismo social, que su hijo, entregado, desde los 7 años (he visto niños de 5 años vendiendo diarios!) a la calle pública, con todos sus vicios y todas sus infamias.

La interpolación de esta larga cita cobra sentido si se piensa en todo lo que en ella trabaja el imaginario que hace posible el escenario de la historia y la circulación del folleto en los textos que aquí presentamos, sobre todo en la perdición de la infancia en la calle a partir de la ignorancia de los padres en Giacumina y *La hija de Giacumina*. Por eso mismo, el alegato de Cané concluye en el reclamo por una educación efectivamente obligatoria, engranaje fundamental para lograr una “máquina” como la que ve funcionar en los Estados Unidos, la cual “tritura, transforma y homogeneiza esa masa exótica”:

El día que la educación primaria sea realmente obligatoria entre nosotros, el día que tengamos escuelas suficientes para educar a millares de niños que vagan de sol a sol en mil oficios callejeros de nuestra capital, el ‘lunfardo’, el ‘cocoliche’ y otros ‘idiomas nacionales’ perecerán por falta de cultivo.

Si en algo coincidían Quesada y Cané, es en que el problema social (y su potencial resolución) residía en la segunda generación. Desde hacía décadas, los periódicos revisaban cotidianamente los números de la inmigración y discutían sus límites, las altas cuotas de retorno, la inmigración temporaria, pero aquí, a un cuarto de siglo de la Ley Avellaneda, y en una Buenos Aires inmersa en una verdadera crisis de modernidad, la novedad de la multitud como tal y la de su heterogeneidad encendían una alarma en las clases dirigentes, que alertaba no solo acerca de una discusión de su poder y sus formas, sino con ello también sobre la constitución misma del espacio que hacía posible ese poder. Más allá de todas las discusiones y polémicas posteriores acerca de los desvíos y vicios del español rioplatense, su afirmación en el tránsito del siglo XIX al XX aparecerá como testimonio de ese triunfo.

Sin embargo, volviendo a la cita de Quesada, el problema, justamente, es que esa jerga que pasa de la primera a la segunda generación, corre, circula en el espacio público, y alcanza a los nativos, a la misma ciudad letrada, el “nosotros” de Quesada. Comienza por el oído, sigue en los propios labios, y llega no solo a la escritura misma, sino a su forma modélica: la literatura, el libro. Si la relación entre lengua, pueblo, orden político y nación que se convertiría en presupuesto del orden internacional moderno (la idea de una *constitutionalized peoplehood*) necesita para circular a una élite sostenida por el capitalismo de imprenta,⁵⁵ los textos aquí convocados, remedando, apropiándose de o bien, como lo percibía la época, inficionando los medios materiales (el libro o papel impreso y el circuito del periódico en venta al público, el teatro, si bien popular, teatro al fin) que permi-

55. Benjamin Lee, “Circulating the people”, en Susan Gal y Kathryn Woolard (eds.), *Languages and Publics. The Making of Authority*, Manchester y Northampton, MA, St. Jerome Publishing, 2001, p. 180.

ten circular aquello que en la lengua y otras disposiciones debía trabajar para la hegemonía, podían aparecer, en la fisonomía particular que había adquirido la Buenos Aires de entonces, no solo como un objeto extraño, ominoso, como un peligro que acechaba a la que se percibía como informe masa migratoria, sino que, como lo ficcionalizaba más crudamente el Cambaceres de *En la sangre*, invadía el mismo cuerpo del patriciado criollo en sus reductos más preciados.

Así, en el momento en el cual la hegemonía criolla debe pensar a qué llama lengua y pueblo, se encuentra con una literatura popular de rasgos propios. Giacumina y Cocoliche, los dos personajes con los que la literatura popular intervenía sobre las representaciones del contacto y la variación en el espacio urbano rioplatense, encarnan para Quesada y Cané el peligro de la disgregación, de la diversidad como amenaza, y eso en terrenos considerados propios. Por eso, cuando en 1900 Abeille diga “idioma nacional”, ellos escucharán “criollismo”. Con “criollismo”, en este caso, se refería una forma amplia y precisa de las prácticas culturales, de circulación de la poesía popular y la narrativa en forma impresa, así como en el teatro, desde el circo criollo hasta el sainete. Es decir, todo aquello que, de ningún modo, podía confundirse con la tan deseada literatura.

La literatura popular

Los amores de Giacumina se publicó como folletín en *El Liberal* entre el 9 de enero y el 15 de marzo de 1886. El periódico, a medida que progresaba la publicación, informaba y promovía el éxito de la historia. Como muestra de este éxito, el diario anuncia el 18 y el 26 de enero de ese mismo año que *La Democracia* de Chivilcoy y *La Reforma* de Rauch, respectivamente, han reproducido varios pasajes de la novela, dando cuenta de las inmediatas repercusiones que había obtenido en el interior de la provincia de Buenos Aires. El 7 de febrero, dos días después de anunciar la segunda parte, se publicita la inminente aparición en folleto de la novelita, a 50 centavos el ejemplar, y al día siguiente se avisa que ya está en la calle. El 20 de febrero informa que está en prensa una tercera edición, de 2000 ejemplares, y el 1° de mayo la cuarta. Ese éxito se traducirá no solamente en la publicación de *Marianina* en el folletín del diario a partir de mayo de ese mismo año y bajo la misma indicación de autor, sino también en la de distintos anuncios y piezas menores relacionadas con ella. El 6 de marzo de 1886 se informa que “cruzarán las calles de Buenos Aires en los días de Carnaval una comparsa titulada *Los pretendientes de Giacumina*, lo que viene a probar la resonancia que ha producido la obra de nuestro compañero de tareas” (en referencia a Ramón Romero), a lo que agrega el deseo de que “se diviertan y mucho los tales pretendientes y que vean sus pretensiones cumplidas algún día”. El 26 del mismo mes, al

tiempo que se anuncia la aparición del segundo tomo, se incluye una “milonga de Giacumina” que se atribuye a “los pilletes vendedores de diario”, más precisamente al “célebre Gallina, especie de arrapiezo berangeriano y exasperador continuo e incansable de toda casta de vendedores ambulantes”,⁵⁶ y el 20 de mayo se anuncia el estreno de una pantomima titulada “Giacumina” en el *Skating-Rink*, “arreglada de acuerdo con el folleto conocido por ‘Los Amores de Giacumina’”. A continuación se agrega una nota humorística, atribuyendo el arreglo del espectáculo al mismísimo Sarmiento, “quien como se sabe ha sido uno de los festejantes de Giacumina”, para cerrar augurando que “indudablemente el éxito será estruendoso”. En la misma edición se publica un poema en la misma clave idiomática, “Á Rusita”.

¡GRAN REBAJA!
YA APARECIÓ
 La cuarta edición de
Los Amores de Giacumina
 SE VENDE Á 50 CENTAVOS LA OBRA
 COMPLETA.
Calle Defensa número 99
A los libreros
 En esta imprenta Defensa 99 —se vende
 la obra completa de «Los Amores de
 Giacumina» (los dos tomos en uno solo) á
 10 pesos mps. el ciento.
 Quedan pocos ejemplares de la cuarta
 edición.

Figura 3. Anuncio de la cuarta edición de *Los amores de Giacumina*
El Liberal, 12 de junio de 1886

56. Di Tullio reproduce parcialmente el texto de la milonga en “Estudio preliminar. *Los amores de Giacumina*, un ensayo lingüístico en la literatura popular”, en *Literatura popular inmigratoria*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011, p. 28.

Por otra parte, el diario irá recogiendo una serie de “juicios críticos” sobre la novelita publicados en *El Progreso* y *La Opinión*.⁵⁷ Estos comentarios, junto con otro publicado en el diario *Juvenal*,⁵⁸ se pueden encontrar asimismo reunidos como apéndice al ejemplar de *Enriqueta la criolla* que pudimos consultar en el fondo conservado en la Biblioteca criolla legada por Robert Lehmann-Nitsche al Instituto Ibero-Americano de Berlín y se encuentran reproducidos al final del presente volumen. El comentario publicado en *Juvenal* comenzaba sin titubear por atribuir la publicación a Romero,⁵⁹ y además de referir la resonancia alcanzada por la novelita (ya entonces publicada como folleto, además de folletín), reclamaba la necesidad de ensayar su “verdadera crítica”. Así, la juzgaba un “trabajo sin precedente”, ajeno a las reglas de la literatura, de forma gramatical espuria y de gran valor como estudio de un tipo social real: “En este lenguaje *descosido*, incorrecto y algo licencioso, se retrata una clase social resultante de nuestras agrupaciones heterogéneas, una palude que aún no hemos tenido tiempo de salubricar, llena de Giacuminas, de pintores y de Grispinas”. Finalmente,

57. *El Liberal* reproduce el comentario de *El Progreso* el 16 de febrero, indicando que proviene de la edición de *El Progreso* del día anterior, por lo que la fecha exacta de publicación de este juicio crítico sería el 15 de febrero de 1886. El comentario proveniente del diario *La Opinión* se reproduce en *El Liberal* el 22 de febrero, sin indicación de fecha original de publicación.

58. No contamos con la fecha exacta de la publicación del comentario en *Juvenal*, aunque sí sabemos que el 15 de febrero de 1886 *El Liberal* saluda la aparición del primer número del periódico dirigido por Manuel Bahamonde, acontecida el día anterior, domingo 14 de febrero, por lo que no podría ser anterior a esa fecha.

59. Atribución que también está presente en el juicio crítico de *El Progreso* y que *El Liberal*, lejos de desmentir, confirma en su presentación a la reproducción de dicha reseña: “Refiriéndose á la novela satírica-burlesca de nuestro compañero de tareas D. Ramon Romero, *Los amores di Giacumina*, que tan favorable acogida mereció del público porteño; nuestro muy estimado colega *El Progreso* dice en su número de ayer” y, al final de la transcripción: “Agradecemos á nuestro apreciable colega los conceptos con que se ha dignado mencionar la obrita de nuestro compañero de redacción”.

sintetizaba su apreciación insistiendo en situar al texto “fuera de los alcances de la crítica”, como “una mezcla bastarda de dos idiomas, que no tiene cabida en la literatura. Como estudio de costumbres y correctivo de vicios, es un trabajo de filosofía moralizadora”. Las demás notas (provenientes de *La Opinión* y *El Progreso*), coinciden asimismo en el prudente elogio y en la problemática delimitación del espacio de la literatura. Sin embargo, ambos ven en *Los amores de Giacumina* uno de los más afortunados ensayos naturalistas de entonces.⁶⁰

Quien también se ocupó de reseñar esta “literatura giacumina” fue Vicente Rossi en su *Teatro nacional rioplatense* de 1910. A pesar de que el libro se publica a poca distancia temporal de las últimas ediciones conocidas de la novelita atribuida a Ramón Romero, allí todo el fenómeno aparece como algo pretérito, distante y cerrado.⁶¹ Vicente Rossi describía su ciclo de este modo:

Era el primer libro en su jénero, y no se crea que uno de tantos mamarrachos de los que comunmente circulan en el pueblo, todo lo contrario: ameno y exacto en sus descripciones, lo que delataba una mano acostumbrada á manejar la pluma; su jerga fielmente tomada de los modelos de que se ha servido; todo llevado con excelente espíritu de observación. Nunca se descubrió á su autor, aunque se dijo que era obra de un periodista bonaerense.

60. Di Tullio reproduce parcialmente este comentario, lo que da pie a plantear la precisión de un “efecto naturalista” más que de una adscripción integral al modelo de la estética planteada por Zola (Di Tullio, *op. cit.* 2011, p. 16).

61. El libro de Rossi dio ocasión a una de las escasas menciones que, después de la época de su auge, recibe el género. A partir de esta referencia, Luis Soler Cañas se ocupó de recordar en un artículo aparecido en *El Nacional* del 26 de abril de 1959 –y oportunamente exhumado por Ángela Di Tullio en su edición del folletín–, que llevaba en su título el adjetivo que describe esta fragilidad, en la que abunda a lo largo del texto: “La curiosa y efímera literatura giacumina”.

Nuevamente, se hace clara la contraposición entre la circulación en un “pueblo”, que aquí es tal pero aún no es público (que probablemente sea el equivalente del pueblo que pretendía Sarmiento), en tanto el papel impreso que circula por sus manos no excede la condición del “mamarracho” y la mano del escritor de oficio (necesariamente ajeno a ese lectorado eventual), provisto de “espíritu de observación” (virtud cardinal del escritor naturalista), y a quien Rossi de todas formas generosamente concede la permanencia en un anonimato que desde un primer momento no había sido tal. Entre los aportes del texto está el de un neologismo que debe subrayarse como propio del autor:

En muy poco tiempo se hizo famosa la protagonista, “Giacumina”, femenino de “Giacumín” que no existe en el dialecto jenovés, ocurrencia del autor que pasó á ser vocablo popular. Por derivación se le llamó “Giacumino” á la jerga en que estaba escrita la novela.

Buen observador pero al mismo tiempo hombre de pluma, el escritor se hace digno de un público, no limitándose a reproducir con fidelidad lo que ha observado atentamente —aquello que Rossi llama “patuá criollo-jenovés”— sino también creando una lengua con nombre propio. Notablemente, se diferencia la voluntad bromista del escritor, estética al fin, en tanto se define por una carencia de interés contrapuesta a la voluntad de lucro de sus imitadores:

En vista del gran suceso de esta broma en forma de libro, que no solamente leyó el pueblo, y con la cual sin duda el autor pensó pasar y dar un buen rato, antes que hacer un buen negocio, aparecieron otras obras del mismo estilo, pero torpes, llenas de estupideces, delatando la incompetencia é ignorancia de sus autores

y editores, excursionistas al lucro. No prosperaron, y murió la *literatura giacumina*.⁶²

El elogio de la obra pasa en primer lugar por su atribución a un escritor profesional (no menciona a Romero, pero no deja de aludirlo), por la definición de su alcance más allá de los límites de ese otro público lector (“que no solamente leyó el pueblo”) y por el contraste de su finalidad más bien lúdica con el afán de lucro que habría dado lugar a secuelas de inferior calidad. Curiosamente, muy poco después de las últimas manifestaciones del fenómeno, Rossi sentenciaba ya el fin de su ciclo.

Tras la aparición de *Los amores de Giacumina*, en ese proceloso y complejo circuito de la cultura popular, haría su aparición en el teatro de los Podestá el personaje que dará nombre a esta variedad de contacto, imitación burlesca también esta vez de los intentos del inmigrante italiano por adaptarse al medio de acogida siguiendo los modelos que la cultura le ofrecía: el napolitano *Cocoliche*. El circo, esa “verdadera calle de ida y vuelta por donde circulaban muchas prácticas sociales”,⁶³ encuentra en Podestá un artífice clave, cuya lógica de trabajo dará lugar a las distintas formas del circo y teatro criollo, y en su marco, al personaje en cuestión. Montaldo subraya, a partir de las memorias de José Podestá, la dinámica de trabajo basada en las necesidades del espectáculo y la improvisación de cambios que luego se consolidan como números estables, y que provienen

62. Vicente Rossi, *Teatro nacional rioplatense. Contribución a su análisis y a su historia*, Buenos Aires, Río de la Plata, 1910, p. 132.

63. Graciela Montaldo, *Museo del consumo. Archivos de la cultura de masas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 94.

tanto de los artistas como del público y los empresarios.⁶⁴ El ejemplo en el que se detiene para dar cuenta de esta dinámica es justamente el de la evolución de la dramatización del *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, motor y centro del circuito de lecturas populares y al mismo tiempo espacio que propiciará la aparición de “Cocoliche”. A partir de la novela que Eduardo Gutiérrez había comenzado a publicar en folletín en *La Patria Argentina* en 1878 y luego se convertiría en el éxito masivo que se conoce, José Podestá comienza a presentar en 1884 una versión teatralizada, “en pantomima”, que a partir de 1886 adopta un guión (basado en la novela de Gutiérrez y compuesto por el mismo Podestá⁶⁵) para su versión “hablada”. Dicha presentación dramático-circense fue recibida con un “fulminante entusiasmo”,⁶⁶ correspondiente a la masividad y devoción que habían caracterizado la recepción de la novela.

Dos años después del estreno comenzó a hacer su aparición un personaje que encontraría su consagración en la temporada de 1890 de la compañía de los Podestá, hasta llegar a transformarse en un carácter fijo del sainete y el grotesco criollo.⁶⁷ José Podestá narra el nacimiento del personaje “cocoliche” (cuyo nombre, de acuerdo con

64. *ibid.*, p. 97

65. Montaldo (*op cit.*, pp. 98-100) se detiene en los conflictivos pormenores de este paso a la palabra hablada.

66. Adolfo Prieto, *op. cit.*, p. 60.

67. Ver a este respecto lo establecido en los trabajos de Antonella Cancellier (“Italiano e spagnolo a contatto nel Río de la Plata. I fenomeni del *cocoliche* e del *lunfardo*”, en Cancellier, Antonella y Renata Londero, Renata (eds.), *Italiano e spagnolo a contatto. Atti del XIX Convegno della Associazione Ispanisti Italiani, Roma, 16-18 settembre 1999*, Padova, Unipress, 2001, pp. 74-77); Clara Rey de Guido y Walter Guido (“El Cancionero rioplatense (1880-1925) en el contexto histórico, político y cultural”, en *Cancionero rioplatense*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989, pp. xxxv-xxxvi); y Eva Goluscio de Montoya (“Le « cocoliche », una convention du théâtre populaire du Río de la Plata”, *Caravelle* 35, 1980, p. 59).

Cancellier,⁶⁸ deriva del apellido calabrés “Cocolliccio”) describiéndolo como “una de esas cosas imprevistas que obtienen mucho más éxito que otras prolijamente preparadas”:⁶⁹

Una noche que mi hermano Jerónimo estaba de buen humor, empezó a bromear con Antonio Cocoliche, peón calabrés de la compañía, muy bozal, durante la fiesta campestre de “Juan Moreira”, canchando con él y haciéndolo hablar. Aquello resultó una escena nueva, fue muy entretenido y llamó la atención del público y aún de los artistas.

Por aquel tiempo había ingresado en la compañía Celestino Petray, quien regresaba de Patagonia en la mayor pobreza. Petray tenía una gran facilidad para imitar a los tanos acriollados, pero a pesar de sus tentativas anteriores para imponerse en el papel de gringo, no triunfó hasta que en una ocasión, sin aviso previo, se consiguió un caballo inútil para todo trabajo, uno de esos matungos que por su flacura no sirven ni para el cuero, y vestido estrafalariamente y montado en su *Rocinante*, se presentó en la fiesta campestre de “Moreira”, remedando el modo de hablar de los hermanos Cocoliche.

Cuando Jerónimo vio a Celestino con aquel caballo y hablando en tal forma, dió un grito a lo indio y le dijo:

-¡Adiós, amigo Cocoliche! ¿Cómo le va? ¿De dónde sale tan em-pilchao?

A lo que Petray respondió:

68. *Op. cit.*, p. 74.

69. Con respecto a la génesis del personaje “Cocoliche”, ver también lo comentado por Ana Cara-Walker (“Cocoliche: the art of assimilation and dissimulation among Italians and Argentines”, *Latin American Research Review*, 22, 3, 1987, p. 42); Goluscio de Montoya (*op. cit.*, pp. 12-14); Ángel Rama (*Los gauchipolíticos rioplatenses. Literatura y sociedad*. Buenos Aires: Calicanto, 1976, p. 159).

-¡Vengue de la Petagoña co este parejere macanuto, amique!
No hay ni que decir que aquello provocó una explosión de risa que duró largo rato.

Si le preguntaban cómo se llamaba, contestaba muy ufano:

-Me quíame Franchisque Cocoliche, e songo cregollo gasta lo güese de la taba e la canilla de lo caracuse, amique, afficate la parata... – y se contoneaba coquetonamente.

¡Quién iba a suponer que de aquel episodio improvisado saldría un vocablo nuevo para el léxico popular!⁷⁰

El personaje ingresa así a través de las tablas a una popularidad que encontraría sus secuelas en una forma de literatura popular impresa destinada a alimentar un circuito fuertemente apoyado en la oralidad, como el de las canciones y versos criollos, de estilo gauchesco de distinto tipo. Rubione da cuenta clara de este particular lugar del impreso “criollista”:

El culto por formas epigonales de la gauchesca, del criollismo o del nativismo argentinos, que recibieran gran estímulo, en especial desde que en 1884 los hermanos Podestá cristalizaran el teatro popular argentino sobre la base del folletín de Eduardo Gutiérrez, matriz de infinidad de textos en torno a la figura de Juan Moreira, punto inicial de lo que se llamaría “moreirismo”. En profusas colecciones de folletos publicados posteriormente se advierte la recuperación y/o continuación de una narrativa cuyo protagonista es el gaucho y sus avatares ficcionales: Martín Fierro, Santos Vega, Juan Moreira. Esta literatura de cordel (pequeños folletos que contienen en verso historias, payadas o canciones) fue no pocas veces el efecto y la apoyatura escrita (como luego lo

70. Podestá, *op. cit.*, p. 66.

serían las grabaciones) de la popularidad de payadores o cantores criollos que recorrían la campaña y las ciudades. Al éxito de una payada de contrapunto, de una cifra, de unas décimas amorosas, de un tango criollo, vals o milonga, le sucedía el registro escrito en ese formato.⁷¹

Prieto informa sobre un actor, José Corrado Estroface, que había sido premiado en 1897 por el diario *La Prensa* por su trabajo actoral imitando “al napolitano que ridiculiza las costumbres gauchescas y se quiere poner al nivel del más criollo de nuestros paisanos”.⁷² Según Prieto, en esa época Estroface recorría los pueblos recitando textos compuestos para su personaje “Cocoliche”, que habría reunido en 1901 en un folleto con el título *El nuevo libro de canciones napolitanas y criollas del popular napolitano criollo Don José Corrado Estroface*.

La colección Lehmann-Nitsche registra numerosos folletos que reúnen este tipo de composiciones, atribuidas a este personaje o sus ocasionales interlocutores, como las *Canciones del napolitano Cocoliche* (1899) o *El Cocoliche. Décimas napolitanas criollas para carnaval* (s.d.), cuyas portadas se reproducen aquí (Figuras 4 y 5). Como puede verse, en ambos casos trabaja la representación tal como había aparecido en el teatro de los Podestá: el disfraz gauchesco estridente y ridiculizado, la traza caricaturesca y el ensamble con la literatura criollista. De este modo, así como *La hija de Giacumina* vendrá seguida de la narración en verso criollo, así también *El Cocoliche* aparece en la serie “Alma nativa” acompañado de *El rastreador. Historia en versos criollos*.

71. Alfredo Rubione, “Retorno a las tradiciones”, en A. Rubione, *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, director Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, p. 79.

72. Adolfo Prieto, *op. cit.*, p. 66.

CANCIONES
DEL
NAPOLITANO
COCOLICHE



BARRACAS AL SUD

IMP. Y LIBRERIA «LA VOZ DEL COMERCIO»

1899



EL COCOLICHE

**Décimas Napolitana Criollas
para Carnaval**

EL RASTREADOR

Historia en versos Criollos

BUENOS AIRES

Figura 4. Portada de *Canciones del Napolitano Cocoliche*. Buenos Aires, La Voz del Comercio, 1899 (Biblioteca IAIPK)

Figura 5. Portada de *El Cocoliche. Décimas Napolitanas para carnaval*. Buenos Aires, 1910 (Biblioteca IAIPK)

En un folleto de 1912, podemos ver al personaje aparecer ilustrado en la tapa como *El verdadero cocoliche* (Figura 6), con información sobre su autor e intérprete, ambos a todas luces también ficticios: Pascualín Senzavergoña en el lugar del autor, y debajo de la ilustración, en la que un improvisado gaucho de saco a cuadros y con un corazón por hebilla en su cinturón, corteja rebenque en mano a una paisana, la descripción del contenido: “Famosas canciones y disparates cómicos cantados por Nicola Papastrufo, célebre cantor del

Vesuvio”, además de indicar el texto que, como en los otros casos, acompaña la composición cocolichesca, el tango “El Caburé”. La colección comienza con una carta abierta de Pascualín Senzavergoña, quien afirma transcribir allí lo que ha cantado el payador Papastrufo, como se anuncia en la portada, en la pulpería (“Famosas canciones y disparates cómicos cantados en la pulpería ‘La boleada’”), aunque también, admite, hay algunos versos suyos en medio. Sin embargo, Senzavergoña es quien firma al final, aunque no todo lo publicado, ya que el tango, que cambia también de lengua, y recibe un nombre criollo y verosímil en el lugar de la firma: Ángel Marino.⁷³

73. En su *Diccionario etimológico del lunfardo*, Oscar Conde define al “caburé” como “hombre que resulta irresistible para las mujeres (por alusión al *caburé* –voz guaraní castellanizada–: ave de rapiña que, con su chillido, aturde y paraliza a otros pájaros al acercarse para devorarlos)” (Oscar Conde, *Diccionario etimológico del lunfardo*, Buenos Aires, Taurus, 2004, p. 77). “El caburé” fue un tango muy exitoso basado en otro éxito en las tablas, el del sainete lírico homónimo, compuesto por Arturo de Bassi y Roberto Lino Cayol, que en 1911 lo presentan al concurso del Teatro Nacional, donde obtienen el segundo premio. De acuerdo con Rubén Pesce, “le tocó a esta obra el segundo premio, aunque según la opinión del público debió otorgársele el primero. En el jurado, en principio, se produjo un titubeo originado por el título; para aclararlo se requirió la opinión del Dr. Holmberg, entonces director del Jardín Zoológico, quien se refirió a las características de ese pájaro de las selvas del norte, carnívoro y con un estridente chillido. Los autores habían querido dar ese calificativo a un Don Juan porteño, y el tango del mismo título, que se difundió rápidamente, también hizo popular el pintoresco apodo. (El tango “El Caburé”, dedicado a Cayol, no pertenece a la partitura de la pieza homónima)” (Rubén “Principales protagonistas de la Guardia Vieja”, en AA.VV. *La historia del tango*, vol. 3, Buenos Aires, Corregidor, 1977, pp. 492-493). Poco después de estrenada, los Podestá interpretaron esta obra en el teatro Apolo. El tango se compuso y estrenó un año después, en los carnavales de 1911. Probablemente esta relación de los Podestá con la obra teatral *El Caburé* (y, por extensión, con el tango del mismo nombre y temática) sea la razón por la que este tango aparece incluido en esta antología cocolichesca. Lo curioso en este caso es que la historia de la letra de este tango incluye una incertidumbre y confusión extendidas con respecto a su autoría, que Rey de Guido y Guido reseñan en la nota que acompaña a las dos versiones del tango que publican en su antología, llegando a la conclusión de que lo correcto sería atribuírsela a Ángel Marino, apoyados justamente en el folleto de 1912 (*op. cit.*, p. 466).

Por último, una pieza más tardía y con algunos rasgos diferentes es la de *Las peripecias de Franciscone Cocoliche e so moquier Ludonia*, publicada en Rosario por Longo y Argento, sin fecha, aunque de acuerdo a la referencia bibliográfica de la biblioteca del Instituto Ibero-Americano de Berlín dataría de alrededor de 1917 (Figura 7). El folleto reúne en sus 16 páginas relatos, cartas, canciones y versos puestos en boca del personaje Cocoliche, contando su vida y pesares, además de un contrapunto con el gaucho Malacara, que permite nuevamente poner en juego las dos variedades en diálogo, las dos lenguas habladas por la literatura popular, la gauchesca y la migrante.

El verdadero Cocoliche
por Pascualina Senzavergha.



Famosas canciones y disparates cómicos cantados
por Nicola Papastrulo
Célebre cantor del Vesuvio

Con el Tango EL CABURÉ

**LAS PERIPECIAS DE
FRANCISCONE COCOLICHE**
e so moquier LUDONIA



«Non me facite redire, Ludonia mia!»

Editores: LONGO y ARGENTO
Calle Sarmiento 1173, Rosario de Santa Fé

Figura 6. Portada de *El verdadero Cocoliche*. Buenos Aires, 1912 (Biblioteca IAIPK)

Figura 7. Portada de *Las peripecias de Franciscone Cocoliche e so moquier Ludonia*. Rosario, ca. 1917 (Biblioteca IAIPK)

Las condiciones de posibilidad para la aparición de este tipo de textos vienen dadas por lo que se conoce como la emergencia de un “nuevo lector”, un producto de “la estrategia de modernización emprendida por el poder público”.⁷⁴ Esta ampliación del público lector —a la que más recientemente Pastormerlo sugiere dar el nombre más exacto de “revolución de la lectura” (tomando el término de Wittmann)—⁷⁵ encuentra su impulso decisivo en las campañas de alfabetización masiva que Prieto identificaba ya en la base de su estudio, que en concurrencia con las innovaciones técnicas y de mercado que permiten aumentar la producción y abaratar el costo del material impreso, conducen a una ampliación y diversificación del horizonte de lectores y lecturas en las últimas décadas del siglo XIX.

Como corrobora Claudia Román, en las dos décadas finales del XIX se produce una transformación radical en estas mismas condi-

74. Prieto, *op. cit.*, p. 13; Richard Wittman, “¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Cavallo, G. y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 495-537. El complemento agente no es aquí en absoluto irrelevante, y ha sido convenientemente subrayado por Josefina Ludmer en su texto, fundamental para entender la época, *El cuerpo del delito*: “En 1880 se ve claramente que la modernización se realiza desde el Estado en América Latina (como ocurre en general en las periferias); es el estado el que racionaliza la sociedad desde arriba en ausencia de una burguesía autóctona poderosa” (Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999, p. 88).

75. Pastormerlo, *op. cit.* 2006, p. 1; una ampliación del público lector sería la que en la década de 1920 hará posible el apogeo de las publicaciones periódicas de ficción que Beatriz Sarlo analiza en *El imperio de los sentimientos*, en cuyas primeras páginas enuncia dos de los problemas fundamentales presentados por estos textos: la *contemporaneidad* de los mismos con respecto a la literatura consagrada en las historias —en este caso, la de la vanguardia—, y su rol formativo con respecto al público masivo que constituía su espacio de recepción. Además, por supuesto, del largo olvido de las mismas: “Son responsables, con otras publicaciones, de la densidad del campo, aunque ocupen una zona particularmente ciega a los cambios estéticos o ideológicos producidos en los años veinte” (Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985, p. 10).

ciones materiales, específicamente para la producción y circulación del material impreso:

Durante los años que van de 1880 a 1900 —el tramo que va del pasado que se quiere imaginar clausurado a los fantaseos modernizadores— se produjeron una serie de cambios sociales, culturales, políticos y técnicos que acompañaron e impulsaron transformaciones en la composición del público, en la sociabilidad y también en las características (formato, géneros discursivos, lenguaje y funciones) de las publicaciones periódicas. En el contexto del crecimiento de un mercado de bienes culturales, y del surgimiento de un incipiente mercado editorial, estos procesos transformaron la distribución de la palabra y la imagen impresas, y con ellas, sus usos y funciones.⁷⁶

De acuerdo con Acree, en torno al 80, la llegada de la educación primaria pública modifica por completo la relación entre imprenta, Estado y esfera pública: “En una palabra, el establecimiento de sistemas de educación pública en el Río de la Plata entre 1870 y 1910 fue la piedra angular que convirtió la lectura y la escritura en preocupaciones públicas”.⁷⁷ Aquí, más que de una revolución en la lectura se habla de una completa “revolución cultural”:

la llegada de la educación pública primaria al Río de la Plata puso en marcha una revolución cultural cuyos resultados [...] siguen siendo palpables hoy. [...] Entre 1870 y 1910 se establecieron es-

76. Claudia Román, “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (editora). *El brote de los géneros*, vol. 3 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, director Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2010, p. 18.

77. William Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, p. 93.

cuelas en todo el Uruguay y la Argentina, la matrícula y los índices de alfabetización subieron rápidamente, y el Estado comenzó a regular los medios impresos como nunca antes. Asimismo, este período supone la consolidación de la relación entre la imprenta, lo público y la política; fue entonces cuando los medios impresos se volvieron realmente “populares”.⁷⁸

Esta popularidad encontraba soportes diversos, entre los cuales Acree destaca como particularmente expandido e influyente al de la lectura escolar, que cuenta con la permeabilidad de un lectorado cautivo en el sistema educativo, que accedía a un conjunto de lecturas tendientes a producir un modelo de ciudadano para la nación. El de la lectura escolar, entonces, será un espacio decisivo para dirimir la relación entre lengua, pueblo y literatura en la construcción de la nación. Por otra parte, se encontraba el circuito tradicional de la cultura letrada. El mismo, como se ha ocupado en destacar la crítica más reciente,⁷⁹ encontraba su espacio de circulación, ensayo y debate sobre todo, en primer lugar, en la prensa periódica:

La prensa se convierte, en los años ochenta, en la principal administradora de los bienes culturales y, también, en el pivote de un mercado incipiente en el cual las novelas populares y las novelas de alta cultura se ponen en circulación con recursos prácticamente indiferenciados.⁸⁰

78. William Acree, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo, 2013, p. 129.

79. Ver, entre otros, el artículo de Hernán Pas, “La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX”, *Cuadernos americanos* 151, 2015, p. 43.

80. Alejandra Laera, “Novelas argentinas (circulación, debates y escritores en el último cuarto del siglo XIX”, en Alejandra Laera (directora). *El brote de los géneros*, tomo

De acuerdo con Prieto, la prensa habría constituido el destino primario del nuevo público lector: “Puede presumirse que una proporción considerable del nuevo público agotó la práctica de la lectura en el material preferentemente informativo ofrecido por la prensa periódica”. Este carácter meramente informativo del periódico, se ha visto, es limitado, ya que el mismo es soporte de distintas formas de ficción, de discursividades más heterogéneas que las que el enunciado supone, y que hacen aún más fácil el tránsito hacia el argumento que sigue inmediatamente:

Pero puede conjeturarse al mismo tiempo, con bastantes indicios a la mano, que otro sector numerosísimo del mismo público se convirtió en el receptor de un sistema literario que en sus aspectos externos no parece sino un remedo, una versión de segundo grado del sistema literario legitimado por la cultura letrada. El libro es aquí un objeto impreso de pésima factura, la novela es folletín, el poema lírico, cancionero de circunstancias; el drama, representación circense.⁸¹

Así lo corrobora Eduardo Romano, trabajando sobre otra zona del archivo, pero pensando también desde el mismo título de su trabajo en una *Revolución en la lectura*: “el crecimiento de la población escolar y la disminución del índice de analfabetismo, notorios en la segunda mitad del siglo XIX y en especial desde la década del 80, abrirían el consumo hacia folletos baratos o revistas, en particular ilustradas, y no hacia los libros”.⁸² La élite letrada veía proliferar ese

3 de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, director Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2010, p. 97.

81. Adolfo Prieto, op. cit., p. 15.

82. Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004, p. 31.

público, y da repetidos indicios de lo extendido de su alcance incluso al condenar sus manifestaciones y amenazas. En la conocida carta de Cané a Quesada que ocupa buena parte de la primera plana de un suplemento de *La Nación* en 1902, se ofrece una caracterización de los sujetos de este circuito –percibidos, claro está, por aquel preocupado por cerrar el círculo y velar por él:

Me suelo a veces detener en las esquinas, a oír hablar el grupo de muchachos que, con uno o dos diarios bajo el brazo, se entregan, bajo el ojo paterno del vigilante de parada, al más desenfrenado juego de cobres y al más desaforado de los torneos lingüísticos. No es posible oír obscenidades más salvajes, gritadas a voz en cuello, ni sería posible imaginar una depravación moral mayor, si no quedara la esperanza de que, algunas veces, esos labios infantiles no saben lo que dicen. Ahí tiene usted a los futuros lectores de las obras escritas en “cocoliche”. ¿Qué digo, futuros lectores? Ahí tiene V. a los futuros autores, pues en esa escala de la vida animal, en la que apenas empiezan a diseñarse los órganos del pensamiento y de la conciencia, lectores y autores están a un mismo nivel.⁸³

Prieto, sin embargo, subrayaba que, a pesar de ello, “la cultura letrada, la cultura del grupo social y profesional, que se percibía y era percibida como instancia final en todos los procesos de comunicación, continuó reconociendo en el libro la unidad vertebradora de su universo específico”. Esta identificación del libro como “huella física” de los procesos operados en la cultura dominante es la que le otorgaría su privilegio de archivo, facilitando así la recomposición de su uni-

83. Miguel Cané, “‘El criollismo’. Carta al Dr. Ernesto Quesada”, *La Nación*, suplemento al n° 10.384, 11 de octubre de 1902. Citado también en Geraldine Rogers, “*Caras y Caretas*: la lógica de la integración”, *Orbis Tertius* 3, 6, 1998, p. 58.

verso, que lo conducía, a través de la compulsa de estas “unidades de control” a lo que llamaba “la casi desconcertante conclusión de que el espacio de la cultura letrada apenas sí modificó sus dimensiones en esos treinta años cruciales”.⁸⁴ Si bien la investigación más reciente se ha ocupado de matizar las distancias entre el espacio de la cultura letrada y este nuevo circuito de la palabra impresa,⁸⁵ el mismo curso de la historia literaria termina de afirmar estas divisiones.

¿Dónde situamos estos textos? Si debiéramos pensar un lugar para ellos a la hora de pensar la cultura impresa, éste probablemente se encuentre entre la prensa y el libro, no como el folletín tradicional, que transita por el periódico antes de convertirse en libro —si triunfa—, sino como un mercado editorial paralelo, efímero, precario y masivo como la prensa (o en un grado mayor que ella, como permite observar la conservación relativa de los periódicos y los folletos), que participa de su circuito de difusión y lectura, que presupone de hecho saberes e inquietudes que circulan en la prensa diaria en el público de su ficción, que de algún modo prefiere también estar claramente situado en una geografía y un momento definidos.

Sin embargo, la alta cultura no era insensible a la presencia de este nuevo público lector, y se percataba por tanto de la necesidad de comunicarse con él —de controlarlo, proveyéndolo, formándolo—. Hay dos debates, al menos, de especial relevancia en este aspecto. Por un lado, el que gira en torno a la estética naturalista y la emergencia de una primera novelística local; por el otro, el que concierne a la producción y distribución de las lecturas para el sistema escolar. Del primero de ellos nos ocuparemos más adelante. Al segundo, que ya ha sido mencionado anteriormente, concierne también la definición, en ese espacio, de la literatura, la tradición, lo popular, y sus posibles combinaciones.

84. Prieto, *op. cit.*, pp. 14-15.

85. Ver, entre otros, Espósito, *op. cit.*, p. 25.

Estos textos, este circuito de lectura, aparecen cuando las clases dirigentes empiezan a preguntarse por la necesidad de tener de una vez por todas algo así como una literatura. La educación común como espacio de producción de ciudadanía para un Estado moderno administrado por la hegemonía que lo está creando se encuentra con la necesidad de una cultura común que dé forma simbólica a la necesaria cohesión social. De acuerdo con Nouzeilles:

Al Estado virtual instaurado por el monopolio de la violencia debía seguirle una reorganización generalizada de lo social que facilitara la administración pública y la cohesión interna de la comunidad nacional. Con este objetivo, la élite criolla se propuso dar forma a una cultura común que hiciera posible y al mismo tiempo legitimara la jurisdicción política del flamante Estado sobre una población heterogénea. Entre los rasgos más sobresalientes de este esfuerzo se encontraban la invención de tradiciones nacionales y la imposición de una lengua común. Uno de los discursos más influyentes en la producción de la hegemonía fue la literatura.⁸⁶

La literatura, de acuerdo con la misma autora, no solo debía dar el tono de la lengua legítima, sino también constituirse en un espacio virtual para la proyección de modelos de conducta, “las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa imaginario”.⁸⁷ Sin embargo, el problema seguía siendo el del establecimiento de esa misma literatura. A pesar de que en la década del 80 se producen cambios sustanciales en aras de la formación de un mercado del impreso y una producción literaria

86. Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000, p. 12.

87. Ramos, cit. en Nouzeilles, *op. cit.*, p. 12.

local de mayor abundancia, de un sistema más articulado, la persistencia de esa preocupación no llegaba a ceder.⁸⁸

Cuando Joaquín V. González repasa en 1888 la historia literaria argentina, se ocupa de afirmar sus condiciones de posibilidad en el prestigio de una tradición (en la que hilvana los nombres de Sarmiento, Avellaneda, Echeverría, los Varela, Miguel Cané, los Quesada, Navarro Viola, Goyena, Zeballos, entre otros), pero al mismo tiempo la describe como ausente, esperando “el renacimiento de nuestras letras, transitoriamente adormecidas”.⁸⁹ Acto seguido, identifica a la prensa periódica como el factor que hace posible la generación de un público e impide la de lo que considera debe ser una literatura:

Nada más apropiado a la época presente que el periódico, ese libro diario donde se escribe cada palpitación del sentimiento público bajo todos sus aspectos. En el vértigo de la vida comercial, y cuando todos corremos a tomar nuestro puesto de labor, apenas si tenemos el tiempo necesario para la lectura, la que, por otra parte, no puede en manera alguna, ser profunda ni seria. Y el diario con su lenguaje insinuante y apasionado, ocupándose de las cuestiones del momento, sintetizando el movimiento del espíritu

88. De acuerdo con la precisa síntesis de Laera: “Disgregación provocada por el rosismo, primero; desencuentros políticos entre los mismos letrados, después; urgencias económicas de la vida cotidiana y del diarismo, por un lado; eficacia en la construcción de una identidad nacional y narración de la historia argentina, por el otro. Todos estos factores, en los que el género, la civilización y lo nacional se vinculan entre sí –como corresponde al proyecto romántico de carácter más amplio en el que se integran–, contribuyen a sostener la percepción de un vacío que, aunque detectado también por otros letrados hispano-americanos, para la ficción argentina es casi una condición fundante” (Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 13-14).

89. Joaquín V. González, “Un año de historia literaria argentina”, en *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios, 1888-1908*, Buenos Aires, Jackson, 1934, p. 48.

humano en pocas líneas, satisface la escasa necesidad de las inteligencias, nos suministra las noticias que han de marcar el rumbo de nuestros negocios, y nuestras vistas sobre su desenlace más o menos favorable a nuestros intereses.⁹⁰

El modelo de literatura, de Bellas Letras, por el que aboga Joaquín V. González no se siente cómodo con el modo en el cual la primera novelística argentina está emergiendo. Uno de los terrenos fundamentales de la disputa de ese modelo de literatura es el del texto escolar, el del canon que la escuela define.

En sus estudio sobre los “Poderes de la literatura: épica, lengua y poesía nacionales”, Diego Bentivegna señala justamente cómo en torno a 1880 “comienza a implementarse en la Argentina una serie de políticas culturales (educativas, literarias, lingüísticas) tendientes a la homogeneización, regulación y organización de las prácticas percibidas como heterogéneas y, por ello mismo, patológicas y pasibles de extirpación”,⁹¹ y en ese marco concentrará su análisis en primera instancia en “uno de los libros de texto que más largo uso ha tenido en el aparato educativo nacional”,⁹² los *Elementos de teoría literaria* de Calixto Oyuela (1885), donde, al llegar a la instancia de la “poesía popular”, identifica el deslinde con todo aquello que no fuera “pueblo” (subsumido a la unidad de la raza, la lengua, la nación): “En efecto, lo ‘popular’, en Oyuela, constituye el sustrato de una concepción unificada de literatura hispánica que permite pensar la continuidad entre la

90. Diego Bentivegna, “Poderes de la literatura: épica, lengua y poesía nacionales”, en *El poder de la letra. Literatura y domesticación en la Argentina*, La Plata, Unipe, 2011, p. 49.

91. *Ibid.*, p. 43.

92. *Ibid.*, p. 55.

tradición peninsular, la hispanoamericana y la argentina”.⁹³ En Oyuela, la distinción entre lo popular y lo vulgar traza claramente el límite entre la cultura popular legítima y lo indeseable:

Además de funcionar como elemento de cohesión de una comunidad de raza, las construcciones letradas de lo popular elaboradas a fines del siglo XIX constituyen una instancia de deslegitimación de un conjunto de producciones que son desechadas en el ámbito de lo “vulgar”. En este sentido, a lo largo de las sucesivas ediciones del manual, se irán incorporando rectificaciones y reelaboraciones de la definición de poesía popular, que va escindiéndose progresivamente de un conjunto de prácticas culturales, identificadas con lo heterogéneo y con lo inauténtico.⁹⁴

El otro de la poesía popular legítima, que hunde sus raíces en una tradición rural e hispana, es por supuesto el criollismo en todas sus variantes, con su impronta predominantemente urbana y migratoria. Entre las ediciones de 1885 y 1902 de los *Elementos...* de Oyuela, indica Bentivegna, se había producido la expansión del circuito alterno ya mencionado y la asimilación del concepto de “literatura popular” a esa forma de producción impresa:

Invirtiendo estas lecturas, Oyuela, desde el sistema educativo y revitalizando algunos componentes de la retórica, pone en juego una operación crítica que, de algún modo, anticipa la moralización y la idealización de lo popular, identificado con formas idiosincráticas del hablante de los campos, que se instalará en

93. *Ibid.*, p. 68.

94. *Ibid.*, p. 69.

los años del Centenario: la poesía popular como poesía natural, espontánea, y como poesía, en ese sentido, verdadera.⁹⁵

El texto escolar de Oyuela pone en funcionamiento una inversión de la imagen sarmientina de los modelos deseables y reclamados como tradición, que no deja de excluir al gaucho malo (el moreirismo) pero recupera uno estilizado, épico, en el Odeón con Lugones. En ese tránsito, del 80 al Centenario, comienza a cobrar fuerza el modelo hispanizante, mediante el cual, como lo sintetiza Rubione, “se nacionalizó españolizando, pues la clase dirigente patricia que era en su mayoría de origen español, encontró en su pasado la vía para controlar el presente”. Esto le permitía al mencionado autor definir el contexto de aparición del libro de Abeille (como disparador, una vez más, paradójicamente, de una disputa sobre todo en torno al criollismo) del siguiente modo: “Hacia 1900 un sector numeroso de la clase dirigente ha terminado de invertir el modelo sarmientino. [...] lo preinmigratorio se consagra. Ser argentino es ser profundamente español y mantener intacta la lengua española, obra de argentinidad”.⁹⁶

Así, la relación entre lengua, literatura y pueblo encuentra en el doble retorno a las tradiciones y lo hispánico⁹⁷ una alternativa eficaz para identificar la tradición popular sana, aquella incorporable al acervo de la tradición, al patrimonio de una cultura legítima administrada por la hegemonía, dejando en su largo silencio a la procelosa cultura popular impresa urbana que le es contemporánea, pero que no resulta asimilable en la economía política de las lenguas modernas.

95. *Ibid.*, p. 71.

96. Alfredo Rubione, *En torno al criollismo*, Buenos Aires, CEAL, 1983, p. 36.

97. Ver a este respecto los trabajos de Alfredo Rubione, “Retorno a España” y “Retorno a las tradiciones”, ambos publicados en A. Rubione (dir.). *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, pp. 19-42 y 75-100, respectivamente.

La lengua de Giacumina

En una nota plagada de ironía, Arturo Costa Álvarez se dirigía a fines de 1923 al director del periódico platense *El Argentino* comentando la aparición en los titulares de *La Nación* de la expresión “igual que”, que a sus ojos constituía un barbarismo inadmisibles, un ejercicio de la analogía que empobrecía la sofisticación de la lengua escrita abriendo (junto a expresiones extendidas entonces y aún en el habla cotidiana como “detrás tuyo” o “vengo del dentista”) camino a una regresión que la conduciría al estado a su ver primitivo que representaban las lenguas criollas, y entre ellas sobre todo el papiamento. La reacción purista se remitía así, en este momento, directamente a un texto que ya entonces necesitaba ser refrescado en la memoria de los lectores, y que daba título al artículo: “La lengua de Giacumina”.

Giacumina era “la hicas dil dueño de la fonda del Pacaritos”, cuya historia escribió Ramón Romero (en colaboración privada con “Fray Mocho”) allá por 1887,⁹⁸ cuando, a raíz de los triun-

98. El artículo ha sido extraído de la colección de sus publicaciones ordenada y anotada por el propio Costa Álvarez, que se encuentra en la Sala Museo que lleva su nombre en la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata. En ese mismo ejemplar se encuentran correcciones sobre las inexactitudes en la fecha, entre otras cosas.

fos que iniciaba en nuestro país el dinero por sobre el mérito, la “grevanada” de la Boca del Riachuelo empezó a volcarse sobre la sociedad porteña, que poco después moría ahogada por ella.

Esa historia de Giacumina, picante en la forma y saludable en el fondo, estaba escrita en la jerga gringo-criolla, y curó a Giacumina de su media lengua. Porque Giacumina anhelaba vivamente parecerse a las damas cultas que entonces imperaban, y en cuanto a habla tenía por evangelio las páginas 23 y 24 de *L'idioma gentile* de De Amicis, escritas expresamente para las que no quieran hablar como sus lavanderas. La edición del opúsculo de Romero se agotó totalmente porque Giacumina obligó a sus hijas a dormir con ese texto debajo de la almohada, y las hijas, a su vez, dispusieron todas que a su muerte las enterraran con ese precioso manual de varias enseñanzas.⁹⁹

El recurso al nombre de Giacumina en el artículo de Costa Álvarez guarda interés por más de un motivo: en primera instancia, resulta notorio cómo el mismo designa ya no tanto las huellas del contacto en el español rioplatense, sino el mero desapego a la rigidez de la norma establecida (como lo haría Américo Castro en su desgraciado libro de 1941, que sin embargo remite, justamente, a su experiencia en Buenos Aires en los años veinte); en segundo lugar, el juicio acerca de la función cumplida por la novelita también es llamativo: la misma habría operado como espejo en el cual se reflejaba aquello que las hijas de la inmigración italiana querían evitar en aras de su integración y ascenso social; en tercer lugar, este mismo rol cumplido por la ficción popular y su lenguaje explican tanto su éxito como su desaparición, su masividad y fugacidad. La referencia

99. Arturo Costa Álvarez, “La lengua de Giacumina”, *El Argentino*, 26 de noviembre de 1923.

a De Amicis resulta significativa aquí, dado que de lo que se trata en *L'idioma gentile* en general es de la promoción del estudio del italiano estándar como medio de integración social, de su puesta en valor como instrumento para forjar una nacionalidad unificada. Es, pues, un ensayo que abunda en representaciones precisas de la relación entre lengua y sociedad, en definitiva de lo aconsejable de la buena lengua para la buena sociedad.¹⁰⁰ De Amicis, de hecho, como se ha ocupado de indicar Di Tullio, había conocido algunas manifestaciones del contacto italiano-rioplatense a bordo del vapor *Galileo*, y habría narrado en las páginas de *En el Océano* (1889) su horror ante ellas, “esa extraña lengua hablada por nuestra gente de pueblo después de muchos años de estadía en Argentina [...] esa horrible jerga”.¹⁰¹ En cuanto al pasaje referido por Costa Álvarez, allí De Amicis se ocupaba de mentar la utilidad y necesidad del manejo correcto de la lengua nacional estándar por parte de las mujeres, integrando allí formas claras de representación del lugar social deseable para las mismas en general, nada raras para la época:

[...] E le parrà che non abbia a studiar la lingua la donna, che por ragione di natura e per gli uffici a cui è destinata, di madre, di consigliera, d'educatrice, di consolatrice della famiglia, avrà tanti sentimenti amorosi e pensieri gentili da esprimere, tante cose da

100. En ese sentido, resulta significativa la metáfora dineraria empleada en las primeras páginas para referir a la necesidad de la integración en un mercado lingüístico unificado y controlado: “Nel grande commercio nazionale della lingua è onestà il non mettere in giro monete false” (Edmondo De Amicis, *L'idioma gentile*, Milán, Fratelli Treves, p. 7), integrada en una tradición de la metáfora económica y dineraria en el discurso sobre la lengua que se ha examinado en trabajos anteriores (Ennis, *op. cit.* 2014).

101. Cit. en Ángela Di Tullio, “Organizar la lengua, normalizar la escritura”, en Rubione, Alfredo (dir.). *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, p. 550. El propio Costa Álvarez había reseñado este volumen.

dire, delle più difficili a dire e a sentire, e che può e sa dire essa sola, e che da lei sola si vogliono udire? E come farà, se non avrà studiato la sua lingua [...]?¹⁰²

La imagen idealizada de la mujer que por razones de naturaleza, habilidades y destino ocupaba el lugar del “ángel del hogar” encontraba en el personaje de Giacumina una contracara –estigmatizante o carnavalesca y subversiva según se la mire¹⁰³– que se agudizará en extremo en el caso de los textos aquí introducidos, justamente en el momento en el cual la alta cultura debatía la forma, función y medios de una literatura y lengua para la nación, toda la ruidosa heterogeneidad de aquello que Sarlo llamó “polifonía social” de la Buenos Aires finisecular irrumpía en el circuito del papel impreso.¹⁰⁴

Costa Álvarez no era el único en recordar el éxito y olvido de Giacumina como paradigma del *language shift* y la amenaza vivida desde fines del siglo XIX con la afluencia masiva de la inmigración. Poco después, en 1926, Rudolf Großmann publicaba en Hamburgo un volumen sobre la influencia de las lenguas extranjeras en el español rioplatense, que comenzaba dando por zanjada la discusión en torno al “idioma nacional” y que describía las formas del contacto

102. Edmondo De Amicis, *op. cit.*, pp. 23-24.

103. Ver respectivamente: Di Tullio, *op. cit.* 2011 y Ana Ojeda y Rocco Carbone, “Sunsería amurosa”, prólogo a Julio Ramón Romero, *Los amores de Giacumina*, Buenos Aires, El 8vo. Loco, 2011.

104. Beatriz Sarlo, “Oralidad y lenguas extranjeras: el conflicto en la literatura argentina durante el primer tercio del siglo XX”, *Orbis Tertius* I, 1, 1996. De acuerdo con Rogers, “la oralidad de los sectores populares criollos e inmigrantes transformada en escritura constituye, desde el punto de vista de las definiciones hegemónicas, una saturación de lenguaje extraliterario. El reverso de la lengua admitida en la escritura literaria de ‘buen gusto’ aparece en ediciones destinadas al gran público de clases populares en ascenso, en un momento en que grupos restringidos discuten temas específicamente literarios y muestran preocupación por la pureza del idioma” (Rogers, *op. cit.*, p. 56).

lingüístico experimentado en Argentina entre fines del siglo XIX y comienzos del XX como “lenguas mixtas” precarias y perecederas:

Las lenguas mixtas argentino-europeas son, como veíamos, lenguas auxiliares. Lenguas auxiliares, esto es, lenguas que desde el comienzo, exactamente como el rancho del trabajador rural italiano, están hechas para ser derribadas, no se ponen en primer lugar por escrito. Una literatura como fin por sí misma no puede construirse en estas lenguas mixtas. Textos en estas lenguas mixtas se obtendrán por lo común solo por la vía del registro fonético de las mismas. Puesto que las lenguas mixtas son sin embargo las más individuales de todas las lenguas, se accedería casi con cada individuo a formas fónicas y léxicas diversas.¹⁰⁵

Großmann mencionaba como exponentes del cultivo literario más o menos burlesco de estas lenguas mixtas a la propia saga de Giacomina, el teatro de los Podestá y la revista montevideana *El Fogón*, de la que proporciona un conjunto de textos con traducción al final del volumen: “Productos similarmente populares pueden encontrarse buscando un poco en kioscos de diarios o en las librerías de viejo de Buenos Aires”.¹⁰⁶ Sin embargo, como la sentencia cifrada en la comparación con la choza del trabajador rural dejaba entender, esa literatura no estaba destinada a perdurar como tal, siquiera como documento o curiosidad. Así puede constatarse en el estudio de Prieto, quien —entre las cerca de 500 piezas que computa para la “Biblioteca criolla”— observa que el caudal de este legado

105. Rudolf Großmann, *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de La Plata*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008 [1926], p. 268.

106. *Ibid.*, p. 269.

ofrece una generosa información sobre el estado de la literatura criollista durante la última década del siglo XIX y la primera del XX. No sorprendentemente, registra muy pocos ejemplares impresos antes del año 1890, señal de que cuando Lehmann-Nitsche inició su trabajo de recopilación, la mayoría de ellos había, literalmente, desaparecido.¹⁰⁷

Habida cuenta de esa “laguna” es que Prieto otorgaba especial valor al *Anuario bibliográfico* de Navarro Viola y la información que el mismo aporta acerca de las publicaciones en Argentina hasta 1887, que, como veremos luego, resulta asimismo útil para pensar la temporalidad de estos textos, cómo pueden haberse leído en el pasado y cómo pueden pensarse sobre las cartografías que traza la historia literaria.

Esta precariedad del archivo contribuye a su desestimación, que con Borges –lector de Costa Álvarez en la época en que escribía sobre el idioma de los argentinos– llega a su paroxismo en 1941, al desestimar el apesadumbrado juicio de Américo Castro sobre la cuestión de la lengua en el Río de la Plata.

Las jergas –*se pluriel est bien singulier*. Salvo el lunfardo [...] no hay jergas en este país. No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan. Han improvisado el *gauchesco*, a base de Hernández; el *cocoliche*, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado.¹⁰⁸

107. Prieto, *op. cit.*, p. 65.

108. Jorge Luis Borges, “Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*”, *Sur* 86, 1941, p. 67.

La referencia a la parodia invisibiliza lo parodiado, el desdén borgeano por las alarmas puristas se resuelve no en la impugnación de sus argumentos, sino en la invisibilización de su causa. De hecho, la hipótesis de Costa Álvarez acerca de la función social (no solo sociolingüística o glotopolítica) de *Los amores de Giacumina*, anticipa en cierta medida las que medio siglo más tarde esgrimirán Ángel Rama en *Los gauchipolíticos rioplatenses* y Ana Cara-Walker en su artículo ya citado sobre el tema, en cuanto a la doble faz complementaria del personaje: si bien, por un lado, opera como discriminante social, diferenciando y señalando al “otro” inmigrante y extranjero,¹⁰⁹ al mismo tiempo le cede un espacio (aunque humillante) en la escena, junto a la expresión hiperbólica de los relatos constitutivos de la identidad propia de la cultura a la que ese “otro” pretendía ser asimilado.¹¹⁰ Jirones del archivo, estos textos también constituyen el espacio de una negociación, de tensiones diversas en las representaciones de la lengua y la sociedad y sus modos de relacionarse, que al tiempo que se hacen eco de las formas hegemónicas más sólidamente transmitidas, también encuentran el modo de inquietarlas, sublevarlas, aún en la precariedad amenazada de su no-lengua.

109. Goluscio de Montoya, *op. cit.*, p. 64.

110. Rama 1976, *op. cit.*, p. 168. Cara-Walker describe este fenómeno como una negociación basada en la paradoja: “Cocoliche and Cocoliche-like expressions were not merely the manifestation of a cultural ‘mixture’, however. The entire phenomenon embodied a paradox: Cocoliche the character was neither gaucho nor Italian, yet at the same time he was both. As the ‘gaucho’, he mocked the immigrants’ language and behavior, and as the ‘Italian’, he celebrated Argentine culture and tradition, leaving foreigners no alternative but to want to become ‘native’. In this manner, Cocoliche’s double identity allowed for not only the survival but also the control of both cultural ‘faces’. His image functioned as a disguise for integration (assimilation) as well as for dissent (dissimulation). By engaging in Cocoliche-like behavior and speech, anyone could ritually ‘pass’ as gaucho or Italian. By adopting and adapting traditional Argentine styles and forms, everyone could ultimately feel criollo” (Cara-Walker, *op. cit.*, pp. 43-44).

La historia del español rioplatense –y con él, como toda articulación política de lengua y pueblo, toda lengua moderna que se precie, la de su literatura y su tradición popular legítima, folclórica– es así la del triunfo de la cultura monoglósica. Más allá de las posteriores polémicas en torno a meridianos intelectuales, purismos peninsulares, filologías o tonos más o menos coloquiales, el gran proyecto educativo de los hombres del ochenta encontraría su éxito en el masivo *language shift* de la segunda generación. Graciela Montaldo, en una investigación reciente, identifica en la literatura que entre fines del siglo XIX y comienzos del XX interroga el fenómeno de las masas urbanas la inquietud de la hegemonía ante la emergencia de nuevos sujetos que amenazaban su orden:

Masa (y sus variantes: populacho, multitudes, incluso pueblo) y mujer son las dos caras de un único problema: la progresiva desintegración, socavamiento, erosión de un poder hegemónico que se piensa soberano, pero la convicción también de que la hegemonía está obligada a rehacer sus huestes –como rápida y eficazmente las rehízo– para poder sobrevivir y llevar a cabo un plan de reconstrucción de manera implacable.¹¹¹

En este marco, Montaldo lee en *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía (1899) –“un texto escrito al pie del de Le Bon, pero ‘nacionalizándolo’, traduciendo la teoría de las masas como un problema argentino”– el relato del éxito de esa hegemonía en la formación de una nacionalidad homogénea modelada a partir del material heterogéneo de la masa aluvional: “Es el relato que el liberalismo argentino está desarrollando para el nuevo Estado, la integración a través de la educación común, la conversión de las masas en pueblo”.¹¹²

111. Montaldo, *op. cit.*, pp. 33-34.

112. *Ibid.*, pp. 58-59.

Este relato de la integración y la asimilación constituye un capítulo fundamental de la historia política de la lengua en Argentina, y tiene en las concepciones acerca de la dinámica del contacto en esta época un sólido desarrollo, cuyos pormenores hemos estudiado en trabajos anteriores.¹¹³ En las conclusiones al libro de Ángela Di Tullio sobre *Políticas lingüísticas e inmigración*, por ejemplo, aparece de tal forma que hace claro el modo en que, finalmente, se vio trabajar la máquina ansiada por Cané:

La inmigración supuso para el aparato educativo el desafío más difícil, que afectó a sus dimensiones, a la necesidad de centralización y de elaboración de contenidos e instrumentos pedagógicos especialmente diseñados para hacer de la nacionalidad la más preciada de las aspiraciones. Condición impuesta que se convierte en derecho reclamado: en ese cambio está cifrada la eficacia de la escuela. Mientras que, en el terreno político, la naturalización del extranjero no había dado los resultados esperados, la escuela actuó a través de un adoctrinamiento tan eficaz que no necesitó de mecanismos especializados para producir el efecto deseado: al monopolizar la cultura y la lengua legítimas, pretendió borrar la identidad cultural de los inmigrantes. En la pérdida de las lenguas inmigratorias logró su objetivo.¹¹⁴

No solo la lengua hablada ya por la segunda generación va perdiendo los rastros de la de sus padres, también van desapareciendo del archivo, de la memoria cultural, los restos de esa experiencia del lenguaje que tiene como escenario a Buenos Aires a partir de las últimas décadas del siglo XIX. De este modo, la pregunta que estos

113. Ennis 2008, *op. cit.*

114. Ángela Di Tullio, *op. cit.* 2003, p. 224.

textos pueden disparar en su rareza, en el azar de su supervivencia, entre otras, es la de su idioma, a grandes rasgos. Dicho de otro modo: ¿en qué serie, con qué código leerlos, dónde ubicarlos? En estudios previos¹¹⁵ se planteó el problema de su condición de corpus para la historia de la lengua en estas latitudes. Único registro de una situación de contacto masivo, a la vez se revela como la reunión hiperbólica de todos los rasgos que traen la sospecha sobre este tipo de materiales. Por supuesto, si es que lo que se procura es reponer una voz genuina, un registro “objetivo” del contacto en la oralidad cotidiana (con todas las salvedades que ya Labov opusiera al problema y que aún no se saben resueltas, con todo lo problemático que resulta plantear ese tan requerido objeto empírico de las ciencias del lenguaje). Si, por el contrario, se considera que las percepciones, usos, formas de indexación o iconización de rasgos o formas determinadas (tomando el concepto de Irvine y Gal¹¹⁶), forman parte fundamental del objeto, de la descripción de la formación de algo así como una lengua moderna (relativamente homogénea, afianzada en la letra firme de un estándar común, de una literatura monolingüe impartida por un sistema escolar mínimamente cohesionado), que comprende no solamente fonemas y morfemas, sino también representaciones e intervenciones que hacen a su lugar político e inscriben los rasgos específicos de la expresión en otras series o problemáticas, el valor de estos textos comienza a redimensionarse. Como se leía más arriba en el testimonio de Quesada, hay una experiencia del lenguaje y la cultura de la que estos impresos no son mero testimonio distorsionado, sino parte integrante, resto superviviente.

115. Ennis 2015, *op. cit.*.

116. Irvine y Gal, *op. cit.*

“Auge y caída de una familia de inmigrantes de la Boca, *Los amores de Giacumina* (1886) es una fábula con moraleja, cuya principal protagonista es la lengua”, señalan Ojeda y Carbone en las primeras líneas de su estudio preliminar a la edición de El 8vo. Loco.¹¹⁷ El acierto de esta descripción residiría, creemos, no solo en el hecho de que toda la serie se dedique a experimentar con las formas percibidas del contacto, sino también en la puesta en papel impreso de la inestabilidad de esa misma lengua, a contramano de toda representación vigente de lengua literaria. Si el concepto de la autoridad del texto literario que funda el canon de las lenguas nacionales reside en su forma modélica y presuntamente inamovible, *Los amores de Giacumina* mostrará entre sus diversas ediciones una constante alteración de las formas con las que experimenta. Sin modificar sustancialmente la estructura de lo narrado, párrafo a párrafo, la lengua en que se escribe, respondiendo probablemente a su modo de ser y vivir en la oralidad, fluctúa constantemente. No hay, en este caso, fidelidad en la copia entre la primera, la cuarta y la novena edición.

Es claro: no se puede sistematizar una lengua que se ofrece como contracara de todo aquello en lo cual la “lengua literaria” (en el sentido moderno de la expresión, de la lengua y la literatura, de una lengua y una literatura), cuya ficción pone en juego la variación constante, la carencia de norma (la a-normalidad) de una lengua definitivamente menor, todo menos la norma supuesta por Deleuze y Guattari, “Hombre-blanco-macho-adulto-urbano-hablando una lengua standard-europeo-heterosexual cualquiera”.¹¹⁸ No-lengua por definición, o al menos por todos los rasgos que contribuirían a definir eso que llamamos lenguas en cuanto conjunto sistemático y

117. Ojeda y Carbone, *op. cit.*, p. 11.

118. Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*, Valencia, Pre-Textos, 2004, p. 107.

constante, la lengua de Giacumina y Cocoliche, nos pone frente a la representación de una voz otra. No es el otro que habla, claro está, sino el modo en el cual –tomando el giro empleado por Ludmer para la gauchesca– *se lo habla*. *Crossing*, lo llama Ben Rampton, etnolecto secundario de acuerdo con Auer.¹¹⁹ Es difícil, de todas formas, determinar el esquema o estructura de esta puesta en escena, ya que no es la voz mayor impostando la lengua menor, sino que hay diversas modulaciones entremedio que hacen difícil cualquier definición clara. Si detrás de estos personajes puede reconocerse originalmente a un Ramón Romero, también está la figura de un Corrado Estroface, o el claro anonimato de textos como *La hija de Giacumina*.

De nuevo con Deleuze y Guattari,¹²⁰ se trata de un sistema definido por la línea de variación constante que lo atraviesa más que por el asidero estable de una identidad. Hay, sí, constantes en la variación, formas indexicales, por lo tanto recurrentes, que señalan justamente al hablante más que a su discurso. En trabajos anteriores,¹²¹ hemos procurado dar cuenta los problemas que la definición de la condición de estos materiales conlleva a la hora de acercarse a ellos desde los estudios lingüísticos. A continuación, ofrecemos una exposición sintética de los aspectos formales de ese análisis, en el cual se ha tenido en consideración el corpus de la literatura “giacumina” y “cocoliche” preservado en el IAI, tomando en cuenta al mismo tiempo los estudios existentes sobre otras formas de representación de esta situación de contacto lingüístico, por ejemplo, en el sainete o el grotesco criollo.¹²²

119. Rampton, *op. cit.*, Auer, *op. cit.*

120. Deleuze y Guattari, *op. cit.*, p. 98.

121. Ennis *op. cit.* 2006, 2008, 2015.

122. Pueden mencionarse entre ellos los estudios de Kailuweit y Engels sobre la prosa costumbrista en la prensa (Rolf Kailuweit, “Spanisch und Italienisch im Spiegel der

Con respecto a la representación de la fonética de las hablas en contacto en el folleto impreso, es común en primer lugar la articulación oclusiva /k/ de la velar fricativa /x/ (escrita *g* o *j*, aquí *c*: “hicos”), común también, aunque irregular, en el sainete¹²³ o el grotesco criollo;¹²⁴ frecuencia que se explica fácilmente por la ausencia del sonido /x/ en el inventario fonético de la(s) lengua(s) de contacto. /k/ también suele sustituir a la fricativa velar sonora /g/, especialmente en posición intervocálica [γ]: *Veca* en lugar de *Vega*, *nieco* en lugar de *niego* (NC 1905: 4, 5).¹²⁵ Perera San Martín y Großmann lo men-

argentinischen Literatur um 1900: Varietäten- und medientheoretische Überlegungen”, *Philologie im Netz* 27/2004; 2004, pp. 47-66; “El contacto lingüístico italiano-español: ascenso y caída del ‘cocoliche’ rioplatense”, en David Trotter (ed.), *Actes du XXIVe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romane, Aberystwyth 2004*, Tübingen, Niemeyer, 2007, pp. 505-514; K. Engels y R. Kailuweit, “Los italo-lunfardismos en el sainete criollo. Consideraciones léxico-semánticas”, Rolf Kailuweit y Ángela L. Di Tullio (eds.), *El español rioplatense: lengua, literaturas, expresiones culturales*, Frankfurt, Vervuert, 2011, pp. 227-247), los referidos al grotesco criollo realizados por Goluscio de Montoya (1980, *op. cit.*; *Étude sur le « cocoliche » scénique et édition anotée de Mateo d’Armando Discépolo*, Toulouse: Institut d’Études Hispaniques et Hispano-Américaines. Université Toulouse-Le Mirail, 1979), el de Perera San Martín sobre el teatro de Florencio Sánchez (Nicasio Perera San Martín, “El cocoliche en el teatro de Florencio Sánchez. Descripción. Elementos de evaluación estilística”, *Bulletin Hispanique* LXXX, 1-2, 1978, pp. 108-122), así como el corpus más extensor y abarcador analizado en el volumen de Katrin Engels (*Cocoliche als Mediensprache. Die Darstellung einer Lernervarietät im Theater des Río de la Plata-Raums*, Freiburg, Rombach, 2012).

123. Kailuweit, *op. cit.* 2004, p. 52; Giovanni Meo Zilio, *Estudios hispanoamericanos*, Roma, Bulzoni, 1989, p. 211.

124. Goluscio de Montoya 1980, *op. cit.*, p. 26.

125. Se indican entre paréntesis las abreviaturas utilizadas para cada texto: *Enriqueta la criolla (so historia)* (Buenos Aires, 1886) (ENC); *La hija di Giacumina, per lo porteros de la casa de Matirde* (Buenos Aires, 1887) (HG); *Los Amores di Giacumina* (Montevideo, 1887, 2 vols.) (AG 1887); *Los Amores di Giacumina* (Montevideo, 1897) (AG 1897); *Los Amores di Giacumina* (Buenos Aires, 1910) (AG 1910); *Nue-*

cionan también como lenición o confusión /k/ > /g/, asociada a /x/ > /g/ (e.g. EC: 5: *me suguetaba*).¹²⁶ La epéntesis de -g- en diversos contextos vocálicos se encuentra también extendida en estos textos:¹²⁷ *Yó sono crigollo vieco* (NC: 3), *pata gancha* (NC: 3), así como la de -e final.¹²⁸ Abundan asimismo formas de epéntesis consonántica y vocálica identificadas ya con formas más características de la oralidad popular en la literatura criollista, como en el caso de *dirse aluego* (HG: 4). También es habitual el recurso al rotacismo /d/ > /r/, /l/ > /r/,¹²⁹

vas Canciones del Napolitano Cocoliche, Buenos Aires, La Voz del Comercio, 1899 (NCNC1); *Cocoliche en Carnaval*, Buenos Aires, Rolleri, 1902 (CC); *Nuevas Canciones del Napolitano Cocoliche*, Salvador Matera ed., Buenos Aires, 1902 (NCNC2); *Nuevas Canciones de Cocoliche*, Buenos Aires, Rolleri, 1905 (NCC); *Napolitano Cocoliche*, Buenos Aires, Salvador Matera, 1905 (NC 1905); *El cocoliche. Décimas napolitana criollas para carnaval / El rastreador. Historia en versos criollos*, serie “Alma Nativa”, Buenos Aires, circa 1910 (DNC); *Napolitano Cocoliche*, Buenos Aires, Salvador Matera, 1909 (NC 1909) *Amores de Cocoliche*, de Manuel M. Cientofante. Buenos Aires, Salvador Matera, 1905 (AC); *El Cocoliche*, 1909 (EC); *El verdadero Cocoliche* por Pascualín Senzavergoña. *Famosas canciones y disparates cómicos cantados por Nicola Papastrufo, célebre cantor del Vesuvio. Con el tango “El caburé”*, Buenos Aires, 1912 (EVC); *Las peripecias de Franciscone Cocoliche es so moquier Ludonia*. Rosario: Longo y Argento, s.a., circa 1917 (PFC).

126. Perera San Martín, *op. cit.*, p. 112; Großmann, *op. cit.*, p. 273.

127. cf. Engels *op. cit.*, p. 94.

128. Cfr. Goluscio de Montoya, *op. cit.* 1980, p. 27; Kailuweit, *op. cit.* 2004, p. 51; Engels, *op. cit.*, p. 90.

129. Kailuweit sugiere que esto podría apuntar a un origen meridional, posiblemente calabrés, para el personaje en cuestión (Kailuweit, *op. cit.* 2004, p. 51; ver también Engels, *op. cit.*, p. 96). Es cierto también que este fenómeno puede ser observado en otras áreas, desde Abruzzo-Molese hasta Sicilia (v. Giacomo Devoto y Gabriella Giacomelli, *I dialetti delle regioni d'Italia*, Milán, Bompiani, 1995, pp. 102, 148, 160; cf. Francesco Bruni, *L'Italiano. Elementi di storia della lingua e della cultura*, Torino, UTET, 1984, p. 313), aunque la neutralización de las líquidas también ha sido documentada para el español rioplatense como “uno de los cambios más notables del lenguaje afrorioplatense” (John Lipski, “Panorama del lenguaje afrorioplatense: vías

aunque está más generalizado (sobre todo para la preposición *de*) en la serie “cocoliche” que en la Giacumina, algo que sucede también con la abolición de la distintividad del rasgo sonora/sorda, como puede verse especialmente en la dedicatoria de Pascualín Senzavergoña: “A me tata, á me mama, é a toto me pariente le brinto la felonsofia re isto libro, co tuto lo corazone re lo pecho”. Otro rasgo típico es la asimilación *nd>nn*.¹³⁰ Con respecto a las vocales, el cierre *o>u*¹³¹ resulta tan frecuente como irregular: *hagu la rilaciun di aquellu qui tengu vistu* (ENC: 7), lo mismo que otras formas de asimilación, metátesis, diptongación: /o/ > /we/, /e/ > /ie/. Esto puede verse en muchos pasajes en los que estos rasgos tienden a hiperbolizarse: *yo ta quiero decire a gosté ca te quiero cu la garma re mi cuerpo* (PFC: 4)

Otros rasgos característicos de la oralidad en amplias áreas del mundo hispanohablante, aunque al mismo tiempo largamente estig-

de evolución fonética”, *Anuario de Lingüística*, 14, 1998, p. 288). De acuerdo con Zamora Vicente (*Dialectología española*, Madrid, Gredos, 1967, p. 313), la segunda característica es común en Andalucía, así como en “el habla vulgar de otras varias comarcas españolas”.

130. Cfr. Engels, *op. cit.*, p. 99. Este es un rasgo común en el centro y sur de Italia, tal como lo describen Devoto y Giacomelli, *op. cit.*, p. 82, pp. 138-9, p. 147; también Bruni, *op. cit.*, p. 316

131. Este rasgo en particular contribuiría a la hipótesis (peregrina por cierto) de un trasfondo dialectal ligur en la configuración de la lengua de Giacumina, dada la geografía de la acción y lo extendido del mismo en la región de Génova (Fiorenzo Toso, *Grammatica del genovese*, Genova, Le Mani, 1997, p. 21) –aunque también se la encontraría en Calabria (Bruni *op. cit.*, p. 323). De acuerdo con Di Tullio, *op. cit.* 2003, p. 95, “el narrador, ‘el hicos del duño de la Fundita del Pacarito’, usa precisamente el cocoliche, en una forma lingüística propia de los semidoctos, muy cercana a la modalidad hablada – sobre la base del dialecto genovés – y con un evidente tono paródico”. Großman, *op. cit.*, identifica el predominio de [u] desplazando a [o] antes de nasal como una “variante dialectal (italiana meridional) [...] la disposición fonética u en lugar del toscano o frente a consonante nasal: *mi sun maridato*, tosc. *mi sono maritato*; *cume*, tosc. *come* ‘como’; *bun*, tosc. *buono* ‘bueno’; *nun*, tosc. *non* ‘no’”.

matizados, como la caída de la -s postónica (cuya inestabilidad encuentra un refuerzo en su epéntesis en otros casos (*mi amigos*); cfr. Großmann, *op. cit.*, p. 274), o típicas del español rioplatense, como el yeísmo rehilado,¹³² encuentran aquí su lugar en la escritura.

El corte generacional anteriormente mencionado para el caso de AG 1910 es tomado en cuenta por Kailuweit, quien indica en los textos por él estudiados la morfología italianizante como rasgo distintivo de la lengua del padre (*ho seguido, ho bajado, so ido*) y los caracteres propios del habla coloquial bonaerense como distintivos de la lengua del hijo (caída de la -d- intervocálica en *piantao*, voseo y pérdida de la -s postónica, ex-presiones propias del lunfardo).¹³³ Sin embargo, en el corpus aquí analizado, estos rasgos se combinan tanto en el habla de “Cocoliche” mismo, como en la del narrador y los personajes en *Giacumina* y ENC. Así, la caída de la /-d-/ intervocálica, tanto como la de la /-d/ final, rasgos extendidos ya en la España de los siglos XVI y XVII a diversas capas sociales,¹³⁴ y que integrarían el lenguaje “deliberada y moleestamente criollo” del joven Borges,¹³⁵ pueden encontrarse por ejemplo en ENC siete veces solo en la página 29, aunque también presentando cierta irregularidad: *si ha livantao, é ha istado bien hasta dispuei del almuerzo que vorvió a discomponerse é cume in escupetazo á largao cuanto habia imbochao* (ENC: 29).

132. M. B. Fontanella de Weinberg, *Dinámica social de un cambio lingüístico: la reestructuración de las palatales en el español bonaerense*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979; también de la misma autora *El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución lingüística (1580-1980)*, Buenos Aires, Hachette, 1987, pp. 25-26.

133. Kailuweit, *op. cit.* 2004, p. 52.

134. Juan Antonio Frago Gracia, *Historia de las hablas andaluzas*, Madrid, Arco, 1993, p. 471-474.

135. Ana María Barrenechea, “Borges y el idioma de los argentinos”, en *La expresión de la irrealdad en la obra de Borges*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 228-9.

En el nivel morfosintáctico, la copresencia del pronombre posesivo y el artículo se vuelve por supuesto un indicador visible de la confusión entre idiomas: *la sua casa* (AG 1897 I: 9), *il suo colore* (NC 1909: 9). En su análisis de los materiales de la revista *El Fogón*, Großmann informaba este como uno de sus rasgos más salientes.¹³⁶

La formación regular de participios irregulares es otro recurso frecuente (como en *rompido*, AG 1887 II: 27), así como la alteración de la concordancia de género y número en la FN,¹³⁷ la construcción de las formas compuestas del pretérito con “essere/ser”,¹³⁸ la aglutinación de pronombres, preposiciones y artículos (*si moviera ocorido* –ENC 5–; *inta* en lugar de *en la*; *da ca* en lugar de *de acá*, PFC, 14; *ta comprendo lantansione* –NC 1909: 22–), la epéntesis de una -b- de todas formas etimológica en el imperfecto (*sabiban*, *traiba* –AG 1910: 9–, *teniva* –PFC: 2–). En el caso de las conjunciones, puede mencionarse el uso alternado de las formas *se* y *si* como conjunción condicional¹³⁹ y el uso de *e* o *é* en lugar de *y* como coordinante.¹⁴⁰ Fenómenos que se pueden identificar como indexaciones de una interferencia tan constante como irregular, como la confusión del pronombre personal reflexivo y la conjunción condicional, conviven con otros como el *laísmo* o el *dequeísmo* (presentes aunque infrecuentes), antes índices de un habla desviada del estándar: *sempre la cunsecaban de que si casase cun in hombre trabacador* (AG 1887 I); *los hombres del paese de so masas que la deciban era mucho lindo* (HG: 4). En cuanto a las preposiciones, Perera San Martín apuntaba en su corpus la omi-

136. Großmann, *op. cit.*, p. 275.

137. Perera San Martín, *op. cit.*, p. 113, cf. Di Tullio, *op. cit.* 2003, p. 95.

138. Großmann, *op. cit.*, p. 275.

139. Perera San Martín, *op. cit.*, p. 114.

140. Kailuweit, *op. cit.* 2004, p. 51.

sión frecuente de *a* en los complementos que lo requieren, rasgo presente, aunque no muy extendido en nuestro corpus.¹⁴¹ Por el contrario, el uso de *per* en lugar de *por* es más común y regular que otros casos, lo mismo que el de *a* en lugar de *en* o el de *di* en lugar de *de*. En la serie *Giacumina*, es muy frecuente la forma *inta* con función locativa o direccional, donde podría conjeturarse un genovesismo:¹⁴² *disembarcó inta Bucas* (HG: 4); *le pegó un guebaso inta cabeza* (AG 1887 I: 4). Esta forma también se puede encontrar, aunque no tan extendida, en los textos *Cocoliche: Cuanto inta lu firmamento / la luna platiata ondula*; NC 1909: 14).

En lo referente al léxico, Goluscio de Montoya supo mostrar en su análisis de corpus que los italianismos no consisten solamente en piezas léxicas aisladas, sino también en colocaciones y usos.¹⁴³ Kailuweit pone especial énfasis en la abundancia de lo que llama “lunfardismos”, especialmente en el habla de los personajes que representan a la segunda generación de inmigrantes.¹⁴⁴ Los elementos atribuibles a la variedad coloquial rioplatense son abundantes en la serie *Giacumina*, y más aún en la de textos relacionados con el personaje de Cocoliche. Algunos pocos ejemplos: *tano*, *gringo*, *macanudo*, *macanutisimamente* (EVC: 10), *matungo* (ENC: 7), *caquetilla* (ENC: 9), *manganeta* (ENC: 18), *safadas* (ENC: 5); *linyera* (EC: 4); *macaniar*, *soncera* (EC: 15). Por el contrario, los italianismos léxicos son relativamente escasos, como podría esperarse de un lenguaje fraguado en la imitación de la imitación:¹⁴⁵ *picola* (AG 1897: 9), *giorno* (HG: 39), *parolo* (EC: 4). La elaboración literaria

141. Perera San Martín, *op. cit.*, p. 116.

142. Toso, *op. cit.*, p. 131-132.

143. Golluscio de Montoya *op. cit.* 1980, p. 26-27.

144. Kailuweit, *op. cit.* 2004, cf. Engels y Kailuweit, *op. cit.*; Engels, *op. cit.*, p. 225.

145. Großmann, *op. cit.*, p. 275, ya había observado esto en los textos de *El fogón*.

de la lengua del otro responde así, naturalmente, más a un modo de percibir y caricaturizar esa lengua que a un registro con alguna pretensión de fidelidad de los avatares del contacto. Como lo ha explicado claramente Kroskrity, lo que se conoce como ideologías lingüísticas trabaja en la interfaz entre la experiencia sociocultural y los recursos discursivos disponibles a través de una relación indexical.¹⁴⁶ Estas formas, que indizan la caricatura gráfica y la lingüística, y que aparecen como registros de una lengua que, para muchos representantes de la cultura letrada, jamás podrían dar forma a una literatura, componen de algún modo, bien pensado, el fenómeno inverso: una literatura sin lengua.

146. Paul V. Kroskrity, "Regimenting languages: Language ideological perspectives", en Kroskrity, Paul (ed.), *Regimes of Language: Ideologies, Politics and Identities*, Santa Fe (e.o.), School of American Research Press, 2000, p. 21.

El naturalismo y la literatura giacumina

Desde muy temprano, la élite letrada argentina tuvo la preocupación de lograr una lengua y una literatura para la nación que una y otra vez procuraba fundar. El género por antonomasia para ello, se sabe, es el de la novela, y el 80 se caracteriza tanto por ser el momento de su emergencia como el de una marcada angustia por su ausencia. Dicha angustia se debe a la estrecha asociación de este género con el grado de civilización de las sociedades. Si la novela, en su calidad de espejo de la realidad, es “la más alta expresión de civilización de un pueblo”,¹⁴⁷ su ausencia solo puede significar que la tarea civilizatoria se manifiesta inmadura o al menos inconclusa en suelo argentino.

En cuanto a los 80 como período de surgimiento del género novelístico, la cultura letrada porteña arrastraba al menos desde 1879 una discusión estética que era además programática e interrogaba su función misma. Si por un lado podía cuestionarse la mera posibilidad de la existencia de una literatura nacional, por el otro la misma era pensada en función de los beneficios que podía reportar al proceso modernizador, es decir, a la formación de la nación. Alejandra Laera periodiza la polémica por el naturalismo en Argentina entre 1879 y

147. Mitre, cit. en Laera *op. cit.* 2004, p. 10.

1887, indicando que no es solo una discusión estética y una muestra más del rol subsidiario de la discusión cultural local con respecto a la europea, sino que allí

entran en juego cuestiones vinculadas con la identidad nacional, con los imaginarios de la nación y con la circulación y cristalización de imágenes que la élite produce de sí y de los otros. Es decir, la polémica sobre el naturalismo pone de relieve una de las problemáticas que más han obsesionado a los sectores letrados argentinos —y latinoamericanos— en el siglo pasado y aun en éste: la cuestión del otro.¹⁴⁸

La periodización propuesta por Laera se organiza en tres etapas, una de inflexión (entre 1879 y 1880, donde hay más discusión sobre el naturalismo que ejercicio de su poética), otra de inscripción (a partir de 1881, con la publicación de la primera novela de Cambaceres y el escándalo subsiguiente), una tercera de instalación de la novela naturalista, que alcanzaría su pico en 1885 con la publicación de *Sin rumbo*, y finalmente “en 1887 se produce la clausura de la polémica; ese año Cambaceres publica *En la sangre*, que es recibida con aceptación general por los críticos”.¹⁴⁹

En el momento de apertura de este arco temporal, Laera recupera una intervención temprana de Benigno Lugones sobre el tema, en la cual este autor —más conocido entre los curiosos de la tradición lunfardesca por sus pioneras crónicas sobre “Los beduinos urbanos”— recurre a la referencia de Zola en *L’Assommoir* (1876) al “olor a pueblo” de su programa, en la estela del debate generado por la publicación

148. Alejandra Laera, “Sin ‘olor a pueblo’: la polémica sobre el naturalismo en la literatura argentina”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVI, Núm. 190, Enero-Marzo 2000, p. 139.

149. *Ibid.*, p. 140.

interrumpida de la novela en *La Nación* de agosto de ese mismo año, pero sobre todo para defender algún ensayo narrativo de corte naturalista (con todas las reservas que el caso indica para la época y medio) que el autor había publicado en ese entonces. El naturalismo, de todas formas, aparecía allí sobre todo como programa, y en respuesta a una carta que Rodolfo Araujo Muñoz dirigiera a *La Nación* denunciándolo como “prostitución del arte”, Lugones lo describía como “la escuela del porvenir”, con un acento puesto a lo largo de todo el texto en la imperiosa exigencia de utilidad social para el arte:

Cuando te hayas convencido, verás con claridad por qué el naturalismo es la escuela del porvenir: ella responde, más que ninguna otra, a la necesidad universal de una reforma en la constitución de la sociedad. Tenemos imperiosa necesidad de saber qué pasa en las esferas inferiores del mundo moderno, conocer sus vicios para remediarlos y sus cualidades para aprovecharlas.¹⁵⁰

Esa imagen del subsuelo, la capa inferior, el submundo, que recorre buena parte de las profesiones de fe naturalistas de la época, propone un doble programa, o mejor dicho, una doble interlocución para esa literatura inminente: por un lado aporta un saber (clínico, científico, incluso económico, ya que se considera no solo la cura de los vicios sino también el provecho potencial de las cualidades) sobre las “esferas inferiores” a las clases dirigentes; por el otro, cumple una función pedagógica en el público lector novedoso que aquí aparece figurado como “el obrero”, que no se identifica en este caso con el observador, sino que debe hacerlo con lo observado. Así, observa al final:

150. Benigno Lugones, en Fabio Espósito et al., *El naturalismo en la prensa porteña. Reseñas y polémicas sobre la formación de la novela nacional (1880-1892)*, La Plata, Biblioteca Orbis Tertius, 2011, p. 17-18.

puede asegurarse que ninguna escuela será de tanta utilidad al obrero como el naturalismo: verse retratado al natural, con todo el cortejo de sus vicios y de sus defectos; ver palpablemente cómo es arrastrado al alcoholismo y a la muerte, revolcándose en un cieno inmundo; asistir al drama de su propia vida.¹⁵¹

Y lo que es más importante aún, de manera comunicable, en su propia lengua:

[...] no en el lenguaje para él semi-enigmático, oscuro y casi incomprensible de la literatura, sino en la lengua que él mismo habla a cada momento, con sus giros y modalidades propias, entendiendo el libro entero, sin tener que preguntar a nadie lo que quiere decir tal punto, esa es la manera de que el pueblo lea con provecho y de que cada libro le sirva de enseñanza.¹⁵²

Al final del párrafo, una vez que la cuestión pedagógica y moral ha conducido a la precondition de la lengua “llana”, compartida y comunicable, el sujeto observado y lector pasa de “obrero” a “pueblo”.

La clausura de la polémica, entonces, ancla en el consenso sobre la diferencia entre sujetos y objetos de la escritura, en la legibilidad de la clase y en la función de la representación. Puede decirse, finalmente, que la operación naturalista ha sido un éxito: la élite es artífice de una literatura en la que hay “malos olores” pero ya no le pertenecen.¹⁵³

151. Benigno Lugones, en Fabio Espósito et al., *op. cit.*, p. 19.

152. Benigno Lugones, en Fabio Espósito et al., *ibidem*.

153. Alejandra Laera, *op. Cit.* 2000, pp. 145-146.

Algunos años más tarde, Antonio Argerich se sumará a esta discusión en lo que se designa como una “Disertación leída en el Politeama con motivo de la velada literaria a beneficio de Gervasio Mendez” bajo el título de “Naturalismo” (Buenos Aires, Imprenta Oswald, 1882), donde resalta esta función pedagógica del naturalismo, que juzga especialmente provechosa para las jóvenes generaciones:

Dejando a un lado a los inocentes, ya que en la época el que no corre, vuela, veamos si es cierto que la juventud pueda prostituirse leyendo novelas naturalistas.

¿Qué se propone un romance de este género en que se describan estados morbosos de la sociedad? No otra cosa que estudiar las causas que los producen, los males que acarrearán al cuerpo, al espíritu y a la descendencia.

Supongamos, entonces, dos jóvenes: uno que lee estas obras y otro que no las lee. ¿Cuál de ambos estará más predispuesto a caer en las celadas del vicio? ¿El que tiene experiencia, resultado de la lectura, y va prevenido, o el que camina por el mundo sin conocer los abismos de la corrupción, simulados con flores artificiales y atrayentes?¹⁵⁴

La literatura naturalista, de este modo, constituiría un aporte valioso a la tarea civilizatoria y el proceso modernizador, de acuerdo con las expectativas que la élite dirigente tenía para sí y para las masas que conformaban el incipiente Estado moderno:

[El naturalismo] fundará una literatura hija de las verdades autorizadas y probadas por la ciencia, de observación paciente y análisis

154. Antonio Argerich, en Espósito et al., *El naturalismo en la prensa porteña. Reseñas y polémicas sobre la formación de la novela nacional (1880-1892)*, La Plata, Biblioteca Orbis Tertius, 2011, p. 54.

desapasionado, que pueda dar experiencia a las masas y que nos presente para vivo ejemplo de la juventud y la familia, las llagas sociales y no las blancas hilas que hipócritamente las velan.¹⁵⁵

El naturalismo no se da –como ha demostrado la crítica especializada– como una mera imitación de una tendencia europea, sino que (sin dejar de encontrar allí su canalización) se demuestra como un modo efectivo de poner a circular en la ficción cuestiones que ocupaban el centro de los debates públicos al menos desde los años 70 – y con esto nos referimos principalmente a la cuestión del inmigrante. Del mismo modo, tampoco las razones locales para el rechazo al naturalismo fueron las mismas que en Europa, ya que aquí se suscitó la preocupación “por los posibles efectos contraproducentes de la lectura de novelas naturalistas en lo que hacía a la creación de imaginarios nacionales”. En efecto, si la novela, copia de la realidad, era el género privilegiado en el marco del proceso modernizador, fue esperable que muchos letrados objetaran que “el marcado pesimismo de la epistemología naturalista contradecía la verdadera misión del arte nacional: la postulación de un ideal común a través del cual los lectores, en tanto miembros de la patria, podían reconocerse y colaborar entre sí”.¹⁵⁶

Por otro lado si, como sostiene Jorge Salessi en su conocido estudio *Médicos, maleantes y maricas*, es a partir de entonces que se instala la representación de la ciudad como hipóstasis de la nación y al mismo tiempo como cuerpo enfermo que debe ser saneado, inaugurando la omnipresencia del discurso higienista. Así, la imagen del cuerpo enfermo, llagado, recorrerá todo tipo de discursos y arribará también a la ficción de la mano de la incorporación del programa

155. Antonio Argerich, en Espósito et al., *op.cit.*, p. 57.

156. Nouzeilles, *op. cit.*, p. 13.

naturalista, que traía consigo este maridaje entre ficción y medicina, dando como resultado una ficción vista como “hija de las verdades autorizadas y probadas por la ciencia”. De este modo, el saber médico aportó las bases científicas que funcionaron como presupuestos legitimadores de los temores sociales, étnicos y raciales.

La discusión y puesta en práctica de este programa naturalista se inicia con ficciones que, como *¿Inocentes o culpables?* (1884) de Juan Antonio Argerich, vienen a polemizar con las políticas de inmigración, contribuyendo a la construcción de la imagen estigmatizante del inmigrante mediante la cual se ponían en discusión los alcances y efectos del proceso modernizador ideado por el liberalismo local. Al mismo tiempo, tal como señala Gabriela Nouzeilles,

los naturalistas no se limitaron a tomar ideas de la medicina. Sus relatos constituyen meticulosas adaptaciones de la estructura narrativa del caso clínico para mostrar las consecuencias negativas de una corporalidad en descontrol, libre de la supervisión del Estado.¹⁵⁷

Por otro lado, los efectos del proceso modernizador implicaron un aumento de la población que necesariamente derivaría en una expansión del público lector. Este nuevo público lector, a su vez, además de las lecturas que le proveía el incipiente y muchas veces caótico sistema escolar, sostenía un circuito literario paralelo, en el que se volverían especialmente populares ficciones que emulaban en su lengua al inmigrante italiano: la literatura de Giacumina y Cocoliche. Al mismo tiempo que se procura fijar el canon, controlar la forma y el contenido, la lengua y la fábula que debían circular de manera uniforme en la escuela, prolifera una literatura popular de factura veloz y precaria, que la alta cultura condena o deliberadamente ignora.

157. *Ibid.*, p. 22.

En este sentido, Fabio Espósito identifica tres problemas fundamentales que articulan la recepción de la novelística patricia del ochenta:

el del género, en la tensión con el cuadro de costumbres; el de la moral o pedagogía social, en cuanto a los atributos que debe poseer una literatura que se propone como modelo; y el de la lengua, en relación con la fundación de una literatura nacional que tome como criterio de diferenciación la lengua literaria.¹⁵⁸

Del mismo modo, esos problemas están presentes en la recepción de *Los amores de Giacumina*, tal como se desprende de los juicios críticos que sobre la novelita aparecieran en *Juvenal*:

Su estilo no está comprendido en las reglas literarias, es un trabajo sin precedente.

La forma gramatical de la obra, es espúrea.

En cuanto á su fondo moral, es necesario detenerse y mirar con atención ese tipo recién descrito entre nosotros, pero de una existencia cierta.

El comentario crítico de *Juvenal* da cuenta de las contradicciones que suscitó la aparición de la novela de Romero. Por un lado, en tanto se la interpreta como copia de la realidad, *Los amores de Giacumina* comparte las características propias de la novela culta naturalista, consistiendo en un retrato fiel de la “clase social resultante de nuestras agrupaciones heterogéneas”, es decir, los tipos sociales producto de los cambios demográficos:

158. Fabio Espósito, *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (188-1890)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2009, p. 49.

Cierto es que el análisis es tosco y la descripción áspera: ¿pero podría copiarse de otro modo la verdad?

[...] Luego *Giacumina* es un romance del género analítico-naturalista, con colorido local, por mas que tenga sabor acre.

Su encadenamiento, más que un argumento novelesco, es la narración de los mil incidentes que constituyen la vida de una parte del pueblo.

Pero, por otro lado, su particular lengua literaria genera un rechazo que imposibilita que el texto sea considerado como literatura: “en resumen, *Giacumina*, como obra literaria está fuera de los alcances de la crítica, es una mezcla bastarda de dos idiomas, que no tiene cabida en la literatura”. En otras palabras, si bien *Giacumina* puede constituir una ficción pedagógica, al funcionar como las novelas cultas naturalistas a modo de *exemplum ad contrarium* (“como estudio de costumbres y correctivo de vicios, es un trabajo de filosofía moralizadora”, dice el comentario), su lengua resulta inaceptable como modelo de lengua literaria.

En definitiva, estos tres problemas (género, moral y lengua) pueden hallarse en la serie y contribuyen a leer las dos piezas de literatura *giacumina* que conforman esta edición.

La corrupción moral, la sexualidad desenfrenada, la degradación como amenaza, y la insistencia en la cuestión realista en la historia de *Enriqueta la criolla* (1886), entre muchos otros elementos, permiten emparentar este relato con el naturalismo argentino. Para alimentar este diálogo, sin embargo, es menester tener presentes las diferencias más notorias entre la escuela naturalista francesa y su versión local. Mientras el naturalismo francés guardaba vinculación con reivindicaciones sociales, el naturalismo argentino puso como centro de su interés —como ya hemos mencionado— al inmigrante, en un contexto de creciente desconfianza respecto de las políticas in-

migratorias alentadas por el liberalismo.¹⁵⁹ En este sentido, Gabriela Nouzeilles afirma lo siguiente:

El impacto del naturalismo en Argentina no fue una mera cuestión de moda literaria, de un giro automático del romanticismo al realismo provocativo de Zola. Los nuevos argumentos novelescos fueron sobre todo respuestas simbólicas a cambios históricos y culturales concretos. [...] las ficciones estatales naturalistas surgieron de la ansiedad producida por los efectos contradictorios de los programas de modernización liberales, dando expresión a las fracturas ideológicas del proyecto político que las sustentaba.¹⁶⁰

Esta fractura provocó que el posicionamiento ideológico de la élite local se desplazara desde un nacionalismo predominantemente liberal a lo que Nouzeilles llamó un “nacionalismo étnico”, según el cual “solamente los individuos que ‘por naturaleza’ podían ser miembros de la patria tenían derecho a formar parte de ella” en tanto “nacionalidad” se concebía como un equivalente de “etnia” o “raza”.¹⁶¹ Esta concepción de nacionalismo permite a Nouzeilles leer las novelas naturalistas como “ficciones somáticas”, es decir, representaciones ficcionales de la mezcla social y racial entendida como patología.

En este punto, no se trata de tomar al naturalismo como una receta a partir de la cual analizar *Enriqueta la criolla*, sino que el naturalismo brinda un marco narrativo acerca de los pilares identitarios,

159. Jorge Panesi y Noemí García, “Estudio preliminar” a Eugenio Cambaceres. *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 1988, p. 33.

160. Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000, pp. 16-17.

161. *Ibid.*, p. 18.

morales y raciales de la nación desde el cual dicha novela puede leerse a contrapelo.

En este sentido, resulta interesante leer *Enriqueta* en diálogo con una de las novelas naturalistas argentinas más importantes del período: *En la sangre*, de Eugenio Cambaceres, publicada un año más tarde. De acuerdo con Nouzeilles, *En la sangre* defiende “un concepto pseudobiológico de la nación según el cual la legitimidad política debía coincidir con el círculo restringido de la familia criolla tradicional”.¹⁶² De este modo, *En la sangre* se plantea como una “ficción paranoica”, exponiendo los peligros de la mezcla y la necesidad de excluir y aislar a la comunidad criolla del factor indeseable y amenazador que encarna el inmigrante, mientras que *Enriqueta* se propone como el reverso de este planteo, exponiendo la existencia del elemento corrompido en el seno mismo de dicha comunidad.

En este punto, la figura femenina es fundamental, puesto que el cuerpo femenino “con su economía biológica anormal y su capacidad de alterar la relación entre el adentro y el afuera a través de la cópula y el embarazo, fue el campo principal de batalla donde había de decidirse el futuro de la patria”.¹⁶³

Tanto Enriqueta como Máxima, la joven criolla de *En la sangre*, constituyen la puerta de entrada para la degradación familiar. Si en la novela de Cambaceres la descripción física de Máxima la dibuja como débil y de temperamento nervioso, como presagiando “las flaquezas morales que facilitarían el asalto a la nación” representado por el impostor Genaro,¹⁶⁴ en el retrato físico de la rozagante Enriqueta esta flaqueza moral aparece sugerida a partir de la atracción que ejerce sobre los hombres de su misma clase social:

162. *Ibid.*, p. 132.

163. *Ibid.*, p. 29.

164. *Ibid.*, p. 175.

Enriqueta la criolla, é ina mochacha cume di venti años di edá, arta é dirgada, di carita ridonda, ma bien rillenita, é di ocos negro cume il carbon di piedra.

Cuando hace arguna risita á lu mosos, deca ver in par dileras dé dientes ma bianco qui la leche, é di llapa, si le forma in pusito in lo carillo di so caras, qui aquellu é capas di hacé arburutar al mimo Papa di Romas.

¡Tiene in mineo cuande anda per la calle! ma per la pera ¡que mineo!... Lu mositus caquetillas, esu qui se paran in la calle de Fiurida; cuando la ven venir, si ponen in fila cume los melicos en il cordon di la vedriera, é cuande pasa pe so lados, si sacan so galeras é di pasada le dicen in la orecas arguna suncerita amurosa.

En *En la sangre*, la advertencia de Genaro tras ser rechazada su solicitud de admisión al Club del Progreso, “le habían cerrado la puerta, podía muy bien suceder que se les metiese por la ventana”,¹⁶⁵ da a entender las artimañas de las que es capaz el advenedizo en su afán por infiltrarse en las familias criollas (y por extensión, en la comunidad), a la vez que preanuncia el engaño a la ingenua Máxima que desembocará finalmente en su ingreso por la fuerza a dicha familia. En cambio, en *Enriqueta* será justamente la ventana el lugar desde donde la misma protagonista inspecciona la artimaña a través de la cual pactará un encuentro con Julián, su amante criollo, en lo que podría leerse como el reverso del ingreso del factor degradante a las familias tradicionales a través de sus mujeres.

El destino del fruto de esos encuentros con Julián también es representativo de estos cuestionamientos de clase. Mientras en novelas como *Sin rumbo* o *En la sangre* los hijos de los protagonistas cargan con consecuencias negativas (la muerte en un caso, la indiferencia del

165. Cambaceres, *op. cit.*, p. 191.

padre en el otro) y contribuyen a la representación de los efectos de alianzas indeseables entre criollos e individuos provenientes de otras zonas sociales, en *Enriqueta* la contracara o versión ideal de la cópula (el vástago criollo) es igualmente negado por su padre y muerto de una manera brutal al ser la protagonista aplastada por el caballo en el que galopaba, en una escena compatible con la sordidez naturalista:

—A Enriqueta la ha voltiao il caballos, é llu creo qui la haberá riventao, pe que li sale mucha sangre, ha cuentestao Porotos. Lo pobre viecos si han ponido disesperao é in seguimiento han hecho insillar ina cardiniera é si han ido á buscar á so hicas. Cuande han lligao in donde istaba, la han incuentrao dismayada, incima de in aroyo di sangre. Dispuei qui la han mirao han cuemprendido todo. Enriqueta habiba aburtao cun il gorpe.

El modelo de familia criolla aparece cuestionado no solo por la negativa de Julián a reconocer a su hijo y por la muerte prematura de este, sino también por las perspectivas posteriores de Enriqueta, al ser pretendida en matrimonio por un anciano senador de la nación. El interés del senador en la muchacha, desde luego, está basado en criterios exclusivamente superficiales, como su belleza y juventud. Este realiza su propuesta de matrimonio al padre de Enriqueta sin procurar primero entablar relación con la joven, en una reafirmación de la superficialidad de sus intereses que roza la irresponsabilidad, en vistas a su verdadero carácter. Por otra parte, el interés de Enriqueta en acceder a dicha propuesta se sustenta en intereses económicos, dada la fortuna del senador:

Il Sinador que era in viecos di ma di cincuenta años, é di llapa ma fiero que ilmono grandi qui hay in Palermos, isto viecos calenton, bien puderiba cumplir quí la mochacha non si casaba per amor, e qui tardi ó tiemprano li pegariba la patadas.

Ma ellu, non riparaba in lo que socederiba dispuei, istaba ingolosinao cun la mochacha, pe que era gurdita, é rusaditas cume inarosas, éso hirmosura lo sedociba, sin aficarse se lo dimá istaba in rilaciun con so linda caritas.

De este modo el casamiento entre Enriqueta y el senador viene a representar simbólicamente la unión entre la inmoralidad y la élite dirigente, preanunciando el fracaso de la concepción vigente en la cultura letrada de la familia criolla como reservorio moral de la nación. Resulta significativa en este sentido la doble comparación, entre la virgen y el personaje zoliano, en la preparación de la novia vista como engaño o celada:

Enriquetas istá tambien in so cuartos in medio di so amiquitas, qui la areglan cume á una *virquen*. La que istá ma intosiasmada en il areglamientos di la mochachas, é la viudas, qui no se sipara ne in momiento di so lados, puniendolé estu, sacandole aquellu, pera qui la mochacha sarga á la isena ma tintadoras que la mima *Nana di Zola*.

Si novelas naturalistas como *En la sangre* o *Sin rumbo* funcionan como alegorías erótico políticas que sugieren los peligros de las uniones sociales y sexuales entre miembros de la élite dirigente y sujetos pertenecientes a otros grupos sociales, *Enriqueta la criolla* funciona como una reescritura paródica de las uniones puras y deseables entre criollos.¹⁶⁶

166. Inclusive el nombre de la novelita podría pensarse también en clave paródica, si se tiene en cuenta la referencia de Donna Guy (*op. cit.*, p. 65) a una célebre madama de Buenos Aires conocida como Enriqueta “la Conchuda”, personaje porteño al que también se refiere el subcomisario Adolfo Batiz en *Buenos Aires, la ribera y los prostíbulos en 1880. Contribución a los estudios sociales*: “[...] Enriqueta la Conchuda, otra

Más aún, Enriqueta presenta el reverso de lo que Nouzeilles denomina como “la creencia alberdiana de que las mujeres criollas serían los guardianes de la integridad y continuidad de la tradición nacional”,¹⁶⁷ al postular un tipo de mujer cuya imposibilidad de poner límites al deseo sexual pone en situación de riesgo tanto a la familia como al Estado y que, dada su pertenencia de clase, configura un tipo social inverso al del advenedizo arribista, que es el de la “manzana podrida” dentro de la propia comunidad, tal como advierte el narrador respecto de las intenciones matrimoniales del senador:

¡Pobre viecos!... Istaba disíando meterli il diente á isa minsana, per que era de linda vista, é nun sabiba qui apena li diese el primier tarascun, si aripentiriba, per que veriba la podriciun que habiba pe adrento!

Sin embargo, *Enriqueta la criolla* no adscribe al programa pedagógico de las novelas naturalistas de la élite local, en tanto no se presenta a sí misma como un modelo negativo o *exemplum ad contrarium*, ofreciendo al lector el detalle de los vicios y males que circulaban en la sociedad para que pueda prevenirse de ellos. No hay, en *Enriqueta*, como sí en la mayoría de las novelas naturalistas de la época, un efecto punitivo respecto del accionar desviado de su protagonista, respecto del cual el lector pueda establecer una lectura a modo de moraleja:

de las chinas que tenían fama de valientes, las que dieron algún trabajo a la Comisaria 3ª en algunas ocasiones, que se defendieron de gente maleante tirando vasos y botellas” (Buenos Aires, Ediciones AGA-TAURA, s/f, pp. 43 y 44, cit. en Horacio Caride Bartrons, *Lugares de mal vivir. Una historia cultural de los prostíbulos de Buenos Aires, 1875-1936*, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, p. 115).

167. Gabriela Nouzeilles, *op. cit.*, p. 175.

Después de la ejecución de la justicia poética por la que los personajes que desearon aquello que no debían son castigados por la enfermedad e incluso con la muerte, la única opción que le queda al lector es reconstruir, por oposición a las acciones de los personajes, el manual del ciudadano perfecto.¹⁶⁸

Por el contrario, la historia de Enriqueta culmina con la protagonista casada con un hombre criollo de fortuna y perteneciente a la dirigencia política, con lo cual *Enriqueta la criolla* no solo se ubica por fuera del rol de ficción disciplinaria que asumen las novelas naturalistas sino que presenta una versión sumamente crítica de los presupuestos éticos, morales, sociales y de clase que constituyen las bases de dichas ficciones, expuestos abiertamente por Miguel Cané:

Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio; cada día, los argentinos disminuidos. Salvemos nuestro predominio legítimo, no solo desenvolviendo y nutriendo *nuestro espíritu* cuanto es posible, sino colocando a nuestras mujeres, por la veneración a una altura a la que no llegan las *bajas aspiraciones de la turba*. Entre ellas encontraremos nuestras compañeras, entre ellas las encontrarán nuestros hijos. Cerremos el círculo y velemos sobre él.¹⁶⁹

Si novelas como *En la sangre* parten de “una definición étnica de la nación según la cual los límites políticos coinciden con el círculo de la familia criolla tradicional”, definición según la cual “la nacionalidad se hereda, no se adquiere”,¹⁷⁰ *Enriqueta la criolla*

168. *Ibid.*, p. 85.

169. Citado en Jorge Panesi y Noemí García, “Estudio preliminar” a Eugenio Cambaceres, *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 1988, p. 44.

170. Noueilles, *op. cit.*, p. 158.

presenta la visión de una identidad nacional degradada al interior de la clase social que justamente bregaba por la delimitación y afianzamiento de una determinada filiación identitaria funcional a sus características e intereses. Por otro lado, esta degradación de la élite está dada por la corrupción moral de sus propios miembros: la promiscuidad de Enriqueta, la actitud seductora y negligente de Julián, la infidelidad de Doña María y la hipocresía de su amante y la lascivia del senador, por citar algunos ejemplos, dan cuenta de una catadura moral que podría leerse como la incapacidad para el disciplinamiento de los cuerpos y las pasiones por parte de las clases tradicionales.

Frente a la advertencia de Cané acerca de cerrar el círculo y velar sobre él, *Enriqueta la criolla* resulta profundamente disruptiva en tanto pone fuertemente en duda los valores morales y éticos de ese círculo criollo que Cané alienta a restringir del inmigrante y a proteger de la posibilidad de la mezcla social y étnica. En este sentido, *Enriqueta* puede leerse como una ficción alternativa a la vez que fuertemente crítica de la conjunción entre identidad nacional, ética y comportamiento sexual que contribuye a la construcción de una perspectiva modélica de los miembros de las clases tradicionales porteñas.

La hija de Giacumina, se ha dicho, ofrece como únicos datos ciertos los del lugar y la fecha de su publicación: Buenos Aires, 1887. La novelita, en su brevedad, no hace otra cosa que redundar en esa información, profundizarla. El recorrido del personaje, que en el comienzo, en su prehistoria, es el del complejo ir y venir de la inmigración, traza en la brevedad del relato, en su deambular, un mapa de los márgenes de la ciudad y las problemáticas ligados a ellos en la época. La ficción del autor/narrador, en este caso, lo mismo que en el de Enriqueta pero de otro modo, es la de un observador que relata, pero que aquí llega a verse involucrado en el desarrollo de la acción,

y que desde luego, no guarda una especial autoridad moral como portero de prostíbulo.¹⁷¹

En 1887 se extienden hacia el sur los límites de la ciudad, con los terrenos cedidos por la provincia,¹⁷² y se realiza el primer censo municipal, en el cual lamenta el periódico *El Censor*, fundado pocos años antes por Sarmiento, la falta del interrogante por la lengua materna. En el mismo año debía comenzar el gran proyecto para el puerto de Buenos Aires diseñado por Luis A. Huergo.¹⁷³ La gran aldea, definitivamente, va adquiriendo los rasgos de metrópoli multicultural y plurilingüe que la caracterizarán en las décadas siguientes.

1887 es un año crucial en la polémica por el naturalismo¹⁷⁴ y en lo que la misma significa para la emergencia de la novela nacional. La aparición de *En la sangre*, primero en folletín en *Sud-América* y

171. Aunque, si se toma en cuenta la referencia de De Veyga (1903) recuperada por Eusebio Gómez en su *La mala vida en Buenos Aires*, la elección cobra sentido, pensando en su caracterización como un hosco mediador entre el mundo prostibulario y el exterior: “Su régimen conventual [del lupanar de Buenos Aires] y ese hedor arcaico, especial, que exhalan personas y objetos dentro de él, es algo que generalmente llama la atención. Allá viven madamas y pupilas como en su tierra de origen; hablando su lengua y siguiendo sus costumbres. Apenas si un argot especial, compuesto de algunas frases de circunstancias, pronunciadas y repetidas por todas, en la misma forma, en la misma oportunidad y con el mismo acento, les permite comunicarse con los visitantes. Solo el portero suele, en los casos más felices, conocer nuestro idioma a fondo, y especialmente el bien abundante vocabulario de insultos que él contiene, y que estos personajes hacen rodar por los aires, escondidos detrás de algún reducto, a la menor impertinencia del extraño” (De Veyga, en Eusebio Gómez, *La mala vida en Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011 [1908], pp. 113-114).

172. Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, UNQui, 1998.

173. Jorge Salessi, *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina. (Buenos Aires 1871-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995, p. 93.

174. Laera, *op. cit.* 2000, p. 140.

luego en libro por la editorial del mismo diario, su aceptación extendida entre la crítica, marcan el auge de una estética y el éxito de un programa. Nouzeilles se ocupa de describir cómo a partir del 80 la literatura de ficción y la literatura científica comienzan a dar forma a la contracara del inmigrante soñado por el primer liberalismo:

El avaro, el advenedizo, el homosexual, la prostituta, el anarquista y/o el indiferente político formarían parte de una serie de tipos sociales indeseables, cada uno de ellos delineado negativamente según los parámetros del trabajo, de la familia y de la política, los tres órdenes que los inmigrantes habían venido a transformar y mejorar como obreros, padres y ciudadanos. Por su número, su origen mayoritariamente campesino y su diferencia lingüística, los italianos fueron los blancos predilectos de esta ofensiva xenofóbica.¹⁷⁵

En este sentido, tanto *¿Inocentes o culpables?* como *En la sangre* serían “ficciones paranoicas” cuyo objetivo es presentar y sostener una idea de la nación de carácter “pseudobiológico” que restringe la legitimidad política de los ciudadanos al círculo por el que llamaba a velar Cané, el de la familia criolla tradicional. Al leerlas, puede comprobarse “cómo la configuración de una identidad común implicaba necesariamente la exclusión de todo aquello que se considerara indeseable o amenazador para la clase que controlaba el proceso de homogenización cultural”.¹⁷⁶

En la sangre comienza con la descripción del padre de Genaro, el protagonista de la novela, que acusa en sus rasgos la correspondencia lombrosiana entre el aspecto físico y la catadura moral. La dirección de su andar lo conduce al sur de la ciudad, donde su mujer está dando a luz al hijo, y en el intercambio entre éste, los vecinos y

175. Gabriela Nouzeilles, *op. cit.*, pp. 133-134.

176. *Ibid.*, p. 132.

la partera puede leerse, al lado de la anomalía física, la precariedad del espacio y la indiferencia y tosquedad del padre, también la anomalía lingüística, expresada en la combinación de la deficiencia de la lengua de contacto y la forma objetable del tratamiento en el voseo:

-¿Sta enferma vos? -hizo el tachero avanzando hacia la única cama de la pieza, donde una mujer gemía arqueada de dolor:

-¡Madonna, Madonna Santa...! -atinaba tan solo a repetir ella, mientras gruesa, madura, majestuosa, un velo negro de encaje en la cabeza, un prendedor enorme en el cuello y aros y cadena y anillos de doblé, muchos en los dedos, hallábase de pie junto al catre la partera.

Se había inclinado, se había arremangado un brazo, el derecho, hasta el codo; manteníalo introducido entre las sábanas; como quien reza letanías, prodigaba palabras de consuelo a la paciente, maternalmente la exhortaba: “¡Coraque Duña María, ya viene lanquelito, é lúrtimo... coraque!...”¹⁷⁷

La literatura de la élite letrada recurre aquí a una impostación de la voz del otro que integra la inscripción corporal de lo social, el mecanismo a partir del cual el texto, como postula Gabriela Nouzeilles, “basado en las convenciones fisionómicas comunes a la novela realista y a la medicina, pone en correlación inferioridad psico-biológica y etnia”.¹⁷⁸ Este “uso” (en el sentido de Ludmer¹⁷⁹) difícilmente ignorara la celebridad de textos como el de Ramón Romero, y de alguna manera refrenda una proximidad entre proyectos literarios, que da cuenta de los límites para el diálogo y la tensión entre estos lenguajes y circuitos de lectura.

177. Eugenio Cambaceres, *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 1988, p. 52.

178. Gabriela Nouzeilles, *op. cit.*, pp. 166.

179. Josefina Ludmer, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana.

La comunidad de estas convenciones incluye a la lengua como síntoma, y la peripecia de la novela se concentra justamente en el trazado de ese mapa, dramatizando una experiencia de extralimitación, de salto sobre las fronteras permitidas al hijo de inmigrantes y triunfo final de la herencia que lo hace indigno de codearse con la sociedad criolla distinguida, llevándola a la tragedia. En ese sentido, la novela juega con determinados límites del lenguaje (al tiempo que los pone en escena), al convocar las formas consideradas contrapuestas a la lengua pretendidamente modélica de una literatura nacional.¹⁸⁰

La novela emergente en esos años toma a su cargo la representación del escenario de una modernización tan acelerada como conflictiva, en cuya organización simbólica interviene justamente a través de este ejercicio. Como observa Espósito,¹⁸¹ ese espacio urbano “cosmopolita y cambiante” no solo es objeto de una comparación nostálgica con la pretérita gran aldea “sino que además la ciudad del presente que toma forma en los textos periodísticos y literarios alberga una serie de elementos residuales, o excluye de lo representable toda otra serie de experiencias y novedades”,¹⁸² lo que más adelante en la misma monografía se formula en clara síntesis: “Hay una ciudad que no se ve y otra que persiste en ser representada”.¹⁸³

180. Navarro Viola se muestra sensible y crítico a la factura lingüística de la novela: “Hay en la novela un abuso inmoderado de expresiones vulgares, de lenguaje familiar, no solo al estar en acción los personajes, sino también cuando el escritor bosqueja una situación o hace comentarios. El mismo estilo ligero, chispeante de Cambaceres ha sufrido: por exceso de nerviosidad, por demasiado castigada, la frase se vuelve dura y abigarrada; y la construcción es tan extraña, tan apartada algunas veces de la índole de nuestro idioma, que merece reproches aún del crítico menos amante de la gramática” (en Espósito et al., *op. cit.*, p. 206).

181. Espósito, *op. cit.*, p. 81.

182. Espósito, *op. cit.*, p. 91.

183. *Ibid.*, p. 109.

El margen asoma como tal: desde allí parte el advenedizo (como la calle y el conventillo en *En la sangre*), lo observa repugnada la élite (como aparece en la mirada del narrador sobre el puerto en *Música sentimental*) o es el medio ominoso de una excursión a lo prohibido (como los prostíbulos en *¿Inocentes o culpables?*).

Si trabajos como los de Salessi¹⁸⁴ o Nouzeilles pueden mostrar cómo la literatura participa de un entramado de discursos y políticas sobre el cuerpo y la vida que se caracterizan por la articulación de higienismo, naturalismo y criminología positivista, entre otras series; la mirada sobre una ficción como *La hija de Giacumina* (que en la lengua bufa que copia al inmigrante en su intento de asimilar el habla local pone en escena nada menos que las alternativas de la corrupción de menores, la trata de mujeres, la prostitución legal en los burdeles y la ilegal en las calles, la violencia, la mendicidad, el hospital y la comisaría) no puede menos que pensarse justamente en ese entramado.

La diferencia entre *Los amores de Giacumina* y *La hija de Giacumina*, en este aspecto, es que al contar con un texto que solo nos informa el lugar y el momento de su aparición, y que al mismo tiempo rompe con algunos patrones dispuestos por el texto que lo antecede, es más difícil pensar en un complemento o reverso del programa de la narrativa naturalista de la élite. Incorporada a la serie conocida como “Biblioteca criolla”, el conjunto de textos escritos en lo que luego pasó a denominarse generalmente “cocoliche” integra distintas formas de la marginalidad más amenazante en el proceso de formación y consolidación del Estado moderno en Argentina. Así, textos como estos ofrecen un punto de vista privilegiado para revisar problemáticas presentes en el estudio de la emergencia de la novela en Argentina y su relación con las distintas líneas de fuerza en el discurso y las políticas de construcción de la nación, que comprenden la gestión de la lengua, la cultura,

184. Salessi, *op. cit.*

los espacios y los cuerpos. *La hija de Giacumina*, así, no solo aparece en el mismo año que *En la sangre*, sino que significativamente, como hemos visto, incide en tópicos presentes en la novela de Cambaceres.

La figura de Genaro, el protagonista de *En la sangre*, se reconoce como la del advenedizo, aquel dispuesto a penetrar el círculo por el que Cané llamaba a velar, artífice de la mala mezcla que inficiona a la buena sociedad criolla. Cabe destacar que, como ha observado la crítica “las novelas que incorporan la figura del advenedizo introducen una visión del espacio urbano más abarcadora y compleja, pues para el advenedizo este espacio homogéneo resulta ‘misterioso’ y debe aprender los códigos del ‘centro’”.¹⁸⁵ Sin embargo, en el circuito paralelo de la literatura popular, emerge un mapa diferente: su centro de gravitación se ve desplazado, en la Fondita del Pajarito de manera humorística, encontrando su correlato céntrico en la Zapatería de los Angelitos, pero finalmente, en *La hija de Giacumina* se presenta una peculiaridad: ofrece una imagen de esa ciudad que no se ve, y que es transitada por saltimbanquis, marineros, vagabundos, proxenetas, prostitutas, y mendigos, que va del conventillo al puente de los suspiros, a la vida en los caños, a la comisaría y el hospital, al circo como espacio de la cultura popular. Al contrario de lo que sucede con el advenedizo, la hija

185. Espósito, *op. cit.*, p. 113. Por su parte, Laera observa: “En el umbral de la ficción de los 80, la literatura debe reformular sus proyectos, establecer estrategias. Por eso, creo que las distintas producciones de la década deben leerse como series que se cruzan, que se imbrican, y no organizando corpus aislados más o menos dominantes. Si la élite letrada asume predominantemente una escritura de la pura referencialidad que se postula como memoria y autobiografía —continuando la tradición testimonial latinoamericana—, los otros, el pueblo, estarán destinados a la representación naturalista y serán los protagonistas del género emergente. Así, *En la sangre*, cuarta y última novela de Cambaceres, de 1887, corrige todos los desvíos de *Pot-pourri*: recompone los pactos de clase, toma distancia de su objeto y construye una imagen cerrada y compacta de la identidad nacional (en la cual ahora el inmigrante, configurado como invasor, es instalado en los márgenes)” (Laera, *op. cit.* 2000, p. 146).

de Giacumina transita un espacio urbano en el que no existe el peligro de la mezcla ni del traspaso de los límites fijados. Desconocido y hostil, el conventillo, el puerto, la calle, el prostíbulo son los espacios que van determinando la acción, conduciendo la trayectoria del personaje por los avatares que ese mismo espacio le depara. Notablemente, la élite criolla apenas aparece, desdibujada. Todos los demás personajes son inmigrantes de distinto tipo y procedencia, personajes más o menos célebres, más o menos reconocibles de la cultura popular porteña del 80. Los genoveses no salen particularmente bien parados de este cuadro, aunque tampoco lo hace el resto de la sociedad.

En este punto, se hace inevitable pensar en la novela que, en el circuito de la alta cultura, resulta estrictamente contemporánea. Si la *Giacumina* de Ramón Romero puede pensarse –como aventura Di Tullio en una nota a pie de página– como “versión humorística” de la “crítica feroz contra la política inmigratoria” que había lanzado Argerich en 1884 con la novela *¿Inocentes o culpables?*, “menos declaradamente racista, pero también denigratoria”,¹⁸⁶ entre *La hija de Giacumina* y *En la sangre* de Cambaceres puede observarse una mayor complejidad y tensión en el diálogo entre “alta” y “baja” literatura, que comprende temas, recursos y *topoi* comunes, vinculados a la relación con el espacio urbano, el diagnóstico de patologías sociales y la discusión en torno a los modos de construir tipos denigratorios de la población inmigrante. Hasta aquí, la posibilidad de correlato con la estrictamente contemporánea *En la sangre* no tiene solamente que ver con el latiguillo caricaturescamente naturalista ya mencionado, sino también con una serie de elementos llamativamente familiares

186. Di Tullio, *op. cit.* 2011, 11. Tampoco parece muy osado pensar en el diálogo que establece el final de *Los amores de Giacumina* (1886) con *Sin rumbo* (1885) y la conocida escena del suicidio de Andrés arrancándose las tripas con sus propias manos: aquí Giacumina “se ha sintao en la cama, si ha metido la mano adentro di la baricas per inallaga que teñiba al lao del umbigo, é si ha sacado in montón di tripas”.

en ambas ficciones, desde el detenimiento inicial en la perversión de los juegos sexuales infantiles (el espacio de la corrupción es en ambos casos el del conventillo y en ambos casos se trata de hacer algo que en la promiscuidad característica de ese espacio han visto hacer a los padres) hasta la iniciación sexual forzada que debe ser legitimada, en el caso de Cambaceres para salvar con el matrimonio la honra de la muchacha aristocrática, en el de la hija de Giacumina, simplemente para sobrevivir en la convivencia con el almacenero. Laera ha señalado cómo la escena inicial de la infancia de Genaro retorna en la de la violación de Máxima en uno de los palcos del Teatro Colón, en el baile de máscaras (también había un baile de máscaras en *Los amores de Giacumina*, esta vez en el Politeama), a la vista de todo el mundo y sin que nadie lo note, en un episodio clave en la trayectoria del inmigrante caracterizado como advenedizo que infecta el cuerpo de la sociedad criolla.¹⁸⁷ La trayectoria de la hija de Giacumina, se ha dicho, al contrario de la propia del advenedizo, va del margen al margen, del modo en que la ley misma lo había previsto, al considerar en el art. 6 del reglamento para la prostitución sancionado en Buenos Aires el 5 de enero de 1875: “Las casas de prostitución serán consideradas, para los efectos de las Ordenanzas sobre higiene y seguridad, como casas de inquilinato; sin que esto autorice para pueda haber inquilinos en ellas”. Nuevamente, y no por casualidad en la secuela que toma a su cargo la historia de la hija de Giacumina, el tópico de la generación, de la descendencia aparece aquí tematizado no solo en el determinismo de la herencia y el destino aún más desgraciado en la hija que en la madre, sino que al final abraza asimismo una tibia, patética esperanza con respecto al hijo de Giacumina y Macanín, que nada sabe de su madre y crece bajo tutela del Estado, no ya de la patológica familia de inmigrantes.

187. Laera, *op. cit.* 2004, pp. 285-287.

***Enriqueta la criolla* (1886)**

Como ya se ha mencionado, sabemos que 1886 es el año de aparición de *Enriqueta la criolla*, bajo la autoría de “El mimo dueño di la zapatería de los anquelitos” y siguiendo el mismo registro lingüístico de *Los amores de Giacumina*. El ejemplar alojado en el Instituto Ibero-Americano de Berlín (así como el preservado en la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras), impreso en los talleres de Luis Maucci, dice ser una segunda edición, lo cual puede consistir en el dato de la existencia de una primera edición inmediatamente anterior o bien en el indicio de un ardid publicitario.

La novela cuenta con un prólogo que arroja algunos datos interesantes con respecto a la circulación y recepción del título inaugural de la literatura giacumina, es decir, *Los amores de Giacumina*, publicado ese mismo año. Este prólogo se titula “Arguna palabritas al iscrebidor macanudo di Los amores di Giacumina”, y en él se vierte lo que el autor pretende que se lea como una protesta airada contra dicha novela, fundamentalmente en cuanto a su tratamiento de un tipo social específico y en varios sentidos marginal debido su condición de mujer, pobre e inmigrante: “Sempre eliquen á la pobre mochachas pe hacé so historias safadas é cun priferamiento la istranquieras”.

En este sentido, el autor de *Enriqueta...* resalta la crudeza de la historia de Giacumina, haciendo mención justamente a su pasaje

más grotesco, aquel en que por el estado de sus heridas se compara a Giacumina con un queso gruyere:

Osté, per iquemplo, amico Pacarito, in su iscritoransa á elequido pe blancos di so fantastica maquinacion, la hicas de in pobre fundiero, e dispué que li ha hechu hacer in millon e cincucienta purcarias, la tiene llivao al hospital é allí la mata dina manera barvera haciendula cumé pe lo busanos!

La afirmación “cume uno di tanto, tengo hecho la calavirada di cuemprar so libros” revela, en principio, la curiosidad generada por un tipo de literatura que ese “cume uno di tanto” sugiere de gran popularidad. Dada la contemporaneidad de ambas novelas, el dato corrobora que *Los amores de Giacumina* fue un éxito desde el momento mismo de su publicación. Por otro lado, si bien Ramón Romero es el destinatario directo de estas “parabritas”, no es el único: “Osté, *cume otro escribidores*, se afincan in la paca dil ocos dil vecinos” (el subrayado es nuestro). No sabemos a ciencia cierta quiénes son esos otros escritores, pero la afirmación sin duda da cuenta de la representación del otro inmigrante como una temática recurrente de la narrativa del ochenta en Argentina, en tanto dichas ficciones “no solo reproducían los prejuicios y prácticas excluyentes de la sociedad finisecular argentina, sino que ellas mismas constituían una de las variantes de esas prácticas discriminatorias”.¹⁸⁸

La referencia al texto de Ramón Romero resulta interesante en varios sentidos. En primer lugar da cuenta de la constitución de un género: para responder a Romero, el autor de Enriqueta decide incorporarse a su registro, dando al mismo un carácter de mayor espesor que “el hijo del dueño de la fondita del pacarito”. Por otro

188. Nouzeilles, *op. cit.*, p. 27.

lado, al inscribir su obra en una línea de probado éxito, el autor de *Enriqueta*... aprovecha la popularidad de la novelita de Romero para hacerse de un piso de público, al mismo tiempo que echa mano de la confrontación autoral como recurso para crear interés en los potenciales lectores.

Pero, si bien el registro de *Enriqueta* está asociado con una voz y una temática en particular, lo que es distintivo en esta obra es la dirección de la mirada, que la propone como el reverso de la popular historia de Giacumina. En este sentido, la historia de Enriqueta propone un giro original con respecto a las representaciones negativas del inmigrante en la literatura, al postular una especie de defensa del inmigrante italiano (por parte de una voz que dice formar parte de esa comunidad) no resaltando sus virtudes sino revelando las falencias morales del sector social del cual provenían dichas representaciones literarias. No deja de ser interesante cómo desde esta perspectiva, la falta de virtud es el factor que iguala a ambos grupos sociales, sobre todo en un contexto en el que abunda la sensación de disolución social a causa de la inmigración, en el sentido que señala por ejemplo Evelyn Fishburn al afirmar que los inmigrantes eran considerados “personas de calidad inferior”, y que “lejos de mejorar la población existente, constituían un grave peligro de contaminación para ella”, y esto tanto en lo físico (ya que eran portadores de una sangre debilitada y degenerada) como en lo espiritual (dado su modo de vida materialista e impuro).¹⁸⁹

El resto del prólogo presenta el objetivo de la narración al tiempo que adelanta parte de la trama, al sostener que no solo las jóvenes italianas pobres son propensas a la “cuchinada é trapicheo incanduloso”, sino que también las educadas muchachas de alta sociedad,

189. Evelyn Fishburn, *The Portrayal of Immigration in Nineteenth Century Argentine Fiction (1845-1902)*, Berlín, Colloquium, 1981, p. 10.

como es el caso de Enriqueta, participan de situaciones desvergonzadas y faltas a la moral que merecen ser expuestas: “quiero que il prubico sepa, que nun solamente la hicas di lo fundieros hacen cuchinadas, sinu que la cupetudas bien ducadas tambien la hacen”.

En este punto, y en consonancia con el objetivo manifiesto de su narración, el autor intenta crear con el potencial público un pacto de lectura con respecto a la autenticidad de la historia de Enriqueta. Mientras que la historia narrada en *Los amores de Giacumina* es una “fantástica maquinaciun”, la historia de Enriqueta “nu le ina *histuria* invintada, é ina historita virdaderamenti histórica, qui ha cuntecido in la ciuda di Guenos-Aire”. La insistencia en lo histórico del asunto está presente desde el mismo título completo de la obra: *Enriqueta la criolla (so historia)*.

El efecto de realidad se extiende no solo a la historia sino también al autor. Este se presenta como un zapatero de la popular Zapatería de los Angelitos,¹⁹⁰ que descarta para sí mismo el rótulo de escritor: “Yo non só escrebidor, pe que nunca tengo escrebido ma que in la libretas qui tengo per apuntá lu botines qui hago fiaú”. Este gesto de distanciarse de la escritura literaria y ficcional que supone *Los amores de Giacumina* habilita la lectura de la historia de Enriqueta como una biografía histórica: “Yo no invento pirsonaques, ne fabri-co pisodios”. Por otro lado, la referencia a un comercio existente y reconocido del centro de Buenos Aires funciona a modo de garantía de realidad del texto, formando parte de la construcción de este efec-

190. La Zapatería de los Angelitos, fundada en 1828, es el nombre de un reconocido comercio del centro de la ciudad de Buenos Aires, que continúa en funciones al día de hoy, tras mudarse al barrio de Palermo. Hay otra zapatería conocida en la época referida en *La hija de Giacumina*: Cuando en el capítulo III, doña Crispina “forrosa cume el tigre del parquet di Palermo, agarró á la mochacha per la mechas e con un zapato le dio una Zapateria di Bernasconi”, probablemente se refiera a la *Botería y zapatería suiza* de Juan Bernasconi, tradicional comercio que se encontraba en la calle Perú 14 y 18.

to de realidad por parte del autor. Sin embargo, el rótulo de escritor aparece hacia el final de la novela, cuando el autor decide firmar de ese modo su obra:

E cun estu, é in biscocho si ha concluido la premier parti di esta escrituransa qui hé macanuda si; ma pero historica.

NOTA.— Si lo merchanti di la zapateria non mi apuran mucho pe so botines, haré la cuntinuacion di esta historita, pe qué lu ma gordo istá pe cuentarsi.

Il Escrebidor.

FIN DEL PRIMERO LIBROS¹⁹¹

La propuesta del autor de Enriqueta parte de hacer hincapié en el lugar desde donde se *miran* los hechos y los personajes. Si Ramón Romero y demás escritores “se afican in la paca dil ocos dil vecinos”, el autor de *Enriqueta...* meramente relatará “aquellu qui tengu vistu cun lo ocos di me caras”. En este punto, la intención del autor de distanciar su texto de la ficción para presentarlo como una crónica fidedigna de los hechos que tienen lugar en la sociedad en que vive, lo emparenta con la concepción naturalista de la novela como forma de análisis de la sociedad. Si la estética del naturalismo trae consigo la transformación de la novela, que “ha dejado de ser un género de entretenimiento para transformarse en un verdadero estudio social basado en la observación y el análisis antes que en los desbordes de la fantasía”,¹⁹² el carácter frutivo de *Enriqueta la criolla*, evidente

191. Este final, típico del folletín, abre la posibilidad de establecer una saga, como es el caso de *Los amores de Giacumina* (1886) y *La hija de Giacumina* (1887). Sin embargo, no se tienen registros de la existencia de una segunda parte de esta obra (cfr. Prieto, *op. cit.*, p. 58).

192. Espósito et al., *op. cit.*, p. 16.

en su tono jocoso y burlón, no impide que sea presentada al lector como verdad histórica, en franco contraste con el producto de una imaginación literaria malintencionada que vendría a constituir *Los amores de Giacumina*. Sin embargo, este parentesco no deja de ser paródico: el lugar del observador no es ocupado aquí por los agentes de la ciencia y el Estado que caracterizan la mirada del naturalismo, sino que es ocupado por el sujeto del chisme.¹⁹³

Esta cuestión de la construcción de un efecto de realidad en *Enriqueta la criolla* aparece ligada también a la representación de los ámbitos en los que se mueven los personajes de la obra. Los cambios demográficos a los que asistió Buenos Aires en las últimas décadas del siglo XIX aparecen registrados en la literatura, testimonio sensible de los cambios de una época. Sin embargo, esas referencias geográficas en la literatura más que aportar información acerca de la nueva y cambiante realidad urbana de la ciudad, lo hacen acerca de la significación social de los espacios que ocupan y recorren sus habitantes:

En las novelas, no solo es posible un registro material de las características y transformaciones urbanas, ya sea por medio de la presencia de datos toponímicos o de descripciones, sino que a través de las tramas se organizan itinerarios, se configuran espacios y se clasifica a los habitantes.¹⁹⁴

De este modo, leer la ciudad en las novelas es leer un modo de organización social. Efectivamente, las representaciones de los es-

193. Del mismo modo, será “la vieca orfatiaduras”, una vecina chismosa amiga de la familia de Enriqueta, y no el médico, en la novela, quien acierte primeramente en el diagnóstico de embarazo de la muchacha.

194. Laera, *op. cit.* 2004, p. 203.

pacios, tanto públicos como privados (teatros, paseos, plazas y quintas) y los desplazamientos de los personajes a través de estos, dan cuenta de las jerarquías sociales. Este ordenamiento espacial, que es también orden social, es representado en la literatura a la vez que subvertido, toda vez que la trama avanza a partir de que alguno de los personajes se desvía del *lugar que le corresponde*, tanto espacial como socialmente.

Si en las novelas cultas del '80 es recurrente la figura del advenedizo, “quien con su movimiento —espacial y social— permite que los grupos sociales se pongan en contacto”,¹⁹⁵ articulando las tramas y los escenarios a partir de una lógica de *hybris* y castigo, en esta versión paródica sucede lo contrario: el recorrido de Enriqueta atraviesa de todos los modos posibles una geografía que es la de sus posibilidades sociales. En otras palabras, la protagonista de *Enriqueta la criolla* constituye una figura inversa a la del advenedizo, proponiendo otro tipo de movimientos, recorridos y formas de habitar los espacios que, si bien no involucran una movilidad social, puesto que sus acciones transcurren en los ámbitos habituales de las principales familias de Buenos Aires, afectan profundamente los pilares de su clase.

No hay “grupos sociales en contacto” en *Enriqueta*; todos los personajes de la novela pertenecen a una única clase social¹⁹⁶ y esta transcurre por completo en los espacios identificables con esa clase en particular: la casona en el centro; la respetable casa de una amiga de la familia, viuda de un especulador bursátil; la quinta en las afueras. En esta novela, lo ajeno a la clase es el ojo que observa y la lengua que relata, puesto que la representación del inmigrante italia-

195. Espósito, *op. cit.*, p. 109.

196. Como única excepción puede mencionarse al personaje de Poroto, el joven que la familia de Enriqueta ha acogido desde pequeño y que trabaja en la quinta que poseen en las afueras de la ciudad.

no aparece encarnada únicamente por la voz autoral, que se pone por objetivo revelar al lector los vicios y falencias morales de este sector social que señala al colectivo inmigrante como la causa de los males de Buenos Aires.

En *Enriqueta*, Buenos Aires no aparece representada ni como una “ciudad invadida” que obliga a los miembros de los sectores tradicionales a replegarse en los espacios interiores o salir a disputar el espacio público, ni como una “ciudad infectada” en contraposición a la pureza del campo.¹⁹⁷ Si “[l]as novelas del ochenta narran el modo en que los cambios de la ciudad afectan a sus habitantes tradicionales, alterando la relación que entablan con ella y también con los nuevos pobladores”,¹⁹⁸ lo llamativo en la historia de *Enriqueta* es justamente la ausencia de esos cambios. Esta novela se presenta como reacción ante las representaciones peyorativas y degradantes de esos nuevos pobladores, y cuenta una historia acerca de la hipocresía de aquellos habitantes tradicionales, a través de la representación de las relaciones que establecen entre ellos mismos. En otras palabras, en *Enriqueta* la ciudad en tanto comunidad cognoscible criolla está viciada desde antes e independientemente de la llegada del inmigrante. *Enriqueta* es la manzana podrida de esta comunidad cerrada criolla, ejerciendo una moral laxa que pone en peligro la reputación de su familia y el buen nombre de sus padres, quienes se desviven por esconder de la mirada de los pares los “trapicheo escandalosos” de su consentida hija.

En el primer capítulo de la novela, el autor sitúa socioeconómicamente a la joven de veinte años y a su familia: “So tatas, é so mamás, qui son do pirsonas rispetables pe qui tienen ma de in millon di patacones”. La descripción no está exenta de suspicacia, en tanto la res-

197. Laera, *op. cit.* 2004, p. 207.

198. *Ibid.*, p. 205.

petabilidad de los padres de Enriqueta aparece como consecuencia de su capital económico. La referencia a este buen pasar económico se completa con la descripción del espacio interior por excelencia, la casa familiar: “La familia di Enriqueta vive in la calle di Corrientes, en ina casa di so pirtendencia. Cume he di *cacon*, tienen ina ducena di sirvientes, mocamas, cuchero, portiero, etc., etc.”.

Sin embargo, el espacio de la casona de la familia criolla acomodada, lejos de ser el reducto de la decencia y el resguardo de la moral tradicional, como suele ocurrir en las novelas cultas del período,¹⁹⁹ es el lugar donde se planea la falta, como adelanta con suspicacia el autor: “ahora qui ya conoces á Enriqueta [...] vamu á dar ina miradita pera ver lo qui pasa in so casas”.

En este punto entra en escena el balcón como espacio fronterizo entre el afuera y el adentro. Bajo la apariencia de estar pasando el tiempo en el balcón, Enriqueta sigue atentamente los movimientos epistolares que tienen lugar en la calle entre una sirvienta cómplice y su pretendiente, que la llevarán finalmente al encuentro con este: “el musito [...] hacienduse il zonso se ha arimao á la sirvienta alarifa, é li ha integao la cartita cun olor di perfume pe so patrona, que miraba la uperacion con il oco dil rabo disde so barcon”.

Respecto de *Pot-pourri*, la primera novela de Eugenio Cambaceres, afirma Laera:

199. Recuérdense por ejemplo las advertencias dirigidas a la familia de Máxima en *En la sangre* en relación al peligro moral que representaba la presencia de Genaro Piazza en la casona familiar: “Sin duda, otros miembros y allegados de la familia, parientes, amigos, que estaban más o menos al corriente de lo que a la vida de Genaro se refería, encontraban extraña, inexplicable la facilidad con la que había sido este acogido, y los avisos, las advertencias, las reflexiones y consejos naturalmente no escaseaban. ¿Qué, no sabían? Se decía que era hijo de un tal y de una cual, se hablaba muy mal de él [...] en fin, en ninguna casa decente visitaba, solo ellos lo recibían” (Eugenio Cambaceres, *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 1988, 115-116).

En las calles de Buenos Aires ya no se vive la moral familiar que propiciaba la sensibilidad patricia de la ‘gran aldea’, sino una moral laxa que los cambios y la progresiva despersonalización promueven tanto en la materialidad urbana como en el renovado imaginario de sus habitantes.²⁰⁰

Sin embargo, en este pasaje de *Enriqueta* vemos que no se trata de la calle y sus habitués como el factor de disolución que amenaza ingresar al seno de la familia (y por extensión, a la comunidad) criolla, sino que es la misma comunidad criolla, mediante uno de sus miembros, la que establece contacto con el exterior y desea y planea la falta a la moral desde el interior mismo. La moral laxa no aparece representada como consecuencia de los cambios en la ciudad, sino como intrínseca a los miembros de la gran aldea.

Del mismo modo funciona el personaje de Doña María y los espacios asociados a este. Doña María es una amiga y persona de confianza de la familia de Enriqueta, que funciona como celestina y brinda su propia casa de la calle Tucumán como espacio para los encuentros furtivos entre Enriqueta y Julián. Quien es para todos una respetable viuda, cuyo marido “era in hombres que teñiba ina gran furtuna, e si ocopaba di hacé nigocio in la borsas”, es en realidad una mujer hipócrita e inmoral y su casa “que il prubico la tiene pe dicenti, é in virdadiero *matadero* cume dicen lu *sapayos*”.

Luego de que su marido perdiera su fortuna debido a una mala operación en la Bolsa, Doña María sostiene su estilo de vida gracias a los favores de un joven amante. Su marido decide suicidarse luego de descubrir el engaño, al seguir a su esposa por las calles de Buenos Aires y observar cómo se dirige junto con su amante al

200. Laera, *op. cit.* 2004, p. 215.

barrio de Recoleta a bordo de un carruaje que, al decir de Laera, bien puede interpretarse como “un interior en tránsito, convertido en espacio de la intimidad”.²⁰¹ Sin duda, este desplazamiento amoroso (del que no se brindan mayores detalles) recuerda el de Emma Bovary y, más cercano en el tiempo y el espacio, el de la esposa de Juan en *Pot-pourri* (1882).

Otro ejemplo de decadencia moral en el seno de la élite es el personaje de Julián, el amante de Enriqueta, “in estodiante hicos de ina di la familia, ma principale de Guenos Aire”, quien no solo la deja embarazada sino que se niega rotunda y burlescamente a hacerse cargo de su falta. En este punto, aparece en la novela la única descripción de un itinerario preciso, que es el que recorre Don Carlos, el hermano de Enriqueta, hacia la casa de Julián cuando decide enfrentarlo: “cuande ha lligao á la calli Rivadavia, ha dao guerta é ha seguido pe la mima hasta Bulívar, allí ha dao guerta cume pe la Buca, dispuei qui ha caminao tres cuadro, si ha parao en ina puerta e ha dao tre gorpe cun rabia en il llamador”. Las calles mencionadas en este itinerario son características del centro de Buenos Aires en las cercanías a la Plaza de Mayo, es decir, aquella zona que Espósito denomina “una ‘ciudad concentrada’, con fuertes lazos con el pasado tradicional”.²⁰²

“Cuande Enriqueta tiene aparecido oltra vesi per la calli di Guenos Aire, lu mequitrefes si han arborotau é andaban cume pechichos atra di ella”. La cita describe el momento de reaparición pública de Enriqueta luego de su recluimiento lejos de la ciudad. Se presume que para una joven de la clase a la que Enriqueta pertenece “la calli di Guenos Aire” no pueden ser otras que aquellas que conforman esa ciudad concentrada, como es el caso de la calle Florida, tradi-

201. *Ibid.*, p. 214.

202. Espósito, *op. cit.*, p. 100.

cional punto de encuentro y socialización entre los miembros de la clase alta porteña y escenario de los primeros paseos de Enriqueta en su vuelta a la ciudad.²⁰³

Por otra parte, si bien decíamos anteriormente que no hay en *Enriqueta* una contraposición entre ciudad y campo, en la que el campo represente el refugio de la pureza y la tradición frente a la corrupción de la ciudad, existe sí un espacio lejano a la ciudad y vinculado al ámbito rural que es la quinta familiar. En esta novela, el desplazamiento espacial más importante no es del conventillo al centro —como se ha visto, un movimiento tanto espacial como social, en tanto es el típico recorrido del inmigrante advenedizo de las novelas del 80—, sino del centro a la quinta en las afueras, es decir, entre dos de los espacios de circulación más característicos de la clase acomodada.

La quinta se construye en *Enriqueta* como un espacio de doble significación. Asume, por un lado, la función que muchas veces había tomado el campo como refugio de la inmoralidad y resguardo respecto de la mirada del otro, en tanto “el campo es también un espacio de ocultamiento: en la estancia se esconden las muchachas de la alta sociedad para tener sus hijos ilegítimos”,²⁰⁴ que es precisamente lo que ocurre en *Enriqueta*:

Cuande han visto lo viecos que ya no habiba nada qui hacer, han risolvido dirse pe la quinta pe tapar la farta di so hicas, é nu volver

203. “Para un integrante de la clase alta representa un modo natural de exhibición y de sociabilidad: Florida es la calle de los negocios elegantes, de los encuentros previsibles y los saludos de cortesía; para algunos, es tan familiar andar por Florida que incluso tienen allí su casa con balcones a la calle” (Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 230).

204. *Ibid.*, p. 240.

di alli, hasta quí la mochacha obiera largao il rilleno. Pe que so rilacione no disconfiase di esto asonto han ido á visitarla cun la mima mochacha.

Por otra parte, la mención a la posible sospecha de embarazo por parte de los allegados a la familia no hace sino confirmar lo relativamente habitual de este proceder dentro de las familias acomodadas.

Pero también la quinta se configura como un espacio amoroso, al ser escenario de los encuentros entre Enriqueta y su amigo Poroto. La naturaleza sirve de excusa y de refugio para los amantes:

Porotos cada vez se intosiasmaba mà, teñiba so caras colorada, lo ocos vedriosos é la buca secas, il mochacho istaba á punto di caramelo, é antunsa sen andá cun ma miramientos, li ha empezado á hacer cusquillita pe lu pecho á Enriqueta, que desiba –istate quieto Porotos, ma pero no si difiendiba.

Cun estu tucamiento, la mochacha tambien si ha impesao á poner culoradita, é cun lo ocos vedriosos cume il musitos.

Asi tienen andao in gran rato, hasta qui han lligao á orilla din monte. Porotos la ha cuenvidado á Enriqueta á qui si apiase pera dir á boscar güegos di gallo adrento dil monte. [...]

Ma de ina hora tienen istao in buscamiento di lo güego, é lu pobres han salido oquierosos di tanto boscar [...] Dispuei, han muentao á caballo é si han ido pe la casas, diciando qui lligase il oltro dia, pera dir á cumer güegos di gallos en il monte.

Puesto que aún después de conocidas las consecuencias de su comportamiento libertino Enriqueta retoma las “cuchinada e trapi-cheo incandalusos” también en el espacio de la quinta en las afueras, el texto sugiere de este modo al lector que la corrupción moral de la joven no puede ser atribuida al clima corruptor de la ciudad, sino que es intrínseca a ella misma.

En definitiva, *Enriqueta la criolla*, al mostrar esta catadura moral y sexual de una muchacha de clase alta, funciona como reescritura paródica de *Los amores de Giacumina*, pero también, y más elocuentemente, de las novelas naturalistas del ochenta, al presentar un modelo de mujer, pilar de la familia tradicional criolla (y, por extensión, de la comunidad en su conjunto), en la que se exhiben los más variados vicios y defectos: la debilidad de carácter, la mentira, la promiscuidad sexual, la codicia. Es decir, justamente los vicios y defectos que los escritores criollos adjudicaban a los inmigrantes en sus novelas.

***La hija de Giacumina* (1887)**

El argumento de *La hija de Giacumina* es relativamente sencillo. Se propone como secuela de la exitosa *Los amores de Giacumina* (para ese año contamos con un ejemplar que se declara como cuarta edición, además de una buena repercusión en la prensa), comenzando allí donde terminaba su historia, en el momento de la partida de Doña Crispina, madre de Giacumina, de regreso a Génova, con la promesa de no volver jamás a La Boca, llevándose consigo a los mellizos que su hija diera a luz antes de morir, Giacumina y Macanín. La fecha de ese retorno es fijada en agosto de 1872, lo que al mismo tiempo nos permite pensar en que la acción de *La hija de Giacumina* está planteada en torno al presente de 1887. Los rigores de la crianza de la abuela (“se li dormiba a garrotazo é azote inta il bombo gurdo”) llevan al hermano mellizo de Giacumina a escaparse (puede suponerse que con unos doce años) en un barco, por supuesto, a la China, y la nostalgia y la tristeza hacen que Crispina parta nuevamente con la niña a Buenos Aires.

La novelita tematiza desde el comienzo el determinismo de la herencia a través del tópico recurrente de la sangre, de la mano de un constante énfasis en la promiscuidad y lo escatológico, como puede verse en la primera descripción de la protagonista en el barco: “Giacumina era ína mochacha grandota. Nel vapore cumía, é cagaba cume en terra e se fijaba nela parte piu delicada de le hombre, é se ne

andaba á visitar la cucina é la bodega cun los marineri”. La abuela teme por la picardía y curiosidad de una Giacumina en las puertas de la pubertad, y por ese motivo la golpea sistemáticamente. La descubre en diversos escauceos amorosos en el barco que la lleva de vuelta a “Buenos Aires inta Bucas”, y en el dramatismo de su percepción incurre en los recursos caros al naturalismo europeo y vernáculo: la animalización y el determinismo de la herencia (“Esta mochacha e lo mismo que so mamás. Los hombres van a buscarla cume perro; Dio quiera que nu tingamo otra purqueria cume la del pintor”), que encuentra expresión en lo que no puede sino hacer pensar en el diálogo con la novela que, en el circuito legítimo de la literatura de la élite letrada, publica Eugenio Cambaceres en ese mismo año: “Oh! La sangre de Giacumina!”. Finalmente, el cierre del capítulo inicial contribuye a la paradójica relación de esta literatura por fuera de la literatura con una lengua que no es la suya ni la de nadie. Si la “literatura yacumina”, como observa Conde apoyándose en Gobello, falla en su pretendida imitación de los genoveses, “ya que no hay un solo genovesismo en todo el texto”,²⁰⁵ la sentencia de la abuela al final del primer capítulo agrega a ese panorama la potencia de lo paremiológico: “Perra l’mamas perra l’hicas, e perra la manta que la cobica!”. Ignoramos si se trata de un dicho habitual en Génova, pero sí es notable que, en estas precarias páginas, aparezca el único ejemplo presente en la definición que el *Diccionario de Autoridades* provee para el vocablo “puta”.²⁰⁶

205. Oscar Conde, *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*, Buenos Aires, Taurus, 2011, p. 181.

206. Refrán célebre, que aquí evita el más usual “puta”, en lo que podría leerse tanto como un modo de hacerlo menos fuerte como también en consonancia con la animalización recurrente del personaje. El *Refranero* argentino de Moya lo registra en Tucumán, aunque es un dicho español bien antiguo, consignado ya en el siglo XVIII en el *Diccionario de la Real Academia*, en la entrada correspondiente a “puta”: “puta

El mapa simbólico comienza en la nostalgia del inmigrante retornado en Génova y sigue con la imagen del retorno a La Boca, donde vuelve a insistir machaconamente en el determinismo de la herencia visible en la curiosidad sexual de la niña. El determinismo del medio también se hace allí presente: un conventillo en la Boca, la abuela volcada “al droguis” como única referencia, dejan a Giacumina en un abandono traducido en la falta de higiene y de contención:

[la abuela] pasegiaba come un dandy, se ne andaba a Palermo, inta casa de sos amigas é Giacumina andaba cume una zaparrastrosa cun la pata al aire ai tres mesi de la llegata é sin decar de hacer la chacuta cun le mochachi é la muchachita jugando á le mamas y le tatas.

La posterior iniciación sexual de la protagonista añadirá un elemento nuevo, más perturbador, a la caracterización del medio, ya que aparece a las claras como una violación a manos del almacenero de la esquina, “utro genoese”, una noche que su abuela debe pasar en la comisaría (el “hotel del Gallo”,²⁰⁷ como dice el texto). El capítulo

la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija, ref. con que se nota á alguna familia, ó junta de gente, donde todos incurren en un mismo defecto”, y proporciona la versión latina que en 1533 ofrece Fernando de Arce: “Si meretrix mater, meretrix quoque filia surgit, Atque, meretricis nomine digna teges”. Gómez lo recupera también en su versión vernácula de la *donna delinquente* lombrosiana: “La influencia hereditaria suele ser poderosa. Hemos conocido una familia en la que, desde la abuela, todas las mujeres fueron prostitutas. Una de ellas, jactándose del hecho, nos repetía el viejo refrán castellano: *puta la madre, puta la hija, puta la manta que las cobija*” (Gómez, *op. cit.*, p. 107).

207. La expresión se encuentra consignada y explicada en detalle en el *Diccionario etimológico del lunfardo* de Oscar Conde (*op. cit.*, p. 183): “*hotel*. m. En la expr. HOTEL DEL GALLO: Departamento Central de Policía; originariamente aludía al edificio ubicado en la ciudad de Buenos Aires sobre la calle Bolívar frente a la Plaza de Mayo —demolido en

lleva así el título de “Hace la picardía”, y juega con la ambigüedad del rol de la hija de Giacumina en la escena. Ya marcada por la sangre, se nos la presenta igualmente, aunque sin dramatismo ni empatía, en el rol de la víctima de un abuso. Mesia Crispina tiene una pelea con el sirviente de “Don Pepe”, que, podemos suponer, es quien luego aparecerá en el circo de Raffetto como “Dun Pepe il presiente di la Bucas”,²⁰⁸ junto a la *gili fe*²⁰⁹ del barrio. El almacenero se acerca a su habitación sabiendo que queda sola, y le ofrece como pieza de chantaje su primera transacción sexual: “Lo armacenero dico que la aguelas estiba inta Cumisaria. Que Dun Pepe la haria fusilar per buchinchera é mamadura. Que el podia sacarla del hotel del Gallo ma que era preciso qui Giacumina si decase querer”. Luego de una inicial anuencia, Giacumina se niega con un grito, el almacenero le tapa la boca, y solo quedan las interjecciones y onomatopeyas:

1899—; luego designó al actual departamento, sito en la calle Moreno 1550. (Por alusión al gallo que como ícono forma parte del escudo de la Policía Federal Argentina)”.

208. Pepe Fernández, líder político de La Boca, pasado del mitrismo al roquismo en torno al conflicto del 80, a partir de entonces diputado nacional, primero salido del barrio (Diego Barovero, *Caudillos y protagonistas políticos en la Boca del Riachuelo*, Buenos Aires, Dunken, 2013: 21-24).

209. Adaptación probable de *high-life*, término también incorporado por Großmann a su lista del acervo léxico extranjero en el Río de la Plata: “Los diez mil de arriba no son designados más como *crème* o *haute volée*, sino como *high-life* f. y adj. (ingl. high life) [nota al pie: “Cf. *Fogón* 30/4/1900, p. 864: un mocito jailáy y el ejemplo en la p. 67 de este trabajo, nota 3) Jailaife, (abreviado jai m.) significa también ‘elegante, gomoso’]” (Großmann, *op. cit.*, p. 92). En 1897 Martín Rodríguez publica, en el mismo circuito y formato de la literatura criollista, *Los atorrantes de levita y los jailaifes del día* (Prieto, *op. cit.*, p. 50), y en el mismo año aparece *Buenos Aires por dentro y por fuera*, libro también comentado por Prieto a propósito de su sátira del mercado editorial popular de la época, bajo el seudónimo de “Jailaif” (*ibid.*, p. 53). En *Inocentes o culpables*, justamente en la escena del burdel en el capítulo VIII se emplea el término: “La sala estaba llena de jóvenes *high-life*. En el centro de la habitación había una mesa ricamente tallada y con piedra mármol, atestada de copas y botellas, que por momentos se renovaban”.

Giacumina gridaba cume gato escaldao. Lo armacenero apagó la vela... La tucó... Le puso la mano inta buca... Zas! tras!.. ay!.. ay!.. ay!.. gridaba Giacumina... Saprísti.. Uff.. Oh!..
Cae el telon.....

Con esa elocuente elipsis termina el segundo capitulillo. En ese punto ya se ve la ambivalencia que recorrerá todo el texto, entre la clamorosa fuerza de “la sangre de Giacumina” y una serie de condiciones externas que irán cobrando cada vez más peso en la definición de su trayectoria, que nunca abandona la convivencia del tono cómico y el recurso humorístico con la nota ominosa y melodramática que, más por las desgracias que padece que por sus propias decisiones, va jalonando el derrotero de la protagonista. En el tercer capítulo, expulsada violentamente por la abuela, que descubre el hecho al otro día y ve en él el determinismo de la sangre, la hija de Giacumina termina conviviendo con su victimario: “Esa noche dormio in el armasen é no grito”.

En el cuarto capítulo, se introduce el espacio circense: si el de Podestá daría a luz a la figura de Cocoliche, la de Giacumina comenzará su tránsito por esta calle en el celeberrimo circo de Frank Brown. Mientras Giacumina y el armacenero contemplan con asombro el espectáculo en el *escantin rin* (es notable cómo incluso en la metáfora más anodina, como es el caso aquí, ingresa la referencia escatológica: “Giacumina e il genesi abriban la buca grande cume buquero di letrina”), ella comienza a ser acosada por otro espectador (por supuesto, también genovés), despertando los celos del armacenero y aprovechando para proporcionar una eficiente síntesis de la caracterización de Giacumina, animalizada y provocativa: “Ma Giacumina livantaba il anca cume para qui el otro li tocasse altra volta”. Luego de que a la salida del circo ambos genoveses se trencen a golpes y terminen pasando la noche en la comisaría (y Giacumina en un establo con un mayoral del tranvía), el armacenero también la expulsa de su casa.

Arrojada a la indigencia, Giacumina es socorrida por quien se presenta a la protagonista como un viejo amable (aunque el librito no se preocupa por el suspenso, ya que titula el capítulo “El vieco rufian”) que le ofrece refugio en la casa con su mujer, en “El puente de los suspiros” de la calle del Temple. La calle del Temple, actual Via monte, era la calle donde en ese entonces se concentraban los prostíbulos en la ciudad de Buenos Aires. Aquí el mapa simbólico termina de evidenciar una geografía conocida al lector, la de la prostitución legal en Buenos Aires y sus ilegalidades internacionalmente célebres. La procedencia de las prostitutas (Alemania, Rusia, Francia, Italia) coincide con los datos existentes acerca del circuito de la trata en esos años.²¹⁰ Nuevamente, a pesar de su laconismo e insistencia en el determinismo, el texto subraya la infructuosa resistencia inicial de Giacumina. Es sintomático asimismo que aparezca allí por primera vez el voseo verbal, en la conminación o invitación de la madama, intentando serenar a Giacumina: “vení, iquita, no te asustés”.

En este punto aparece un tópico que es reforzado en el final del relato por la imagen de la protagonista y su vacilante firma: el del

210. Para una introducción al tema, sigue resultando esencial el volumen de Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994. En 1875, poco antes de la Ley Avellaneda de inmigración, se reglamenta la prostitución legal en Buenos Aires, con una normativa que perduraría hasta 1935. De acuerdo con Chejter, “[e]n la ordenanza de la ciudad de Buenos Aires (en el resto del país eran similares) se establecía cómo debían ser las ‘casas de prostitución’, su localización (a no menos de dos cuadras de templos, teatros y escuelas), quiénes debían regentarlas (solo mujeres), las normas de higiene y seguridad municipal; establecía además que las mujeres debían ser mayores de 18 años (la mayoría de edad en el Código Civil era de 21 años, de modo que la prostitución de menores estaba legalizada) y someterse a inspecciones y reconocimientos médicos. Regía la obligación para las ‘casas de prostitución’ de llevar registros de las mujeres. Se prohibía la prostitución clandestina, es decir aquella ‘que se ejerce fuera de las casas de prostitución toleradas por el reglamento’” (Silvia Chejter, “El camino de Buenos Aires. Prostitución, ayer y hoy”, *mora* 15, 2, 2009, p. 98).

poder de la letra escrita y el analfabetismo de la inmigrante prostituida ya que, a diferencia de la madre, la hija de Giacumina (aunque leímos en el capítulo inicial que fue enviada a la escuela en Italia) es analfabeta: “Al otro día la vieca li dio un papel, ma cumo Giacumina no sabiba leer, no lo quiso y la vieca le dice que se no lo tomaba la podrían llevar a la capacha y embromarla per cinco año”. Probablemente, el papel en cuestión tenga que ver con el registro que se llevaba de las prostitutas alojadas en las casas de tolerancia, verdadera garantía del encierro y la privación a las que serían sometidas.²¹¹ En ese capítulo aparece también el personaje de la francesa que se enamorará de Giacumina, y cuyos celos moverán la acción en adelante.

El capítulo séptimo narra la iniciación de Giacumina en el burdel de la calle del Temple, y el siguiente el escándalo con los “doctores”, jóvenes de la élite que celebran allí su graduación en leyes, luego de pasar por el Café de París. En este pasaje, podría pensarse, el mapa urbano que marca el trayecto de Giacumina se toca en su extremo con el de *¿Inocentes o culpables?* de Argerich, en cuyo octavo capítulo se desarrolla una excursión fallida de los protagonistas en principio por los burdeles de la calle del Temple, donde no se les permite el ingreso, para ser luego admitidos en uno ubicado en Corrientes y Libertad. En buena medida, la descripción moralizante de la seducción y repulsa simultáneas del mundo de la prostitución en esas páginas ofrece la otra mirada, la oficial, sobre el trayecto que llevará adelante la hija de Giacumina en los capítulos siguientes. Así, es víctima del hostigamiento de los “doctorcitos”, hasta que una de sus compañeras llama a la policía y, una vez más, todos terminan en la comisaría. Aquí aparece la

211. Donna Guy indica que en 1887 el nuevo intendente de Buenos Aires “Antonio Crespo, médico higienista”, dispuso focalizar la acción de control y eventual represión por parte del Estado sobre la prostitución clandestina más en las prostitutas que en los prostíbulos: “sus funcionarios, en lugar de clausurar los burdeles clandestinos, multaban a las prostitutas no registradas” (*op. cit.*, p. 75).

primera persona, la voz del narrador, que se identifica como hermano del portero de este burdel (como anuncia en la portada, quien narra es el portero del siguiente prostíbulo), y que en el siguiente capítulo se introduce en la acción, entrando al cuarto con Giacumina y despertando los celos de la francesa, lo que lleva a la ira de Rosa y al golpe con el que su hermano, el portero, le da finalmente muerte. En el siguiente capítulo, luego del funeral, se disuelve el prostíbulo y Giacumina es llevada por la francesa con Matilde, a la casa de tolerancia en la que se alojarán desde entonces. Puede conjeturarse, a partir de los estudios sobre la prostitución en Buenos Aires en la época, que esto debía suceder naturalmente una vez introducida una mujer en la vida de prostitución, ya que existían importantes trabas para que pudiera salir de la misma; por ejemplo, era muy difícil que con la sospecha del ejercicio libre de la prostitución las autoridades permitieran alquilar un cuarto a ninguna de ellas.

La trayectoria de Giacumina prosigue, en la casa de Matilde, “qui era di París de Francia”, donde gracias a su compañera francesa que la instruye se acaban las resistencias de la protagonista y comienza a introducirse la enfermedad venérea como tema: “Lo primiero día Giacumina foi la niña mimada di la casa, ma que la quente teñiba miedos di no se que gali... matias é no queriban fare el amor cume il amor se fá”, en clara alusión al *morbus gallicus*, la sífilis que obsesiona a médicos, higienistas y, también, novelistas de la época. La sífilis aparece en Cambaceres, en Argerich, como señal de la degeneración y la mala mezcla, como amenaza latente²¹² y, sobre todo, como huella o consecuencia de la transgresión no solo de la moral sexual, sino del límite entre los espacios asignados a cada clase. Así, el capítulo XI marca el único momento de plenitud de la hija de

212. Ver, por ejemplo, el análisis del rostro sifilítico en *¿Inocentes o culpables?* que propone Nouzeilles (*op. cit.*, pp. 156-158).

Giacumina, dada por el éxito económico que le brinda su habilidad adquirida en la práctica del sexo oral: “Desde intonce Giacumina no andó mas triste, ni la Matirde tampoco, é los amicos di la casa istaban locos di contentura porque la mochacha sabiba la música cume nadie, e tucaba inta flauta unas escalas que ni la de Milano”, y esta bonanza se evidencia en el rédito económico, el cuidado propio y los clientes fieles o amantes que se procura, irónicamente próximos a esa otra sociedad, donde el extranjero no es italiano sino “inglés de incalaterra”, y un miembro de la administración pública, “secretario dil secretario dil secretario dil secretario privao di un menistro”, ya no (o no aún) marineros y saltimbanquis.

Desde su legalización en Buenos Aires en 1875, la prostitución venía siendo objeto de un debate que incorporaba los aportes de la sociología, la antropología y la criminología positivistas en Europa. El propio Cesare Lombroso publica en 1892, junto a Guglielmo Ferrero, el volumen complementario de su célebre *L'uomo delinquente*, *La donna delinquente. La prostituta e la donna normale*, donde justamente se legitima la institución y se introduce a la prostituta en la maquinaria biopolítica de la legitimación científica de su condición, incorporando los términos al uso en la psicología de la época para su clasificación. La prostituta, así, aparece como el equivalente del delincuente nato masculino, pero al mismo tiempo como “válvula para la seguridad y la moral”, haciendo que incluso que allí, “donde más se embrutece, donde más peca” siga ofreciendo un provecho. Así, insistirá Lombroso, la mujer compensa, en su menor delinquir y en su mayor piedad, la desventaja que ofrece frente al hombre en el desarrollo intelectual.²¹³

213. Cesare Lombroso y Guglielmo Ferrero, *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*, Torino, Fratelli Bocca, 1903 [1893], p. ix.

En esta línea, a comienzos del siglo XX, Eusebio Gómez retoma el problema en el capítulo de su *La mala vida en Buenos Aires* dedicado a la prostitución, en el cual refrenda la tesis de la necesidad de la institución para evitar alteraciones más indeseadas del orden social basadas en la incontinencia sexual masculina, y sintetiza las posturas de Lombroso con respecto a los rasgos patológicos que determinan a la prostituta a su rol antisocial. Por lo demás, clasifica la prostitución en legal e ilegal y procura minuciosamente distinguir a la prostituta criolla de la extranjera, a la rica de la pobre (distinción en la que lo habrían precedido otros, como el mencionado subcomisario Batiz, así como de Veyga y Sicardi, a quienes sigue de cerca en su descripción).²¹⁴ Si bien descarta la influencia de la raza en la tendencia a la prostitución, otorga una especial relevancia a la herencia, factor determinante en la novelita, y que curiosamente es detallado en sus propios términos, justamente para diferenciar a la extranjera pobre sometida a su proxeneta de la *cocotte*, distinción en este caso que podría establecer el único ensayo por parte de Giacumina, de movilidad vertical, de ascenso social dentro del margen al que es circumscripta desde el comienzo, en su modesta e irónica bonanza.²¹⁵

214. Gómez, *op. cit.*, p. 106. Nos referimos a Francisco De Veyga, “Los auxiliares del vicio y el delito”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, Año II, Talleres Gráficos de Revista Nacional, Buenos Aires, 1903;

215. “Sintetizando las conclusiones a que nos lleva el ligero análisis que acabamos de hacer, podríamos decir que las diferencias entre la prostituta criolla y la importada, resultan descartadas, como es lógico, las influencias de la raza, de su diversa situación en el mundo del vicio, en el que la primera actúa con relativa libertad, en tanto que la segunda, no es sino una esclava, sometida a la criminal explotación de su empresario. [...] Sin embargo, no es esa siempre la condición de la prostituta extranjera en Buenos Aires. Muchísimas, dedicadas al tráfico clandestino, forman una clase aparte, en la que es posible observar toda una serie de categorías, desde la *cocotte* de alto vuelo, que gasta desmedido lujo y que forma algo así como la aristocracia de la prostitución, hasta la infeliz que recorre las calles de la ciudad, peregrinando en busca del cliente; aquella paseando su

En el capítulo XII, la misma se interrumpe con el contagio de la viruela, que incluye otro episodio característico de la regulación higienística del ejercicio de la prostitución en Buenos Aires: primero el tratamiento a cargo de la madama en el lugar de empleo, y luego la hospitalización forzosa. La presencia de la enfermedad y la preocupación que generaba en la época ya se habían hecho presentes en la serie poco antes, en el folletín *Marianina* publicado por *El Liberal*, cuya protagonista contraía la enfermedad, y encuentran clara expresión en la cantidad de libros sobre el tema que en el mismo año se publican, y en el comentario de Ramos Mejía al prologar dos años antes la investigación de Penna sobre el tema:

[...] la enfermedad que con una voracidad cruelmente lenta nos arrebatada año por año, con algunos leves descansos intercalados, más vidas y capitales que el cólera y la fiebre amarilla en sus dos últimas y desastrosas apariciones. Como la gota de agua tenaz que al fin horada la piedra ella concluirá ó por despoblar nuestras campañas y ciudades, si su carácter habitualmente maligno no se atenúa con la vacuna, ó por marcarnos á todos con las terribles maculaciones que desfiguran el rostro de los que olvidan el precepto elemental é ineludible de vacunarse siquiera una vez en la vida.²¹⁶

Una vez fuera del hospital, Giacumina vive en la indigencia y la mendicidad. El capítulo 13 –tan significativo en el contempo-

impudicia en correcto tren, ataviada con todas las galas de la moda y exhibiendo con la insolencia que es hija legítima del vicio, los rendimientos de su propia degeneración; la otra, deslizándose como una sombra, y sembrando acá y allá, los gérmenes malignos que infectan el alma y el cuerpo de los hombres” (Gómez, *op. cit.*, p. 111).

216. José María Ramos Mejía, “Introducción” a Penna, J., *La viruela en la América del Sud y principalmente en la República Argentina. Historia, estadística, clínica y profilaxia*, Buenos Aires, Félix Lajoane, 1885, p. vi.

ráneo *En la sangre*, como ha subrayado Panesi²¹⁷— introduce el primer alegato social, bastante tenue si se quiere, pero explícito en cuanto a la importancia de la condición de mujer y pobre en el destino de Giacumina: “La mochacha creyó qui era un castigo dil cielo per sus safadurias é curó no ser mas safada in so vida. Ma Giacumina no cuntaba cun qui era pobre é que la pobreza aconseca mal á las moquieres.” Acto seguido, la escasa caridad de los transeúntes ante la mendicidad de Giacumina es vinculada a una cuestión especialmente presente en la época, tema diario y acuciante en la prensa: el cólera, que en 1887 se extendía como epidemia en el interior del país, acercándose poco a poco a Buenos Aires. *El censor de Buenos Aires* consignaba en su edición del 4 de enero de 1887 el detalle elevado al Comisario General de Inmigración con respecto a la ingresada en el año anterior por el puerto de la capital argentina. Un total de 83.116 inmigrantes a bordo de 49 buques entre enero y diciembre, una estadística que el periódico recogía cada día junto con la más preocupante de las obras y manejo de la rada y el lazareto, del temor al ingreso, con los inmigrantes, de las pestes que en la última parte del siglo XIX asolaban a cualquier urbe en acelerado proceso de crecimiento, como Buenos Aires, y carente aún por tanto de las obras de infraestructura necesarias para contener a su población. En ese momento la más temida, por su progresivo avance sobre la geografía argentina, es el cólera. La crónica diaria en el periódico fundado por Sarmiento presenta en la misma columna la información de esa doble circulación: el cólera en el interior y el arribo de inmigrantes, reclamando una distribución efectiva de ambos. El espacio portuario aparece así como la puerta de entrada de una

217. Jorge Panesi, “Cambaceres, un narrador chismoso”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLV3, 1995, p. 344.

otredad amenazante más allá de sus propias intenciones, como portadora del mal endémico. El comentario contenido en la edición del 26 de enero de 1887 del periódico satírico *El Mosquito* es elocuente al respecto:

¿De dónde nos ha venido el cólera siempre? De Italia. No es extraño. Primero porque los buques que siempre han sido los más sucios de los que vienen acá son los italianos. Hemos tenido el valor de visitar los mejores de esta nacionalidad, y francamente están asquerosos. En segundo lugar son los que siempre cargan mas inmigrantes, infringiendo las ordenanzas marítimas, y como es el bajo pueblo de ciertas provincias de la bella Italia el que tiene fama de ser el que lleva la palma, entre todos, por su pereza, poco aseo y su mugro espeso, el que forma la mayor parte de dichos inmigrantes, ya puede figurarse el lector lo que es aquello.

Por otra parte, en el capítulo XIII tiene lugar el romance con Gragera, que ofrece la historia habitual del linyera que fue rico, rodeado de perros, y aparece como el primer amor real de Giacumina, en el escenario característico de los caños de la Recoleta. Nuevamente, se trata de un personaje conocido en el Buenos Aires de la época: Ingenieros lo menciona en una nota de *La locura en la Argentina*, extraído a su vez del libro de Manuel Bilbao, *Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días* (1902), con una historia similar a la que aparece en el librito:

Gragera fue un comerciante que tuvo varios buques y los perdió, y cuando se encontró arruinado se volvió loco dándole la manía de los perros, de los que se declaró protector. Gragera (a) San Roque, recorría las calles centrales de la ciudad, vestido de saco o levita negra, armado de un descomunal garrote y seguido de una

multitud de perros a los que protegía, sulfurándose cuando los muchachos le llamaban por su alias.²¹⁸

Una vez más, el relato ofrece una imagen que opone amor y sexo, ya que con las “zafadurías” el primero se termina, los amantes se separan y Giacumina vuelve a la mendicidad y la prostitución callejera en la Plaza Lorea, hoy Congreso. Las marcas de la viruela (o de la sífilis, la confusión no era rara) repelen a los hombres, e incluso al almacenero del comienzo, y la narración llega a plantear en el pensamiento del personaje el tópico de la *vanitas vanitatis*. Pero en ese mismo capítulo XIV hace su aparición el segundo personaje histórico del circo en Buenos Aires que presenta el libro: Pablo Raffetto, conocido como “Cuarenta onzas”, quien rescata a Giacumina de la calle, y confiado en la fama de su nombre, la lleva a trabajar al circo. La inclusión de este personaje resulta propicia, ya que también es de origen genovés y, como recuerda Podestá en sus memorias, era célebre por su “media lengua criollo-genovesa”.²¹⁹ Si, con Montaldo, “lo

218. Manuel Bilbao en José Ingenieros *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920, p. 227. Mercedes García Ferrari recupera de las memorias del subcomisario Batiz (*Buenos Aires, la ribera y los prostibulos*, 1880) la mención de Grajera: “Adolfo Batiz, quien fue subcomisario de la Policía de la Capital, menciona a Vinclaret como uno de los más afamados atorrantes porteños de la década del ochenta, junto a Grajera, el padre de los perros” (“‘Saber policial’. Las galerías de ladrones en Buenos Aires, 1880-1887”, en Geraldine Rogers (ed.). *La galería de ladrones de la Capital de José S. Álvarez, 1880-1887*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca Orbis Tertius, 2009, p. 14, n. 15).

219. Pablo Raffetto (1842-1914), de origen genovés, llegó a Argentina en 1869 y desarrolló allí espectáculos circenses de distinto tipo. En su circo trabajaron tanto los Podestá como Baldomera Arias, quien sería la esposa de José. Este último lo caracteriza en sus memorias: “Raffetto llegó a Buenos Aires el año 1869, sin más bagaje que su juventud, su fuerza y un gran deseo de trabajar. Era genovés, muy buen hombre, incapaz de una maldad: fortacho como no he conocido otro, un hércules que lo mismo jugaba con balas de fierro pesadísimas, como luchaba con una elegancia singular o

que Adolfo Prieto llamó la cultura criollista (en la que normalmente ‘criollo’ se identifica con popular) es la punta de lanza de la industria cultural en Argentina”,²²⁰ este folleto ofrece el peculiar espacio de su auto-representación, presentando a algunos de sus héroes más célebres (Frank Brown, Raffetto). La publicidad del acto de Giacumina aparece ilustrada en lo que se presenta como una imagen del folleto utilizado, apelando nuevamente a la referencia interna a la ficción presentada en la portada, ya que los mismos habían sido producidos en la imprenta del amigo de Giacumina.

Giacumina fracasa en su espectáculo ecuestre acrobático, y luego de un nuevo escándalo de público termina una vez más convaldeciente, en una nueva descripción ensañada en la parodia del registro naturalista:

Giacumina istaba enferma di verdad.

Teñiba:

Rota la costilla.

Rotos il cogote.

Rota la narices.

Istaba porca come ina porca cun la chocolatas inta pulleras.

E lo médico le aviva dato in porgante di castore, ma pero non era il médicos, era il barbero dila esquina qui pasava il corte de dotor inta Bucas.

El capítulo XIX se resume en la enfermedad de Giacumina, los celos de la amante turca de Raffetto, la amenaza de este y la inter-

tomaba parte en pantomimas y sainetes, como hacía de director de pista charlando con el payaso en su media lengua criollo-genovesa, que tanto festejaba el público...” (Podestá, *op. cit.*, p. 35).

220. Montaldo, *op. cit.*, p. 113.

vención del payaso, con quien se escapa y pasa una noche intercambiando historias personales trágicas, para finalmente, luego de separarse de él, volver al ejercicio de la prostitución en el puerto. Allí encuentra una redención aparente en un marinero, al relato de cuyas historias fantásticas de viaje por Oriente se dedican varios capítulos, aunque finalmente, para cerrar el círculo de las desgracias de la protagonista, desemboca en un momento de anagnórisis en el que Giacumina descubre en su amante a su hermano Macanín. Descubierta el incesto, Macanín se suicida, y Giacumina, indigente y completamente degradada, muere poco después de dar a luz al hijo de esa relación. El retrato sombrío de la hija de Giacumina y la firma garabateada al final terminan de imponer el tono de circunspección posible (dentro de la gran mofa que supone la lengua y el género mismo en que se inscribe) a la historia narrada hasta allí.

El libro se cierra de una manera que será una constante en el género, una traducción criollista, en verso, de la misma fábula, en otra tónica y con otra voz: unas “Milongas giacuminescas” firmadas por “Vengavino el Zonzo” en un español correcto que emplea coloquialismos para aportar un color criollista a las rimas, que relatan la historia como sucesión de desgracias y anuncian una resolución venturosa en la cuarta generación de inmigrantes.

Así como la gauchesca no la escribe el gaucho sino que aquella *lo escribe*, la literatura giacumina/cocolichasca escribe al inmigrante, le habla su lengua y traza un perfil moral o moralizante sobre el espacio urbano que está contribuyendo a conformar. Sin pretender sobredimensionar el significado de este jirón del archivo, de cuya recepción no hemos hallado rastro alguno, el ejercicio de su lectura permite prestar oído a una voz disonante, que en esa lengua minorizada (que no es la lengua trabajada del poeta experimentando, sino la de la burla hacia aquel que intenta apropiarse del código de acogida) interviene en el muchas veces grotesco debate por la representación novelesca en cla-

ve naturalista, haciendo visibles sujetos y escenarios que no ingresan en el repertorio habitual de la ficción contemporánea.

El mapa que persigue *La hija de Giacumina* complementa el de los textos que le son contemporáneos, en el proceso mismo de conformación de un público lector y sus circuitos diversificados en la prensa, la novela naturalista, el folletín en sus diversas expresiones y el folleto suelto del criollismo en sus variantes. Este mapa traza el camino de la vuelta del inmigrante frustrado y el regreso a la patria adoptiva (gana dinero pero quiere volver), a La Boca, el conventillo, y de allí pasa por distintos escenarios: el circo de Frank Brown, el puente de los Suspiros de la calle del Temple, el hospital, las comisarías, los caños de la Recoleta, Plaza Lorea, el circo de Raffetto, y finalmente una vez más el puerto y el hospital. La historia instala en su centro, en una curiosa clave entre satírica y melodramática, el problema de la reproducción y el capitalismo —que Donna Guy²²¹ pone en el centro de las discusiones de la época en torno a la prostitución legal y que Gabriela Nouzeilles ha sabido emplear como clave de lectura de la novela naturalista que le es contemporánea— y deja abierta, en la lógica que le es propia, la continuidad de la trama en el final, con el nacimiento del hijo de ambos hermanos antes de la muerte, por supuesto también atroz, de la madre.

La brutalidad bufa de *La hija de Giacumina*, que poco tiene que envidiar a los más sórdidos cuadros naturalistas de la época, contrasta con la historia “que se supone graciosa, sexualmente atrevida y socialmente desconsiderada”²²² que ofrecía la historia en cuyo éxito se apoyaba, y pone en escena una picaresca tan poco inocente como la del *Lazarillo de Tormes*, alternando el humor procaz con una violencia ominosa ejercida casi con naturalidad sobre una Giacumina

221. Guy, *op. cit.*, p. 13.

222. Prieto, *op. cit.*, p. 57.

de segunda generación que ya va haciendo más difícil la risa ante sus correrías, vulnerable y marginal como mujer, inmigrante, pobre, huérfana, enferma, sucesivamente abandonada, violada, prostituida, golpeada, hundida en la mendicidad hasta llegar al extremo grotescamente trágico del incesto y el suicidio del hermano. La sórdida vida de la hija de Giacumina no es, sin embargo, un caso excepcional en la literatura y el imaginario social de la época, ya que, como afirma Nouzeilles,

En vez de ir a poblar un territorio supuestamente desierto y terminar con la barbarie gaucha, la inmigración se concentró en las ciudades del litoral produciendo en el área un desequilibrio poblacional entre argentinos nativos y extranjeros, y una modificación drástica de las costumbres y usos tradicionales. Los males identificados con la ciudad moderna —el crimen, la prostitución, el alcoholismo y la locura— fueron inmediatamente atribuidos a la presencia extranjera.²²³

En este sentido, el trabajo pionero de Jorge Salessi constituye una fuente indispensable para examinar los modos en que se construye la figura del inmigrante como foco y flujo patológico y contagioso, en el cual la intervención sobre la transmisión de males físicos y morales de padres inmigrantes a hijos nacidos en el país juega un papel preponderante que, como se ve, encuentra también sus ecos en la ficción.

Ángel Rama observó con acierto el rol del personaje de Cocoliche en la escena, al lado de Juan Moreira, como la dramatización de una integración, que no debía ser necesariamente armónica, que podía bien resultar humillante, pero apuntaba al fin y al cabo

223. Nouzeilles, *op. cit.*, p. 133.

a una forma de integración. La polémica por la lengua nacional, se ha señalado más arriba, se confunde con la polémica por el criollismo, y puede pensarse que de hecho es prácticamente la misma. El problema de la lengua y la nación se sintetiza en esa literatura, que resume en buena medida los debates de la época. La escena de Moreira y Cocoliche y sus diversas reproducciones dramatizan justamente el fracaso del Estado, de la máquina deseada por Cané: el inmigrante no sigue el modelo de Sarmiento, sigue al gaucho malo. El personaje de Giacumina, que inicialmente funciona como escenario y catalizador de diversas bromas y críticas —que al fin y al cabo no hacen más que extremar la ridiculización y estigmatización del inmigrante traducida en su condición de amenaza moral y sanitaria, en la concatenación de escándalos que lleva finalmente a la enfermedad venérea y la muerte purulenta— incorpora en este caso otra cara del asunto, otra forma de la marginalidad. Masa y mujer, se dijo antes con Montaldo, configuran a ese otro problemático que la hegemonía debe asimilar, domesticar. En este caso, la ficción de Cocoliche y Giacumina —y aquí el complemento de Vengavino el Zonzo, el díptico cocolichesco/criollista del librito no deja de resultar interesante— lleva al escenario de la letra impresa el universo de esa doble marginalidad, esa alteridad temible y admirada en la gran ciudad: el gaucho y la prostituta.²²⁴

224. Donna Guy establece el correlato en su libro fundamental acerca de la prostitución legal en Buenos Aires entre 1875 y los años 30: “Antes de 1875, las mujeres de la ciudad acusadas de licenciosas o de comportamiento sospechoso recibían el mismo trato que los gauchos, y si no tenían empleo eran arrestadas. Gauchos y prostitutas eran censurados por los funcionarios y perseguidos por el delito de ser pobres. El Código rural convirtió a los gauchos en vagos, condición delictiva que podía obligarlos a hacer el servicio militar o a realizar trabajos forzados en una estancia. Las mujeres acusadas de prostitutas debían enfrentar condenas similares. Eran arrestadas y enviadas a la frontera, donde prestaban servicios sexuales a las tropas. [...] Después de 1875, una mujer que carecía de empleo aceptable podía ser acusada de inmoral y multada o arres-

De este modo, tanto *La hija de Giacumina* como *Enriqueta la criolla* proponían un relato diferente de la ciudad –su geografía, sus clases dirigentes y las masas migrantes que la iban convirtiendo en metrópoli– y sus posibles males, en clave bufa, melodramática y naturalista a un tiempo, en una lengua y un circuito de lectura que aquellos que escribían la literatura legítima y arbitrarían los medios para su perduración como canon y tradición sólo podían combatir o ignorar. Quizás por eso, creemos, sin pretender sobredimensionar ni subestimar el lugar de estos textos (o de cualquier texto en la cultura), creemos que presentándolos aquí podemos sugerir una lectura, marcar un lugar posible en el archivo.

tada, pero no se la podía obligar a registrarse como prostituta. Sin embargo, una vez que declaraba oficialmente su ocupación, era estrictamente custodiada por la policía y los funcionarios de salud. Lo mismo ocurría con los gauchos por parte de los jueces de paz. Y al igual que el gaucho, la prostituta era admirada y a la vez temida por su libertad e independencia, única respuesta posible en un mundo que la explotaba” (Guy, *op. cit.*, pp. 57-58).

Bibliografía

- Abeille, Lucien, *Idioma Nacional de los argentinos*, París, Bouillon, 1900.
- Acree, William, *La lectura cotidiana. Cultura impresa e identidad colectiva en el Río de la Plata, 1780-1910*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.
- Agamben, Giorgio, “Las lenguas y los pueblos”, en *Medios sin fin. Notas sobre política*, Valencia, Pre-textos, 2001, pp. 57-62.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London et al.: Verso, 1996.
- Anónimo, *Literatura popular inmigratoria*, edición y estudios preliminares de Ángela Di Tullio e Ilaria Magnani, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011.
- Arnoux, Elvira Narvaja de, “*Los Amigos de la Patria y de la Juventud* (1815-1816) de Felipe Senillosa: el periodismo ilustrado en el Río de la Plata”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/59211>
- Arnoux, Elvira Narvaja de, “Pensamiento gramatical y periodismo: las ‘notas’ de dos letrados hispanoamericanos en la primera década revolucionaria en Buenos Aires”, *Letras – Santa María* 21, 42, 2011, pp. 189-216.
- Arnoux, Elvira Narvaja de, “La primera gramática escolar ‘general’ publicada en Buenos Aires en los años de la independencia: *la Gramática Española o Principios de la Gramática General*

- aplicados a la Lengua Castellana* de Felipe Senillosa”, *Histoire-Épistémologie-Langage* 34, 2, *La linguistique hispanique d’aujourd’hui*, 2012, pp. 43-61. Disponible en: http://www.persee.fr/doc/hel_0750-8069_2012_num_34_2_3250
- Auroux, Sylvain, *La révolution technologique de la grammatisation*, Lieja, Mardaga, 1994.
- Auer, Peter, “‘Türkenslang’: Ein jugendsprachlicher Ethnolekt des Deutschen und seine Transformationen”, en Häcki Buhofer, Annelies (ed.): *Spracherwerb und Lebensalter*, Tübingen/Basel, Francke, 2003, 255-264.
- Auza, Néstor Tomás, *La literatura periodística porteña del siglo XIX. De Caseros a la Organización nacional*, Buenos Aires, Confluencia, 1999.
- Barovero, Diego, *Caudillos y protagonistas políticos en la Boca del Riachuelo*, Buenos Aires, Dunken, 2013.
- Barrenechea, Ana María, “Borges y el idioma de los argentinos”, en *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, Buenos Aires, Paidós, 1967, pp. 205-229.
- Batiz, Adolfo, *Buenos Aires, la ribera y los prostíbulos en 1880. Contribución a los estudios sociales (Libro Rojo)*, Buenos Aires, Ediciones AGA-TAURA, (s/f).
- Bauman, Richard y Charles Briggs, *Voices of Modernity. Language Ideologies and the Politics of Inequality*, Cambridge, Nueva York y otros, Cambridge University Press, 2003.
- Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Bentivegna, Diego, *El poder de la letra. Literatura y domesticación en la Argentina*, La Plata, Unipe, 2011.
- Bentivegna, Diego, “Un arcángel devastador. Gramsci, las lenguas, la hegemonía”, en A. Gramsci, *Escritos sobre el lenguaje*, ed. a cargo de D. B., Sáenz Peña, EDUNTREF, 2013, pp. 7-40.

- Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Borges, Jorge Luis, “Américo Castro: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*”, *Sur* 86, 1941, pp. 66-70.
- Blommaert, Jan, *Discourse. A Critical Introduction*, Cambridge, CUP, 2005.
- Blommaert, Jan y Jef Verschueren, “The Role of Language in European Nationalist Ideologies”, en Schieffelin, Bambi, Kathryn Woolard y Paul Kroskrity (eds.). *Language Ideologies. Practice and Theory*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1998, pp. 189-210.
- Bruni, Francesco, *L’Italiano. Elementi di storia della lingua e della cultura*, Torino, UTET, 1984.
- Burke, Peter, “Introduction”, en: Burke, Peter y Roy Porter (eds.). *Languages and Jargons. Contributions to a Social History of Language*, Cambridge, Polity Press, 1995, pp. 1-21.
- Burke, Peter, *Languages and Communities in Early Modern Europe*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, 2004.
- Cambaceres, Eugenio, *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 1988.
- Cancellier, Antonella, “Italiano e spagnolo a contatto nel Río de la Plata. I fenomeni del *cocoliche* e del *lunfardo*”, en Cancellier, Antonella y Renata Londero, Renata (eds.), *Italiano e spagnolo a contatto. Atti del XIX Convegno della Associazione Ispanisti Italiani, Roma, 16-18 settembre 1999*, Padova, Unipress, 2001, pp. 69-84.
- Cané, Miguel, “‘El criollismo’. Carta al Dr. Ernesto Quesada”, *La Nación*, suplemento al n° 10 384, 11 de octubre de 1902.
- Cara-Walker, Ana, “Cocoliche: the art of assimilation and dissimulation among Italians and Argentines”, *Latin American Research Review*, 22, 3, 1987, pp. 37-67.
- Caride Bartrons, Horacio, *Lugares de mal vivir. Una historia cultural de los prostíbulos de Buenos Aires, 1875-1936*, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, 2014.

- Castro, Américo, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, Losada, 1941.
- Chejter, Silvia, “El camino de Buenos Aires. Prostitución, ayer y hoy”, *mora* 15, 2, 2009, pp. 97-102. Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/mora/v15n2/v15n2a03.pdf>
- Conde, Oscar, *Diccionario etimológico del lunfardo*, Buenos Aires, Taurus, 2004.
- Conde, Oscar, *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*, Buenos Aires, Taurus, 2011.
- Costa Álvarez, Arturo, “La lengua de Giacumina”, *El Argentino*, 26 de noviembre de 1923.
- Cuervo, Rufino José, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, tomo I, París, Roger y Chernovitz, 1886.
- Cuervo, Rufino José, *El castellano en América. Polémica con Juan Valera*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 2004.
- De Amicis, Edmondo, *L'idioma gentile*, Milán, Fratelli Treves, 1905.
- Degiovanni, Fernando, *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*, Valencia, Pre-Textos, 2004.
- Del Pino, Diego A., “Prólogo”, en Gutiérrez, Juan María. *Cartas de un porteño*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.
- Del Valle, José y Luis Gabriel-Stheeman, “Nationalism, hispanismo and monoglossic culture”, en *The Battle over Spanish between 1800 and 2000. Language ideologies and Hispanic intellectuals*, Londres y Nueva York, Routledge, 2002, pp. 1-13.
- Del Valle, José (ed.), *A Political History of Spanish. The Making of a Language*, Cambridge y Nueva York: CUP; trad. cast.: *Historia política del español. La creación de una lengua*, Madrid, Aluvión, 2016.
- De Veyga, Francisco, “Los auxiliares del vicio y el delito”, *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines*, Año II, Talleres Gráficos de Revista Nacional, Buenos Aires, 1903.

- Devoto, Giacomo y Gabriella Giacomelli, *I dialetti delle regioni d'Italia*, Milán, Bompiani, 1995.
- Didi-Huberman, Georges, “Das Archiv brennt”, en Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.), *Das Archiv brennt*, Berlín, Kadmos, 2007, pp. 7-32.
- Di Tullio, Ángela, *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 2003.
- Di Tullio, Ángela, “Organizar la lengua, normalizar la escritura”, en Rubione, Alfredo (dir.). *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, pp. 543-580.
- Di Tullio, Ángela, “Estudio preliminar. *Los amores de Giacumina*, un ensayo lingüístico en la literatura popular”, en *Literatura popular inmigratoria*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011, pp. 9-41.
- Edwards, Rodolfo, “La estética del cocoliche”, *Ñ. Revista de Cultura* 8, 396, 2011.
- Eisenstein, Elizabeth, *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, 2005.
- Engels, Kathrin, *Cocoliche als Mediensprache. Die Darstellung einer Lernervarietät im Theater des Río de la Plata-Raums*, Freiburg, Rombach, 2012.
- Engels, Kathrin y Rolf Kailuweit, “Los italo-lunfardismos en el sainete criollo. Consideraciones léxico-semánticas”, Kailuweit, Rolf y Ángela L. Di Tullio (eds.), *El español rioplatense: lengua, literaturas, expresiones culturales*, Frankfurt, Vervuert, 2011, pp. 227-247.
- Ennis, Juan Antonio, “Sprachkontakt und Sozialkonflikt: *cocoliche*, oder die Inszenierung sprachlicher Alterität”, en König, Torsten, et al. (eds.). *Rand-Betrachtungen. Beiträge zum 21. Forum Junge Romanistik (Dresden, 18.-21.5.2005)*, Bonn, Romanistischer Verlag, 2006, 115-129.
- Ennis, Juan Antonio, *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*, Frankfurt et al., Peter Lang, 2008.

- Ennis, Juan Antonio, "El uso, la propiedad y el valor en el debate de la lengua americana, *Anclajes*, 18, 2014, pp. 19-34.
- Ennis, Juan Antonio, "Italian-Spanish contact in early 20th century Argentina", *Journal of Language Contact* 8, 1, 2015, pp. 112-145.
- Ennis, Juan Antonio, "Rudolf Lenz: economías de la lengua y políticas de la lingüística", *Boletín de Filología*, Universidad de Chile, 51, 2016, pp. 117-145.
- Ennis, Juan y Stefan Pfänder, "La unidad de la lengua y la irrupción de la lingüística: el caso Cuervo", *Revista Argentina de Historiografía Lingüística*, 1, II, 2009, pp. 175-194.
- Ennis, Juan y Stefan Pfänder, *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*, Buenos Aires, Katatay, 2013.
- Espósito, Fabio, *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2009.
- Espósito, Fabio; García Orsi, Ana; Schinca, Germán y Sesnich, Laura, *El naturalismo en la prensa porteña. Reseñas y polémicas sobre la formación de la novela nacional (1880-1892)*, La Plata, Biblioteca Orbis Tertius, 2011.
- Fontanella de Weinberg, María Beatriz, *Dinámica social de un cambio lingüístico: la reestructuración de las palatales en el español bonaerense*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- Fontanella de Weinberg, María Beatriz, *El español bonaerense. Cuatro siglos de evolución lingüística (1580-1980)*, Buenos Aires, Hachette, 1987.
- Frago Gracia, Juan Antonio, *Historia de las hablas andaluzas*, Madrid, Arco, 1993.
- Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1958.
- Fishburn, Evelyn, *The Portrayal of Immigration in Nineteenth Century Argentine Fiction (1845-1902)*, Berlín, Colloquium, 1981.

- Gal, Susan, "Language and Political Economy", *Annual Review of Anthropology*, 18, 1989, pp. 345-367.
- Gal, Susan, "Migration, minorities and multilingualism in contemporary Europe", en Mar-Molinero, Clare y Patrick Stevenson (eds.), *Language Ideologies, Policies and Practices: Language and the Future of Europe*, Hampshire y Nueva York, MacMillan, 2006, pp. 13-27.
- Gal, Susan y Kathryn Woolard, "Constructing languages and publics. Authority and representation", en Susan Gal y Kathryn Woolard (eds.), *Languages and Publics. The Making of Authority*, Manchester y Northampton MA, St. Jerome Publishing, 2001, pp. 1-12.
- García Ferrari, Mercedes, "'Saber policial'. Las galerías de ladrones en Buenos Aires, 1880-1887", en Geraldine Rogers (ed.), *La galería de ladrones de la Capital de José S. Álvarez, 1880-1887*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca Orbis Tertius, 2009, pp. 7-17. <http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar/02.Rogers>
- Goluscio de Montoya, Eva, *Étude sur le «cocoliche» scénique et édition anotée de Mateo d'Armando Discépolo*, Toulouse: Institut d'Études Hispaniques et Hispano-Américaines. Université Toulouse-Le Mirail, 1979.
- Goluscio de Montoya, Eva, "Le «cocoliche», una convention du théâtre populaire du Rio de la Plata", *Caravelle* 35, 1980, pp. 11-29.
- Gómez, Eusebio, *La mala vida en Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011 [1908].
- González, Joaquín V., "Un año de historia literaria argentina", en *Intermezzo. Dos décadas de recuerdos literarios, 1888-1908*, Buenos Aires, Jackson, 1934, pp. 29-88.
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, UNQui, 1998.
- Großmann, Rudolf, *El patrimonio lingüístico extranjero en el español del Río de La Plata*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008 [1926].

- Guy, Donna J., *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Ingenieros, José, *La locura en la Argentina*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920.
- Irvine, Judith T. y Susan Gal, "Language ideology and linguistic differentiation", en Kroskrity, Paul (ed.), *Regimes of Languages Ideologies, Politics and Identities*, Santa Fe (e.o.), School of American Research Press, 2000, pp. 35-83.
- Kailuweit, Rolf, "Spanisch und Italienisch im Spiegel der argentinischen Literatur um 1900: Varietäten- und medientheoretische Überlegungen", *Philologie im Netz* 27/2004; 2004, pp. 47-66. Disponible en: <http://www.fu-berlin.de/phin/phin27/p27t3.htm>
- Kailuweit, Rolf, "El contacto lingüístico italiano-español: ascenso y caída del 'cocoliche' rioplatense", en David Trotter (ed.), *Actes du XXIVe Congrès International de Linguistique et de Philologie Romane, Aberystwyth 2004*, Tübingen, Niemeyer, 2007, pp. 505-514
- Kroskrity, Paul, "Regimenting languages: Language ideological perspectives", en Kroskrity, Paul (ed.), *Regimes of Language: Ideologies, Politics and Identities*, Santa Fe (e.o.), School of American Research Press, 2000, pp. 1-34.
- Laera, Alejandra, "Sin 'olor a pueblo': la polémica sobre el naturalismo en la literatura argentina", *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVI, Núm. 190, Enero-Marzo 2000, 139-146.
- Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Laera, Alejandra, "Novelas argentinas (circulación, debates y escritores en el último cuarto del siglo XIX", en Alejandra Laera (dir.), *El brote de los géneros*, tomo 3 de la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 95-117.
- Lee, Benjamin, "Circulating the people", en Susan Gal y Kathryn Woolard (eds.), *Languages and Publics. The Making of Autho-*

- city, Manchester y Northampton, MA, St. Jerome Publishing, 2001, 164-181.
- Lipski, John, "Panorama del lenguaje afrorrioplatense: vías de evolución fonética", *Anuario de Lingüística*, 14, 1998, pp. 281-315.
- Lombroso, Cesare y Guglielmo Ferrero, *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*, Torino, Fratelli Bocca, 1903 [1893].
- Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Ludmer, Josefina, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999.
- Magnani, Ilaria, "Giacumina e Marianina. La rappresentazione dell'immigrazione italiana in Argentina in due romanzi popolari di fine '800", *Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea*, 6, 2011, pp. 223-239.
- Meo Zilio, Giovanni, *Estudios hispanoamericanos*, Roma, Bulzoni, 1989.
- Milroy, James, "Language ideologies and the consequences of standardization", *Journal of Sociolinguistics* 5/4, 2001, pp. 530-555.
- Milroy, James y Lesley Milroy, *Authority in Language: Investigating Standard English*, Londres y Nueva York, Routledge, 1985.
- Monner Sans, Ricardo, *Disparates usuales en la conversación diaria*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1924.
- Montaldo, Graciela, *Museo del consumo. Archivos de la cultura de masas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Moya, Ismael, *Refranero. Refranes, proverbios, frases proverbiales, modismos refranescos, giros y otras formas paremiológicas tradicionales en la República Argentina*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1944.
- Myers, Jorge, "'Una república para nosotros': las *Cartas de un porteño* de Juan María Gutiérrez y el debate sobre la lengua de los

- argentinos”, Estudio preliminar a *Cartas de un porteño. Polémica en torno al idioma y a la Real Academia Española*, Madrid, Taurus, 2003, pp. 9-62.
- Navarro Viola, Enrique (dir.), *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, año IX 1887, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1888.
- Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2000.
- Ojeda, Ana y Rocco Carbone Romero, “Sunsería amurosa”, prólogo a Julio Ramón Romero, *Los amores de Giacumina*, Buenos Aires, El 8vo. Loco, 2011, pp. 9-31.
- Onega, Gladys S. *La inmigración en la literatura argentina 1880-1910*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- Ortale, María Celina, *Biografías del Chacho. Génesis de una interacción polémica entre José Hernández y Domingo F. Sarmiento*, Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2012. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.766/te.766.pdf>
- Panesi, Jorge, “Cambaceres, un narrador chismoso”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLV3, 1995, pp. 339-354.
- Panesi, Jorge y Noemí García, “Estudio preliminar” a Cambaceres, Eugenio. *En la sangre*, Buenos Aires, Colihue, 1988.
- Pas, Hernán, *Literatura, prensa periódica y público lector en los procesos de nacionalización de la cultura en Argentina y en Chile (1828-1863)*, Tesis doctoral, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2010. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.356/te.356.pdf>
- Pas, Hernán, “¿Ecos de Lautaro? Las lenguas indígenas como patrimonio cultural del nacionalismo criollo en el siglo XIX”. *Anclajes* 16, 2, diciembre 2012, 73-92.
- Pas, Hernán (ed.), *El romanticismo en la prensa periódica rioplatense y chilena. Ensayos, críticas, polémicas (1828-1864)*, La Plata,

- Universidad Nacional de La Plata, 2013. Vol. 7 de la “Biblioteca Orbis Tertius”. Disponible en: <http://bibliotecaorbistertius.fahce.unlp.edu.ar/07-pas-1>
- Pas, Hernán, “La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX”, *Cuadernos Americanos* 151, 2015, pp. 37-61.
- Pastormerlo, Sergio, “1880-1899: el surgimiento de un mercado editorial”, en José Luis de Diego (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina 1880-2010*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Pesce, Rubén “Principales protagonistas de la Guardia Vieja”, en AA.VV. *La historia del tango*, vol. 3, Buenos Aires, Corregidor, 1977, pp. 387-501.
- Perera San Martín, Nicasio, “El cocoliche en el teatro de Florencio Sánchez. Descripción. Elementos de evaluación estilística”, *Bulletin Hispanique* LXXX, 1-2, 1978, pp. 108-122.
- Pfänder, Stefan y Juan Ennis, “Migración sin retorno, pero con devolución: Rufino José Cuervo, August Friedrich Pott y la muerte del español Un estudio de caso a partir de una correspondencia y una polémica académicas”, en Gelz, Andreas y Marco-Thomas Bosshard (eds.), *Return Migration in der Literatur- und Kulturgeschichte der Romania*, Freiburg, Rombach, 2014, pp. 143-179.
- Podestá, José, *Medio siglo de farándula (memorias de José Podestá)*, edición de O. Pellettieri, Buenos Aires, Galerna, 2003.
- Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Quesada, Ernesto, *El problema del idioma nacional*, Buenos Aires, Revista Nacional Casa Editora, 1900.
- Rama, Ángel, *Los gauchipolíticos rioplatenses. Literatura y sociedad*. Buenos Aires: Calicanto, 1976.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998.

- Ramírez, Eugenio, *Profilaxia pública de la sífilis: reformas urgentes a la reglamentación de la prostitución (estudios de hygiene social)*, Buenos Aires, Tipografía de *El Censor*, 1887.
- Ramos Mejía, José María, “Introducción” a Penna, José. *La viruela en la América del Sud y principalmente en la República Argentina. Historia, estadística, clínica y profilaxia*, Buenos Aires, Félix Lajoaune, 1885.
- Rampton, Ben, *Crossing: Language and Ethnicity among Adolescents*, London/New York, Longman, 1995.
- Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*, Madrid, Imprenta de Francisco Hierro, 1726-1739. Disponible en: <http://web.frl.es/DA.htm>
- Rey de Guido, Clara y Walter Guido, “El Cancionero rioplatense (1880-1925) en el contexto histórico, político y cultural”, en *Cancionero rioplatense*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989, pp. xi-lxi.
- Rogers, Geraldine, “*Caras y Caretas*: la lógica de la integración”, *Orbis Tertius* 3, 6, 1998.
- Román, Claudia, “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (ed.). *El brote de los géneros*, vol. 3 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Por Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.
- Romano, Eduardo, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004.
- Romero, Julio Ramón, *Los amores de Giacumina*, ed. y prólogo de Ana Ojeda y Rocco Carbone, Buenos Aires, El 8vo. Loco, 2011.
- Rossi, Vicente, *Teatro nacional rioplatense. Contribución á su análisis y á su historia*, Buenos Aires, Río de la Plata, 1910.
- Rubione, Alfredo, *En torno al criollismo*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

- Rubione, Alfredo, "Retorno a España", en Rubione, Alfredo (dir.). *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, 19-42.
- Rubione, Alfredo, "Retorno a las tradiciones", Rubione, Alfredo (dir.). *La crisis de las formas*, vol. 5 de *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dir. Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 2006, pp. 75-100.
- Salessi, Jorge, *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina. (Buenos Aires 1871-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1995.
- Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1985.
- Sarlo, Beatriz, "Oralidad y lenguas extranjeras: el conflicto en la literatura argentina durante el primer tercio del siglo XX", *Orbis Tertius* I, 1, 1996. Disponible en: <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv01n01a12/4303>
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Condición del extranjero en América*, en *Obras Completas*, tomo XXXVI., Buenos Aires, Luz del Día, 1953 [1888].
- Schlickers, Sabine, *El lado oscuro de la modernización: estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*, Frankfurt y Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2003.
- Smakman, Dick, "The definition of the standard language: a survey in seven countries", *International Journal of the Sociology of Language*, 218, 2012, pp. 25-58.
- Sommer, Doris, *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, Los Angeles y Londres, University of California Press, 1991.
- Toso, Fiorenzo, *Grammatica del genovese*, Genova, Le Mani, 1997.
- Vázquez Villanueva, Graciana, "Una política lingüística en el callejón: hacer la nación, unificar la lengua en Argentina (1890-1900)", *Revista Lenguaje*, Universidad del Valle, 2006. Disponible en:

<http://revistalenguaje.univalle.edu.co/index.php/Lenguaje/article/view/483>

Williams, Raymond, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1977.

Wittman, Reinhard, “¿Hubo una revolución de la lectura a finales del siglo XVIII?”, en Cavallo, G. y Roger Chartier (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 495-537.

Zamora Vicente, Alonso, *Dialectología española*, Madrid, Gredos, 1967.

Nota sobre la edición

Las ediciones de *La hija de Giacumina* y *Enriqueta la criolla* que se transcriben aquí provienen de la colección Biblioteca Criolla Lehmann-Nitsche del Instituto Ibero-Americano de Berlín.

Debido a las particularidades propias de la lengua literaria en la que están escritos estos textos, la tarea de corrección y/o modernización ortográfica no es posible ni pertinente en este caso.

Hemos, sin embargo, corregido durante la transcripción eventuales errores tipográficos presentes en los originales.

Al final se ofrece asimismo una transcripción de los “Juicios críticos” aparecidos en la prensa de la época acerca de *Los amores de Giacumina*, cuya reproducción posterior acompaña el ejemplar de *Enriqueta la criolla* consultado. Acerca de su procedencia original, puede verse lo comentado en el apartado “La literatura popular” del estudio introductorio a esta edición, especialmente las notas 12 y 13.

LOS TEXTOS

ENRIQUETA LA CRIOLLA
(SO HISTORIA)

escrebida

PE IL MIMO DUEÑO DI LA ZAPATERÍA DE LOS ANQUELITOS

• • •

Segunda edición

Buenos Aires

Editor: Luis Maucci, Calle General Lavalle 594

ARGUNA PALABRITAS

Al iscrebidor MACANUDO di los Amores di Giacumina

AMICOS HICOS DIL DUEÑO DI LA *Fundita dil Pacaritos*.

Cume uno di tanto, tengo hecho la calavirada di cuemprar so libros, é malaya non si moviera ocorido di hacer esu güastamiento, pe que cuande mi lo he imbochao, mi ha dao tanta rabia, que pe in pequito ma, me soy morido dina pataleta nirviosas.

Osté, cume otro escribidores, se afican in la paca dil ocos dil vecinos, ma nunca riparan en il orcon ma grande que listatua di la Piazza Vitoria que tiene in lo suyos.

Sempre eliquen á la pobre mochachas pe hacé so historias safada é cun priferamiento a la istranquieras.

Osté, per iquemplo, amico *Pacarito*, in su escritoransa á elequido pe blancos di so fantastica maquinacion, la hicas de in pobre fundiero, e dispué que li ha hechu hacer in millon e cincucienta purcarias, la tiene llivao al hospital é allí la mata dina manera barvera haciendula cumé pe lo busanos!...

¿Pe qué in vesi di eliquir la hicas din fundiero, pe hacé so historias safadas, no li ha ponido la ponteria á ina di so paisanas di esa cupetudas di la arta suciedá, qui hacen ma cuchinadas que la pobres?

Que la hicas din fundiero haga cuchinada é trapicheo incandaluso, nun he ina cosa tantu istraña, pe que ar fin, li farta la ducacion, é

cume sempre vive á impucone cun la quenti ordinarias, puede rifalarse y decarse arastrar al vicio, sin afincarse dil tamaño di so fartas.

Ma pero, quina siñurita bien ducada, di esa que pisan arfumbra di tripas, é que so tatas han hechu il güastamiento pe insiñarle la *ducacion*, qui esta; haga *trapicheo* incandalusos, esa si que mirece que li pongan lo trapitos súcios in la *soteras*.

Yo no só escrebido, pe que nunca tengo escrebido ma que in la libretas qui tengo per apuntá lu botines qui hago fiaú, ma pero, non me se impurta, tengo rabia pe il libros qui osté ha escrebido in cuntra la hicas di me paisano, é cume yo cunosco la historita sucia di *Enriqueta*, so paisana, sarga, cume sarga la escrituransa, la hagu sen mirá pe atrás, pe que quiero que il prubico sepa, que nun silamente la hicas di lo fundineros hacen cuchinadas, sinu que la copetu das/las? bien ducadas tambien la hacen.

La histuria qui voy á cüentar, nu le ina *histuria* invintada, é ina historita verdaderamenti histórica, qui ha cuntecido in la ciuda di Guenos-Aire.

Yo no invento pirsonaques, ne fabrico *pisodios*, yo hagu la rilaciun di aquellu qui tengu vistu cun lo ocos di me caras.

Pe qué ista cartita nun si paresca ina sarchicha di aquella ma larga qui la gran pera, pongo in pontito, ricomendándule qui se tume il trabaco di embucharsi la historieta di só paisanitas Enriqueta, é si nun li gusta, aguente la mecha, é rasquisé cuenta in palo cume hace lu matungos qui tiene matadura in so lomos, que lu mimo tengu hechu yo, cuande é leido la histuria di me paisana Giacumina.

Lo saluda so amicos,

Il mimo dueño di la zapateria di

LO ANQUELITOS.

ENRIQUETA LA CRIOLLA

• • •

(SO HISTORIA)

ESCREBIDA PE IL MIMO DUEÑO DI LA ZAPATERIA DI LO ANQUELITOS

Enriqueta la criolla, é ina mochacha cume di venti años di edá, arta é dirgada, di carita ridonda, ma bien rillenita, é di ocos negro cume il carbon di piedra.

Cuando hace arguna risita á lu mosos, deca ver in par dileras dé dientes ma bianco qui la leche, é di llapa, si le forma in pusito in lo carillo di so caras, qui aquellu é capas di hacé arburutar al mimo Papa di Romas.

¡Tiene in mineo cuande anda per la calle! ma per la pera ¡que mineo!...

Lu mositus caquetillas, esu qui se paran in la calle de Fiurida; cuando la ven venir, si ponen in fila cume los melicos en il cordon di la vedriera, é cuande pasa pe so lados, si sacan so galeras é di pasada le dicen in la orecas arguna suncerita amurosa.

Enriqueta no cuntesta nada cun la linguas, ma in cambio, cuando arguno li gusta, li larga ina risita di aquellas picaronas, é sigue so caminos mineando so polison pontiagudos.

So tatas, é so mamas, qui son do pirsonas rispetables pe qui tienen ma de in millon di patacones, istan hechu ino sunsos con so hicas, é la tienen ma mimusa quina criaturita di pecho.

Cuande la mochacha quiere qui so tatas li compre alguna cosa, li hace di la salameria, é intonce al viecos se li cai la babas di la jeta, é ar mumento li hace so gustos.

Cuande cun la salameria é lu cariñitu nun consigue aquellu qui quiere, antunce si arborota, mete in zapateo di la gran siete, é dispue se dismalla dingaña pichanga.

Antunce so tatas é so mamás, se disesperan é llurando cume chuquelines, li hacen cariñitos, é cuando se li ha pasao la pataleta, en seguimiento li dan lo qui ha pedido.

Adimá di Enriqueta, lo viecos tienen un hicos baron, qui es ripresentante dil gobierno.

Estu, qué si llama Dun Carlos, es in istupido ma ridondo que ina bucha, ma cume tiene ina gran furtuna, le han nuembrao diputiado, pe la gracia de dio é la voluntad di aquellu que manecan lo titeres di la gubernaciun.

La familia di Enriqueta vive in la calle di Corrientes, en ina casa di so pirtenencia.

Cume he di cacon, tienen ina ducena di sirvientes mocamas, cu-chero, portiero etc. etc.

Ahora qui ya conoces á Enriqueta, so tatas, so mamás é so hirmanno, vamu á dar ina miradita pera ver lo qui pasa in so casas.

Sun la dó di la tarde dun dia di verano, é hace ina calor di aquellus que hacen cantar la chichara, é cun todo, Enriqueta istá en il barcon, con in baton biancu é in ramitu di fiore en il medio di so limoncitos, que apuntan pe afuera cume se queriban rumper il quenero que lo tiene incerados.

In la esquina di so casa, hay in musito di galera é livitas, ma derecho que ina istaca, é cun in cuello que li llega mimo, mimo, ha las oreas.

Istu musitu, nun hace ma que mirar á Enriqueta, que tambien li echa miraditas amurosas.

Il musito dispue que á mirao pe tudo lo lao, é lo que ha vistu que naides lu miraba, ha pilao del boricico in papelito é cun mucha disimulacion si lo ha inseñao á la mochacha.

Cuande ella ha vistu la seña, se ha metido pe adrento, é arcabo de in mumentito á salido ina sirvienta arcabueta pe recibi la epistula amurosa.

El musito qui era in zoro, ma pior que aquellu qui hay in Palermo, á cumpliendo il gorpe, é hacienduse il zonso se ha arimao á la sirvienta alarifa, é li ha intregao la cartita cun olor di perfume pe so patrona, que miraba la uperacion con il oco dil rabo disde so barcon.

Pe da tiempo qui la mochacha si tragase lo que le habida escrebido, il pacaro dil dragon á dao la guerta di la manzana cume lu viquilante, é cuande ha lligao á so puesto, á incuentrao á la sirvienta alarifa qui lo istaba isperando cun la cuntestaciun que si la ha entregao á la pasadita sen pararse.

Il musito si ha ponido ma cuntento quina pascuas, é si ha metido en in zaguan pera ver lu que deciba.

La cartita era curtita é nun deciba ma qui estu:

Julian:

Esta noche á las ocho te espero en lo de Doña Maria.

ENRIQUETA.

Dispué que ha leido, si ha parao in momento má in la esquina, é dispue se ha mandao a modar dandu guerta la cabeza má di cien vece.

Querido litor, cume é cusi qui conoscias á todo lo pirsonaques qué figuran en insta historieta di amor, te voy á prisenar á doña Maria la viuda, qué es ina liendre, qui ni hay peine qui la saque, per ma fino qui sea.

• • •

La historia di duña María

Duña Maria, é ina moquier cume de trenta e cinco años, que istá bien cunservaditas pe que sempre si tiene cuidao cume ina niña sulteritas.

Vive en ina casita qui tiene di so prupiedá in la calle Tucuman, ma qui cuarquier dia si la quitan, pe que tiene ma di venti potecas insimas.

Isa casa que il prubico la tiene pe dicenti, é in virdadiero *matadero* cume dicen lu *sapayos*.

Alli si hace la ma grande indicencia dil mundos, ma pero, cume si hace cun finuras, la quenti no si apercibes.

So maridos, era in hombres que teñiba ina gran furtuna, e si ocupaba di hacé nigocio in la borsas.

In día, tiene hechu ina peraciun qui creiba ganar ina punta di mile di patacones, ma ista vez al pobre li tiene salido mal il partu, e in vesi di hacé la guadañansa qui pinsaba; ha perdido tudo cuante teñiba é si á quidao in la calle ruinado.

So moquier, que istaba acuestembrada al lucos é la grandesas, cuande ha sabido la disgracias di do maridos, in vesi di conformarlu cun guena palabritas, pe que il hombre non si afliquieras.

Nun señor, si ha ponido cume ina tigras di furiosas, é li ha armao in buchinchu di la gran flauta á so pobres maridos, que si desisperaba al ver il malo cunportamiento di so media nerancas.

Hasta intonce duña Maria nun habiba fartao á so maridos.

—Ma pero, cuande á vistu qui éstu, no podiba darli cume anti, lu montone di patacone pera su guastamientos, desdi esu mimo dia si ha descomponido, é impesó á cugarle sucio á so pobre maridos que si moriba di tristura al versi ruinado.

Ha pasao argun tiempu sen qui éstu *trapicheo* se descubriese.

Ma in dia, le intró la disconfianza á so maridos, pe que ha visto que so moquier sempre andaba platuda é se haciba vistiditu di seda, e ellu nun li daba ne in sacramento.

Antunce ¿di adunde saliban esa misas?

Cuando so maridos á disconfiau se ha hechu il chanco rengo, e ina noche cuande so moquier á salido, si ha ponido in so seguimientos.

Nun habiba caminao ne dó cuadra, cuande in cagallero di galera qui estaba parado in la esquina, sé li ha ponido cuntito cun pigao á so señoras.

Il pobre maridos cuande tiene visti ista isena, li ha dao ina sacodida il corazon, cume si fuera in barenio que si le obiera riventao adrento.

So moquier cun il cagallero han caminao ina cuadradas ma, é si han metido en in caruaque.

Il cuchero qui era in pacaro di aquello gueno, cuande la llunta á dintrao in il coches, li ha dao in chicutazo á lo caballo, é han salidos á la disperadas cume pe la riculetas.

Il maridos cuande á visto estu, á cumprendido que so muquer andaba arsada fartando á so díberes.

Si ha quedao in mumenta parado in la esquina, cun lo ocos ficos pera dunde habiba ido il caruaques, ha mirado al cielo cume si boscara in la istrellas ina esplicacion pe il malo cumportamiento di so moquier, é dispué hablando solo cume lu locos, si ha ponido in camino pera so casas, diciendo in voz baquita ¡pubre é desinrados!...

Cume media hura haciba, que il pobre maridos habiba dintrao in so casas, cuande in pistuletas que saliba di adrento, á ponido in arburutamiento á tudo lo vecino.

En seguimiento si han amuntonao cume purgas in la puerta, hé á impesaola murmuracion pe il fusilaso.

Il viquilanti, pe cunsecos di lo curiosos á dao ina pitada con so chifle, é arcabo din mumento habiba alli ma de ducienta pirsona, qui haciban lu comintarios dil asuntos.

Ya habiban risolvido lo viquilantes echar la puerta abacos pera ver lo que tenia socedido, cuande á venido duña Maria, que tuda asostada á prigontao que tenia cuntecido.

Antunce lo vecino le diquieron que habiban sintido in pistulazo adrento di so casas.

Cuande ellu á sentido ¡per la pera cume se ha ponido!... á metido ina gritaria di lo dimonios, diciendo que tarvesi obieran cumetido argun asesinamientos con so maridos.

Mentra tantu la utoridá á dintrao e han incuentrao al pobre maridos ma duro quin garote, que si habiba matao din pistulazo in la cabeza.

Duña Maria, cuande á visto á so maridos dicunto, si ha priendido di so pescuezo e si á ponido á llurar cume ina chiva, diciendo: ¡il pobre si á matao pe la perdida di la borsa!

Al otro dia lu diarios anunciaban la muerte dil pobre marido ingañao, diciendo que si habiba suicidao, pe su malo nigocios, e al mimo tiempo cume di costumbre, pediban al señor, li mandase la cunsulaciun á so disconsolada isposa.

¡Cume se ingañaban isto inocentes!...

• • •

Il intiero dil suicidio

Tudo lo diario di la ciudá, han prubicao grande escrituransa, haciendo la historieta dil muerto, e cume socede sempre cuande arguno estira la patas, deciban que era in hombre honrado, in icelente amigos, e in morde di maridos.

La casa di la viuda al otro dias istaba atracada di quente.

Tuda so rilacione si han ido per hacer la visita di duelo, e li daban coraque cun palabritas cunsoladoras per que nose afliguiera tantos.

Ma ella qui era ina artista, se haciba la disesperada, é lluraba cume ina criaturita, cuande tiene dulorcitos di baricas.

In so disesperacion, se tiraba di la mechas é deciba qui nunca in so vidas se orbidaria dil ¡pobre dicunto!

¡Era tan bueno para mi il pobre!... deciba la sanvirguensa, é dispué seguiba so litania diciendo á so amigas, que la disgracia la persecuitaba, per que dispuei de haber sofrido la pérdida di so fortuna, perdiba in esto momento il tesoro ma grande que teñiba, qui era so maridos!...

So amigas qui eran tudas cupetudas, le deciban qui nu si disesperase, per que si era cierto que habiba perdido so fortuna, é so maridos, todavia li quedaban so guenas amigas qui no la abandonarian in so disgracias.

Ma cun todo, non habiba cunsolacion pera ella é seguiba relinchando cume ina potranca qui llama á so madres.

A la cuatro di aquello mimo dias, dobian llivar il dicunto á la Riculetas.

Cuande ha lligao la hora, la calle si ha inllinao di caruaques di toda forma.

Habiba coche di alquiler, Lindós, Victurias, é Brequis, solo farta-ba pera completar la culicion, in caro di modansa, é arguna cardinera cun insertaos.

La quente caiba cume lo bichito verdi, di eso qui vien en cuande hace mal tiempo.

No se via ma que galeras é livitas.

Tudo lo alarifes di la borsa istaban allí riunidos.

Dispuei qui lo han amolao cun so cugaditas sucias, dicandolo ma pilao que ina rata viecas, arguno dias anti, eso días han ido per cumplir cun el amicos!

¡Pucha digo cómo si hace la farsa in esto mundo!...

Mentra esto ripresentaban la cumedia in la calle, la güífara di la viuda tiene armao ina traquedia adrentos.

Cuando ha lligao il mumento di sacar il muertos, ella si ha priendido dil cacon, e haciénosi la locas, cun la mechas arburutadas, grita cume in lichon, diciendo qui no quiere que li lleven so maridos.

Antunce lu cagalleros la han agarao á impucone é si la han llivao pera adrentos.

En seguimiento si han ponido tre di cada lado é han sacao il cuerpo pera la calles.

Intre lo que cargaban il dicunto, iba aquellu mimo qui la nochi anti, se habiba arsao il poncho con la honrada duña María.

Arguna horas anti, li daba la muertes, é in ese mumento, cun la cabeza agachada e la geta haciendo pucheros, daba ina manito pe ayudar á llivar so víctima al carnieros.

La pucha qui lo ha hichao al mundo, ¡cume si hace la farsa sein respirar ni lo muertos!...

La cumetiva á caminao cume do cuadra á patas.

Tudos se piliaban pe llivar il cacon, lo güifaros di la borsa, andaban á impucone pe agará ina manicas é arguno la han piscas. Il único qui no ha querido da so puesto, é *aquellu mimu qui la noche anti, li ha cugado la manganeta al finao.*

Sen duda haria esto sacrificio, pera qui estu li perdonace so farta, cuande il diablo si lo lleve á ellu tambien.

Dipuei lo han metido en il caro frúnebe pe andá ma pronto, di miedo que si rifriasi il muertos.

Anti di interarlo, li han hecho la discursacion é dispuei cada güi-faro si ha mandao á modar pe so casas.

La rilaciune di la viuda en seguimiento li han armao ina soscri-cion é li han riunido arguno mile di patacunes, li han cumprao la casita dunde vive, que tiene ma potecas qui ladrillos, é di llapa li han dao in porcion di pesos, qui ella lu ha liquidao in meno din mesi.

Si obiera sido pe ina pobre madre di familias honrada, nadie si obiera soscribido ni cun in cintavo, ma cume era pera ina siñora cupetudas, la quente piadosa á escopido al mumento.

Non haciba ni vente dia qui so maridos si habiba morido, cuande la viuda pera cunsolarse se ha intregao di nuevo al amor é ha hechu venir á so mima casa, al cagallero aquellu qui la ha llivao in caruaques.

Cume sei mese han durao esto trapicheo; ma dispué il musito, si ha cansao de cumé sempre puchero, é mi la ha dicao piantada.

A lu quince dia, ya teñiba in nuevo merchanti. Estu era in vieco di eso que ne bochan ne ariman, ma que sempre andan metidu in aventura amurosas calentando agua, pera qui otros tumen mates.

Asi ha vivido duña Maria argunos año, ma dispuei cume ya se iba poniendo media viecas, lu merchanti nun le caiban cume anti cuande era ma pichonsita, é antunce pe no morirse di necesitá, á cumbertido so casa en in *matadero désimulao*.

Ellu iba de visita in so rilaciones cupetudas, é alli hacia el sunsa-camiento di la mochachas pera que fuesen á so casas.

La familia di Enriqueta é tambien di so rilacion, é pe eso qui la mochacha á citao á so dragun pe la casa de duña Maria.

• • •

La citaciun di Enriqueta

Sarian cume la cuatro di la tardes del mimo dias qui Enriqueta li ha escribedo á so novios il de lo cuello grandes, cuande duña Maria, qui estaba hechada cume ina pera, in so canapés, liendo ina nuvelita di Paulo di Koque, qui teñiba escritu in so tapas: *Il Cornudo* in letra grandes, ha recebido di mano de so servientas ina epístula que deciba asi:

Doña Maria:

Esta noche á las ocho tengo cita con Julian para su casa, Vd. sabrá lo que tiene que hacer.

Suya.

ENRIQUETA

La viuda cuande ha concluido di ler, ha dicao asomar in so labios ina risita maliciosa; é in seguimiento ha agarao in papel é ha escribedo lu sigüenti:

Enriqueta:

A las siete estaré en tu casa.....

Tu amiga,

MARIA

Enriqueta cuande ha leido la cuntestacion si ha puesto ma cuntenta qui no sé qué, é si ha ponido á sartar cume ina ovecas per lu cuartos.

So mamas, cuande la ha visto tan chacutona, li ha prigontao qui diablo li pasaba per estar tan cuntentas, é ellu li ha rispuendido qui eran araque que li daban.

Per fin el día si ha mandao á modar. Il sol ma colorao que in tomate, avirgonsao pela cuchinada qui ha visto in so mima narices, si ha escuendido ditrás din monton di nube ma negras quil carbon. la lunas, con su caras de risas difacatadas, tiene asomau so narices pe intre do nuves, e de elli se intretiene in hacé so vichiadas pera ver aquellu qui pasa in la tierra, e cuande á visto arguna safaduria, pe no *aguentar la tipas*, si mete cun dísimulo per atrás dina nuve negra, é allí si rie cume ina locas.

La istrellas si han ponidos in so puestos, meno argunas qui non se ven, e qui sen duda habrán fartau á so servicio pe andá di faras.

Il reló dil cabirido da en iso mumento la sietes.

Non habiba sonao la última tocata, cuande en il llamador dila casa di Enriqueta, han dao tre gorpecitos.

La mochacha, qui á cuempiendo la señal, ha salido coriendo á la iscaliera pera recebir á la visita, que nu era otra, que duña Maria la viu-da, que cun reliquiosidá inglesa, veñiba pera complir cun so palabras.

La mamas di la mochacha, ha salido tambien ha ricebirlas, é li ha hechu in millon di complimentos é riberencias, cume si fuese ina siñora di bien.

¡Se sopiera la pobre viecas qui esa moquier li ha hecho il sonsacamientos á so hicas, é qui esa mima noche, arguno minuto ma tardes, la llivaria á so casa ppe que allí hiciese la ma grande indicencia, tirando so honra per il suelo!

¡Oh!... se sopiera isto, se maliciase in pequito nu má!

¡Intonces!... in vesi di hacerli la riberencias, é lu complimentos, la ponderia á impucone in la calle cume á ina liprosa, é di miedo que con so prisencia obiera impestao la irmofera, e pera ivetar il cuntaquio, obiera hecho in seguimiento porificar lo aries cun disinfistantes.

¿Ma cume podiba disconfiar isa guena señora di esto trapicheo, si ella creiba que duña Maria era la moquier ma hunrada di la tieras?

Si obiera sido ina cuarquiera que non obiera fricuentao la suciedá, entonce si que tiendria argun ricelo. ¡Ma cun duña Maria la gran señora!... Que isperanza habiba di descunfiar.

La viuda pera hacé micor, sopapel di moquier di bien, cuande iba á so casas, si poniba a conversar de so finao maridos, e lluraba cume ina Magdalena.

La pobre señora que creiba qui eso llanto era virdadiero, la cunso-laba cun guena palabritas.

Ista noche, cume di costumbre tiene hecho so sainetes, e dispuei, li ha pedido que dicase salir á Enriqueta cun ella in mumento, pera dir á la tiendas á cuemprar ina corona pe so finao maridos.

La mamas di Enriqueta ha cunsientido al mumento, e la viuda, é la mochacha, si han ido pera hacé so compras.

Cuande han istao in la calle si han reido di la pobre viecas, que se habiba tragao la carnada cun anzuelo é todos.

Cuande han lligao á la casa di la viuda, il merchanti di Enriqueta istaba piantao cume in poste in la esquina, é apenas la tiene visto, ha inderesao cume in balazo é si ha metido adrentó cume la ratas in so cuebas.

Dispues qui han istao cuntos, ¡oh! Dispuei qui han istao cuntos!... ¡Cuante cariñito si han hecho!... ¡Cuánte rifrigone si han dao!... ¡Cuán-te besitu cun mordidura di labios! ¡Cuante.....!

Ma pero diquemo á los inamoraos qui hagan aquellu qui si li dé la ganas, qui arfin, no se no importa á nusotros.

Hacerémos cume la *güifera* di la viuda, que per nu istar de pale-tas, ha hecho cume la lunas, ma in vesi di iscuendersi ditrá di la nube negras, se ha ido per il fondo, á dintrar so *pacaritos* pera que no li haciera mal il sereno di la noches.

Haciba ma de ina hora qui estaban cunto lo pichones in so confi-rencias, cuande ha salido il musitos é ha inderesao pera la calle.

La viuda que in iso mimo momentos habiba concluido de dintrar lo *pacarilos*, ha venido per la sala é cun ina risita ma safada que la gran pera, li ha prieguntao á la palumita cúme le habiba ido.

La mochacha la ha mirao, é li ha cuntistao cun otras risita di la mima familias.

Se conociba quí la mochacha habiba tenido ina discocion calorada cun il musitos, pe que teñiba lo carillos di so caras cume sangre di coloraditos é lu ocos vedriosos con grandes oquieras.

Dispuei qui ha discansao in momento di so fatigas, si ha ponido so sombriero é se han ido pera so casas.

Cuande han lligao, so mamás si tiene asostao al ver so hicas tan coloraditas, é li ha preguntao si se habia aquitao mucho in las tiendas.

¿Per que mi hace isa pregunta? Ha dicho la mochacha en seguimiento.

Per que vienes cun la carita muy rusaditas, respondió so mamás.

—Eso é per ifecto di la luses, á cuntetau la güifara di la viudas.

Nun era mala la luz que li habiba dao lo colorcitos...

So mamá si ha quedao cunforme cun esta salida, é li ha prieguntao pe la coronas.

Antunce duña María li ha dicho que pe nu andar cun eso involtorio, la habiba hechu llivar á so casa direchamenti.

Dispuei de in momento di charla, la sunsacadora se ha ido pera so casa acumpeñada pe la sirvienta arcagüetas pe que no era propio quina señora cume ella, andoviera sula pe la calles á esa hora di la noches!...

• • •

Lo risortao di la citas

In mesi si ha pasao con so dias é so noches, desde qui Enriqueta ha salido á cuemprar la coronas cun la viudas.

In eso tiempo, duña Maria ha tenido qui hacer arguna cumpras, é cume sempre á ido á boscar á Enriqueta pe qué la cumpeñase.

Ina mañana, la pobre mochacha si ha livantao cun in mal distómagu di lo diablos é ha gumitao cuante teñiba in so baricas.

So mamas li ha hecho argunos rimedios caseros, e cun eso, la inferma si ha micoraos.

Ma pero, cuande la mochacha tiene armorsao li ha guerto otra vesi la discompostura dil istómagu, é dispue di hacer ina pursion di arquiadas, á largao cuante habiba cumidos.

Antunces so tatas é so mamas cuande han visto qui la infermidá seguiba, han risolvído llamar al médico di la casa pera que viese á la inferma, anti que il mal tomasi cuerpos.

Hacieron meter la mochacha inta cama é in seguimiento han mandao á boscar il mata sanos.

Lo pobre viecos, teñiban in serote di la gran pera, pe que cume si desiba que habiba ocorido in caso di colera, teñiba miedo qui so hicas istoviese atacada di esu mal.

Il mata sanos, non si ha hechu isperar mucho tiempos.

Cuande ha sabido aquellu qui lo mandaba á boscar, se ha ponido so galiera, é ma que liquiero se ha ido á ver la inferma.

Esto diablos di mata sanos, cuande in pobre lo manda á boscar, si hacen lu *chanchu rengos* e sempre tienen qui hacer, é van, cuande van, á la tre, u cuatro horas dispuei qui li han llamao.

Ma cuande si trata din ricos, ¡la pucha! cume si minean, antunce andan á vepur, é sempre están desocupaos.

Cuande il médico ha lligao, in seguimiento ha ido á ver la inferma, é li ha hechu la revisacion.

Primero li ha hechu sacar la lingua e dispuei, li ha tumao il purso.

In seguimiento han impesao la viriguaciones di aquellu qui habiba cumido é ina porcion di suncera ma.

Cuande ha concluido so revisamiento é risetao ina tumita pe cucharadas e se ha ido diciendo á lo viecos, que il mal non era di cuidao, qui era ina pequeña indiqestion.

Il resto dil dia la inferma lu tiene pasao mal, ma cuande ha lligao lanoche ya si ha ponido mucho micor.

Lo viecos in prisencia di la micoria di so hicas, non teñiban bastante boca pera hacer la punderacion dil médicos pera haber asirtao cun il mal di so hicas.

¡Cume si pisaban il palito isto pobre viecos!...

A la mañana siguiente Enriqueta cume si sentiba amicorada si ha livantao, é ha istado bien hasta dispuei del armuerso que vorvió á discomponerse é cume in escupetazo á largao cuanto habia imbochao.

So tatas e so mamas, la han hecho miter in cama é li han hecho tumar el mimo medicamento dil dia antirior.

Ma de in mesi á pasao sen que ne il médico ni lo viecos tengan podido descobrir la virdadera infermedá di Enriqueta.

Tuda su rilacione la visitaban é se cumpadecian di la pobre mochacha, que se habiba ponido flaquita di tanto qui ha gomitao, é habiba perdido todo su colorcitus.

In dia, ina viecas di esa alarifes qui tienen so narices ma finas que in pero perdiguiero, li ha llamao so atincion que mentra la mochacha si inflaquesiba di la cara é di lo brazos, se iba inguerdando di la baricas.

Esto finómino, li tiene hecho parar las surecas á la viecas, é intonces le dicos á lo tatas di la mochacha qui ella queriba istar cuande viniese il medico, pe que creiba qui estu habiba írao la cura.

Lo viecos han difiendido al medicos, ma cun todos la vieca orfatiaduras no se ha movido di allí é tiene aguardao á que esto viniera.

Cuande este ha veñido, la vieca li ha hecho ina señita é si han ponido á convirsar in segreto largamenti.

Dispuei han dintrao lo dó á ver la inferma.

Esta vesi il medico nun solamente li ha hecho sacar la linguas, é li ha tomao il pulso, sinó qui tambien li ha hecho ina revisacion queneral per tado il cuerpos.

Cuande ha lligao á la parte qui inguerdaba, mentra que la cara infraquesíba, á ponido la oreas, é si ha quedao cume cinco minutos sen livantar so cabezas.

Dipuei qui ha cuncluido la revisacion, ha ichao ina miraditas á la viecas qui istaba á so lao, é sacudiendo so cabeza á salido dil cuarto di la inferma, sen decir ina palabra.

La vieca alarifes, qué lo ha seguido, li ha dao in tironcito di la lévita é li ha dicho.

¿Qué tal dutor? cume á incuentrao á la inferma?...

La infermedá di Enriqueta rispondió il médico, nu he ni ma, ni meno, que aquello qui osté si ha soponidos.

¡Pucha digo!... cume se ha ponido di orgollosa la viecas, cuande ha sabido que ellu habiba sido la primera en poner la manos in la mataduras!

Anti di dirse il dutor á cunferenciau cun il tatas di la inferma, e li ha cuentao so infermedá, que nu era otra cosa sino in imbarazo.

Teñiba razun il mata sano, cuande ha dicho qui era ína indiques-tion, ma le fartó agrigarli *indiquestion di porotos*.

• • •

In secreto bien guardao

Nun he posible discrebir il discustamiento qui ha tomao ilpobre padres di la mochacha, cuande ha sabido que so hicas istaba disonradas.

Il pobre viecos, per ma que il dutor li habiba asigurao que so hicas istaba rillendada, no queriba crer, é si pasiaba pe la sala cun lo brazos cruzados é la cabeza agachada.

So mamas, in seguimientu que li ha dao la nuticias, si ha ponido cume ina locas gridando. ¡Me hicas disonrada! ¡oh!... que virguenzas! é dispuei li á dao ina pataleta que si ha quidao cume si se obiese moridos.

Dun Carlo, il hermano di Enriqueta, ha sido il úrtimo qui ha sabido isto imbrullamiento, é cuande si lo han cuentao, á tirao so galiera cuenta il suelo, é si ha ponido á dar ma patadas que in mancaron cuande si le va la cincha á la vericas.

In seguimientu, li ha dicho á so padres, qui era presiso qui la mochacha riclarase quien era aquellu que li habiba *piantau la lichuga*, pe hacerle cumer la *insalada* é asi limpiar la honra di la familia.

So tatas, é so mamas, cuande han istao cunvencido di esa triste verdá, si han arimao á la cama di la inferma é li han dao in risponso di aquellu qui mandan fuerza, ma cun todo, la mochacha no ha querido descobrir, quien era aquello que li habiba plantau el inuerto.

So tatas, é so mamas, se desesperaban al ver il imperamiento di so hicas, é per úrtimo, le han aminosao diciéndole que la echarian di so casas, si non descubria il disonrador.

Tudo cuante han dicho esa nuche ha sido al cuete, ne per in queso, ha querido escopir la muchacha il nombre dí so amanti.

La viecas, aquella di la narises finas, la que habiba discobierito il contrabando primero, tambien si ha metido di cumedida pe echar ina piernita cun la idea de hacerli lansar á la inferma, cun palabritas güenas, il nombre dil inquertador, no la guidaba il deseo di hacer in sevicio á lo padres, nu, ¡caspiranza! lu qui esa viecas queriba, era cumplitar so descubrimiento pera dir á contar á toda su relacione, la historia completa dil rillenamiento di Enriqueta.

Ma, la olfatiadura ésta vesi ha salido cume la *chancha in el baros*.

Cuande se ha arimao á la inferma, é con so cara di quesuitas á impesao so litancias. La mochacha qui li teniba ina rabia di la gran flauta, mi la ha ichao cuncacas diestimpladas.

La vecas á cuemprendido que nun sacaria per ma qui la machacasi, é intonsi si ha risolvido mandarsi á modar, isperando qui al otro dias si descubriria il pastel.

Cuande si ha despedido di lo padres di la mochacha, con so cara dipócritas, li ha ichao in parafito di consolacion.

Lo pobres viecos li han incargao qui guardasi il segreto di esa disgracia pe que no se haga prúbicos.

Antunce la viecas zora, haciéndose risentida li ha dicho:

—¡Qué curencia señora!!... Esa ricumendacion istá demá, cuande si trata di ina señora cume yo, qui estima tanto á so familias. Puede istar siguras que de mi bocas, ne me maridos saberá nada.

¡Cume mentiva esa vieca peras!...

Cuande ha concluido so discorsos, si ha ponido so pamelas, é ha salido cume si tovieria in hormiguero in so traseros, disiando lligar á so casas pera hacer la rilaciun di so descubrimientos.

Non habiba ponido dil todos so patas in la calle, que si ha incuen-trau cun ina familia cunecidas.

Cuande la ha vistos, in seguimiento li ha dicho:

—¡Cuante mi alegre de incontrar á ostedes en isto momento! E sin darli tiempo á qui rispondiesen ha seguido diciendo:

—Tengu ina historia que cuntarli, que istoy sigurita que cuande osté la tenga sentido, si va á quedar haciendo cruces.

—Qué historia es esa tantu estraña?... ha prigontao so amigas.

—Si la voy a contar, ma li pido qui guarde il segreto, pe que no si sepa; pe que si la quenti que tienen la lingua largas descubriese isto imbrollio, serian capaz di prubicarlo in todo lo diarios.

Dispuei di esta farsa, ha escopedido tuda la histroria di Enriqueta, e cume li pareciba poco, li ha agridao qui so padres cuande han descubiertu il rillenamiento, li han dao ina paliza, ¡ma qué paliza!... que pe in poquito má, tiene habido un aburtamiento.

So amigas han quidao iscandalizada cuande ha sentido ista historias.

Cuande ha disembuchao todo cuante sabiba, la viecas se ha depe-dido di so amigas, ricomendándule qui guardase il segreto.

Anti di llegar á so casasm ista vieca pera, ha cuentao á ma di venti la historia, sempre agregando in pequito, é cun especial ricomendacion de qui guardasen il segreto, pe que si la lingua largas lo supieran, ¡Dio te ne libre!... si lo sopieran!...

Cuande ha lligao á so casas, ha despertao á so maridos pera hacerli il cuentos.

Estu, que teñiba ma sueño que virgüensa, si ha dao guerta é si ha quedao frito otra vesi, ma la vieca ha seguido lo mimo so historias, corequida é aumentadas.

Al otro dia ha visitao á toda so rilacione e li ha cuentao cun pelo é síñale il rillenamienta di Enriqueta, sempre ricomendando il ma grande sigreto, pe que no lligase á la oreca di la linguas largas.

¡Pucha digo qui viecas ma pera!...

¡Cume guardaba il secretos!...

• • •

Discobrimiento dil Inquertador

Lo padres di la mochachano han puecido ne serar in ocos in tuda la noches pinsando sempre in so disonras.

La inferma in vesi di impiorarse pe so discobrimiento, ar contrario, seguiba micor di so males é ya nu haciba ma la gumitadas.

Cuande so padres si han acuestao há agarao la piuma é il papel, é ha escrebido ina cartita á duña Maria, que deciba asi:

Doña Maria:

Tengo necidad de verla con urgencia, la espero hoy, le ruego encarecidamente que no falte.

ENRIQUETA.

Cuande la ha concluido, si la ha dao a so servientas arcabueta, é li ha dicho: Mañana timpranito mi llevas ista carta á duña Maria.

La servienta agaró il papel é si ha ido á durmir.

Non habiba amanecido tudavía, cuande lo padres di la mochacha si han livantaoé si han ponido á cunvirsar para ver si podiban descobrir quien seria aquellu qui le habia rillenaó la baricas á so hicas, ma si han cansao al buton é no han pudido sacar nada in limpios.

Intonse han risolvido isperar que so hicas si ricordase, pera ver si estu dia li haciba la diclaraciun.

Cuande han sabido qui istaba dispiertada, si han metido in so cuartos é han impesao di nuevo la viriguacion cun palabritas durses, é lu ocos di so caras guteando lagrimitas.

Ma ista vesifuei cume la otras, é nu han pudido hacreli cunfesar nada á so hicas, que si quedaba imperada sin decir ne ina palabras.

Los viecos han salido dil cuartos di so hicas, cun la geta fruncidas, llurando di desesperamientu.

Cuande han lligao á la sala si han encontrao cun la viecas orfatia-doras, que ha venido pera ver si la mochacha ha discobrido il nombre di so amante, pera dir á arcagüetiarlo á so rilaciones.

Pe hacé la disimulacion li ha dicho á lo viecos que veñiba pera ver cume seguiba la infermas.

Antunce lo viecos li han dicho que seguiba lu mimos.

—¿E nu ha discobierito quien la disonrao? Prigontó la viecas cun finuras.

—No señora, per ma que le hemo suplicaio, no ha querido hace la cunfesion, respondieron los viecos.

La vieca alarife iba hacé otra prigontita, cuande tiene entrao duña Maria la viuda.

Cuande lo padres di la mochacha la han visto si han ichao in so brazos é llurando á gritos li han dichos.

—¡Ah Duña Maria, si osté sopiera aquellu qui nos pasa!

—¿Qui ocure? ha prigontao la viuda cun tunito di artista—¿Qué ocure? ha repetido la viecas, ¡ocurre ina disgracia di la ma grande, siñura! Ista casa qui hasta hace algunos dias era in paraiso di alegrías, si ha cuenvertido di la noche á la miñana en in baño di lágrimas!...

¿Ma qui e aquellu qui ha puecido ñublar il cielo di la alegria di so casas, señora? isclamó la pácara di la viuda, haciéndose cada vesi ma suerprendida.

Antunce la pobre madres li ha cuentao lo que ella sabiba, ma primero qui todos.

Dispué qui ha sentido, li ha dicho á la viecas que no se affiquiera que ellu le hariba descobrir á la mochacha quien era aquellu qui la teniba hecho disgraciada, é in seguimiento si ha metido en il cuarto di la enfermas.

Arcabo di ina hora ha salido la viuda dil cuarto, e arimándose á lo padres di la mochacha, li ha dicho in segredo il nombre dil rillenador di so hicas.

La viecas orfatuadura ha parao las oreas, ma cun todo, no ha podido sentir nada, é isto li ha dao ina rabia di la gran flauta.

Dispuei de in momento di confirencia, la viuda si ha mandao á modar.

Lo viecos la han acompañaio hasta la puertas dandole in millon di gracias, pe il servicio qui li habiba hecho cun so descubrimientos.

La vieca di narice finas, cuande ha quedao sulita cun lo padres di Enriqueta, li ha hecho la iscarbaciun pera descobrir lo qui ellu queriba saber, ma lu viecos qui estaban ricumiendados pe la viuda di no decir á naides isto segredo, no han querido iscopirlo.

Antunce la orfatiadura li ha dao tanta rabia, qui ha impisao á decir qui esa viuda ne lu inspiraba cunfianza, pe que se cuentaban cusitas media fieras di ellas.

A lo padres di la mochacha nu li ha gustao isto habladuria, é le han atacao il pasmo, diciéndule que non permitiban que in so prisensamiento si hablase mal dina señura qui era in morde di honradez.

Ista salida nu li ha sintao mu bien á la orfatiadura, é si ha ido rabiosa pera so casa, cume si llevase in paquete de cuetes en il traseros.

• • •

II Diputao apaliau

Cuande ha venido il hermano di Enriqueta, so tatas é so mamás li han dicho il nombre dil sidotor di la mochacha.

Estu era in estudiante hicos de ina di la familia, ma principale de Guenos Aire.

Dun Cárlo, in seguimiento se ha ponido á escribir ina carta ma grande qui il diario *La Naciun* cun palabrita picantes.

Cuande ha cuncluido, si ha ichao la galera á la nucas, é si la ha leido in voz arta é haciendo adimanes cume lo cumedianti, á so padres.

A lo viecos li ha parecido qui istaba di rechupete é han quidao lu ma cunforme cun la carta, épa intunce nu cuntenia ma que ina punta di macanaso di aquellu qui mandar fuerza.

Dispue qui la ha leido la ha metido en in sobres ha llamao al portiero, e si la ha dao pe qué la llivase á so distino.

A pasao todú il dias é no se ha recibido la cuntistaciun.

Ista dimora lo teñiba din humor de lo diablos al Diputiau, e no haciba mas que pasiarsi de in cuarto al oltro, é mirar á cada mumento so rilós.

Asi ha pasau túdo aquellu dia é tambien la noches.

Sarian cume la nueves dil oltro dias, cuande in musito cóven, dispuei di gurpiar in il zanguan, sobió pera ariba é intregó al mimo don Cárlo ina cartas.

Estu la ha abierto in seguida é si ha ponido á lerla.

¡Per la gran siete cume se poniba aquel humbre, á miedida que á ido lillendo la cartas!...

Primiero si ha ponido culorao, dispuei amariilo, é dispuei bianco, bianco, cume in cadabres.

Cuande ha concluido, á dao ina trimenda patadas con so pises en il suelos, é cun ina trompa ma larga qui la dil Elefanti Bosco, se ha ido pera mostrársila á lo viecos.

Estu cuande lu tienen vistu cun su caras tan fieras é cun la carta in la manos, han cumpliendido qui argo piludo socedia.

Dun Cárlos cun in adiman tráquicos li ha dichos.

Pera limpiar nuestra hunra, nu queda ma que in camino, é isto é il duelo!...

Lo pobre viecos si han desesperao al sentir ista palabras di la bocas di so hicos, é han tratau di apaciguarlo.

Ma ellu nu ha hechu caso é dispuei que ha agarao so baston se ha salido pe la calle cume in relámpagos.

Diquemos in mumento á lo pobre viecos qui han quedao cume locos per la diterinacion di so hicos, é sigamu á dun Cárlos qui va cume in fiero-caril pe la calle di Esmeralda.

Cuande ha lligao á la calli Rivadavia, ha dao guerta é ha seguido pe la mima hasta Bulívar, allí ha dao guerta cume pe la Buca, dispuei qui ha caminao tre cuadro, si ha parao en ina puerta e ha dao tre gorpe cun rabia en il llamador.

In seguimiento ha venido ina sirvienta á ver que si le ofrecia.

—¿Istá il coven Culian? prigontó di mal modo Dun Cárlos.

—Istá, si señor; rispondió la sirvientas, é in seguimiento li ha abierto la puerta di la sala é li ha dicho: pase osté adelante.

Ma Dun Cárlo, no ha querido dintrar, é li ha dicho qui le avísase que habiba ina pirsona que teñiba qui hablar cun él.

Culian ha venido coriendo, é cuande ha visto qui era il hirmano di Enriqueta aquellu qui lo buscaba, medio si ha suerprendido pe que ha discunfiau pera que venderia.

Cuande ha lligao adunde istaba dun Cárlo, li ha hechu in respetuoso saludos.

Dun Cárlo sein cuntestarle, li ha dicho cun voz di toro, que veñiba á tumarle in satisfaccion pera la carta insolenti que li habiba escrebido in cuntestaciun á la suyas.

Culian in vesi di inoarse, cuande lu ha visto cun la trumpa tan estirada, li ha dao ina risa di la gran pera, é li ha sortao ina carcajadas in la mina ñatas di so caras.

Il diputiau si ha ponido furioso é ha livantao so baston pera acumarle in garotazos.

Ma Culian qui he ma liquiero quin avestrusi, ha pigao in sarto é li ha quitao so armas, é dispuei li ha dao in garotaso in el mate, que li ha hechu sartar la galera al mimo medio di la calles é in seguimiento li ha dao otro in la geta que li ha ponido la turonca cume la suela dina arpargatas.

Il pobre diputiau istaba tan tulondrau con los gorges qui habiba recibidos, que in vesi de difendersi, no haciba ma qui sacodir lo brazos cume lo títeres.

Il viquilante cuande ha visto isto fandango, si ha venido curiendo é ha difendido al diputiau, que istaba medio muerto cun lo gorges.

Dispué ha llamao al oficial é cuande este ha venido, me lo han llivao á lo dé la cumesarias.

• • •

Il Diputiau in la cumesaria

Ma de cincü ciento curioso si habiban riunido in la calle pe la pilea di Dun Cárlo, cun Culian, é haciban allí la murmuraciun cada uno á so modos.

Cume al diputiau li choriaba la sangre di la ñatas cume si fuesi in caño di agua corientes é si habiba insociau tuda so levitas.

Arguno di lo curiosos qui habiban lligao tarde á la foncion, deciban qui era in balazo que li ha llivao la nariz limpitas.

Otros deciban qui era in tacos que li habia abierto la jetas.

Intre tantos lo coronistas di lo diarios tumaban apuntaciun de todo aquellu qui sentivan, pera prubicar isto cuntecimientos.

Todavía istaba il Diputiau in la cumesaria, lavandose la ñatas, cuande lo mochachos vindidores di diarios, pasando per dilanti di la puertas ian gridando: ¡«Il Diario... cun la noticia di la pelea de in Diputiau in la calle Bulivar!...»

Cuande han lligao á la cumesaria, il cumesario ha hecho la viriguacion dil asonto, é cume ha visto que si trataba di persona rispeta- bles, li ha dicho que si podiban riterarses.

Dun Cárlos, queriba que á Culian, lo llivasen á la curecional pe canalla é disonrador de hicas di familias disenti.

Ma il cumesario li ha hechu cuemprender que il bochincho se ha- riba ma grande é qui era ma micor que il asonto quidase así.

Cume Dun Cárlo teñiba la geta inchada lo mimo que in riñon, é la ñatas cume ina morcillas, pe no cruzar la calles cun esa figura, ha mandao á buscar in caruaque, éin ellu si ha ido pera so casas.

Il portiero é lo servientes cuande li han visto so figuras si han teñido qui darsi guerta pera no reirse in so mima jetas.

Lo viecos al verli la ñata tan hinchada, han creido que se habiba piliau in duelo é qui tenia ricebido in balazo in la narices, ma cuande han sabido qui era in garotazo, si han cunfurmao pe que al fin nu era tanto peligrosos.

• • •

Enriqueta in la quinta

Han pasao arguno dias desde aquellu que dun Cárlo tiene recebi-do lo cariñitos de Culian, é tudavía tiene so toroncas inchadas.

En esu tiempo lo pobres viecos han hechu tudo lo posible pera ver si podiban hacer casar á Culian con so hicas é salvar il honor di la familia, ma il musito ne per in queso á querido dintrar per il aro.

Cuande han visto lo viecos que ya no habiba nada qui hacer, han risolvído dirse pe la quinta pe tapar la farta di so hicas, é nu volver di alli, hasta quí la mochacha obiera largao il rilleno.

Pera que so rilacione no disconfiase di esto asonto han ido á visítarla cun la mima mochacha.

Enriquetapera que no si apercibiese so rilllenamiento, se habiba aprietao cume lo parequiero cun ina cincha elasticas.

Cuande la rilacione li pregontaban per que se iban pera la quinta, ellu deciban qui lo médicos li habiban ordinao pe il delicao istado di salu di la mochacha.

Arguna di aquella güifara qui sabiban la historia dil inquertamiento per que la viecas orfatiaduras li habiba cuentao tudo cun pelo é señales, se haciban la zunsas, é cun tunito di estrañesa deciban. ¿Quién obiera dicho qui esta mochacha que pareciba qui vendiva salú, fuese din temperamiento tantu delicao?...

E dispué qui largaban la patada li echaban ina miraditas cun il ocos dil rabo á la mochacha, pera ver qui efeto li sortia.

La viecas intonces, pera cuertar la cunvirsacion si paraba pera retirarse diciendo qui non si podiba quidar ma, per que teñiba qui hacer mucha visitas.

Ar dia siguiente tuda la familia si poniba in viaque pera la quinta, cumpliendo cun la ordinanza dil dutor.

Lu diario dil dia, anunciaban so partidas, é per que se iban, y al mimo tiempo haciban votaciun pe il pronto ristablecimiento di la distinguida siñurita Enriqueta...

¡E dispué dirán, qui estu mundo no hé ina viva farza.!...

• • •

Laburtamiento

Ha lu pocos dias de istar la familia in so quintas, habiban disparisidos la dicompostura é lo gómitos di Enriqueta, ma pero quidaba intretantu la causas di so mal, pe que esu no podiba disparecer sinó cuande la fruta estoviera madoritas é si callese di so propio pesos.

La mochacha no si acordaba ma di so farta, é tudo lo dias muentaba á caballos é saliba pera dar una guertita pe il campo, acuempeñado di Porotos.

Porotos, é in musitos qui tiene quinse años, qui si ha criado in la quintas di lo padres di Enriqueta.

So tatas, é so mamás, se han moridos cuande ellu era muy chiquito é intonces lo padres di la mochacha, lu han ricoquido é lu han tenido sempre in la quintas.

Per ista circunstansa il Porotos, teñiba muha cunfiansa cun la hicas di so protitores.

Il nombre qui lleva, li fuei ponido perla mima mochacha, pe que cuando haciba la chacutacion cun ellu li deciba: Mi Porotos pe aqui, mi Porotitos pe allá.

Cuande la mochacha veñiba á la quintas, il Porotos, si poniba ma cuntento qui no se qué, pe que ya teñiba cun quien hacé so fuguetes.

In dia il musitos á riparao qui Enriqueta teñiba la baricas ma grandi qui anti, e li a llamao tantu so atincion, que in seguimiento li ha prigontao si se habiba casao.

¿Per qué mi prigontás iso? li ha dicho la mochacha suerprendidas.
Pe que tinés la baricas ma grandi é paresi qui istovieras rillenadas,
li ha cuentestao il Porotos.

Estu li ha causao tanta gracia á Enriqueta, qui si ha ponido á reirse
cume ina locas, é dispuei haciéndule uno cariñitos pe la caras li
ha dichos:

¡Cume sos malisiosu Porotito! cume sos malisiosu!

Dispuei di esta chacuteria ha muentao á caballos é se han ido al
galupe pe il campos.

Lo padres di lamochacha istaban sempre tristes, pinsando in la di-
sonra de so hicas, estu lo teniba medio culecos á la llunta de pichunes.

Dun Carlo, qui tudabia teñiba la ñatas inchadas di lo garotasos
que li habiba acumodao Culian, no haciba mas que mirarse en il
ispeco, pera ver se desapareciba il mal, pera dir á la cámara pe abrir
so bocas cume in zunso.

Istaba tudo tranquilo in la casas, cuande di ripenti á lligao il Poro-
tos, ar galupe, e cun la cara ma asustados qui la gran sietes.

Lo viecos cuande li han visto que veñiba solo, si han asostao é li
han preguntao pe Enriqueta.

Intonce Porotos, tudo safocado pe il susto ha dicho qui habiba
ocorrido ina gran disgracia.

¡Cuenta prontu lu que tiene cuntecido!... li han dicho lo viecos
qui estaban cun los ocos cume si queriban saltarle di la caras, e la
buca abiertas:

—A Enriqueta la ha voltiao il caballos, é llu creo qui la habrá
rientao, pe que li sale mucha sangre, ha cuentestao Porotos.

Lo pobre viecos si han ponido disesperao é in seguimiento han
hecho insillar ina cardiniera é si han ido á buscar á so hicas.

Cuande han lligao in donde istaba, la han incuentrao dismayada,
incima de in aroyo di sangre.

Dispuei qui la han mirao han cuemprendido todo.

Enriqueta habiba aburtao cun il gorpe.

Entre lu viecos, e Porotos, la han ponido en il caro é si la han llivao á la casas.

Dispuei han mandao á buscar ina curandiera qui era media partieras. Cuande la ha visto ha dicho qui era aburtacion.

Poroto que habiba visto tuda ista fiesta deciba: ¡Bien mi pareciba qui Enriqueta istaba rillenada!...

• • •

Ina farza discobierta

Dispuei qui la curandiera tiene hechu la primera curaciun á la mochacha, é cume so istado era argo piludo, per la mucha sangre qui habiba perdidos.

So tatas, é so mamás, han risolvído mandar á boscar il mata sanos pera que asistiese á la enfermas.

Cuande estu tiene venido, é dispuei qui ha hecho la revisacion cume é di ordine, á dicho que habiba qui tener mucho cuidado cun la enfermas, pe que so istado era moi delicao.

In seguimiento risetó in medicamentos pera cortar la fiebre é la muraquia, e le ha encargao á lo viecos qui no la dicasen cunvirsar ne ina palabras.

Cun esto tratamientu é debido á lo grande cuidado di so tatas, á lo quince días la mochacha istaba tan güena, cume si nonca obiese istao rillénada.

Cuande lo viecos han visto que so hicas istaba sanada dil todo, han cunvenido hacé ina cumida in la quinta é cuenvidar á so rilacione, é así; deciban estu si arguno á disconfiau dil inquertamiento di Enriquetá, cuande la vean sen baricas, cuemprenderán que si han ingañao, é antunce la mochacha vorverá á gusar di so fama di niña dicentes.

El mimo dun Cárlos, tiene aplaudido ista idea, é deciba á so tatas, qui el cun ser humbre di luces, é diputiau di llapa, nunca si le obiera ocorido ina idea ma micor pera ingañar á la quenti.

Eso mimo día, Porotos tiene ido á la ciuda á lllivar la invitaciones di la cuemidas.

Sarian cume la nueves dil otro día, cuande impezaron á caer lus cunvidaos.

Ina di la primieras qui han lligao, ha sido la viecas orfatiadura é no ha sido chico so sorprendidura cuande tiene visto á Enriqueta sen baricas.

La viecas se vorvia tudo ocos pe mirar á la mochacha, e cuande si ha cunvensido quil rilleno habiba desaparecido, á cuemprendido la cugada é ha dicho. A mi nu me ambruman. Aqui tiene habido gatu, qui li hagan tragar ista farza so á agüelas.

Dispuei di hacé so revisacion, se ha arimao á lo viecos é cun mucho mesterio li ha dichos.

—¿Cume tiene socedido isto finomino?

—¿Qué finomino? han prigontao lo padres di Enriqueta haciendosé lo sueprendidos.

El desimbarazo di la mochacha, á respondido la viecas orfatiadura.

¡Pero sinó tiene habido semicante imbarazo muquer di Dios!... Tantu oste cumi il dutor, si tienen ingañao cuande si han soponido qui la pobre Enriqueta istaba rilleneda, no, la pobrecita, Dios me la cunserve muchos año tan hunrada cume lu tiene sido hasta hoy.

Cuande á sentido iste sirmon la viecas di narices finas, á cuemprendido qui esa quanti queriba durar la pildura é qui nada sacaria cun contrariarla, é se ha retirao diciendo en voz baquita. A mi nu me amulan la mochacha istaba rillena, é bien rilleneda, aqui tiene habido aburtamientos.

La dimas convidada cume la viecas orfatiadura li habiba cuentao la historia dil rillenamiento di Enriqueta, si han quedao cun la buca abierta, cuande han visto á la mochacha sen baricas, é antunce han creido qui seria charlataneria di ella, e cuande la han agarao sola li han pigao ina carga di lo dimonios tratandula di habladora, é linguas largas.

Isto li ha dao tanta rabia á la viecas orfatiadura, que si ha inocao cun todas, é per úrtimoli ha dicho qui ellos eran ina imbesiles per que si tragaban la pildora.

Saben lu que tiene cuntesido, deciba la viecas, é que la mochacha tiene aburtao cun argun rimedio qui le aberán dao, pero yo li garanto, é curo pe la sagrada seniza di me madres, qui la mochacha istaba rillena, esto ocos la tienen visto cun la varica así... si, así... deciba la orfatiadura, haciendo il adiman con so brazos.

Antunce lu dimá cuenvidada han cuemprendido il gorpe di la invitacion, é han pinsao cume la vieca alarifes.

Serian cume la cuatro di la tarde cuande la cometiva si ha mandado á modarpera so casas.

La urtima qui se ha ido á sido la viecas orfatiaduras, per que si ha intretenido convirsando con la servientas, pera ver si podiba descobrir argo dil aburtamiento di la mochacha, é cuande á visto que nu podiba piscar nada, si ha risolvido aprietarsi il goro.

Cuande si ha dispidado di lo padres di Enriqueta li ha dicho cun in tunito ma picanti que in senapismo. Me alegre mucho qui mi tenga inquivocao siñure, al haberme sponido que so hicas istaba rillena-da, é atraco me voto á lo suyos, pera que Dios si la conserve, muchos años tan hunradita cume hasta hoy, si señure, cume hasta hoy...

—Lo viecos han abaracao in il arie la indirecta di la orfatiadora é si han quidao tan avirgonsao qui no han sabido qui cuentistarli.

Mentra tanto, la viecas alarife se iba cuntenta, per que ha visto que il gorpe habiba sortido ifectos.

• • •

Enriqueta, Poroto e lo güego di gallos

Al otro dias di la cumilona, Enriqueta ha impizao di nuevo so paseos.

Dispuei di haber armorzao si ha hechu insillar so caballo, é ha salido cume sempre in cumpañía di Porotos.

Estu musito qui habiba cuemprendido la historias di la mochacha, cuande tiene istao solos in il campo, si ha ponido cunto á ellu é ha impezao á darli arguna brumitas safadas.

La mochacha in vesi di inocarse, se reiba á carcacada di aquellu que li deciba Porotos.

Viendo il musito qui la mochacha seguiba la carana é non se inocaba, li ha hechu arguna intradita á fundo, é in on mumento di intosiasmo si ha pirmetido atracarli in besito in lo carillos di la cara.

Cuande ellu ha recebido isto cariñito, lu ha tratao di atrevido, ma de in modo, qui era cume si le diquiese qui li diera oltros.

Porotos cada vez se intosiasmaba má, teñiba so caras colorada, lo ocos vedriosos é la buca secas, il mochacho istaba á punto di caramelo, é antunsa sen andá cun ma miramientos, li ha empezado á hacer cusquillita pe lu pecho á Enriqueta, que desiba—istate quieto Porotos, ma pero no si difiendiba.

Cun estu tucamiento, la mochacha tambien si ha impesao á poner culoradita, é cun lo ocos vedriosos cume il musitos.

Asi tienen andao in gran rato, hasta qui han lligao á orilla din monte.

Intonce Porotos la ha cuenvidao á Enriqueta á qui se apiase pera dir á boscar güegos di gallo adrento dil monte.

Cume ista fruta li gustaba mucho á Enriqueta, si ha abacao dil caballo é si han metido en il montecun Porotos.

Ma de ina hora tienen istao in buscamiento di lo güego, é lu pobres han salido oquierosos di tanto boscar, é arfin, no han encontrau ma que dó, é gracias á Porotos, qui fué él quien isu il incuentramiento, é se lo dio a Enriqueta, que si lo ha cumido ¡cun in gusto! ¡cun in gusto! ma pela pera qui gusto li han dao lo güegos á la mochacha.

Dispuei, han muentao á caballo é si han ido pe la casas, diciando qui lligase il oltro día, pera dir á cumer güegos di gallos en il monte.

• • •

La vinganza di Enriqueta

Argunos día dispues di las isenas qui acabamos di contar, los diarios haciban il anunciamiento dil regreso á la ciudá, di Enriqueta sanada cumpletamente di so infermidá, é cuncluiban so escrituran-sas felicitando á la mochacha pero so ristablicimientos.

Il pobre Porotos, que cun la custion de dir á boscar *güegos di gallos* se teñiba inamurao locamenti di Enriqueta, cuande ha lligao il mumento de sipararsi di so querida patroncitas, si ha ponido ha llurar cume in anquelitos.

Enriqueta que tambien lo queriba di devéras á so Porotitos, cume ella li deciba, cuande lu ha vistu tan afliquido, li ha dao sintemientos é ha tratau di consolarlo, é haciendulé arguno cariñitos amurosos, li ha dicho qui no se afliquiese, qui pronto vorveria pera dir oltra vesi cuntitos á boscar *güeguitos di gallos* en il montes.

Cun ista prumesa il Porotos medio si ha cuenfirmao é dandulé in besitu di despidida, li ha dichu que no si orbidase di ellu.

Cuande Enriqueta tiene aparecido oltra vesi per la calli di Guenos Aire, lu mequitrefes si han arborotau é andaban cume pechichos atra di ella.

Ina noche que Enriqueta iba di paseo cun duña Maria pe la calle dí Floridas, Culian, que istaba intreveraio entre in munton di caquetillas, cuande á visto á la mochacha, se li ha arimao cume pera dicirle argo in la orecas á la pasada.

Enriqueta que li ha cunecido so intenciun, si ha priparao é cuande éstu si tiene ponido serquita, le li ha pigao in puntaso con so abanicos cun tanta ganas pe la ñatas, que si la tiene discomponido é li ha hechu sartar in choro di sangre cume si fuera in espiche dina pipa di vinos, he in seguimiento cun mucha pulitica li ha dicho.

¡Pirdone cagallero!... lamiento di toda mi arma ista averias!...

Il musito cuande tiene recebido isto cariñito tantu ispresivo, si ha quidao sen saber aquellu quí le pasaba.

Lo demás *tinorios*, li han armao ín titeo al pobre averiao, qui li han hechu agarar ina rabia ma grande qui la gran peras.

Entre tantu Enriqueta ha seguido so camino, cuntenta per habersi vingado di so inquietador.

• • •

La resolución di Enriqueta

Temerosus lo padres di Enriqueta de qui la mochacha vorviese á hacer arguna nueva calaveriada, han risolvido hacerla casar cun in señor qui era nada meno, que Sinador dil cungreso.

Estu galintiadador haciba mucho tiempo qui andaba atrá di la mochacha, ma ella non li haciba caso pe que era vieco, é adimá ma fiero que in sosto á media nuche.

Un dia so tatas, é so mamas, li han acunsecao quí se casase cun eso señor, é le deciban, que seriba feliz pe que teñiba ina gran fortuna.

La mochacha no ha cuentestao né si, ne nó, lo unico que dico, he que lu pensariba.

Cume lu dia pasaban é la muchacha no rilsolviba nada. Lo viecos han diterminao ver á duña Maria, pera qui ella la acunsecase, pe que cume á ella la queriba tantu, deciban so tatas, é ma facil qui cun ella si resolviese.

Dispuei di consortar isto plan cun il diputiau, é cume á estu, li ha parecido bien, in siguimiento han hechu venir á la viuda é li han dicho il asunto.

La pácara di la viuda ha prumetido hacé tudo lo posible pera que la mochacha si dicidiese, é pera trabacarla mas micor, tiene cunvenido qui Enriqueta irá á pasar in dia in so casas.

En ifeto, al siguiente dia, la mochacha acumpeñada de la servienta arcagüetas se ha ido per la mañanita á la casa di la viuda.

Per il camino á incuentrao á Porotos que veñiba pera so casas cun in canastro di frutas.

Enriqueta cuando lu ha visto, li ha dao ina alegría di la pera, per que virdaderamente li teñiba cariñito á so Porotos.

Il musito loco di cuntento se li ha arimao, é li ha preguntao pera dunde iba tan timprano.

Intonce la mochacha li dico que llivase la frutas á so casa, é que dispuei si fuese á la de duña Maria, qui istaria alli tudo il dia.

Porotos salió coriendo, dicó il canastro in lo di lo víecos, é cume in fiero-caril se ha ido á la casa di la viudas, é nu ha salido de alli, hasta la diez di la noche dispues di ha haber dintrado duña Maria cume di costumbre, la *pacaritos* pe que no li hiciera daño il sereno di la noches.

Il rilós il Cabirdo haciba in mumento que teniba anonsiao la unces, cuande Enriqueta intraba in so casa, risolvida di casarsi cun il cagallero sinador dil cungreso.

• • •

Il Sinador se insartó

Cuande lu padres di Enriqueta han sabido pe la bucas di la viuda, que so hicas si habiba risolvido in casarsi cun il Sinador, si han pingao un cuntentamiento, cume si obieran sacao ina lutaria grandi, cun apresimaciun é todos, é di miedo qui la mochacha sintase la patas é si aripintíese, in seguimiento han mandao á boscar il novio, é li han dao la noticia qui la mochachas li daba so manos.

Lo viecos, quí cuneciban la firmita quiera so hicas, han tratao di apurar il casamientos, di miedo qui haciera arguna oltra cugadita sucia, he aparíciase di la noche á la miñana con in nuevo inquietamientos.

Il sinador, que istaba cume in perito faldiero, di aquellu quí andan sempre haciendo zuncera cun la linguas, atrá di Enriqueta, li ha parecido bien il apuro di lo viecos, é istaba tan intosiasmao, que iso mimo dia ya queriba casarsi, ma lu zoro di lu viecos lí han dicho qui era prisiso in mesi di tiempo, pera que la mochacha si priparase.

Estu cuemprendiban qui so hicas si casaba cun in hombre qui non lo queriba, ma que limpuertaba ha ellu, lu que queriban era largarli il guacho al Sinador, é dispuei, que si entindíese cume Dío li ayudase.

Il Sinador que era in viecos di ma di cincuenta años, é di llapa ma fiero que il mono grandi qui hay in Palermos, isto viecos calenton, bien puderiba cumpriender quí la mochacha non si casaba per amor, e qui tardi ó tiemprano li pegariba la patadas.

Ma ellu, non riparaba in lo que socederiba dispuei, istaba ingolosinao cun la mochacha, pe que era gurdita, é rusaditas cume ina rosas, é so hirmosura lo sedociba, sein aficarse se lo dimá istaba in rilaciun con so linda caritas.

¡Pobre viecos!... Istaba disíando meterli il diente á isa minsana, per que era de linda vista, é nun sabiba qui apena li diese el primier tarascun, si aripentiriba, per que veriba la podriciun que habiba pe adrento!

Ma intonsi li seriba tardi, per qui ya istariba insartau!

¡Pobre viecos!...

• • •

Il casamiento di Enriqueta

In mesi á trascorido desdi qui lo padres di Enriqueta han confrin-
ciao cun il Sinador pe arreglar il casamiento de so hicas.

Il sol, cun so cachetes di la caras ma inchado que il trasiero de ina
criaturas, é la jetas fruncidas, si ha mandao á modar, incandalisao pe
aquello qui tiene visto in la tieria.

La safada di la Lunas, non si vé, ma sigoramenti doverá istar is-
cuendida di trá di la nubes, é de allí hará so vichados pera reirse
mas micor, di lo buchinchos qui pasan á so pieses.

La istrellas, hacen so brillacion pe so ausiensa, no ina tiene aso-
mao so narises isa noches.

Mentra qui estu socede en il artillos, abacos pasa in cuadro ma
curiosos.

—La campana dil rilós dil Cabirdo, á dao ocho lingüitasos.

—La casa di Enriqueta istá cuenviertida en in hormiguiero di quentes.

Ma di cien caruaques istan en elieras in la calle, é tudavia lligan
má, á cada mumentos.

Il Sinador, que nu ve il mumento de que il fraile li echi la bendi-
cion, é li remache il clavo, istá en in cuarto con argunos amicos que li
dan brumitas safadas, é qui ellu la recibe cun ina risita di satisfaciun,
cume lo chiculine cuando so mamas li ofrece arguna gulosinas.

Enriquetas istá tambien in so cuartos in medio di so amiquitas,
qui la areglan cume á una *virquen*. La que istá ma intosiasmada en

il areglamientos di la mochachas, é la viudas, qui no se sipara ne in momento di so lados, puniendolé estu, sacandole aquellu, pera qui la mochacha sarga á la isena ma tintadoras que la mima *Nana di Zola*.

Lo servientes istan hechu ino cagalleros, tudo si tienen ponido fraqui, é guante blanco, isto á dao ucasiun á qui lo dueños di lo cambalache istoviesen di gran cuntentamientos, pe que tienen arquilao tudo cuanti muebli di esta clase teñiban.

La viecas orfatiaduras, istá tambien allí intreverada intre otras señoras cupetudas, é in voz baquita é haciendo adimane cume lo artista, li cuenta á so vecinos la histuria dil rillenamiento di la novias.

Culian, qui si tiene mitido di coladeras, istá escuendido ditrá din munton di cagalleros é de alli, hace cume la lunas, si rie á la surdinas pe la insartada dil sinador.

La servienta arcagüeta, anda de alli, per aqui, impaquetada cume ina gran señoras é va tan liquieros, qui paresi qui tuviese ina licomuturas in so trasieros.

Cuande han sunao la nueves, lo novios han intrao á la salas, acuempeñadas de ina cumetiva ma grandi que in batallon.

In seguimiento il curas, li tiene ichao il rispunso, é aquella llunta á quidao inganchadas cun lo lazos dil matrimunios.

Apena habiba pronunciao il curas la última palabras, cuande se tiene sentido in sospiros tantu fuerte, qui ha hechu parar las surecas á toda la concurencia, que in seguimiento han dao güerta so cabezas pera mirar quien era aquellu qui habiba hechu iso sospiramientos.

La novia tambien si tiene suerprendidos, é ha mirao in seguida á in grupo di cagalleros qui habiba á lado di la puerta, é alli su ocos si han incuentrao cun lo di Porotos, quí la miraba cun tristura!

Era ellu mimo qui habiba largao il sospirito, al ver que il Sinador, desde aquellu mumentoera il dueño di so patroncitas, que istaba esa noche ma linda que nuncas.

La mochacha pera cunformarlu li ha hechu ina risita disemulada, é dispué á ichau ina miradita á lu dimá curioso, é non fue chica so

soprendidura, cuande tiene visto á Culian, qui asomando so ñatas pera insima di lo dimás, lu miraba con ina risita di aquella qui tienen doble fondo, cume lu aparatos di lo qui hacen pridiquitaciun en il triatos!...

Lo padres di Enriqueta, pera llinar la furma, han hechu arguno puchero cun so jetas, ma tudo era ina farsa, pe que teñiban il curazon ma cuntento que la pera, pe que li soplaban la impanada al Sinador.

La fiesta tiene durao hasta la tre di la miñana, é dispuei tudo il mundo si ha mandao á modar pe so casas.

Al oltro dia lu diario han pubricao grandi escritoransas de il casamiento di Enriqueta, é alli figoraban lo rigalo que teñiban recibidos, é concluiban so chorisos, haciendu la felicitaciun á lo nuvios, dician-dule ina larga luna di miel!...

Asigun mi tiene cuentao in vesino, al Sinador li tiene pasao in chasco di aquellu guenos, la noche di so casamientos.

Il caso fuei, que cun il apuro pera dintrar in so casas, si tiene inquivocao di llave, é cume era ma chicas que il auquieros di la seraduras, se li ha intrao hasta la argulla di la llaves, adrentos; ista inquivocacion li ha hecho agarar ina rabia di la gran sietes!...

E cun estu, é in biscocho si ha concludo la primier parti di esta escrituransa qui hé macanuda si; ma pero historica.

NOTA.— Si lo merchanti di la zapateria non mi apuran mucho pe so botines, haré la cuntinuacion di esta historita, pe qué lu ma gordo istá pe cuentarsi.

Il Escrebidor.

FIN DEL PRIMERO LIBROS

LA HIJA DI GIACUMINA

PER IL PORTEROS DE LA CASA DI MATIRDE

...

Buenos Aires

Establecimiento tipográfico dinamigo di Giacumina

1887

I. La mochacha

Cuando Mesia Grispina, cun los hicos di Giacumina si foe per Uropas dico llorando: –“*Adios, Buenos Aires para siempre adios*”.

Al dia dispuei vido Montevideo. Díspuei Genova. Disembarcó nel mese di Agosto di 1872 con le mochachi Giacumina e Macanin. Y genesi qui la conociban... Molti avevan istato inta Buca.

Mesia Grispina lluraba e bailaba cume la mona... Gio Batta, Crispino, Giacomo, Serafino, todo lo borrachos di la fundita del pacarito –Misia Grispina cume va? E Giacumina donde istá? – precuntaban I changadori. ¿E li pulizon?

E Mesia Grispina lluraba lacrimas grandes. Cume garbanso. Po-bre la mamas di Giacumína!

Si hizo tendiera, se le murió el vieco Giacumin e curó no mari-darse otra volta... Teñiba molto trabaco... Guadañaba moltí plata ma pensaba inta Bucas todo lo día.

Y mochachi eran gurdi cumo chanco gurdo. Giacumina era lin-da. Macanin era brutto e negro curne un macaco brasileiro.

Todo lo día se ne andaban á pasegiar. Un buen dia Mesia Grispina li mandó inta escuela. Los años se foeron cume ferro-carril. Giacumina e Macanin teñiban dieci ani e si queriban cume perro e gato, cume se abiban querido so mamas é so tata.

Mesia Grispina li sacudíba garrotaso lindo todo lo dia, cuando I mochachi la pediban polenta e salame.

—Porquí, chanchi, roñosi... Tomen polenta e salame!

Y se li dormiba a garrotazo é azote inta il bombo gurdo.

Ma pero, Mesia Grispina no le divertiba é Macanin si escapó un año dispuei cume in ratone, in pirracafo que se largaba para China.

Tu mamás si murió... Tu tata si murió... Mi icas Giacumina dis-cansa inta Riculetas... Ji! ji! ji!

Giacumina seguiba

Ji! ji! ji! ji!

Al día dispuei Mesia Grispina cuntó su pesoti e dico á la hica di Giacumina.

—Me ne vado á Buenos Aires inta Bucas.

E Giacumina que teñiba mocha gana de fare la pasegiata para prender-se á los hombres del paese de so mamás que la deciban era mucho lindo.

E imbarcaron para dirse aluego.

Giacumina era ína mochacha grandota. Nel vapore cumía, é caga-ba. cume en terra e se fijaba nela parte piu delicada de le hombre, é se ne andaba á visitar la cucina é la bodega cun los marineri.

E Mesia Grispina pinsaba in Giacumina, so hicas, e in la chancha-da del pintor il padre de la otras Giacumina,

E se deciba:

—Esta mochacha e lo mismo que so mamás. Los hombres van á buscarla cume perro; Dio quiera que nu tingamo otra purqueria cume la del pintor.

E Mesia Grispina no potiva patear porque un callo grande come una cacerola gritaba mas fuerte della.

Ma le tiraba de la oreca a Giacurnina cuando la teniba á mano.

E Giacumina non decaba de mirare a le hombres.

Al llegar á Montevideo, Mesia Grispina incontró á Giacumina inta cusina chacutia'ndo cun le cucinero é cun in mochacho de ocho ano.

—E Mesia Grispina se dico:

—Perra l'mamás perra l'hicas, e perra la manta que la cobica!

Al día dispuei disemabarcó inta Bucas.

II. Hace la picardía

Giacumina e so aguela arquilaron dos piezas in un conventillo di la Bucas.

Mesia Grespina era aficionada al droguis, dispuei que habia visto inta Riculetas la tumbas di su hicas.

Llorí cume un rio e se metió a tragar gin come una esponca.

Pasegiaba come un dandy, se ne andaba a Palermo, inta casa de sos amicas é Giacumina andaba come una saparrastrosa cun la pata al aire ai trei mesi de la llegata é sin decar de hacer la chacuta cun le mochachi é la muchachita jugando á le mamás y le tratas.

Oh! la sangre de Giacumina!

Ina noche Mesia Grespina si pileó con el sirviente di Don Pepe e le dió una mascata, ¡que mascata!

Dun Pepe si puso cume in chanco furioso e pego una mascata á Mesia Grespina e a so sirviente, in coglione, in mandria tuto per una muquere.

E la mamás di Giacumina dormió inta cumisaria.

Lo armaceneros de la esquina –otro genesi– se ne fue inta casa di Giacumina al saber que la chicas quidaba sola, pera consolarla cume era natural ¡Ah genesi pillin!

Lo armacenero dico que la aguelas estiba inta Cumisaria.

Que Dun Pepe la haria fusilar per buchinchera é mamadura.

Que el podía sacarla del hotel del Gallo ma que era preciso qui Giacumina si decase querer.

Que Giacumina era buona cume un dulce de tomato.

Bianca cume la leche de los bascos.

Rica cume una pera Madura, cume un rico bocone.

E si sintó inta cama de la viecas cunto á la mochacha.

E dico á Giacumina: Yo t'amo!!

E Giacumina se puso culorada cume un pes culuradito.

E si sintó inta cama.

E il genesi antunce la agarró per la cintura cun zalameria.

E la besó.

E le anduvo per la cara é lu cogote é per li pelo fasiéndola di la cusquilla é la mochacha se reiba cume una sonsa ma cuando il armacenero le dico... io no so que dico, Giacumina queriba gritar.

Ma pero, lo armacenero le tapó la buca.

E le hizo piu cosquillas.

E le canto á la oreca *á tutta voce*.

Domanderemo

Al Lion Curato

Si l'é peccato

A far l'amor.

Si l'é peccato,

Peccato sía

La mama mia

L'a fatto ancor!

Giacumina gridaba cume gato escaldao. Lo armacenero apagó la vela... La tucó... Le puso la mano inta buca... Zas! tras!.. ay!.. ay!.. ay!.. gridaba Giacumina... Sapristi... Uff... Oh!...

Cae el telon...

III. A la calle

Al dia siguiente volvió muy tempranito la vieca.
(Dun Pepe no la habia hecho afucilar cume deciba lo armacinero.
La durmida en la cumiseria la traiba rabiosa cume un perro rabioso.
Lo primero q'hizo dentro foe darle un cachetadon á li mochacha.
Mientras veñiba habiba tomao in cupita di caña paraguaya.
—Toma! toma! per no haber andado á la cumesaria á dormir.
E foe á acostarse in la colcha blanca de so camas.
Si paró cume in caballo desagarretao!... La istaba tuta á la miseria.
Miró a Giacumina qui estaba cume ina remolache cume ina fruti-
lla, cume in tomate, cume color colorao.

—Ma Cristo, dico la vieca ¿cume si fa? Qui á puesto mi cama
cume bebedero di patos.

Giacumina no sabiba que contestare, temblaba cume in perro
envenenao per lo presidente de la municipalida, antes de cantar pa
el carnero...

—Puerca, chancha, hica de gran... Giacumina ... Perra ¿alora cume
si fa?

Chancha porca, porco di baco, figlia de Giacumina!... Cosa glia—
Pronto.... ¿Cosa glia?—Pelandrana canaglia, tocco di lillemuni.

E mesia Grespina con los ocos saltones, les manos crispada, alar-
go la manos agarró á la mochacha e hizo investigacione!

Pobre mesia Grespina!....

Antonces, forrosa cume el tigre del parquet di Palermo, agarró á la mochacha per la mechas e con un zapato le dio una Zapateria di Bernasconi e le dico mientras le poñiba il bumbo culorado cume un tarro de pintura colorada.

—Andate á la e buscar que ti rasque, chancha di Cristo, perra di porquería. Tale mamas tale hicas.

E dele de patiadura inta bumbo.

Giacumina se fue rascándose los cachetes di la parte pateada cume una perra que si a quemao.

Esa noche dormio in el armasen é no grito. Ma dijo ay! ay! Dijo ah! ah! oh! oh! si! ah! ah. Si conociba ancora la doliba il bumbo di la tocata di su agüela (de ella.)

IV. Frank Brown

Giacumina pasó ina semana cun il genesi cumiendo amor, polenta, salame, ostri fresca é sanagoria.

La vieca in iste tiempo si murió di un atracon di caña é poroto ventolero é cosi Giacumina si quedó sola inta Bucas.

Lloraba é moquiaba mocho é il armacienero la ichaba in el patio, ma por la noche la bisuquiaba é la deciba qui no llorase.

E intonces la mochacha no lloraba mas é haciba cume las palomitas.

Ina noche, in Sábado, si fueron cuntos al *escantin rin* á ver á Frank Brown hacer la payasada.

Si treparon á las gradas.

Il treato estaba lleno de quente cume mosca inta azúcar, cume hormiga in graniero.

L'orquesta tucaba ina mosica linda, cosi pin, pin, pan, pin, *tarari, tarara, pun, pun; é lo caballo corriban cume diablo.*

Su payaso saliba cun traque hueco cume un polizon, é deciba.

—Buena noche—Buena noche signor Carlo.

E sacaba la linguota, é la mochacha aplaudiba con le mano e con los pies é con la buca. La quente se reiba.

Allora saliban lu cane sabichosos, la muquier qui saltaba in man-carron, li muchachi que dabano gueltas in trapecio, é Frank Brown si tiraba per il suelo e caminaba cun le mano, si golpiaba il bombo é la quente gritaba: ¡Brabo, Frank Brown!

La mosica seguiba tocando é haciendo in barullo di la gran perra. Giacumina é il genesi abriban la buca grande cume buquero di letrina é si tucaban cun lo pieses.

Cunto á Giacumina habiba un otro genesi que comenzo á tucarle á la mochacha por cerca dil bombo é ella si estaba cume pacaro morto, ma il armacinero vido la bolada é tuto enocado cume un chinche, le dico al sobon que no li tocara mas el bombo de so moquer per que sino.....

Ma Giacumina livantaba il anca cume para qui el otro li tocasse altra volta.

A luego Frank Brown sacó li perro qui eran gurditos cume il bombo di Giacumina e lo chiquilín si montaba in el piu grosso é se ne andaba y al genesi se le caiba la baba.

Dispoi salieron lo japonesi que se cumiban la mesas, é sacaban palomitas del pecho, é se subiban unos sobre otros é los mochachos ariba mentras tutos pillaban aire cun lo abanicos.

Cuando si acabó la funcion salió la quente cume carneros asonsaos buscando la vadera é le otro genesi se ne andó ditras de Giacumina tucandole pellizcos in el bombo, ma il armaceniero lo vido é lo sacudió un bife é otro il genesi al armaceniero de lo qui se formó in bochinche que hizo venir al viquilante que si llevó á los dos genesi inta cumisaria.

Giacumina si quedó sola cume no teniba llabe tuvo que dormir in un potreros; ma de lastima la hizo compañía in mayoral dil tranuei que la vido per caso.

Al otro dia pusieron in liberta al armaceniero, ma pero li habiban sacao la murta é cume andaba caliente por eso, cuando vido á la mochacha la mandó al diablo, per no dir á la mierda, pues io aunque probe sono bien educato é decente.

V. Yl vieco rufian

Giacumina se ne iba cun la cara larga, andande loca é cume opa per las calles di la Buca.

Andaba pensando:

–La picardia é una chanchada; la mochachas no saben lo quí es la picardia. Primo da piacer... ma dispuei... ¡sapristi!... la aguela li echa inta calle, larmacienero lipega; si has ganas di comer no si puo per que falta plata. ¡Oh! il amor!

E Giacumina si quedo durmida cume una piedra inta piedras di la calle.

Pasaron las horas é Giacumina seguiba durmiendo.

Di pronto si dispertó, si paso la manos per le ocos, é abrio la buca per bostezar de hambre que teniba.

Cunto á ella abiba un vieco que la miraba cariñoso cume un papa é la deciba:

–¿Qué hace mi iquita?

E acuerdandose di la aguelita, li conto sus amores, é su gana di comer é il vieco alcaguete sacó un nal, se lo dio é la dico.

–Probecita ¿Y tu mamas?

–No tengo mamas.

–¿E tu tatas?

–Tampoco tingo.

–¿E tu familias?

–No tingo familias.

–¿Cume ti llamas?

–Mi llamo Giacumina.

–¿Giacumina?

–Si señor.

–¿Ma eres hicas di Giacumina la di la Buca?

–Si señor.

–Pobrecita. Yo queriba mocho a to mamás, vamos vente cunnigo
inta casa de mi moquer é allí tindrás lindos vestidos é buena cumida,
é buena cama, é zapatito di charol. ¡Pobrecita!

E il viaco carcaman lluraba cume un cocodrilos.

Montaron in el trangüe di la Buca é se ne anduvieron.

¿Adonde?

Aina casa cunto il puente *di los sospiros*.

VI. Il poente di los sospiros

Giacumina llegó cun il vieco inta casa di la calle de Temple.

Dintro é si encuentro con ina punta di moquiere que istaban cume recién nacidos sensa pañale.

Eran vinte di la Rusia, di Alemania, francesa é italiana.

Giacumina se ne quiso ir, ma il vieco la impucó per la cadera é la llevó inta el cuarto de su muquer.

—Veni mi iquita, no ti asustés.

La mochacha se asentó.

La vieca gurma cume Bosco teñiba mas carne qui el Mercado é qui los puestos de la Buca.

In un momento la dio vestidos lindos, botines, pulizon, cintas sombrero, polvo, orquillas, cabon, alfilieri é ina punta di cosas que son di la coquiteria muqueril.

Aluego il vieco si la llevó cunto di las otras mochachas, y Giacumina lloraba cume una esponca quie se aprieta é deciba que iba á llamar al pulicia; ma il vieco le dico qui era una zonzeria é Giacumina la no llo ro ni pensó mas que en mirarse in los especos y en reírse cun la sonserias que il viecos la deciba.

Al utro dia la vieca li dio un papel, ma cumo Giacumina no sabiba leer, no lo quiso y la vieca le dice que se no lo tomaba la podrian llevar a la capacha y embromarla per chinco año.

VII. Pobre Giacumina

Giacumina cumió cume una lumbriz, ma pero teniba miedo por que il viecos le habia dichos que per la noche teniba que hacer el amor cume le habia hechos cun il armaceniero.

A la sei, un organito impezó a tocar en la calle il *corri que ti corri il chancho*, é dispuei, valse, mazurke y habanieras.

E las moquieri impelotada, bailaban intre ellas, quebraban il corpo, sacaban la cadera á los cuatro viento é se miraban in los especos.

Ina francesa cun oqueras moradas cume tinta moradas, agarró a Giacumina, se la llivó á un cuarto é á poco rato salió cun ella y principió à bailar in cancan furioso hasta qui volvieron in cuarto otra vez.

La nieta de Mesia Grispina istaba asunsada.

Cuando foé di noche cumpleta, la mochacha si puso inta ventana á tuser cuando sentiba pasar á alguno, y á decir:

—Lindo mochacho.

—Vení, vení.

E aquella noche Giacumina si acostó mes cansada que cuando durmió in el potrero é mamada por la cerveza que habia bebido.

¡Pobre Giacumina! Era tan desgraciada cume había sido so mamas.

VIII. Il bochinche

Per la mañana todas las moquieres andaron in cuarto de la patrona á darla los buenos dias.

Giacumina cume istaba tan cansadas fué la última in levantarse.

Mi hermano qui era el portero, la dispertó é le dico qui la patrona la llamaba.

Giacumina foé é la moquier si encerró cun ella.

Por la noche varios mozos que aquel dia se habian esaminao de abogados y habiban cumido in café de Paris, si fueron al poente di los Suspiros.

Istaban mamaos cume chotos y se prendiban, cume sanguicuelas.

Unos deciban discursos sobre la mesa di la sala.

Otros cantaban.

Otros si revolcaban per il suelo.

Otros gridaban.

Uno tocaba il piano.

Otro si peliaba cun la patrona perque... Io no se perque, ma pero la patrona deciba: *plata inta mano bomba inta terra*.

Il muchacho no queriba dar la plata é la moquier se enrabiaba.

Quello era in barullo di la gran siete.

Saltaban los tapone di las botellas de champan é la quente si poniba en pedo corrido, mamaos toditos.

Los doctores chillaba cume gato capao.

Ino pego ina cachetada á la pobre Giacumina porque no queriba beberse ina botella di chanpan sin quitarsela di la buca.

Cun la cachetada saltó la botella é fué á dar inta galera de otro qui la agarró y la tiró contra un especo que se hizo mil piazos.

Otra di los mocitos prendió un fosforo é li puso fuego al polison di Giacumina que per poco li arde hasta il bombo, si no es il portero qui traco un balde di agua sucia é si lo puso todo á Giacumina donde istaba prendido el fuego.

Una di las mochachas al ver il bochinche, si sacó un pito de la media y llamó al viquilante, é vino la policia y se llevaron á los doctores, á la moquieri é hasta al portieri inta Cumesaria.

Alli la vieca bufando cume gato quemao, pagó la multa é si andaron otra vez á la casa.

IX. Il portiero

Ise mismo dia dil bochinche cum lo dotore, ocurrió inta casa in escandalo.

Il vieco istaba inamorado cume una oca, de Giacumina.

Mientras las mochachas acostaban la cuenta di lo que debian á la vieca per la multa, Giacumina salió al patios é il viaco la dico nó so qui, qui Giacumina intró cun él in cuarto, é me dico que intrase io.

Istabamos cuntos, cuando la vieca se dispertó é li prigunta á la franciesa:

–Giacumina dunde está?

La franciesa que queriba á Giacumina é teniba celos, le dico que istaba hablando con migo in cuarto.

Intró con la cara di gato que come picante, é al verme me se puso cume una furia y empezó a insultarme.

Ma pero mi hermano qui andaba per il patios intró y viendo á la vieca cume la mona agarró la carra dil agua é le dio con ella tan fuerte que li rompió il mate.

Las moquiere que vieron á la vieca cun el mate roto é la chocolata vertida, gritaban cume marranos hasta que vino el viquilante y vuelta á la cumesaria.

Giacumina si quedó con la franciesa que la andaba consolando cume á niño llorón.

X. Il velorio de la vieca

Di resulta di lo porrazo, la vieca se murió aquella misma noche, es si murió cun todo il cuerpo.

Ina mochacha si fué á la cajoneria cuando el medico dico que doña Rosa haia cantao pa el carnero, é la cumpló in cajon negro con plateria e firuletes.

Vistieron a doña Rosa con el traque de terciopelo, e le dicaron poesto los botines de seda de il baile de mascara, e los anillo, é los aro, é las pursera é un medallon con il retratos del vieco su simpatia.

Argunas moquieres han llurao é rezao é incargao acompañamento.

Cuando dispuei del velorio donde para afogar las pena si mamaron todas, se llivaron el cadavre di la muerta, las mochachas cantaron el mambru si foe á la guerra, é poi ellas se andaron á trapichear per la calle, cun los pesos de la vieca.

E han comido *pate fua*.

E si han vivio il vino.

E han llamao changadores é si han mandao a mudar decando la casa limpia cuma caja de quebrao, bisoteandose é toquiteandose é diciendo: a volar que hay chinches é la casa se ha quidao sin pulgas, sin hormigas ni mochachas decentes.

Giacumina se ne andó cun la francisa di la buca grande cume caño de agua corriente.

XI. La buca di la cara

La francesa é Giacumina se ne andaron inta casa di una qui la franciese cunociba é que se llamaba Matirde, qui era di Paris di Francia.

Esta madamas era mas buena qui la vieca Rosa, ma pero la moquiere eran lu mismo.

Allí se ne andaban los hombres cume manada di carniero.

Lo primiero dia Giacumina foi la niña mimada di la casa, ma que la quente teñiba miedos di no se que gali... matias é no queriban fare el amor cume il amor se fá.

Ma Giacumina no entendia di aquello qui no fuera naturale é se andaba tristona cume gata viuda, no queriba saber de nada é la Matirdes li prometia ponerla ina zapateria dibaco dil polison inta il medesimo bombo.

Un dia la francesa si encerró cun Giacumina é cume era maestra in su oficio, enseñó á la mochacha todo lo que innoraba.

Desde intonces Giacumina no andó mas triste, ni la Matirde tampoco, é los amicos di la casa istaban locos di contentura porque la mochacha sabiba la música cume nadie, e tucaba inta flauta unas escalas que ni la de Milano.

La madama de cuntenta no dicaba di cantar.

Traviata livantá la pata.

E hasta hubo un inglés de incalattera, qui agradecido, la rigaló á Giacumina ina bursas di plata é oro con un letrado que deciba:

“A Giacumina for ever, un admiradore de la sua habilidá.”

XII. La virguela

Cun su música la nieta de misia Grispinga guadañó en un mese mas de mil nacionales.

Pagó su zapatos é la velutina di la caras, é il vestido, é lu pulizon é tuto aquello qui debia, é liquidaron come duciento pesi.

Sabia inamorao dil secretario dil secretario dil secretario dil secretario privao di un menistro, é cun la prata que iste la daba, si compraba lo confite, masita é refresco.

Esi si queriban come anquelitos, ma come anquelitos qui pecan.

Un día Giacumina se despertó enferma de tuto il cuerpo.

Si mandó boscar il medicos qui con reló inta mano aprió il brazos de Giacumina, si rascó il mate é si foé dispuei di recetar un remedios.

Il día dispoi il medicos si aprió las narices é mando llamar á Matirde é lo dico, no so que le dico, qui Matirde si quedó come una muerta difunta.

Inseguimiento las moquieri si han inocao, han pillao la escalera é si han andao á la azotea cun un barullo di la gran frauta.

Il portiero si foé per ordenanza de Matirde inta pieza di Giacumina, per decirle que teñiba la virguela é qui se la iban á llevar al ospital.

Giacumina si ha puesto come locas y si a agarrao di la camas.

Ma pero vinieron lo viquilantes y si han llivao inta camilla á la Giacumina al ospital.

Dispuei han hecho la infetacion di la casa é Matirde ha ricomendao que no diga la cosa á nadie porque no si asusten lo amicos é dequen de ir.

E por la noche si ha formao in barullo de baile é chanpan é di cumer pata fua é nadies si á acordao di que la Giacumina istaba imbromada.

Aquella noche sa pasaodi diversion é si han mamao é si han pilio é hasta que han fato la cuchineria di la gomitadura.

Cuando si foe di dia, los mamaos si han andao in coche, para dormir la mona in so casas.

XIII. Gragera é Giacumina

Salió la mochacha del hospital cun la cara cume capo di dedal.

Habiba tenido la virguela negra é si le habiba poesto la caras ¡uf! cume si le habiba poesta!

La mochacha creyó qui era un castigo dil cielo per sus safadurias é curó no ser mas safada in so vida. Ma Giacumina no cuntaba cun qui era pobre é que la pobreza aconseca mal á las moquieres.

Pasó ina punta di tempo hasta qui Giacumina istubo sanada.

Cuando y foé buena la mitieron inta calle é la pobre cume no teñiba prata si moriba de hambre.

Pediba limosna, ma pero toda la quente si apartaba di ella cume si tuviera il coleras, per que no hay cosa qui mas solo deque á la persona qui la pobreza. Cun il pobre nadie quiere saber nada.

Un dia si incontró cun le hombre di lo perros.

—San Roque, San Roque, gridaban le mochachos.

Grajera si daba vuelta, movia il garrote é deciba:

—Carbonarios!.... Crapulas!.... Porcos!.... Negros!.... Si comen la carne di los perros in salame y salchicha. Acerquense é veran cume li pego garroteadura.

E li mochachos seguiban gridando cume canes.

—San Roque... San Roque...

I no di los perro si acercó á Giacumina é la mochacha li tocó cun la mano.

Grajera seguiba gridando:

–Carbonarios!... Carbonarios!...

Ma cuando vido á Giacumina jugando cun lo perros, si acercó a la mochachas é la dicos:

–¿Li gustan lo perros, buena moquier? V. no si los come in salchicha cume esos carbonarios crápulas?

Giacumina le dico qui no é Grajera antunces dice:

–Ma bueno, seremos amicos. Yo soy Grajera, qui era rico cume Anchorena, é cuando istaba inta España, comiba á la mesa cun il rey in hotel di Londres. Ma pero man rubao é ahura no tingo mas que mi perros qui tambien mi lu quieren rubar.

Giacumina si puso contentas é se ne andó cun Grajera é cun lo perros, é lo contó so historias, é Grajera li contó la suya mentras si paseyaban, y cuando foe di noche, Grajera le dico.

–Adios, prenda, qui me vado cun mi perros.

Ma Giacumina si puso á llurar cume mochacho rabioso, diciendo á Grajera qui no la dicase, qui la tomara cume si fuera perra per que ella no teñiba famillas é istaba solas in el mundos.

El hombre di lo perros lluró cume un anquelito, é si foeron cuntos inta caños di la Reculeta.

Dede aquel dia, Giacumina é Grajera si amaron cun amor cume aquella Culieta y aquel Romeo que dicen si morieron di amor é di pena.

XIV. Cuarenta unzas

¿Cuanto tiempo si pasó in aquello amorio?

Quien lo sabe, ma el caso es qui dispuei di tanto cariñito é basco-queo, vinieron la safaduras é...

¡Si te perdés, chiflame!...

Gajera si foe cun so perros é Giacumina cun sos viruelas.

La mochacha siguió pidiendo limosna é cuando li daban cobres, se ne iba al armacen, si atracaba di caña cume habiba hecho so aguelos, é luego dormia inta cumesarias.

Por la noche se sentaba inta plaza Lorea é pescaba marchantos di pasada.

Negros cume tinta, marineri borracho, changadores é viquilantes eran los que deciban per ahi te pudras.

Un dia si encontrao con larmacienero di la Bucas, ma cuanto iste la ha visto la cara, salió disparando y no ha parao cume cuete.

Giacumina pinsaba inta vanidades de la vida é li daban ganas de tirarse al rio per morirse de ina vez cume se habiba morto so mamás é so aguelas.

Camina, camina, camina. di pronto si encontró inta Bucas, frente á la casa de mesia Grispina.

Antunces si acordó di so abuela, di so mamás, di so tatas e di so hermano Macanin.

La pobre mochachas, un poco porvertida ma no malo dil tudo, lluraba é lluraba.

Di prontos si paró.

Un hombre fortachun cume un Sanson istaba dilante di ella mirandula cun cara di pascua.

—Yo ti conozco le dico.

¿Qui siete, mochacha?

—La Giacumina hica de la otra Giacumina la hica del pariente dil duoño di la fundita dil pacarito.

—¡Savia!..... dico el hombreton. Cosa faces?

—Niente, cuntestó Giacumina. Estoi per murirme di rabia.

—¿E to mamás y tu tatas?

—Son moridos cume muertos.

—En dunde vives?

—Inta calle.

—¿Per qué?

—Per que no tingo prata é cume soi tan brutta no mi quiere ninguno.

—Vente, vente, cunmigo, mi parece que vamos á fare algo di bueno tuti dos.

E il humbreton, quí no era utro qui Cuarenta Unza, se llivó á Giacumina pinsando di hacer un negocio con la mochachas.

Cuarinta Unzas teñiba un circo di Umberto Primo inta Bucas.

Tuto il mondo andaba al circo de Rafetto per que era il mecor qui se habiba visto in este terra é dunde trabacaban los mecores artistas de Uropas é di Asia.

Rafeto so habiba hecho celebre inta Bucas, per que un dia si le puso in la cabezas que no habiba de salir un vapor del muelle é cuando iba á desatracar, el si agarró con due manos á la borda é dió tan fuerte tiron qui per poquito se ne unde el barco cume una cascara di nuez. Lo marineri todo impucaban é le daban vapore a la maquina, ma Rafeto lo teñiba tan fuerte qui el barco mardito si se moviba cume si estoviese clavados.

Il día qui Cuarenta Unza si trovó á Giacumina teñíba in so circos la siguiente cumpañias:

Un payaso que declba ¡Bueno dia! y que haciba reir á la quente.

Dos perros di lo sabichosos.

Dos matungos.

Dos pruebistas

Toda la familia Nelson.

In solo Rafeto.

Ma li mancaba. ina moquier qui andoviese sobre il lomo gurdo di los mancarone, qui saltara la cinta é qui pasara lo aro.

Per eso cuando vido á Giaccumina si le ocurrió qui la mochachas li serviria y adimás, cume teñiba fama la chica é su nombre ira mocho conocido in Guenos Ayres é inta Bucas, si la llivó al Circo per dar un buen golpe di guadañanza di pesis.

A Giaccumina veniba aquello cume pedrada in oco di poticario, per que así faria un poquitin di plata é viviria mas micor é sin nece-sida de hacer safaduras.

XV. La Turca

Yn cuanto istuvieron in el Circo, la dió un atracon di polenta recién hechita, la saco los vestidos sucios é la dió un mancaron maso cume una oveca é mas vieco que Sarmientos, é la puso encima diciendola:

—No tingas miedo Giacumina é ya virás qui bien vamos à parecer. Cun un puqutín di equercicio parecerás una mis de Yncalaperra.

Todo lo días la enseñaba á montar é ina semana dispoi, Giacumina sabiba saltar, livantarse, brincar la cinta pasar lo haro cume una artista traída de Paris.

Ma la perra disgracia perseguiba á la mochacha.

Cuarinta Unza é mas inamorao qui dun Cuan Tenorio.

Teñiba in el Circo una turca, ma de Turquía no di armacen cun mes piocos inta cabeza que pelos. De valde Rafeto li pega cada paliza qui si cagaba la pera per que si labara é peina; la Turca. non queriba hacer conocimiento cun la agua ne cun il cabon ne cun il peine, habiba nacido cuchina é cuchína queriba morir per que no se diquera qui no teñiba palabra.

Yn cuanto la Turca vido intrar á Giacumina, la agarró una pataleta, perché anque Giacumina istaba bruta cume la misma brutería, la Turca sabiba qui aquello no importaba.

Si li puso que Rafeto queriba hacer di la cuchineria cun aquella virguelenta safada.

La Turca no hablaba castilla ni genesi, ni italiano ni siquiera inglés, ma pero hablaba con le ocos di so cara; é le ocos despediban chispas capaces de meterle fuego al circo é á la Buca é al mismo Riachuelo.

E gruñía cume marrano inocao.

E cuando Rafeto la deciba qui diera á Giacumina polenta, salame é cumida, ella se andaba á tirarlo todo inta basuras.

E in so gruñidos curaba vengarse cume una turcas.

E Raffeto que no que riba á Giacumina ma que para guadañar plata, li solfiaba á la Turca ina punta de pateaduras.

XVI. La lucha

Il viernes Raffeto tumó un gran tacho di engrudo é si puso á pegar lu cartelones grandes cume cama dí casao, que se habiban fato ín la imprenta de la dil amico di Giacumina.

La quente si paraba inta veredas.

Lo cartele deciban así:

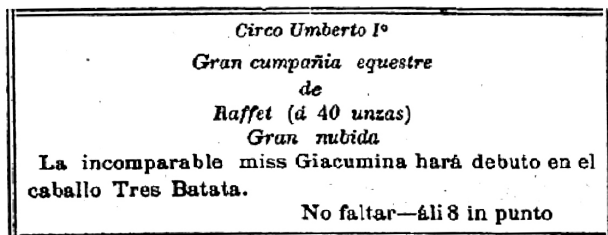


Figura 8. Publicidad del Circo Umberto Primo, *La hija di Giacumina*, p. 30

Il sabado il circos si llinó di quente.

En lo palcos de honor istaba Dun Pepe il presiente di la Bucas cun il cumesario, y utros hombres de la politiquería de mucha importancia.

In los otro palcos istaban toda la *gili fe* de la Bucas é lo mecor di moquieres é di cumerciantes.

Los trompeta, é le trumbon é le bumbo hacian in barullo di la gran siete.
La quente chiflaba cume cundenados:

Viva Rafeto.
Viva Cuarenta Unzas
Viva! Vivo!

E Rafeto cun in traque qui mostraba las verguenzas si puso inta la pista, é cumenzó á hablar con ina voz que pareciba il disparo di un obuse, di un cañon.

–Ylustrado señores y pubrico:

Voy á lochar cun Relufeti. Nu si trata di bromar ne de macaneo.....
Cuarenta Unza no es amico di la soseria.....

¡Qui bochinche é qui barullo si formó, Dio mio!

Yl lochador seguiba diciendo:

–Venceda insuperabile, mi efrezco á quine quiera lochar con il lochador di Genova, Roma, Azul, Pergamino y Paisandú.... mile pesi.... duemile pesi..... cincuenta mile pesi.....

E sodaba cume in mancarron dil tranvay di Belgrano.

Yn aquel momento entró Relifeti.

Silvatina é aplauso é vivan le due.

Aluego qui la quente se hubo poesto tranquila lo luchadores se arremetieron.

Rafeto cun il brazo abierto, é Ralufeti con la caras palidas.

Si echaron aribas la manos, si agarraron pel cogotos, peh los hum-bros é si arrempuccaron mirándose cun le ocos di la cara hasta que di pronto, ¡ya! ¡tras! Rafeto mi lo agarra á Ralufeti, si lo cargo al humbro é me lo tira al suelo cume un costal.

La quente aplaudiba cume condenados é Rafeto si retiraba cume si retiraba il elefante Busco.

Los instrumentos di la mosica tucaban con toda su fuerzas una habanera cumpadrita.

XVII. Miss Giacumina

Ma pero, il gran socesio di la noche impezaba.

Inta di pronto inta cancha in maturango flaco é que pareciba caballo matungo dil tramway de la Bucas.

Intran lo payasos.

Intra Rafetos di la manos con Ralufeti.

E miss Giacumina cume una reina di trato.

Rafetos le ha ichao incima ina punta di polvo, la poyera li á tapao... li tapaba la tripa y enseñaba la pierna gurdas cun argodones que Rafeto teñiba para lo mocetones di la turca in gran cantidad.

Il público plaudiba.

Giacumina la virguelenta haciba in saludo así, así... E si montaba inta caballo.

Sintadita di la primera vuelta, si puso di pié á la sincunda.

Los payasos tiran la sogas.

Giacumina da in saltito e si inreda inta sogas si li salta li chocolatainta suelo.

Rafetos la livanta é pide al cortese público bochinchero que si spere.

Giacumina entre silbido sosto inta matungo.

E da la guelta é vá á sartar los aros di papel blanco.

E no salta.

Il público comienza pan francés, fuera mis Giacumina! Fuora Rafetos... E chillan cume gatos, come perros rabioso, come chanco qui matan.

—E per urtimo ¿Saltás ó no saltás—grida Rafeto furioso.

E Giacumina si alistaba á dar in brinco y si enrieda into arcos di papel si cae, si tuerce il cogote, si li vian lo polvo é il público furioso grita, tira la sillas y Rafetos si icha inta hombros á miss Giacumina é vá à so coartos é le da un pontapoé á la turcas que si rie de la miss Giacumina, con so groñidos e con los espreñones de los ocos.

XVIII. Turcas e poñales

Rafeto dispoi que hizo la curacione de mis Giacumina si foe á dormir.

Ma pero, á no dormir cun la turcas.

Timpranito si levantó per hacer il arreglamiento dil circos.

Giacumina istaba enferma di verdad.

Teñiba:

Rota la costilla.

Rotos il cogote.

Rota la narices.

Istaba porca come ina porca cun la chocolatas inta pulleras.

E lo médico le aviva dato in porgante di castore, ma pero non era il médicos, era il barbero dila esquinta qui pasava il corte de dotor inta Bucas.

Cuaranta Unza li abiba mandado á la turcas de cuidar á Giacumina.

Ma la turcas si abiba echado á dormir é Rafeto si enocó.

Istaba dispuei inta caballerizas, cuando ina griteria de mil diablos le hizo parar la oreca.

Seguiba la grideria e Rafetos impezó á patiar.

Il bochinche era in lo camarín di Giacumina.

La turcas si abiba acircao á *la artista* dí los sartos, con il latigos di arriglarles la coenta á los caballo, é la había pigao in latigazo que li dejó la caras come morcilla gorda é negra.

E Giacumina si prendió á la turcas y li apretó il gañote.

Antunces Rafetos intró inta habitación e cume amaba á la turcas e Giacumina no valiba un pedo para il circos, li pegó á la mochacha é la dio ina pateadura di la gran perra é la hizo bailar una tarantela cun el dido chico de la mano zurda.

Coando Giacumina pateaba, intró el payaso e si pelió con Rafetos diciéndole:

—No ser di caballero, castigar moquere, no aunque sia Cuarenta Unza.

Cuarenta Unza livantó la manos para pigarle mirando á so turcas con oquitos di carnero aogao, ma pero il payaso pigó il salto mortal para atrás é impucando á Rafetos le hizo salir del cuarto é el si quedó adrento cun la Turca é Giacumina.

La turca cun un cirote di la gran fiauta, si metió dibaco di la cama; il payasos vistió á Giacumina qui estaba cume azonsada y saltando per la ventaña, se ne anduvieron á pasear, riyendose de la compañías que se la iba á llevar todos lo demonios perque il payaso era lo mecor y lo que trai la quente.

XIX. Il payaso

Il payasos alquiló ina piezas inta casas di so comadre é si foé á vivir acunto di Giacumina.

La pobrecita istaba inferma, ma pero il payasos la cuidaba tanto que si puso buenita y li contó ina tarde la historia di so vidas.

Giacumina dcciba qui era hicas de Giacumina é nieta de Mesia Grespina.

Conto sus amores col armacenerio, la vida inta poente di los suspiro, inta casa di Matirde ma pero no contó sus amores cun Grajera el buen hombre di los peros.

Il payasos contó dispuei la istoria de so istoria, ina punta di macanazos é safudurias que dibertiban mucho a Giacumina.

Era di Francia, ma pasaba come ingrese, porque il púbricos quiere los payasos de Yncalaperra.

Habiba istao in todo il mondo di la tierras.

Inta China (Giacumina si acordó intonces di Macanin) inta Inglaterra, inta Alocuador, inta Estado Unido.

Inta Filadelfia si maridó é tuvo un mochacho lindo.

E un día qui daba la sempirostracione, li foeron á decir qui il mochacho é la mamas si moriban, é Pepitos teñiba que seguir sartando inta trapecios.

Istaba triste.

Il pubricos gridaba cume in condendo é gridaba *Bravo*.

E Pepitos lloraba é saltaba per pinsando in so icos é in so moquer.
Coando salió dil circus é foé á so casa si incontró muerto il mo-
chacho é la mama.

El los interró il dia dispuei, é il dia dispuei teñiba que trabacar.

Trabacó come nunca y si arrocó porque istaba cume locos.

Loego si vino inta argentinas.

Cuando contó la historia di so vidas, Giacumina lloró é le iso
mocha censacione.

Il payaso tocaba la caras di la mochacha.

Dispuei..... Dispuei..... Il payaso encontró rigolar á la virguelenta
é si quedó acunto di ella aquella noche ma pero.

Al dia dispuei si sipararon é no si vorveron á ver.

XX. Il marinos

La virguela se ne iba é Giacumína si poñiba gurda é culorada cume in otro tiempo.

E li pisaban il poncho é todo lo dias hacia lo amore cun los marinero inta buques di la Bucas.

Comiba é si impaquitaba con los pañoelos qui li cumpraban sos amantes é cun los vestidos é la cintas qui li daban.

In dia si incontró cun in marinero qui si acerco é le habló in buen italiano puro genesi.

Giacumina li contistó e si foeron dil brazo inta posada di Garibaldi á mangiar pulenta.

E coando si cansaron di comer é di tuti cuanti, Giacumína li perguntó so istoria é il marino qui estaba di buen umor dico:

—¿Como ti llamas?

—Que ti importa? —contistó Giacumina.

—No si mi importa niente. —No quiero tampocos decirte mi nombres.

E si andó cun cara. di palo ma cume Giacumina si poñiba tambien la cara di trampa de sacristan é il marinero li tomó los carillos dándole uno golpeeitos cun la manos la contó ista cosas.

“Me son nacido in Buenos Aires ma molto piccolo mi llevaron inta Genova é cuando teñiba doce años porque mi aguelas mi pega-

ba, un buen giorno mi mandé modar, é mi imbarqué in un vapor qui partiba per la China.

La espedizione foe difícil é largota. Qui tempestá. Qui mareo cosí, cosí, é que gomitaduras.

Estobimo in Ingalterra, inta India é in giorno bajamo in terra á visitar quel de la tigre, de la pantere, de popotami, dei rinoceronti, dei bosqui grandi cume la Republicas, di caras di cobre, di princesa qui son amante cume perro y graciosa cume la madonas di nuestro paise.

In dia toqué cun il tigres é il capitán mi salvó la vida.

Estabamo inta bosque di eucaliptus é di ombruse, cuando di repente soltó un tigres.

Pelé il facón é lo esperé.

Il tigre miró alderredor é daba in saltos como volando per clavase las uña inta gañote, cuando dí repente li clavó la bala inta corazón de la bestia qui si displomó muriéndose cun todo il cuerpo.

Dispues foemos inta buque e partimos-

Todo la noche soñaba cun il tigres é cun la indias.

Inta vapore mi acordaba di hojas grandes é espesa di los arboles indiano, recibí inta cos la ola tibia del aire.

Todos eran macanudamente verde.

La ocas pareciban plumas gigantescas e la quente qui se pasiaba teñiba las cejas cume plumas pintada.

Il viento teñiba olor á musgo e flores olorosas.

...Las moquieres in la ciudá mi deciban di venir.

La piernas di ellas son apetitosa.

Los pecheras soberbias daban ganas di prenderse dellos.

E dispuei mi disperté.

XXI. Continua la historia

Nel viaje incontramos pescados grandes cum oil vapor.

Si podiba ir á Uropa inta lomos dellos.

Lo pescados no podia aunque quisiese intrar inta Bucas.

Que pescados, Madona!

Di noche il mar pareciba lleno di espequitos que reluciban cume estrella.

Di coando in coando incontramos pescadores di perlas qui cantaba la canzone de suo paise.

Un dia incontramo in pescado di veinte colas que si queriba iscapar perque veñiba in contra suya in pescado quí saliba di la agua cume la catedral de grande.

Ma pero, no se purria minga.

Il pescado grande mostro los dientes grande cumo cabrito y lis clavó inta ispaldia dil otros, e lo saco nel aire y le hizo dar vuelta cume in molinillo.

Se li cumió la tripas e si puso contento cun il atracon é dispuei si vinió contra il buque é ti dió impillon e lo voltió é il marinero qui istaba inta palos mayor cayó inta aguas e il pescado si lo baracó é si lo tragó como si foese ina pastilla di goma.

Diepuei si foé contentos con il posta é il buques si tindió nel fondo dil mare.

Il capitan cunmigo é otros marineros nos metíba inta falua di gala
y dispuei di ina noche di bochinches lligamos á tierras di la China.

Veniba il dia.

Los pacaros cantaban inta nubes.

La aves istaban llenos di olor di té.

La China é ina especie di teteras macanuda é las chinas las tosta-
das di Manteca ó lo biscochos.

XXII. Inta China

In señor, rodeado di. una. nube di hombres amarillos, si acerco con cortesía é habló in una lingua, qui si lee al reves.

La China es un paise muy raro.

Los hombres tienen los ocos torcidos

Las moquiere tienen la patas apretadas por las apargatas china qui son di cuerno y la pata si pudren é toda la china tiene olor di queso gruyer.

Toda la china tiene inta pata qui son chiquitas como porotos.

Il señor ira in mandarin.

Nos invitó á tomare ina tasa di té y tocó ina campanilla é los mocamos cuando estuvieron inta palacio si presentaron con una iscupideras di té.

La casa teñiba in argibe de te é no si bebiba sino esta porquería.

Dispui que cambiamos la cortesias, nos retoramo inta cama é penso in il pescado, in il mandariní, inta salvacion di nosotros cuando senti qui ina mano mi sacudiba mi tapaba la buca é mi tiraba dí la camas.

Era una mano di moquier!

Yo mi sentiba morir di asco.

¡Ina moquier China!

Crusamos il patio, intramos inta habitacion di la hica dil dueño di casa é mi quedé como sonso con la buca abierta.

Inta medio di la pieza istaba *Cor un Din* la hicas dil mandariní.

Valiva la pena de mirarle y si mi quitó el asco que antes teniba.
Ira linda come in monton di monedas di dos centavos di colores.
Mi saludó.
Estaba sintada.
Tomaba opio inta pipas que pareciba ina serpiente di goma.
Las paredes istaban llenas de puñeterias y espadas y muchas armas.
Llevaba in traje incantador qué istaba diciendo; sacámelo.
In cuanto intramos mi ofrecio ina taza di té grande como in balde
di sacar agua.
Tocó ina campanilla.
La señora se inclinó é si foe haciendo salutatione.
Dispuei la muchacha mi hizo *oh! Oh! Raá Buena noche mi amor.*
Ma yo no entendiba nata istaba parado.
La mochacha si paró, mi tomó la mano, mi agarró para il mates
midió in poco di opio dispuei si me prendió del brazo y me dio ina
punta di besitos con toda la zalameria de ina china enamorada.
E gruñiba como in gatitos, é saltaba é mi besaba, é yo la bisaba,
la enpucaba.
Tomamos opio é tomamos té con il gorros di dormir, é despui se
apagaron las luces y cuando nos despertamos era di dia y el manda-
rini istaba cunto á nosotros y nos miraba con ocos di chino furioso
qui los ponen muy feos.
A volar que hay chinches mi dique, e salté di la camas mandarinera.
E cuando el chino si mi vino encima sarté por la ventana di bam-
bú, monté inta un elefante que istaba inta patios, li clavé lo afiler inta
ancas, é sali disparando é gritando pa tu aguela chino di m...

XXIII. Macanini

Anduve in mese continuo el mariner, perdido por los campos di china.
In dia mi encontré con in fraile qui le daba alimentos á ina docena di chinos chiquitos y enamorados.

Le conte mi istorie y quedó con los elefantes per darle di comer, é mi mandó con so sirviente á la capital qui estaba cerca.

Era uni ormiguiero la capital di la china.

Estuve en casa del consul é mi embarcó in un buque di guerra italiani.

Dispuei de mucho sodar, pasagiando di aqui para alli emprendimos viaje á Italia, llegamo á génova, bacamo al dia despui y me fué convenido á buscar á mi aguela éa mi hermanos.

No istaban.

Habian decao la uropas se habian venido inta bucas di Buenos Aires.

Mi mití in buque di vela é dispuei di un largo viaque in carreta maritimas, aqui estoy en busca de misia Grispini...

Giacumina saltó di la camas.

—¿In busca de?...

—Di mesia Grispina, mi aguela e di Giacumina ina hermana mia hicos di Giacumina Hermana di Marcanin...

XXIV. Los dos hirmanas

Istaban frente á frente con ina cara di velorio.

Macanini era in muchachos alto, robusto con inas manos inormes.

Era so hermanas esa moquier!

Si tiraba di los pelos, si daba di trompadas inta cara é si puso á llorar como in niñito apaleao.

Giacumina estaba abatataada.

Daba lastima esos mochachos.

Despuei di largo rato di estar callado macanin se seco los ocos é deciba:

—Ho fatalida!

Sacó del bolsico ina navaca y fué á riventar la pnza, ma pero Giacumina li saltó insima é li quitó le navacas.

Hermano, hermano!—gritaba

Macanin estaba atontao.

Li dio in impellon y Giacumina é si foé entre ellos con la cara di ina locos, con los ocos lleno di resolucione di muerte.

.....
.....
.....

Al dia despuei inos marineros encontraron el coerpo di un hombre qui si habiba ahogao.

Li posieron fuerte las manos inta panza para sacarle las acuas, ma pero estaba bien muerto el pobre mochachos escapado di la casa di mesia Grispina.

XXV. Macaninito

Giacumina si perdió.

In dia apareció dispuei di muchos mese di ausencia. E los marine-
ros cuando pasaban diciban con la risa into labios.

–Giacumina!... La comida si li indigestó... miren la panza di Gia-
cumina!

Las mochachas habia sido embarazadas por so hermanos.

Los pelos estaban llenos di poblacione.

Comiba los guesos di los cacones de basura.

E dormiba inta comisarias.

Ina noche si mamó come ina cabra y la metieron inta capachas.

Despui empazó a dar gritos é lamentaciones é di pronto in otro
gritos!...

Giacumina acaba di soltar al suelo lo que teniba inta panzas.

Era Macaninito!...

Le mandaron inta hospital é icharon il mochachos inta cunas.

El hico di los dos hermanas era grande é lindo.

XXVI. La muerte di Giacumina

Pasaron los dia e Giacumina salió dil hospital.

Istaba media loca e si acuerdaba á toda hora di so mochacho.

Vivia como in perro.

Teñiba olor di purgueria, la quente si li alicaba di so lados.

Pediba limosna e no li daban nada.

Pediba comidas e li ichaban come si foese in perros sarnoso.

Ina noche dormiba into caños, otra inta comisaria.

Los gusanos li comiban il cuerpos.

Arrastraba las patas sucia.

Ise ira la buena mochachas de la casa di Rosa e di Matirdes!

In dia sintió que il amor di madre li gridaba: anda ver á to hicos!

E si foe á la comiseria e estuvo con il mochachos é lo besoteó, é li apretó é li tocó los pelitos rubios, e si lo quiso llivare, cuando no pudo llivarlo e si se iban si decia que era so madre si echó á llorar e si foe.

E con ina limosna que le dieron si imborrachó e si foe caminando al baco di la Recoleta y si acostó allí é cuando la pulicia paso per la mañana dispuei incontró into pasto in porquerias, ina moquier reven-tada con olor á caña e á sangre podrida.

Asi murió la pobre Giacumina, hica di Giacumina, nietos de me-sia Grispina, dispuei di ina vida di degradacione.

E la llivó ínta chacaritas il carros di la pulicias e la icharon al carnieros e de so triste vida no quedó ínta tierra ni in solo recuerdos.

Solo quidaba il hicos di Macanin il coal hasta aura no sabe la ístoria de so madres ni de so aguelas, é tiene pocos años di vida, ma que però e la alma condenada di la casa di los pobrecitos mochacho abandonados!

FIN



Giacumina

Figura 9. Retrato de la hija de Giacumina. La hija di Giacumina, p. 53

MILONGAS GIACCUMINESCAS

DE VENGAVINO EL ZONZO

Yo canto de Giacumina
la triste historia de amor
à mi mellaman el zonzo
y soy vuestro servidor.

Yo digo cual dijo el otro:
–Porque he venido aqui estoy
si no legusta mi trato
como he venido me voy

De mi viejita guitarra,
las notas del corazon
saldran bebiendo los aires
volando por la estension

Cancion que del amor sale
es pájaro que no muere,
volando de boca en boca
Dios manda que viva siempre

Nació la pobre muchacha
producto del doshonor

en una triste morada
sin un rayito de sol.

La echaron chica á la cuna
y su abuela la sacó
cuando la loca madre é la madre
al otro mundo piantó

Estuvo en Génova, en Nápoles,
A nuestra Boca volvió,
y un día que estaba sola
Un gringo se la *manyó*

Le dijo: –“prenda querida”
Mil mentiras le endilgó
y cuando estuvo cansado
A arrempujones la echó

Abandonada en el mundo
Sin apoyo y sin sosten.
Llevóla un viejo una tarde
A un miserable burdel!

Mucho lujo muchos trajes
Giacumina disfrutó.
Hasta que murió la dueña.
y todo san se acabó.

Vagó por todas las calles.
Se fué de aquí para allá
y fué una doctora insigne
En el dulce arte de amar!

Pero la vida es un barco
Que cruza la inmensidad
Con las velas destrozadas
y sin saber donde vá!

Giacumina de viruela
Una noche se enfermó
Y a la mañana siguiente
En hospital despertó

Entre la vida y la muerte
Varias semanas pasó,
Pero al fin triunfó la vida
y Giacumina sanó

Tenía la so cara hermosa
Cual cabeza de dedal,
y al verla solo un instante,
Daba gana de lanzar

En cuanto estuvo salvada
La echaron del hospital
y se fué por esos mundos,
Sin saber donde parar

En cajones de basura
Cual los perros escerbó,
y de esos frescos despojos
Tan solo se alimentó.

Amó á Grajera, á Moscoso,
A un muchacho atorrantil

Hasta que la halló Rafeto
y se la llevó al redil.

Aprendió las volteretas
Encima de un pangarin
y apareció Giacumina,
Ante espectadores mil.

Áquel estreno soberbio
Olvidado no será,
Pues hubo un barullo infame
Muy digno de Satanás.

A miss Giacumiua el lomo
De todo se le rompió,
y á fuerza de unto sin sal
El médico la curó!

Allá en el mismito circo
Un payaso la curó,
y dieronse una panzada
De besitos y de amor.

Despues el final de siempre;
Dos gritos un bofeton
y Giacumína en la calle
Sin el amparo de Dios!

Vió que pasaba en el Puerto
Un hermoso moceton
y éste le echó mil piropos
y con ella se acostó.

Después entre cosa y cosa
Su historia le refirió
y estaba á mitad del cuento
Cuando la chica gritó.

¿Quien eres tu? –dilo pronto!
Dí ¿te llamas Yacumin?
Y el otro lleno de espanto
Le respondió: si! si!

Eres mi hermano, Tu hermano?
Y el pobre se disparó
Como dispara la bala
Que la pistola lanzó.

Se echo á las aguas del río,
Al otro mundo se fué
Lanzando contra su hermana
Las maldiciones de Abel.

Poco despues Giacumina
A luz un muchecho dió
Lo echó a la cuna á su vey
Y allá en los caños murió.

Esta es la historia ofrecida,
La triste historia de amor,
Que don Vengavino el sonzo
A ustedes les ofreció.

Perdonen la diferencia,
Del cuadro lleno de horror,

Cada cual dá lo que tiene
Y es eso lo que he hecho yó.

Mañana será otro cuento,
Mañana salve de mí,
La historia real y con cifras
Del hijo de Macanin.

Es otra historia de gringos
Pero mas llena de luz,
Que pasa en la hermosa Boca
De la América del Sud!

Si quereis mañana vuelvo,
Pero, palabra de honor,
Si no les gusta mi trato
Como he venido me voy.

VENGAVINO EL ZONZO

JUICIOS CRÍTICOS

Hé aquí los publicados por varios diarios de esta capital apropiósito de los *Amores de Giacumina*.

“Giacumina”, de *Juvenal*

Hemos recibido un folleto de 62 páginas, que publicó el señor Romero en *El Liberal*, en forma de artículos críticos humorísticos.

Algo dijeron algunos diarios de este caprichoso romance: pero aún no se hizo su verdadera crítica.

Su estilo no está comprendido en las reglas literarias; es un trabajo sin precedente.

La forma gramatical de la obra, es espúrea.

En cuanto a su fondo moral, es necesario detenerse y mirar con atención ese tipo recién descrito entre nosotros, pero de una existencia cierta.

Hay Giacuminas en esos centros sociales en donde penetró con despreocupación el señor Romero, para esponer á la luz del un [*sic*] defecto de educación, un caso patológico digno de un diagnosticador experimentado.

En ese lenguaje *descosido*, incorrecto y algo licencioso, se retrata una clase social resultante de nuestras agrupaciones heterogéneas, una palude que aún no hemos tenido tiempo de salubificar, llena de Giacuminas, de pintores y de Grispinas.

Cierto es que el análisis es tosco y la descripción áspera: ¿pero podría copiarse de otro modo la verdad?

Sabrían hablar mejor los tipos que nos presenta el escritor?

Si hablasen mejor, no vivirían en el medio social en que fueron hallados.

Y existe ese medio? Se habla en él tan cruda é incorrectamente?

Si. Luego *Giacumina* es un romance del género analítico-naturalista, con colorido local, por mas que tenga sabor acre.

Su encadenamiento, mas que un argumento novelesco, es la narración de los mil incidentes que constituyen la vida de una parte del pueblo.

El destino de esta joven sin pudor, sin nociones de virtud, siguiendo los impulsos de la carne inconsciente, atormentada por una enfermedad que ella no conoce, es una consecuencia de su educación.

No hay exageración.

La embriaguez, la muerte prematura por infección virulenta y secreción morbosa, es un trabajo semiográfico, que tal vez no debe el autor a sus conocimientos clínicos, pero que no por eso deja de ser cierto.

Al decir esto, no queremos disminuir la inteligencia del escritor. Nadie podrá clasificar el folleto que nos ocupa de creación fantástica, sin cometer un error; es un estudio anatómico-sociológico que se hizo sobre la mesa del anfiteatro, revolviendo vísceras, descubriendo el tejido neurológico y los sistemas vasculares, después de limpiar el pus del sistema miológico.

En resumen, *Giacumina*, como obra literaria está fuera de los alcances de la crítica, es una mezcla bastarda de dos idiomas que no tiene cabida en la literatura. Como estudio de costumbres y correctivo de vicios, es un trabajo de filosofía moralizadora.

No faltará quien nos diga que las pústulas repugnantes no se muestran. A esa observación de los estómagos delicados preguntaremos:

Y si se oculta ¿cómo se curan?

Cómo puede la higiene precavernos contra ella?

Cualquier mujer *liviana* palidecerá ante el desesperado fin de Giacumina. Tal vez se detenga en la mitad de la pendiente, al contemplar el desprecio con que trata el comisario, a la que sació antes sus apetitos.

Esta es nuestra opinión respecto al folleto.

No es opinión talentosa; pero es ingenua.

Que la dé mejor el que sepa más; nosotros somos modestos cronistas.

Los amores de Giacumina, de *La Opinión*

Dice un proverbio inglés: “no es sabio el que sabe muchas cosas, sino el que sabe lo que le conviene”, y bajo este punto de vista el autor de la obra cuyo título va al frente parece que ha sabido interpretarlo, halagando al vulgo.

“Los amores di Giacumina” es el ensayo literario de un género completamente nuevo entre nosotros, por su forma original, que la crítica más acerbadada no podrá negarle.

Ese *pot-pourri* de frases, que no son ni castellano ni italiano, ni pertenecen a ninguno de los dialectos conocidos, pero que tan gráficamente pinta el modo de hablar de muchos de los hijos de la bella Ausonia, es toda una creación, que podrá no tener trascendencia pero que lleva impreso el sello de la inventiva del autor, lo cual ya es algo.

Y es algo, digo, porque aquí en donde la juventud argentina se limita a copiar servilmente á los autores de afuera, cegándose como las mariposas por el brillo de los periodos o por la retumbancia de la frase, todo lo que tienda a sacudir esa rutina infecunda y empalagosa, por poco que valga, siempre ha de valer más que esas producciones hinchadas, llenas de aire, cuya vida dura lo que dura una bola de jabón.

El librito de “Giacumina” será desaliñado en la forma, y ligero en el asunto y de ninguna enseñanza, pero hay que confesar que autor no abrigó jamás las pretensiones de novelista ni de cuentista siquiera, limitándose puramente a la parte expositiva, es decir, a presentarnos a la voluble “Giacumina” tal y como es, vestida a la ligera, o como si dijéramos, en paños menores.

Y lo consiguió en verdad. La “Giacumina” del *hicos dil duoño di la fundida dil Pacarito* tiene bastantes hermanas por ahí, que son más afortunadas o más hipócritas para que no se les sepan sus *trapi-cheos*, bastando recorrer algunos rincones de la población para vencerse de ello.

Esto no quiere decir que la protagonista de ese trabajo encarne todo un tipo social, un carácter definido, no señor: representa simplemente una imagen copiada de natural, un tanto recargada de colores chillones, efecto sin duda de la inexperiencia del pintor, pero con pinceladas originales, propias y exclusivas de él, que son una promesa si sabe contenerse y guiar su inspiración por campos más vastos y menos poblados de aguas pantanosas.

Alguien ha dicho que esa producción está calculada en el molde de la escuela realista y nos parece avanzado tal concepto, pues para juzgarla sería menester que formase cuerpo de obra.

Siendo como es un simple retrato, sus tonos y coloridos no han salido de la paleta del naturalismo, porque si su autor se propuso copiar éste ni las crudezas de su lenguaje archi-original pasan de picardías de muchacho que generalmente se corrigen cuando el público muestra los dientes.

El éxito favorable que ha tenido el librito que mencioné es quizá un aliciente peligroso para el autor.

No le envanezcan los elogios de la amistad, que siempre son apasionados; no le ofusque un éxito momentáneo; no se deje arrastrar por los aplausos del vulgo, quien siempre prefiere los colores abigarrados y platos excitantes a las suaves medias tintas y manjares delicados y

su espíritu de observación, su originalidad e ingenio encontrarán a mano más digno teatro en que desplegar sus alas, sin necesidad de descender hasta salpicarlas en los lodazales donde vegetan solamente las infortunadas víctimas de la ignorancia y del vicio.

LICENCIADO VIDRIERA

“Giacumina”, por Ramón Romero

No siempre las obras de mas grandes pretensiones son las de mayor éxito, que también las letras tienen su elevadísima moral y su augusto templo donde a muchos llama y elige a muy pocos, y donde suelen ser los últimos los primeros.

¿Habrà quien dude de esta exactísima verdad?

Shakespeare, encendía las luces del teatro de su patria, para llenar más tarde la escena del mundo con la irradiación de su divino pensamiento.

El arte, se suele parecer a Jesucristo.

Nace en un establo, a veces muere en una cruz, bajo el azote de la envidia y las lanzadas de la crítica.

Pero qué importa, si desde allí resplandecen sus rayos de inmortalidad?...

No queremos decir por ello que nos vayamos a ocupar de una obra magistral de estructura; gigantesca de ejecución, atrevida de plan, ni sorprendente en sus detalles.

No solo lo grave y lo que deslumbra se admira, que si es muy bello el sol que nos alumbra, no desmerece a su sombra el resplandor de la luciérnaga que allá en la noche torna en fosforescentes los solitarios y callados campos.

...

Los niños mimados en las letras argentinas, casi se puede afirmar que un concurso de oposición celebraron para producir una obra laureada *naturalista*.

Adoptamos la falsa denominación de una escuela que tiene que depurarse de las grandes exageraciones de toda escuela nueva.

El naturalismo, es una novedad literaria?

Si por tal se entiende, la copia fiel de la naturaleza, no es seguramente una invención de nuestros días.

En todo tiempo las letras como el pincel y el sonido y el buril, interpretaron la verdad ya con el acento del torrente, con el gemido del postrero, al dintel de la vida como en el borde de la tumba.

Tal vez sea el naturalismo, que ya no está bien definido aún, la sencillez suprema con que se presenta la expresión a dibujar la forma y el fondo, despojado de todo ese atavío.

Pero esta forma que el arte puede adoptar como una escuela ¿podrá ser la pornografía, y el descaro con que el vicio se presenta?

Baste decir que los mismos irracionales en ciertos momentos se recatan — ¿cómo pues, el hombre lo que la moral le priva hacer en media calle podría realizarlo en el gran templo de las letras?

...

Así pues, en nuestro país, si se ha imitado exageradamente a Zola, no se había producido aún una verdadera obra naturalista.

Este es, a nuestro entender el mérito incomparable de *Giacumina*.

Ramón Romero, tal vez sin darse cuenta de ello ha resuelto el problema de Colón.

Se produce en la forma de la suprema sencillez, adoptando el pintoresco lenguaje de los genoveses que italianizan el castellano, y con esta materia prima forja a su *Giacumina*.

¿Cómo la describe?

¿Contemplando su nacarado semblante en el espejo límpido de los astros de primera magnitud en las letras?

Giacumina, aparece a la puerta de la fondita atándose las ligas.

Si esta manera de presentar un personaje no es el naturalismo, es la más ática crítica que se haya escrito a su respecto.

Así pues, Giacumina, no solo porque se roza con ciertos límites insalvables a la moral, es una obra de la nueva escuela sino un Quijote, llamada a dar a los demonios con esos inconcebibles libros de caballería que trocaran la lanza por el fórceps. La obra que nos ocupa ha tenido un éxito sensacional.

Con esto está dicho todo.

Felicitemos pues, por su resultado a nuestro querido amigo y compañero Ramón Romero, soldado esforzado en la gran batalla de la vida.

“El Progreso”

